

EL MAESTRO DEL SUSPENSO

SIDNEY SHELDON

LAZOS
DE SANGRE



ePUB

Londres, París, Roma, Nueva York. Varias de las grandes capitales del mundo son el escenario de esta novela de Sidney Sheldon.

A la muerte de su padre, Elizabeth debe asumir una inesperada responsabilidad: dirigir la gigantesca empresa familiar de productos farmacéuticos. Cuando alguien quiere destruirla y está dispuesto a todo para conseguirlo, cada uno de los miembros de la familia resulta sospechoso.



Sidney Sheldon

Lazos de sangre

ePub r1.0

Karras 23.07.2018

Título original: *Bloodline*

Sidney Sheldon, 1977

Traducción: Raquel Albornoz

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

*Para Natalie
con amor.*

El médico cuidadosamente preparará una mezcla de excremento de cocodrilo, carne de lagarto, sangre de murciélago y saliva de camello...

De un papiro que enumeraba 811 recetas utilizadas por los egipcios en el año 1550 a. C.

LIBRO UNO

Capítulo 1

Estambul.

Sábado, 5 de septiembre.

Diez de la noche

Estaba sentado solo, en la oscuridad, detrás del escritorio de Hajib Kafir, mirando sin ver, por la polvorienta ventana de la oficina, los eternos alminares de Estambul. Era un hombre que se sentía como en su casa en una decena de capitales del mundo, pero Estambul era una de sus preferidas. No el Estambul turístico de la calle Beyoglu ni del ostentoso bar Lalezab del Hilton, sino el de los sitios apartados que sólo los musulmanes conocían: los yalis, los pequeños mercados detrás de los souks, el Telli Baba, cementerio donde había una sola persona enterrada, adonde mucha gente iba a rezarle.

Aguardaba con la paciencia de un cazador, con la callada inmovilidad del hombre que controla su cuerpo y sus emociones. Era galés y tenía el aspecto atractivo, apasionado, de sus antepasados. De pelo negro y rostro recio, poseía unos ojos vivaces, inteligentes, de un tono azul intenso. Medía más de uno ochenta, y su cuerpo delgado, vigoroso, era el del hombre que se mantenía en buen estado físico. El despacho estaba impregnado de los aromas de Hajib Kafir: el nauseabundo perfume dulce de su tabaco, su ácido café turco, su cuerpo obeso, untuoso. Rhys Williams no reparaba en ellos. Estaba pensando en la llamada telefónica que había recibido de Chamonix una hora antes.

—... ¡Un terrible accidente! Créame, señor Williams, que estamos desolados. Todo ocurrió tan rápido que no hubo posibilidad de salvarlo. El

señor Roffe murió en el acto.

Sam Roffe, presidente de Roffe e Hijos, el segundo laboratorio de productos farmacéuticos del mundo, una dinastía multimillonaria en dólares que abarcaba todo el orbe. Resultaba imposible pensar que Sam Roffe se hubiera muerto. Siempre había sido tan vital, tan lleno de vida y energía, un hombre sumamente activo. Vivía en aviones que le transportaban de prisa a fábricas y oficinas de la empresa por el mundo entero, donde resolvía problemas que otros no podían solucionar, creaba nuevas prácticas comerciales, presionaba a todos para que trabajaran más y mejor. Si bien estaba casado y era padre de familia, su único interés real era el negocio. Sam Roffe había sido un hombre brillante, extraordinario. ¿Quién podría reemplazarlo? ¿Quién sería capaz de conducir el gigantesco imperio que había dejado? Sam Roffe no había designado un heredero forzoso. Era lógico: tampoco había planeado morir a los cincuenta y dos años. Había tiempo de sobra, pensaría.

Y ahora se le había acabado el tiempo.

De pronto se encendieron las luces del despacho y Rhys Williams miró en dirección a la puerta, momentáneamente deslumbrado.

—¡Señor Williams! Creí que no había nadie aquí.

Era Sophie, una de las secretarias de la compañía asignada a Rhys Williams cada vez que éste se hallaba en Estambul. Sophie era turca, tenía unos veinticinco años de edad, un rostro agradable y un cuerpo cimbreante, voluptuoso, lleno de promesas. Le había hecho saber a Rhys con actitudes sutiles, antiquísimas, que estaba dispuesta a proporcionarle los placeres que deseara, en el instante en que quisiera, pero por el momento Rhys no tenía el menor interés.

—Vine a terminar unas cartas para el señor Kafir. ¿Puedo hacer algo por usted? —agregó, con voz suave.

Al acercarse ella al escritorio, Rhys pudo percibir el aroma almizclado de un animal salvaje en celo.

—¿Dónde está el señor Kafir?

Sophie movió la cabeza con pesar.

—Hoy ya no viene. —Se alisó la parte delantera del vestido con sus manos delicadas, diestras—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? —Sus

ojos oscuros estaban húmedos.

—Sí. Búsquelo.

Ella frunció el ceño.

—No tengo ni idea de dónde...

—Intente en el Kervansaray o en el Mermara. —Probablemente lo hallase en el primero, donde una de las amantes de Hajib Kafir ejecutaba la danza del vientre.

«Pero, tratándose de Kafir, nunca se sabía» —pensó Rhys—. «Podía incluso estar con su mujer».

Sophie procuró disculparse.

—Trataré, pero me temo que...

—Explíqueme que si no se presenta aquí en el término de una hora, pierde el puesto.

La muchacha cambió de expresión.

—Veré qué puedo hacer, señor Williams. —Se encaminó hacia la puerta.

—Apague las luces.

En cierto sentido era más fácil quedarse sentado en la penumbra con sus pensamientos. La imagen de Sam Roffe se le presentaba constantemente. El Montblanc debía de haber sido sencillo de escalar a esa altura del año, comienzos de septiembre. Sam había intentado antes ascenderlo, pero las tormentas le habían impedido alcanzar la cima.

—Voy a plantar la bandera de la empresa ahí arriba —le había prometido, bromeando, a Rhys.

Luego había llegado la llamada telefónica, un rato antes, cuando Rhys se retiraba del hotel Pera Palace. Escuchó la voz agitada por teléfono... Estaban haciendo un cruce transversal en zigzag sobre un glaciar... El señor Roffe perdió pie y se le cortó la cuerda... Se precipitó a un abismo sin fondo...

Rhys se imaginaba el cuerpo de Sam golpeando contra el hielo implacable, cayendo violentamente en la hondonada. Se obligó a no pensar más en esa escena. Correspondía al pasado. Ahora había que preocuparse por el presente. Había que notificar la muerte de Sam Roffe a los miembros de la familia, y éstos se hallaban diseminados por distintas partes del mundo. Debía prepararse un anuncio para la prensa. La noticia se propagaría entre los círculos financieros internacionales como reguero de pólvora.

Debido a que la empresa se hallaba atravesando una crisis económica, era de vital importancia disminuir lo más posible el impacto de la muerte de Sam Roffe. Esa tarea le incumbiría a él.

Rhys Williams había conocido a Sam Roffe nueve años antes. En ese entonces, Rhys tenía veinticinco años y era gerente de ventas de una pequeña compañía farmacéutica. Era innovador, listo, y su fama creció rápidamente a medida que la firma se iba expandiendo. Le ofrecieron un puesto en Roffe e Hijos, y cuando lo rechazó, Sam Roffe adquirió la compañía que lo empleaba y lo mandó llamar. Recordaba ahora la apabullante impresión que le causara Sam Roffe en esa primera entrevista.

—Usted pertenece a Roffe e Hijos —le había dicho—. Es por esa razón que compré la anticuada compañía donde trabajaba.

Rhys se sintió a la vez halagado y furioso.

—¿Y si yo no quisiera quedarme?

Sam Roffe sonrió, y dijo, confiado:

—Querrá quedarse. Usted y yo tenemos algo en común, Rhys. Los dos somos ambiciosos. Deseamos ser dueños del mundo. Yo le enseñaré cómo lograrlo.

Las palabras fueron mágicas. La promesa de un festín para el hambre furiosa que consumía al joven, ya que él sabía algo que Sam Roffe desconocía: Rhys Williams no existía.

Era un mito que había surgido de la desesperación, la pobreza, el desencanto.

Había nacido cerca de los yacimientos de carbón de Gwent y Carmarthen, los valles galeses surcados de rojo donde los estratos de piedra arenisca, los yacimientos de piedra caliza y carbón formaban pliegues en la tierra verde. Creció en un país legendario donde los mismos nombres eran poesía: Brecon, Pen y Fan, Penderyn, Glyncorwg, Maesteg. Era un país mítico donde el carbón, enterrado en las entrañas del suelo, se había formado doscientos ochenta millones de años antes, donde el paisaje en otra época estuvo cubierto con tantos árboles que una ardilla podía trasladarse desde Brecon Beacons hasta el mar sin siquiera rozar la tierra. Pero había sobrevenido la revolución industrial, y los hermosos árboles verdes fueron talados por los carboneros para alimentar las insaciables fogatas de la industria del hierro.

El niño creció con los héroes de otros tiempos y de otro mundo. Robert Farrer, quemado en una estaca por la Iglesia Católica Romana por negarse a prestar el voto de celibato y abandonar a su mujer; el rey Hywel el Bueno, que implantó la ley en Gales en el siglo X; el feroz guerrero Brychen, que engendró doce hijos y veinticuatro hijas y salvajemente repelió todos los ataques a su reino. El muchacho se crió en una tierra de hazañas gloriosas. Pero no todo era gloria. Todos los antepasados de Rhys habían sido mineros, absolutamente todos, y el chico solía escuchar las historias de sufrimientos que su padre y sus tíos le contaban. Hablaban de épocas terribles cuando no había trabajo, cuando los ricos yacimientos de Gwent y Carmarthen habían sido clausurados por una cruel batalla entre las compañías y los mineros, y éstos quedaron sumidos en una miseria que destruía la ambición y el orgullo, que corroía el espíritu y la fortaleza del hombre, y finalmente obligaba a rendirse.

Cuando las minas estaban abiertas era otro tipo de infierno. La mayor parte de la familia de Rhys había muerto en las minas. Algunos habían perecido en las entrañas de la tierra; otros habían sucumbido con sus pulmones ennegrecidos. Pocos habían sobrepasado los treinta años.

Rhys solía escuchar a su padre y sus tíos jóvenes, envejecidos prematuramente, discutir sobre el pasado, la vida en los subterráneos, los derrumbes, los que quedaban tullidos, las huelgas. Hablaban de los buenos y de los malos tiempos, pero al muchacho le parecían todos iguales. Todos malos. La idea de pasar sus días sumergido en las tinieblas de la tierra le causaba espanto. Sabía que debía escaparse.

Huyó de su casa a los doce años. Abandonó los valles de carbón y se marchó hacia la costa, a Sully Ranny Bay y Lavernock, donde se congregaban los turistas acaudalados, y el muchacho comenzó a acarrear cosas, a hacerse útil ayudando a las damas a bajar por los empinados acantilados hasta la playa, portando pesadas canastas de merienda, conduciendo un carrito tirado por un *pony* en Penarth y trabajando en el parque de diversiones de Whitmore Bay.

Estaba a pocas horas de su casa, pero la distancia era inconmensurable. La gente de aquí pertenecía a otro mundo. Rhys Williams jamás se había imaginado que existieran personas tan bellas, con tan espléndidos atavíos.

Las mujeres le parecían reinas y los hombres eran todos elegantes, magníficos. Éste era el mundo que le correspondía, y no dejaría de hacer nada que fuera necesario para incorporarse a él.

Cuando Rhys Williams cumplió catorce años ya había ahorrado lo suficiente para comprarse un billete para Londres. Los primeros tres días los pasó simplemente recorriendo a pie la inmensa ciudad, contemplándolo todo, absorbiendo ávidamente las increíbles vistas, los sonidos, los aromas.

Su primer trabajo fue de repartidor en una sedería. Había dos empleados —ambos seres superiores— y una empleada que le hacía latir el corazón al joven cuando la miraba. Los hombres trataban a Rhys como debía ser tratado, es decir, como basura. Era un objeto raro. Vestía de manera peculiar, tenía unos modales espantosos y hablaba con acento incomprensible. Ni siquiera podían pronunciar bien su nombre. Le llamaban Rice, Rye, Rise. Se pronuncia Riis, no hacía más que corregirles Rhys.

La chica se compadeció de él. Su nombre era Gladys Simpkins y compartía un diminuto apartamento en Tooting con otras tres compañeras. Un día le permitió al muchachito que la acompañara a pie hasta su casa después del trabajo, y lo invitó a tomar una taza de té. El joven Rhys estaba dominado por los nervios. Pensó que iba a ser su primera experiencia sexual, pero cuando intentó rodear a Gladys con un brazo, ella se quedó mirándolo un momento, y luego se rió.

—Nada de eso conmigo —dijo—. Pero te voy a dar un consejo. Si quieres llegar a ser alguien, consíguete ropas adecuadas, un poco de educación, y aprende a comportarte como es debido. —Gladys estudió el delgado, apasionado rostro juvenil, miró los ojos color azul intenso de Rhys, y añadió, con dulzura—. Vas a estar muy bien cuando crezcas.

Si quieres llegar a ser alguien... En ese instante nació el Rhys Williams ficticio. El verdadero Rhys Williams era un chico ignorante, inculto, sin urbanidad, sin pasado, sin futuro. Pero tenía imaginación, inteligencia y una ardiente ambición. Era suficiente. Comenzó con la imagen de lo que aspiraba a ser, de lo que se había propuesto ser. Cuando se miraba en el espejo no veía el niño torpe y sucio, de acento extraño; la estampa de su espejo era pulida, afable, triunfal.

Poco a poco Rhys empezó a ajustarse a la imagen que tenía en su mente.

Asistía a la escuela nocturna y pasaba los fines de semana en las galerías de arte. Frecuentaba las bibliotecas públicas e iba al teatro —en el gallinero— y se dedicaba a estudiar las hermosas prendas que vestían los hombres de los palcos. Se privaba de alimentos para poder ir una vez por mes a un buen restaurante donde copiaba cuidadosamente los modales de la mesa. Observaba, aprendía y recordaba. Era como una esponja que borraba el pasado y se empapaba del futuro.

En un breve año, Rhys había asimilado lo necesario para darse cuenta de que Gladys Simpkins, su princesa, era una chica ordinaria, inferior, que ya no complacía su gusto. Dejó la sedería y se fue a trabajar como dependiente en un negocio farmacéutico que formaba parte de una gran cadena. En aquel tiempo ya contaba dieciséis años, pero parecía mayor. Era más robusto y más alto. Las mujeres comenzaban a prestar atención a su atractivo aspecto galés y a su rápida labia aduladora. De inmediato fue un éxito en la farmacia. Las mujeres esperaban hasta que se desocupara Rhys para que las atendiese. Se vestía bien y hablaba con corrección. Había recorrido un largo camino desde Gwent y Carmarthen, pero cuando se miraba en el espejo, no estaba aún satisfecho. El viaje que había proyectado todavía no había comenzado.

Al cabo de dos años Rhys era ascendido a gerente de la firma donde trabajaba. El gerente regional de la cadena le dijo:

—Williams, esto es sólo el comienzo. Ponga mucho empeño y algún día será supervisor de media docena de sucursales.

Rhys casi se echa a reír. ¡Pensar que eso podía ser la máxima aspiración de alguien! Rhys no había dejado las clases nocturnas. Estaba estudiando administración de empresas, economía y derecho comercial.

Apuntaba más alto. La imagen que le devolvía el espejo se hallaba en la cima de la escalera; Rhys se sentía aún en el peldaño inferior. La oportunidad de ascender le llegó un día, cuando un vendedor de una droguería entró, advirtió cómo Rhys utilizaba su encanto para inducir a unas damas a comprar productos que no necesitaban, y le dijo:

—Estás perdiendo tu tiempo aquí, muchacho. Deberías trabajar para alguien más importante.

—¿Qué quieres decir?

—Permíteme que le hable a mi jefe sobre ti.

Dos semanas más tarde, Rhys había sido contratado como vendedor por un pequeño laboratorio de especialidades farmacéuticas. Era uno de los cincuenta vendedores, pero cuando Rhys se miraba en su espejo especial, sabía que eso no era cierto. El único competidor que tenía era él mismo. Se estaba aproximando a su imagen; estaba más cerca del personaje ficticio que iba creando. Un hombre inteligente, culto, refinado, encantador. Lo que intentaba hacer era imposible. Todo el mundo sabía que había que nacer con esas cualidades; no se podían inventar. Sin embargo, Rhys lo consiguió. Se convirtió en la imagen que se había forjado.

Recorrió el país vendiendo los productos de la empresa, conversando, escuchando. Regresaba a Londres lleno de sugerencias prácticas, y pronto comenzó a trepar por la escalera.

Tres años después de haber ingresado en la compañía lo nombraban gerente general de ventas. Bajo su diestra conducción, la firma comenzó a expandirse.

Cuatro años más tarde, Sam Roffe entró en su vida. Había percibido la avidez de Rhys.

—Usted es como yo —había dicho Sam Roffe—. Nosotros queremos ser dueños del mundo. Yo le enseñaré cómo lograrlo. —Y lo hizo.

Sam Roffe fue un brillante mentor. En el curso de los nueve años siguientes bajo la tutela de Sam Roffe, Rhys había llegado a ser imprescindible para la empresa. A medida que pasaba el tiempo, le asignaban más responsabilidades: la organización de diversos departamentos, la localización de problemas en cualquier parte del mundo donde se lo necesitara, la coordinación de diferentes filiales de Roffe e Hijos creando nuevas pautas comerciales. Por último, Rhys era el que más sabía sobre conducción de la compañía salvo el mismo Sam Roffe. Rhys Williams era el heredero lógico de la presidencia. Una mañana, Rhys y Sam Roffe regresaban de Caracas en un *jet* de la empresa, un lujoso Boeing 707-320 transformado, perteneciente a una flota de ocho aviones. Sam Roffe felicitó a Rhys por haber concluido un acuerdo muy lucrativo con el gobierno venezolano.

—Tendrá una gruesa gratificación por esto, Rhys.

Rhys respondió con voz serena:

—No quiero una recompensa, Sam. Preferiría algunas acciones y un

puesto en el Consejo de Administración.

Se lo merecía, y ambos lo sabían. Sin embargo, Sam dijo:

—Lo siento. No puedo alterar los reglamentos, ni siquiera por usted. Roffe e Hijos es una empresa en manos privadas. Nadie que no pertenezca a la familia puede poseer acciones ni sentarse en el Consejo de Administración.

Rhys ya lo sabía, desde luego. Asistía a todas las reuniones del Consejo, pero no como miembro. Era un extraño. Sam Roffe era el último hombre del linaje Roffe directo. Los otros Roffe, primos de Sam, eran todas mujeres. Sus maridos integraban el Consejo de Administración de la compañía. Walther Gassner, casado con Anna Roffe; Ivo Palazzi, casado con Simonetta Roffe; Charles Martel, casado con Hélène Roffe.

Y *Sir Alec Nichols*, cuya madre había sido una Roffe.

De modo que Rhys se vio forzado a tomar una decisión. Sabía que merecía formar parte del Consejo, que algún día él dirigiría la empresa. Las circunstancias actuales lo impedían, pero las circunstancias cambiaban. Rhys había resuelto quedarse, esperar y ver qué sucedía. Sam le había enseñado a ser paciente. Y ahora Sam había muerto.

Las luces de la oficina volvieron a encenderse. Hajib Kafir estaba parado en la puerta. Kafir era el gerente de ventas de la filial turca de Roffe e Hijos. Era un hombre bajo, moreno, que lucía diamantes y un vientre abultado como ufanos ornamentos. Tenía el aspecto desgredado del hombre que se había vestido a toda prisa. Quería decir que Sophie no le había encontrado en un *night club*. «Qué más da —pensó Rhys—. Un efecto colateral de la muerte de Sam Roffe. *Coitus interruptus*».

—¡Rhys! —exclamó Kafir—. ¡Perdóneme, mi querido amigo! ¡No tenía idea de que estuviera en Estambul! Usted iba a tomar un avión, y yo tenía un asunto urgente...

—Siéntese, Hajib. Escuche con atención. Quiero que envíe cuatro cables en el código de la compañía. Van a diferentes países. Quiero también que los entreguen a mano nuestros propios mensajeros. ¿Comprende?

—Por supuesto —admitió Kafir, azorado—. Perfectamente.

Rhys echó un vistazo al fino reloj Baume & Mercier de oro que llevaba en la muñeca.

—El correo de Nueva York estará cerrado. Envíe los cables desde Yeni

Posthane Cad. Quiero que dentro de treinta minutos ya hayan salido. —Le entregó a Kafir una copia del texto que había redactado—. Cualquiera que discuta sobre esto será inmediatamente despedido.

Kafir miró brevemente el mensaje y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué barbaridad! —Contempló el rostro sombrío de Rhys—. ¿Cómo... cómo ocurrió algo tan tremendo?

—Sam Roffe murió en un accidente.

Entonces, por primera vez, Rhys se permitió pensar en lo que había tratado de alejar de su pensamiento consciente, en lo que había tratado de no pensar: en Elizabeth Roffe, la hija de Sam. Ella tenía ahora veinticuatro años. Cuando Rhys la conoció, era una chiquilla de quince, con ortodoncia, terriblemente tímida y gorda, una solitaria rebelde. Con el transcurso del tiempo Elizabeth se había convertido en una joven muy especial, con la belleza de su madre y la inteligencia y el espíritu de su padre. Quería muchísimo a Sam. Rhys sabía cuánto la afectaría esta noticia. Tendría que decírselo él mismo.

Dos horas más tarde, Rhys Williams volaba sobre el Mediterráneo en un avión de la compañía rumbo a Nueva York.

Capítulo 2

Berlín.

Lunes, 7 de septiembre.

Diez de la mañana.

Anna Roffe Gassner sabía que no debía volver a gritar porque si no, vendría Walther y la mataría. Se acurrucó en un rincón de su dormitorio temblando descontroladamente, esperando la muerte. Lo que comenzó como un bello cuento de hadas había terminado en el terror, en el horror atroz. Había esperado demasiado tiempo en enfrentar la verdad: se había casado con un maniático homicida.

Anna Roffe jamás había amado a nadie antes de conocer a Walther Gassner, ni siquiera a su madre, ni a su padre, ni a sí misma. Había sido una niña endeble, enfermiza, que se desmayaba con frecuencia. No recordaba un momento de su vida en que no hubiese estado atada a hospitales, enfermeras o especialistas que hacían venir desde remotos lugares. Como su padre era Antón Roffe, de Roffe e Hijos, los médicos más renombrados acudían a la cabecera de Anna, en Berlín. Sin embargo, cuando acababan de examinarla y estudiarla, partían sin haber sacado nada en limpio. No podían diagnosticar su enfermedad.

Anna no pudo asistir a la escuela como otros niños. Con el tiempo, se convirtió en una chica introvertida y se creó un mundo propio lleno de sueños y fantasías, donde no permitía que nadie entrara. Pintaba sus propios cuadros de la vida porque le resultaba muy difícil aceptar los colores de la realidad. Al cumplir los dieciocho años sus mareos y desmayos desaparecieron tan

misteriosamente como habían comenzado. Pero le habían estropeado la vida. A la edad en que la mayoría de las chicas se comprometían o se casaban, Anna no había sido siquiera besada por un muchacho. Quería autoconvencerse de que no le importaba. Se contentaba con vivir su propia vida de ensueños, separada de todo y de todos. Pasando ya los veinte se le acercaron pretendientes, porque Anna Roffe era una heredera que ostentaba uno de los apellidos más prestigiosos del mundo, y muchos hombres estaban ansiosos por compartir su fortuna. Recibió propuestas de un conde sueco, de un poeta italiano y de una media docena de príncipes de países pobres. Anna los rechazó a todos. En el trigésimo cumpleaños de su hija, Antón Roffe se quejó de que se iba a morir sin haber tenido nietos.

Cuando cumplió los treinta y cinco, Anna fue a Kitzbühel en Austria, y allí conoció a Walther Gassner, un profesor de esquí trece años menor que ella.

La primera vez que lo vio, sintió literalmente que se le cortaba la respiración. Walther bajaba esquiando el Hahnenkamm, la pronunciada pista de carreras, y fue el espectáculo más hermoso que ella jamás hubiese contemplado. Anna se aproximó más al pie de la pista para poder verlo mejor. Era como un joven dios, y quedó satisfecha con sólo mirarlo. Walther se percató de que estaba siendo observado atentamente.

—¿No esquía, gnädiges Fraülein?

Ella sacudió la cabeza. No confiaba en su propia voz. Él le sonrió, y dijo:

—Entonces permítame invitarla a almorzar.

Anna huyó aterrada como una colegiala. A partir de ese momento, Walther Gassner la persiguió. Anna no era tonta, tenía conciencia de que no era ni bonita ni brillante, que era una mujer del montón y que, aparte de su apellido, tenía al parecer muy poco que ofrecer a un hombre.

Sin embargo, sabía que detrás de esa fachada común se escondía una joven hermosa, sensible, llena de amor, poesía y música.

Quizá porque no era bella, experimentaba un profundo respeto por la belleza. Iba a los grandes museos y se pasaba horas admirando los cuadros y las estatuas. Cuando vio a Walther Gassner fue como si todos los dioses hubiesen cobrado vida para ella.

Anna estaba desayunando en la terraza del Hotel Tennerhof el segundo

día cuando Walther Gassner se reunió con ella. Realmente parecía un joven dios. Tenía un perfil bien definido, y sus facciones eran agradables, finas, fuertes. Su rostro estaba intensamente bronceado, y sus dientes eran blancos y regulares. Tenía pelo rubio y ojos de un tono gris pizarra. Debajo de su equipo de esquiador, Anna percibía el movimiento de sus bíceps y de los músculos de sus muslos, y sintió un escalofrío en la espalda.

Escondió las manos en la falda para que él no pudiese notar que tenía la piel reseca.

—La busqué en las pistas ayer por la tarde —dijo Walther. Anna no podía hablar—. Si no sabe esquiar, me gustaría enseñarle. —Sonrió y agregó—: Gratis.

La llevó al Hausberg, la pista de los principiantes, para la primera lección. De inmediato ambos advirtieron que Anna no tenía talento para el esquí. No hacía más que perder el equilibrio y caerse, pero insistía en volver a intentar una y otra vez porque temía que Walther la despreciara si fracasaba. No obstante, después de la décima caída, Walther la levantó, diciéndole con voz suave:

—Tú naciste para hacer cosas mejores que ésta.

—¿Qué cosas? —preguntó Anna, desdichada.

—Te lo diré esta noche en la cena.

Cenaron esa noche y desayunaron a la mañana siguiente. Después almorzaron y cenaron nuevamente. Walther descuidaba a sus clientes. Faltaba a sus clases de esquí para poder ir al pueblo con Anna. La llevó al casino de Der Goldene Greif, y pasearon en trineo, fueron de compras y se sentaron en la terraza del hotel a charlar horas y horas. Para Anna fue una época mágica.

A los cinco días de haberse conocido, Walther le tomó las manos entre las suyas, y le dijo:

—Anna, *liebchen*, quiero casarme contigo.

Lo arruinó todo. La había sacado de su cuento de hadas trayéndola de vuelta a la cruel realidad de lo que era y de quién era. Un feo premio virginal de treinta y cinco años para los cazadores de fortunas.

Intentó marcharse, pero Walther se lo impidió.

—Nos queremos, Anna. No puedes escapar a esa verdad.

Ella lo escuchó mentir, lo escuchó declarar:

—Jamás he amado a nadie —y le facilitó las cosas porque ansiaba desesperadamente creerle.

Lo invitó a su apartamento y allí se sentaron a conversar. Mientras Walther le iba relatando la historia de su vida, Anna de pronto comenzó a creer, pensando admirada: «realmente es la historia de mi propia vida».

Al igual que ella, Walther no había tenido jamás a nadie a quién amar. Había sido apartado del mundo por el hecho de haber nacido bastardo, tal como Anna había estado apartada por su enfermedad. Como ella, Walther se había llenado de la necesidad de amar. Se había criado en un orfanato. Cuando tenía trece años y ya era manifiesta su extraordinaria apostura, las mujeres del asilo comenzaron a utilizarlo, invitándolo a sus dormitorios por la noche, llevándoselo a la cama, enseñándole cómo complacerlas. Como recompensa le daban al niño más comida y carne, y postres hechos con azúcar de verdad. Recibió de todo menos amor.

Cuando Walther tuvo la edad suficiente para huir del orfanato se dio cuenta que el mundo exterior no era diferente. Las mujeres querían aprovecharse de su atractivo aspecto, usarlo como un emblema, pero nunca iban más a fondo. Le regalaban dinero, ropas y alhajas, pero no se entregaban jamás a sí mismas.

Anna llegó a la conclusión de que Walther era su alma gemela. Se casaron en una sencilla ceremonia en la sala del ayuntamiento.

Anna creyó que su padre se pondría muy contento. En cambio, tuvo un acceso de furia.

—Eres una idiota vanidosa —le gritó Antón Roffe—. Te has casado con un deshonesto cazador de dotes. He mandado que investigaran su pasado. Toda su vida ha vivido de las mujeres, pero nunca había encontrado una lo suficientemente estúpida como para casarse con él.

—¡Basta ya! —gimió Anna—. Tú no lo comprendes.

Sin embargo, Antón Roffe sabía que entendía a Walther Gassner demasiado bien.

Le pidió a su flamante yerno que fuese a verlo a su oficina.

Walther paseó la vista con admiración por el oscuro entablado y los antiguos cuadros que colgaban de las paredes.

—Me gusta este lugar —dijo.

—Sí. No dudo que es mejor que el orfanato.

Walther levantó la vista rápidamente. De repente su mirada fue cautelosa.

—Perdón. ¿Cómo ha dicho?

—Dejémonos de tonterías. Usted ha cometido un error. Mi hija no posee dinero.

Los ojos grises de Walther parecían de piedra.

—¿Qué trata de decirme?

—No trato de decirle nada. Se lo digo. Usted no obtendrá nada de Anna porque Anna no tiene nada. Si hubiese hecho sus deberes con más aplicación se habría enterado de que Roffe e Hijos es una empresa familiar muy cerrada. Eso significa que no se puede vender ni una de sus acciones. Vivimos cómodamente, pero eso es todo. Aquí no hay ninguna gran fortuna que exprimir. —Registró su bolsillo y extrajo un sobre, que tiró sobre el escritorio, frente a Walther—. Esto lo recompensará por la molestia. Espero que a las seis haya abandonado Berlín. No quiero que Anna vuelva a tener noticias suyas.

Walther dijo con tranquilidad:

—¿No se le pasó por la mente que me pueda haber casado con Anna porque me enamoré de ella?

—No. ¿Acaso se le pasó a usted?

Walther lo miró por un momento.

—Veamos cuál es mi precio de mercado. —Abrió el sobre y contó el dinero. Volvió a mirar a Antón Roffe—. Yo me cotizo mucho más alto que veinte mil marcos.

—Eso es todo cuanto obtendrá. Considérese afortunado.

—Efectivamente. Si quiere saber la verdad, creo que soy muy afortunado.

—Gracias. —Guardó el dinero en el bolsillo con un gesto displicente, y se marchó al instante.

Antón Roffe se sintió aliviado. Experimentó una leve sensación de culpa y desagrado por lo que había hecho; no obstante sabía que era la única solución. Anna se pondría triste al verse abandonada por su marido, pero era mejor que ocurriera ahora y no más adelante. Él trataría de que conociera algunos candidatos apropiados de su misma edad, que al menos la respetaran, si es que no la amaban. Alguien que se interesara por ella y no por su fortuna

ni su apellido. Alguien que no se vendiera por veinte mil marcos.

Cuando Antón Roffe regresó a su casa Anna corrió a recibirlo con lágrimas en los ojos. Él la tomó en sus brazos, la estrechó contra su pecho y le dijo:

—Anna, *liebchen*, todo pasará. Te olvidarás de él...

Antón miró por encima del hombro de su hija. De pie junto a la puerta se hallaba Walther Gassner. Anna levantó el dedo y dijo:

—¡Mira lo que me regaló Walther! ¿No te parece el anillo más precioso que has visto en tu vida? ¡Le costó veinte mil marcos!

Finalmente, los padres de Anna se vieron forzados a aceptar a Walther Gassner. Como regalo de bodas les obsequiaron una hermosa mansión Schinkel en Wannsee con mobiliario francés, adornada con antigüedades, cómodos sillones y butacas, un escritorio Roentgen en la biblioteca y paredes tapizadas con estanterías de libros. La planta alta, decorada con elegantes muebles del siglo XVIII de Dinamarca y Suecia.

—Es demasiado —le comentó Walther a Anna—. No quiero nada de ellos ni de ti. Desearía poder comprarte yo las cosas bellas, *liebchen*. —Le dirigió su sonrisa juvenil, y añadió—: Pero no tengo dinero.

—Claro que sí. Todo lo que yo tengo te pertenece.

Walther le sonrió dulcemente.

—¿Sí?

Por insistencia de Anna, ya que Walther se mostraba reacio a hablar de dinero, ella le explicó su situación económica. Poseía un fondo fiduciario que le alcanzaba para vivir holgadamente, pero el grueso de su fortuna eran las acciones en Roffe e Hijos. Las acciones no podían venderse sin el consentimiento unánime del Consejo de Administración.

—¿A cuánto asciende tu capital?

Anna se lo dijo. Walther no podía creerlo. Le hizo repetir la suma.

—¿Así que no puedes venderlo?

—No. Mi primo Sam no lo permite. Él retiene el paquete mayoritario.

Walther manifestó su deseo de trabajar en la empresa familiar. Antón Roffe se opuso a la idea.

—¿Qué puede aportar a Roffe e Hijos un vago esquiador?

Pero, a la larga, cedió ante su hija, y a Walther se le concedió un puesto

de administrativo en la compañía. Desempeñó su trabajo en forma excelente y avanzó con gran rapidez. Dos años más tarde, al morir el padre de Anna, pasó a integrar el Consejo de Administración. Anna estaba sumamente orgullosa de él. Era el perfecto marido y amante. Siempre le traía flores y pequeños regalos, y parecía feliz de quedarse en casa por la noche, los dos solos. A Anna se le hacía difícil resistir semejante felicidad. Daba gracias a Dios en silencio.

Anna aprendió a cocinar para poder preparar las comidas preferidas de Walther. Hacía chucrut, un fondo de col fermentada y cremoso puré de patatas con una costillita de cerdo ahumada, una salchicha común y una de Nuremberg. Preparaba filete de cerdo cocido en cerveza, sazonado con comino, y lo servía con una manzana asada, pelada y sin el corazón, con el centro lleno de aïelles, las pequeñas fresas rojas.

—Eres la mejor cocinera del mundo, *liebchen* —la elogiaba Walther, y Anna se ruborizaba de placer.

Durante el tercer año de matrimonio, Anna quedó embarazada.

Sufrió mucho en los primeros ocho meses, pero lo soportó con alegría. Lo que la preocupaba era otra cosa.

Comenzó un día después del almuerzo. Había estado tejiendo un *pullóver* para Walther, soñando despierta. De pronto oyó la voz de Walther que le decía:

—Por Dios, Anna, ¿qué haces aquí sentada en la oscuridad?

La tarde se había convertido en crepúsculo. Bajó la vista para mirar al *pullóver* que tenía en la falda y que no había tocado. ¿Cómo se había pasado el día? ¿Por dónde había vagado su mente? Después de esa experiencia, tuvo otras similares, y comenzó a preguntarse si ese pasar inadvertidamente a un estado de inconsciencia no sería un mal augurio, un presagio de que se iba a morir. Creía no temerle a la muerte, pero no soportaba la idea de abandonar a Walther.

Cuatro semanas antes de la fecha del parto Anna entró en uno de sus habituales ensueños, tropezó y cayó por un tramo de las escaleras.

Se despertó en el hospital.

Walther se hallaba sentado en el borde de la cama, sosteniéndole una mano.

—Me diste un susto tremendo.

Poseída por el pánico, ella pensó: «¡El bebé! No siento al bebé». Extendió una mano hacia abajo. Tenía el vientre plano.

—¿Dónde está mi bebé?

Walther la estrechó firmemente:

El médico dijo:

—Tuvo mellizos, señora de Gassner.

Anna se volvió hacia Walther. Los ojos de él estaban empañados de lágrimas.

—Un niño y una niña, *liebchen*.

Anna se sintió morir de felicidad. Experimentó un ansia repentina e irresistible de abrazarlos. Debía verlos, tocarlos, alzarlos.

—Vamos a hablar de eso cuando se sienta mejor —cortó el médico—. Hasta que usted se sienta más fuerte.

Le aseguraban que cada día se iba reponiendo más, pero ella estaba asustada. Le ocurría algo que no entendía. Walther llegaba, le tomaba la mano y se despedía. Ella lo miraba sorprendida y comenzaba a decir: «Pero si acabas de llegar...». Entonces echaba un vistazo al reloj, y habían transcurrido tres o cuatro horas.

No sabía dónde se habían ido.

Tenía una leve noción de que le habían traído a los niños por la noche y de que se había quedado dormida. No recordaba con mucha claridad, y temía preguntar. No importaba. Los tendría para ella sola cuando Walther la llevara a casa.

Finalmente llegó el día maravilloso. Anna abandonó el hospital en un sillón de ruedas por más que afirmaba tener fuerzas para caminar. En realidad se sentía muy débil, pero estaba tan excitada que nada le importaba, salvo el Tícheo de que iba a ver a sus bebés. Walther la cogió en sus brazos para entrar en la casa y enfiló hacia la escalera, para subir al dormitorio.

—¡No, no! Llévame al cuarto de los niños.

—Ahora debes descansar, querida. No estás lo suficientemente repuesta para...

Ella no oyó el final de la frase. Se desprendió de sus brazos y corrió al cuarto de los niños.

Como las persianas estaban bajadas y la habitación a oscuras, esperó unos instantes para adaptarse. Tanta era su emoción que se mareó. Tenía miedo de desmayarse.

Walther entró tras ella. Le hablaba tratando de explicarle algo, pero sus palabras carecían de toda importancia.

Porque ellos estaban allí. Los dos dormían en sus cunitas. Anna se les acercó despacito para no despertarlos y se quedó ahí parada, contemplándolos. Eran los bebés más hermosos que jamás hubiese visto. Hasta podía apreciar que el niño tendría las atractivas facciones de Walther y su espeso pelo rubio. La nena era una muñequita delicada, de pelo suave, dorado, y carita pequeña, triangular.

Se volvió hacia Walther y le dijo, con voz ahogada:

—Son preciosos. Estoy... estoy tan contenta.

—Vamos, Anna —le susurró Walther. Le rodeó los hombros y la atrajo hacia sí. Había en él un ansia feroz, y ella comenzó a estremecerse. Tanto tiempo que no hacían el amor. Walther tenía razón. Habría tiempo de sobra para los niños, más adelante.

Al varón le puso de nombre Peter, y a la chica, Birgitta. Eran dos hermosos milagros que ella y Walther habían creado, y Anna se pasaba las horas en el cuarto de sus hijos jugando con ellos, hablándoles. Aunque no podían, entenderla aún, sabía que podían percibir su amor.

En ocasiones, en la mitad de un juego, daba una vuelta y divisaba a Walther parado junto a la puerta, de regreso de la oficina. Entonces caía en la cuenta de que de alguna manera había transcurrido todo el día.

—Ven aquí con nosotros. Estamos jugando.

—¿Ya has preparado la cena? —le preguntaba Walther, y de pronto ella se sentía culpable. Decidía prestarle más atención a su marido y menos a los pequeños, pero al día siguiente volvía a suceder lo mismo. Los mellizos eran como un imán irresistible que la atraía. Anna seguía amando mucho a Walther, y trataba de aliviar su culpa pensando que los niños eran también parte de él. Todas las noches, en cuanto Walther se dormía, salía de la cama y se iba al cuarto de los chicos; allí se sentaba y los miraba hasta que comenzaba a filtrarse el amanecer en la habitación.

Volvía rápidamente a su cuarto y se metía en la cama antes de que

Walther se despertara.

Una vez, en medio de la noche, Walther entró en el cuarto de sus hijos y la pescó.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Nada, querido. Estaba...

—¡Vuelve a la cama!

Jamás le había hablado de ese modo.

Durante el desayuno, dijo Walther:

—Creo que deberíamos tomarnos unas vacaciones. Nos va a hacer bien alejarnos.

—Pero, Walther, los niños son muy pequeños para viajar.

—Yo hablo de nosotros dos.

Anna movió la cabeza.

—No podría dejarlos.

Walther le tomó una mano.

—Quiero que te olvides de las criaturas.

—¿Que me olvide de ellos? —Su voz denotaba espanto.

Él la miró a los ojos.

—Anna, ¿recuerdas qué bien lo pasábamos los dos antes de que quedaras embarazada, los bellos momentos que compartíamos? ¿La alegría que sentíamos de estar juntos, los dos solos, sin que nadie nos molestara?

Entonces lo comprendió. Walther estaba celoso de los niños.

Las semanas y los meses pasaron rápidamente. Walther nunca se acercaba a sus hijos. El día de su cumpleaños, Anna les compraba bonitos regalos. Walther se las ingeniaba para alejarse siempre de la ciudad por asuntos de negocios. Anna no podía seguir engañándose toda la vida. La verdad era que Walther no sentía el menor interés por los niños.

Anna pensaba que tal vez fuese por culpa de ella, porque sentía demasiado interés por ellos. Obsesionada era el término que empleaba Walther. Él le había pedido que fuese a ver a un doctor, y había ido sólo por complacer a su marido. Pero el médico era un tonto. Apenas empezó a hablarle, Anna se encerró en sí misma y dejó que su mente vagara hasta que le oyó decir:

—Ha terminado la sesión. ¿La veo la semana que viene?

—Desde luego.

Y jamás volvió.

Anna opinaba que el problema era tanto de Walther como de ella. Era culpa suya por amar demasiado a los pequeños, y culpa de él por no amarlos lo suficiente.

Aprendió a no mencionar a los niños en presencia de Walther. Pero apenas podía aguantar que él se fuera al trabajo para acudir al cuarto de sus bebés y poder estar con ellos. Salvo que ya no eran bebés. Habían festejado su tercer cumpleaños, y Anna presentía qué aspecto tendrían cuando fuesen adultos. Peter era alto para su edad, y tenía un cuerpo robusto, atlético, como su padre. Anna solía sentarlo en su falda y canturrear:

—Ah, Peter, ¿qué vas a hacer con las pobres *Frauleins*? Sé amable con ellas, mi hijo querido. Se rendirán ante ti.

Peter le sonreía con timidez, y la abrazaba.

Anna, entonces, cogía a Birgitta. La niña era cada día más hermosa. No se parecía a su madre ni a su padre. Tenía rizos rubios y una piel delicada, como de porcelana. Peter había heredado el temperamento vehemente de Walther, y a veces Anna debía pegarle unos suaves coscorrónes. Sin embargo, Birgitta era un ángel. Cuando Walther no estaba en la casa, Anna les ponía discos o les leía. El libro preferido de los niños era *101 Marchens*. Insistían para que Anna les leyera los cuentos de ogros y duendes y brujas una y otra vez. Por la noche, les hacía dormir entonándoles una canción de cuna:

Schlaf, Kindlein, schlaf Der Vater hüt't die Schaf...

Anna había rogado para que el tiempo suavizara la actitud de Walther, para que cambiara. Walther cambió, pero para empeorar. Odiaba a los pequeños. Al principio creyó que era porque quería todo su amor para él, que no estaba dispuesto a compartirlo con nadie. Poco a poco tomó conciencia de que no tenía nada que ver con su amor por ella. Tenía que ver con su odio por ella. Su padre había acertado: Walther se casó con ella por su fortuna. Los niños constituían una amenaza para él. Walther quería librarse de ellos. Le hablaba con más frecuencia sobre la venta de las acciones. «¡Sam no tiene ningún derecho de impedirnoslo! Podríamos coger todo ese dinero e irnos a alguna parte. Los dos solos».

Ella lo miró fijamente.

—¿Y los niños?

Los ojos de Walther tenían una mirada afiebrada.

—No. Escúchame. Por la tranquilidad de nosotros dos, tenemos que librarnos de ellos. Es necesario.

Fue entonces cuando empezó a ver claramente que su marido era un loco. Se sintió aterrada. Walther había despedido al servicio doméstico, excepto a una criada que venía una vez por semana. Anna y los niños se quedaban solos con él, a su merced. Walther necesitaba ayuda. Quizá no fuese demasiado tarde para curarse. En el siglo XV juntaban a los dementes y los encerraban de por vida en casas flotantes, *Narrenschiffe*, los barcos de los locos, pero en la actualidad, con la medicina moderna, Anna pensaba que se debía poder hacer algo por él.

Ese día de septiembre, Anna estaba sentada, acurrucada, en el piso de su dormitorio, donde Walther la había enclaustrado, esperando su regreso. Anna sabía lo que tenía que hacer. Por el bien de él, tanto como por el suyo y el de sus hijos.

Se levantó tambaleándose y se acercó al teléfono. Vaciló sólo un instante, lo tomó de nuevo y marcó el 110, el número de urgencia de la policía.

Una voz extraña le respondió al oído:

—*Hallo. Hier ist der Notruf der Polizei. Kann ich ihnen helfen?*

—*Ja, bine!* —A Anna se le estrangulaba la voz—. *Ich...*

De algún lado salió una mano, le quitó el receptor y lo colgó con un golpe.

Anna retrocedió.

—Por favor —suplicó—, no me hagas daño.

Walther se le aproximaba con un brillo en los ojos, hablando con tanta suavidad que ella apenas entendía las palabras.

—*Liebchen*, no te haré daño. Te amo, ¿no lo sabes? —La tocó, y a Anna se le puso la piel de gallina—. Simplemente, no queremos que venga la policía, ¿verdad? —Ella sacudió la cabeza de lado a lado, demasiado aterrorizada para responderle—. Los niños son la causa del problema, Anna. Debemos eliminarlos. Yo...

Abajo sonó el timbre de la puerta de la calle. Walther dudó un momento. Volvió a sonar.

—Quédate aquí —le ordenó—. Ya vuelvo.

Petrificada, Anna lo vio marcharse. Walther cerró la puerta detrás de él, y ella sintió el chasquido de la llave.

«Ya vuelvo», había dicho.

Walther Gassner bajó presuroso la escalera, fue hasta la puerta y atendió. Había un hombre, con uniforme gris de mensajero, que sostenía un sobre azul cerrado.

—Traigo un mensaje urgente para el señor Walther Gassner y señora.

—Sí. Lo recibo yo.

Cerró la puerta, contempló el sobre que tenía en la mano, y luego lo abrió. Lentamente leyó el mensaje que contenía:

Lamento profundamente informarle que Sam Roffe ha muerto en un accidente en la montaña. Preséntese por favor en Zurich el viernes al mediodía para una reunión urgente del Consejo de Administración.

Firmaba: «Rhys Williams».

Capítulo 3

Roma.

Lunes, 7 de septiembre.

Seis de la tarde.

Ivo Palazzi estaba de pie en el medio de su dormitorio. La sangre le chorreaba por la cara.

—*Mamma mia! Mi hai rovinato!*

—No he empezado siquiera a arruinarte, miserable *figlio di putana!* —le gritó Donatella.

Se hallaban ambos desnudos en el espacioso dormitorio de su apartamento, en la Via Montemignaio. Donatella poseía el cuerpo más sensual y voluptuoso que jamás hubiese contemplado Ivo Palazzi, e incluso ahora que le sangraban los terribles arañazos que le había marcado en la cara, él comenzó a sentir ese cosquilleo familiar en la espalda. Dios, qué hermosa era. Había en ella cierta inocencia decadente que lo enloquecía. Tenía el rostro de un leopardo, pómulos altos y ojos alargados, labios gruesos, labios que lo mordisqueaban, que lo chupaban y... pero no debía pensar en eso ahora.

Cogió un trapo blanco de una silla para contener la sangre; se dio cuenta demasiado tarde de que era su propia camisa. Donatella estaba arrodillada en la inmensa cama matrimonial, gritándole:

—¡Espero que te desangres y te mueras! ¡Cuando acabe contigo, porquería tratante de prostitutas, no quedará de ti ni lo suficiente para que un gatuno te cague encima!

Por enésima vez, Ivo Palazzi se preguntó cómo había podido llegar a semejante situación. Siempre se había vanagloriado de ser el más feliz de los hombres, y sus amigos compartían su opinión. ¿Sus amigos? ¡Todo el mundo! Porque Ivo no tenía enemigos. En la época de soltero había sido un romano irresponsable sin la más mínima preocupación, un Don Juan que era la envidia de la mitad de los hombres de Italia. Su filosofía se resumía en una frase. *Farsi onore con una donna*, «Hónrate a ti mismo con una mujer». Eso lo mantenía muy ocupado. Ivo era un verdadero romántico. No hacía más que enamorarse, y siempre utilizaba a su nuevo amor para olvidar el anterior. Adoraba a las mujeres y para él eran todas hermosas, desde las *putane*, que ejercían su antiguo oficio por la Via Appia, hasta las elegantísimas modelos que se contoneaban por la Via Condotti. Las únicas mujeres que no le atraían eran las norteamericanas. Eran demasiado independientes para su gusto. Además, ¿qué podía esperarse de un país con una lengua tan poco romántica que traducían el nombre de Giuseppe Verdi por Joe Green?

Ivo se las ingeniaba siempre para tener una decena de chicas en diversos estados de preparación. Había cinco etapas. En la etapa número uno estaban las chicas que acababa de conocer. Ellas recibían diariamente llamadas telefónicas, flores, delgados volúmenes de poesía erótica.

En la segunda etapa estaban aquellas a quienes enviaba regalitos de pañuelos Gucci y cofrecitos de porcelana con chocolates Perugia. Las de la tercera etapa recibían joyas y ropa, y se las llevaba a cenar a El Toula o La Taverna Flavia. Las comprendidas en la etapa cuatro compartían la cama con Ivo y gozaban de sus formidables aptitudes de amante. Una cita con Ivo era un acontecimiento. Su pequeño apartamento, hermosamente decorado, de la Via Margutta se llenaba de flores, garofani o papaveri. Ponía música de ópera, clásica o *rock*, según el gusto de la muchacha elegida. Ivo era un excelente cocinero, y una de sus especialidades era el *pollo alla cacciatora*, pollo a la cazadora. Después de cenar, una botella de *champagne* helado para beber en la cama... Ah, sí, a Ivo le encantaba la etapa cuatro.

Sin embargo, la etapa cinco era probablemente la más delicada de todas. Consistía en un desgarrador discurso de despedida, un generoso obsequio de separación y un lacrimoso *arrivederci*.

Pero todo eso pertenecía al pasado. Ivo Palazzi echó una mirada rápida a

su rostro arañado, sangrante, en el espejo que había sobre la cama, y se horrorizó. Parecía que le hubiese atrapado una trilladora enloquecida.

—¡Mira lo que me has hecho! —se quejó—. Cara, sé que no lo hiciste a propósito.

Se acercó a la cama para coger a Donatella en sus brazos. Los suaves brazos femeninos lo rodearon al intentar abrazarla. Ella enterró sus largas uñas en la espalda de Ivo y lo arañó como un animal salvaje. Ivo aulló de dolor.

—¡Grita! —bramó Donatella—. Si tuviera un cuchillo te cortarías el *cazzo* y te lo metería por la garganta.

—¡Por favor! —suplicaba Ivo—. Te oirán los chicos.

—¡Que oigan! —chilló ella—. Ya es hora de que sepan qué clase de monstruo es su padre.

Ivo dio un paso hacia la mujer.

—*Carissima...*

—¡No me toques! Le entregaría mi cuerpo al primer marinero sifilítico borracho que encontrara por la calle antes de permitir que vuelvas a acercarte a mí.

Ivo se irguió con el orgullo herido.

—Ésa no es la manera en que espero que me hable la madre de mis hijos.

—¿Quieres que te diga cosas bonitas? ¿Quieres que deje de tratarte como la sabandija que eres? —La voz de Donatella se convirtió en alaridos—. ¡Entonces dame lo que te pido!

Ivo miró nervioso en dirección a la puerta.

—*Carissima*, no puedo. No lo tengo.

—¡Entonces consíguemelo! ¡Me lo prometiste!

Donatella empezaba a ponerse de nuevo histérica, e Ivo decidió que lo mejor que podía hacer era irse antes de que los vecinos llamaran de nuevo a los carabineros.

—Conseguir un millón de dólares llevará algún tiempo —dijo, tratando de calmarla—. Pero... buscaré el modo.

Rápidamente se puso los calzoncillos y los pantalones, los calcetines y los zapatos, mientras Donatella daba vueltas indignada por la habitación. Sus magníficos pechos firmes se agitaban en el aire, e Ivo pensó: «¡Dios mío, qué

mujer! ¡Cómo la adoro!». Cogió su camisa ensangrentada. No tenía remedio. Se la puso sintiendo el frío pegajoso contra la espalda y el pecho. Echó una última mirada al espejo. Pequeños charquitos de sangre manaban aún de las profundas huellas de la cara donde Donatella le había hundido las uñas.

—*Carissima* —gimió Ivo—, ¿cómo haré para explicarle esto a mi esposa?

La mujer de Ivo Palazzi era Simonetta Roffe, heredera de la rama italiana de la familia Roffe.

Ivo era un joven arquitecto cuando conoció a Simonetta. Su empresa lo había enviado a supervisar unos arreglos que se estaban realizando en la villa de los Roffe, en Porto Ercole. En el instante en que Simonetta posó sus ojos en él, sus días de soltero ya estaban contados. Ivo llegó a la cuarta etapa con Simonetta la primera noche, y poco después ya se había casado con ella. Simonetta era tan decidida como encantadora, y sabía lo que quería: quería a Ivo Palazzi. Fue así como Ivo Palazzi se transformó de irresponsable soltero a marido de una hermosa y joven heredera. Abandonó sus aspiraciones en la arquitectura sin lamentarlo e ingresó en Roffe e Hijos, en un espléndido edificio de EUR, el sector de Roma que iniciara con tantas esperanzas el aciago *Duce*.

Ivo fue un éxito en la compañía desde el inicio. Era inteligente, aprendía con rapidez y todo el mundo lo adoraba. Era imposible no adorar a Ivo. Estaba siempre sonriente; era seductor. Los amigos le envidiaban su excelente disposición y se preguntaban cómo lo conseguiría. La respuesta era sencilla. Ivo mantenía oculto el lado oscuro de su personalidad. De hecho, era un hombre sumamente emocional, capaz de sentir profundos odios pasajeros, capaz de matar.

El matrimonio de Ivo y Simonetta iba viento en popa. En un principio él había temido que el matrimonio fuese una esclavitud, que ahogara su masculinidad, pero sus temores resultaron infundados. Simplemente se puso en un plan de austeridad reduciendo el número de amigas, y todo siguió como siempre.

El padre de Simonetta les compró una hermosa casa en Olgiate, una inmensa finca veinticinco kilómetros al norte de Roma, protegida por verjas cerradas y custodiada por guardias uniformados.

Simonetta era una esposa magnífica. Amaba a Ivo y lo trataba como a un rey, exactamente como él creía merecer. Simonetta tenía sólo un minúsculo defecto.

Cuando se ponía celosa, se transformaba en una fiera. En cierta ocasión sospechó que Ivo se había llevado a una compradora de viaje a Brasil. Él se indignó virtuosamente ante la acusación. Antes de que hubiera concluido la pelea, la casa estaba hecha pedazos. No quedó ni un plato ni un mueble sano, y muchos de ellos se habían quebrado sobre la cabeza de Ivo. Simonetta lo había perseguido con un cuchillo de carnicero amenazando con matarlo y luego matarse ella, e Ivo debió emplear toda su fuerza para arrebatarle el arma. Terminaron uno sobre otro luchando en el suelo; finalmente Ivo le arrancó la ropa y le hizo olvidar su cólera. Pero, después de ese incidente, Ivo fue mucho más discreto. Informó a la clienta que no podría realizar más viajes de negocios con ella, y desde entonces se cuidó muy bien de que nunca le alcanzara la más leve sombra de sospecha. Sabía que era el hombre más afortunado de la Tierra. Simonetta era joven, bella, inteligente y rica. Disfrutaban de las mismas cosas y de la misma gente. Era un matrimonio tan perfecto que algunas veces Ivo se preguntaba, mientras pasaba una chica de la etapa dos a la tres, y otra de la etapa cuatro a la cinco, por qué seguiría siendo infiel. Entonces se encogía de hombros filosóficamente. Alguien tenía que encargarse de hacer felices a esas mujeres.

Ivo y Simonetta llevaban tres años de casados cuando Ivo conoció a Donatella Spolini en un viaje de negocios a Sicilia. Más que un encuentro fue una explosión, dos planetas que se aproximaban y chocaban. Simonetta poseía el esbelto y delicado cuerpo juvenil esculpido por Manzú, mientras que Donatella tenía la figura exuberante, madura, de un Rubens. Su rostro era bellísimo, y sus ardientes ojos verdes inflamaban de pasión a Ivo. A la hora de haberse conocido ya estaban en la cama e Ivo, que siempre se había vanagloriado de su destreza amorosa, se dio cuenta de que era el alumno y Donatella su maestra.

Lo elevaba a cumbres que no había alcanzado antes, y el cuerpo de ella ejecutaba maravillas que él jamás hubiera soñado posibles. Ella era una inacabable cornucopia de placer. Cuando Ivo yacía en la cama, con los ojos cerrados saboreando las increíbles sensaciones, llegó a la conclusión de que

sería muy tonto de su parte si dejaba escapar a Donatella.

Donatella se convirtió en su amante. La única condición que ella le impuso fue que se deshiciera de las demás mujeres de su vida, salvo su esposa. Ivo accedió de buen grado. Eso había sido ocho años atrás, y en todo ese tiempo jamás fue infiel ni a su mujer ni a su querida. Satisfacer a dos mujeres hambrientas sería suficiente para dejar exhausto a un hombre normal, pero en el caso de Ivo fue exactamente lo contrario. Cuando hacía el amor con Simonetta pensaba en Donatella y en su cuerpo rosado, abundante y lo inundaba el placer. Y cuando le hacía el amor a Donatella pensaba en los jóvenes pechos de Simonetta, en su culo pequeño, y actuaba con un ardor salvaje. Podía estar con cualquiera de las dos, y siempre sentía que estaba engañando a la otra, lo cuál aumentaba en gran medida su placer.

Le compró un hermoso apartamento a Donatella en la Via Montemignaio, y pasaba con ella todo el tiempo posible. Anunciaba en casa un repentino viaje de negocios y, en vez de irse, se quedaba en la cama con Donatella. Iba a visitarla camino de su oficina, y permanecía con ella durante la siesta. En una ocasión viajó a Nueva York en el *Queen Elizabeth 2* con Simonetta, e instaló a Donatella en un camarote de la cubierta inferior. Ésos fueron los cinco días más estimulantes de su vida.

La noche que Simonetta le anunció que estaba embarazada, Ivo se llenó de una alegría indescriptible. Una semana más tarde Donatella le informó que ella estaba embarazada, e Ivo volcó su copa sobre el mantel.

«¿Por qué —se preguntaba— los dioses son tan bondadosos conmigo?». Con toda humildad, a veces reconocía que no se merecía todos los grandes placeres que se le concedían.

A su debido tiempo, Simonetta dio a luz una niña, y una semana más tarde Donatella dio a luz un varón. ¿Qué más podía pedir un hombre? Pero los dioses no habían acabado aún con Ivo. Poco después Donatella le informó que estaba nuevamente embarazada, y a la semana siguiente Simonetta quedó embarazada también. Nueve meses más tarde, Donatella le dio otro varón, y Simonetta obsequió a su marido con otra hija. Cuatro meses después ambas estaban embarazadas una vez más, y esta vez dieron a luz el mismo día. Ivo corría como enloquecido desde el *Salvator Mundi*, donde estaba internada Simonetta, hasta la Clínica Santa Chiara, adonde había llevado a Donatella.

Iba raudamente de hospital a hospital conduciendo por la Raccordo Anulare, saludando con la mano a las chicas que estaban sentadas frente a sus tiendecitas, debajo de sombrillas rosadas, esperando los clientes. Pasaba demasiado rápido como para verles la cara, pero las amaba a todas y les deseaba todos los bienes posibles.

Donatella tuvo otro niño, y Simonetta otra niña.

A veces deseaba que hubiera sido al revés. Era una ironía que su esposa le hubiera dado mujeres, y su amante, varones, porque le habría gustado que sus herederos varones llevaran su apellido. No obstante, era un hombre feliz. Tenía tres hijas legítimas y tres hijos clandestinos. Los adoraba y se portaba maravillosamente con ellos; recordaba sus cumpleaños, el día de sus santos y sus nombres. Las niñas se llamaban Isabella, Benedetta y Camilla. Los niños, Francesco, Carlo y Luca.

A medida que los chicos crecían, la vida se le fue complicando más a Ivo. Incluyendo a su mujer, su amante y sus seis hijos, Ivo tenía que dar abasto a ocho cumpleaños, ocho onomásticas y dos vacaciones por año.

Se aseguró que los colegios de las criaturas quedaran bien separados. Las chicas iban a Saint Dominique, el convento francés de la Via Cassia, y los niños a Massimo, la escuela jesuítica de EUR. Ivo conocía y tenía encantados a todos los maestros, ayudaba a los niños con sus deberes, jugaba con ellos, les arreglaba los juguetes rotos. Debió recurrir a todo su ingenio para manejar dos familias y mantenerlas aisladas, pero se dio maña. Era decididamente un padre, marido y amante ejemplar. Para Navidad permanecía en su casa con Simonetta, Isabella, Benedetta y Camilla. En Befana, el seis de enero, se vestía como Befana, la bruja, y repartía regalos y carbón, el azúcar negro muy apreciado por los niños, a Francesco, Carlo y Luca.

La mujer y la querida de Ivo eran amables; sus hijos eran vivaces y hermosos, e Ivo se enorgullecía de todos ellos. La vida era maravillosa.

Hasta que los dioses se cagaron en la cara de Ivo Palazzi.

Como sucede en la mayoría de los grandes desastres, éste se presentó sin avisar.

Ivo había hecho el amor con Simonetta esa mañana antes del desayuno, y luego se había ido directamente a la oficina, donde tuvo una mañana de trabajo muy provechoso. A la una le anunció a su secretario —un hombre,

impuesto por Simonetta— que estaría en una reunión el resto de la tarde.

Sonriendo ante la idea de los placeres que le esperaban, Ivo dio la vuelta a la construcción que bloqueaba el paso en la Lungo Tevere —donde hacía diecisiete años que estaban construyendo un paso subterráneo—, cruzó el puente hasta el Corso Francia, y media hora más tarde aparcaba en su garaje de la Via Montemignaio. En el momento en que abría la puerta del apartamento supo que estaba sucediendo algo terrible.

Francesco, Carlo y Luca estaban apretujados alrededor de Donatella, llorando. Cuando Ivo se acercó a Donatella, ella lo miró con tal expresión de odio que por un momento Ivo pensó que tal vez hubiese entrado en un piso equivocado.

—*Stronzo!* —le gritó ella.

Ivo miró en torno, azorado.

—*Carissima*, niños, ¿qué pasa? ¿Qué he hecho yo?

Donatella se puso de pie.

—¡Esto es lo que has hecho! —Le arrojó un ejemplar de la revista *Oggi* en la cara—. ¡Mira!

Desconcertado, se agachó a recoger la revista. En la portada, una fotografía de él, Simonetta y sus tres hijas. Él subtítulo rezaba: «Padre di Famiglia».

Dio! Se había olvidado del asunto. Meses atrás, la revista le había solicitado autorización para hacerle un reportaje y él tontamente había accedido. Pero jamás soñó que le pudiesen conceder semejante importancia. Miró a su llorosa amante y a los niños, y dijo:

—Puedo explicar esto...

—Sus compañeros de escuela ya se lo han explicado —bramó Donatella—. ¡Mis hijos volvieron llorando a casa porque en el colegio todos les llamaban bastardos!

—Cara, yo...

—El dueño del edificio y los vecinos nos trataron como si fuésemos leprosos. Ya no podemos caminar con la cabeza alta. Tengo que sacarlos de aquí.

Ivo se quedó mirándola, pasmado.

—¿Qué dices?

—Que me voy de Roma y me llevo a mis hijos.

—Son míos también —gritó él—. No puedes hacerlo.

—¡Intenta detenerme y te mato!

Fue una pesadilla. Ivo seguía ahí parado, contemplando a sus tres niños y a su querida amante con un ataque de nervios, y pensó: «Esto no puede estar sucediéndome a mí».

Pero Donatella no había acabado con él.

—Antes de irnos —le anunció—, quiero un millón de dólares. En efectivo.

Era tan ridículo que Ivo se puso a reír.

—Un millón...

—O me los consigues o hablo con tu mujer.

Eso había ocurrido seis meses antes. Donatella no había cumplido su amenaza —aún—, pero Ivo sabía que la iba a cumplir. Semana a semana había ido aumentando la presión. Lo llamaba a la oficina y le decía:

—No me interesa de dónde saques el dinero. ¡Consíguelo!

Ivo tenía una sola manera de conseguir una suma tan importante. Tendría que vender sus acciones en Roffe e Hijos. Era Sam Roffe quien impedía la venta. Sam, el que ponía en peligro el matrimonio de Ivo, su futuro. Había que pararlo. Si uno conocía a las personas adecuadas, se podía conseguir cualquier cosa.

Lo que más le dolía era que Donatella, su amante amorosa, apasionada, no lo dejaba ni tocarla. Podía visitar diariamente a los chicos, pero el dormitorio quedaba en zona vedada.

—Cuando me hayas conseguido el dinero —prometió Donatella— te permitiré hacerme el amor.

Por pura desesperación, Ivo llamó por teléfono una tarde a Donatella y le dijo:

—Voy para allá. Lo del dinero está arreglado.

Primero harían el amor y luego la aplacaría. Pero no resultó como él esperaba. Consiguió desvestirla, y cuando estaban ambos desnudos le confesó la verdad.

—Todavía no tengo el dinero, cara, pero muy pronto...

Fue entonces cuando Donatella lo atacó como un animal enfurecido.

Ivo rememoraba estas cosas mientras conducía su auto desde el apartamento de Donatella (como ahora lo consideraba) y giraba hacia el norte en la concurrida Via Cassia, rumbo a su casa, en Olgiate.

Se estudió el rostro en el espejo retrovisor. La hemorragia había disminuido, pero los arañazos estaban en carne viva. Miró su camisa, manchada de sangre. ¿Cómo le explicaría a Simonetta las heridas en la cara y la espalda? Atolondrado, por un instante pensó en decirle la verdad, pero descartó la idea apenas surgió en su mente. Quizá podría haberle confesado que en un momento de extravío mental se había acostado con una chica y la había dejado embarazada, y quizá difícilmente podría haber salido sano y salvo. Pero ¿tres hijos? ¿En un período de tres años? Su vida no valdría ni cinco liras. Ahora no había modo de evitar ir a su casa porque esperaban invitados a cenar, y Simonetta estaría aguardándole. Estaba atrapado. Su matrimonio había concluido. Solamente San Genaro, el patrón de los milagros, podía ayudarlo. Ivo reparó en un cartel, a un lado de la Via Cassia. De repente clavó los frenos.

Treinta minutos más tarde trasponía las rejas de Olgiate. Ignorando las miradas de extrañeza de los guardias al verlo arañado y con la camisa ensangrentada, recorrió los caminos serpenteantes y llegó a la casa. Detuvo el coche, abrió la puerta principal y entró en la sala. Simonetta e Isabella, su hija mayor, estaban en la habitación. Una mirada de consternación partió de Simonetta al ver a su marido.

—¡Ivo! ¿Qué te ha ocurrido?

Ivo sonrió con torpeza, tratando de ignorar el dolor que le causaba, y admitió, tímidamente:

—Creo que he cometido una tontería, cara...

Simonetta se le aproximaba estudiándole los rasguños. Ivo notó que entrecerraba los ojos. Al hablar, lo hizo con voz helada:

—¿Quién te ha arañado la cara?

—Tiberio —respondió Ivo, sacó de atrás, de la espalda, un enorme gato gris, horrible, que saltó de sus manos y se escapó a todo correr—. Lo compré para Isabella, pero el maldito me atacó cuando intentaba meterlo en la caja.

—*Pavero amore mio!* —En el acto Simonetta acudió a su lado—. *Angelo mio!* Vamos arriba, y te recuestas un rato. Llamaré al doctor. Voy a ver si

consigo tintura de yodo.

—¡No, no! Estoy bien —exclamó Ivo, con coraje. Tembló cuando ella lo rodeó con sus brazos—. ¡Cuidado! Me desgarró la espalda también.

—*Amore!* ¡Cómo debes estar sufriendo!

—No tanto. Me siento bien. —Y lo dijo con sinceridad.

Sonó el timbre de la puerta.

—Yo atiendo —dijo Simonetta.

—No, no. Atiendo yo —se apresuró a decir Ivo—. Estoy esperando unos papeles importantes de la oficina.

Se dirigió rápidamente a la puerta y la abrió.

—¿*Signor* Palazzi?

—Sí.

Un mensajero vestido con uniforme gris le entregó un sobre. Dentro había un cable de Rhys Williams. Ivo leyó el mensaje apresuradamente. Se quedó parado un rato largo.

Luego respiró hondo y se dirigió a la planta alta a prepararse para recibir a sus invitados.

Capítulo 4

Buenos Aires.

Lunes, 7 de septiembre.

Tres de la tarde.

El autódromo de Buenos Aires, en las afueras de la capital de la Argentina, estaba rebosante con cincuenta mil espectadores que habían acudido a presenciar el Gran Premio Internacional.

Era una carrera de ciento quince vueltas en el circuito de casi seis kilómetros. La carrera había empezado tres horas antes bajo un sol abrasador. Del contingente de treinta coches que habían tomado la salida sólo quedaban unos pocos. La multitud asistía a un acontecimiento histórico. Jamás había habido una carrera así, y quizá nunca volviese a haberla. Ese día estaban presentes todos los nombres que se habían convertido en leyenda en las pistas: Chris Amon de Nueva Zelanda y Brian Redman de Lancashire. Estaba el italiano Andrea di Adamici en un Alfa Romeo y Carlos Maco de Brasil en un March. También se hallaba el campeón belga Jacky Ickx y el sueco Reine Wisell.

La pista parecía un arco iris enloquecido, llena del torbellino de rojos, verdes, blancos, negros y dorados de los Ferrari, los Brabham, los McLaren y los Lotus.

Vuelta tras vuelta agotadora, los gigantes comenzaban a abandonar. Chris Amon estaba en cuarto lugar cuando se le trabó el acelerador. Golpeó de costado al Cooper de Brian Redman antes de poder controlar su coche apagando el encendido, pero ambos quedaron fuera de carrera. Reine Wisell

iba a la cabeza seguido de cerca por Jacky Ickx. En una curva se descompuso la caja de velocidades, y se prendió fuego en la batería y cables del sistema eléctrico. El coche comenzó a dar vueltas, al igual que el Ferrari de Jacky Ickx.

La multitud deliraba.

Tres coches habían dejado atrás a los demás. Jorge Amadori de la Argentina, pilotando un Surtees; Nils Nilsson de Suecia en un Matra; y un Ferrari 312 B-2 conducido por Martel, de Francia. Conducían extraordinariamente desafiando las rectas de la pista, arriesgándose en las curvas, adelantándose.

Jorge Amadori iba en la punta, y como era argentino, sus compatriotas le vitoreaban con frenesí. Muy cerca de Amadori venía Nils Nilsson al volante de un Matra azul, y detrás de él, el Ferrari rojo de Martel.

El coche del francés había pasado casi inadvertido hasta los últimos cinco minutos, cuando empezó a ganar posiciones. Se había colocado en el décimo lugar; luego en el séptimo; después, en el quinto. Y avanzaba con ímpetu. El público advirtió que el piloto francés se acercaba al número dos, Nilsson. Los tres autos corrían a velocidades superiores a los 290 kilómetros por hora. Esa velocidad era peligrosa en las pistas con protección en todo su perímetro como Brands Hatch o Watkins Glen, y también era un suicidio en la moderna pista argentina. Un comisario vestido de rojo, al lado de la pista, levantó la pizarra: «cinco vueltas».

El Ferrari del francés intentó pasar al Matra de Nilsson por el exterior y Nilsson se movió para impedirle el paso. Le llevaban ventaja a un coche alemán que iba por el centro de la pista y que quedó paralelo a la máquina de Nilsson. El coche francés se echó atrás para colocarse en el reducido espacio que quedaba detrás del alemán y del Matra de Nilsson. Acelerando de repente, el francés enfiló hacia el estrecho espacio obligando a los dos autos a abrirle paso, y colocándose en el segundo lugar. La multitud, que había estado conteniendo el aliento, aclamó con aprobación. Había sido una maniobra brillante, arriesgada.

Faltaban tres vueltas e iban primero Amadori, segundo Martel y tercero Nilsson. Amadori había observado la operación. «El francés es muy bueno — pensó—, pero no lo suficiente como para vencerme». Amadori tenía la

intención de ganar la carrera. Vio que delante agitaban el letrero: «DOS VUELTAS». La carrera estaba tocando a su fin, y era suya. Por el rabillo del ojo controlaba al Ferrari rojo que quería ponerse a su nivel.

Reparó en el piloto francés, con casco, de rostro sucio, tenso, resuelto. Amadori suspiró interiormente. Lamentaba lo que iba a hacer, pero no le quedaba otra alternativa. Las carreras de coches no eran para los deportistas; eran para los ganadores.

Los dos autos se estaban aproximando al extremo norte del óvalo donde había una curva alta peraltada —la más peligrosa del circuito—, escena de múltiples choques. Amadori echó otra rápida mirada al francés del Ferrari y sujetó el volante con más fuerza. Cuando ambos coches se aproximaban a la curva, Amadori levantó imperceptiblemente el pie del acelerador, de modo que el Ferrari comenzó a adelantarse. Vio que el piloto le dirigía una breve mirada especulativa y se le adelantaba: había caído en la trampa. La multitud gritaba. Jorge Amadori esperó hasta que el Ferrari se dedicara por completo a pasarlo por el exterior. En ese instante aceleró a fondo y enfiló hacia la derecha, cortándole el paso al piloto francés por la recta, y dejándole con la única posibilidad de meterse a la banquina.

Amadori percibió la repentina expresión de espanto del conductor francés, y en silencio dijo: «¡Adiós!». En ese preciso momento el coche del francés giró el volante directamente contra el Surtees de Amadori. Amadori no podía creerlo. El Ferrari se iba a estrellar contra él. Estaban a menos de un metro de distancia, y a esa velocidad el argentino debía tomar una decisión en fracciones de segundo. ¿Quién se iba a imaginar que el francés estuviera completamente loco? En un veloz acto reflejo, Amadori torció violentamente hacia la izquierda, tratando de evitar el impacto de la masa de metal. Clavó los frenos, y el coche francés se escapó por un par de centímetros y se le adelantó raudamente rumbo a la línea de llegada. La máquina de Jorge Amadori derrapó. El piloto perdió el control y el auto empezó a girar, dando varios vuelcos, cruzándose desenfrenado por la pista hasta que se convirtió en una torre de llamaradas rojas y negras.

Sin embargo, la multitud centraba su atención en el Ferrari francés que cruzaba rugiente, victorioso, la meta. Gritos eufóricos partían de los espectadores mientras corrían hacia el coche, lo rodeaban, vitoreaban.

Lentamente el piloto se levantó y se quitó el casco y las gafas protectoras.

Tenía el pelo corto rojizo y un rostro de facciones bien marcadas. Había cierta belleza clásica en ella. Le temblaba el cuerpo, pero no por el agotamiento, sino de emoción, al recordar el instante en que había mirado a Jorge Amadori a los ojos antes de causarle la muerte. Por los altavoces un locutor anunciaba a gritos: «La ganadora es Hélène Roffe-Martel, de Francia, con un Ferrari».

Dos horas más tarde, Hélène y Charles, su marido, se hallaban en su *suite* del Hotel Plaza, en el centro de Buenos Aires, echados en la alfombra frente a la chimenea. Desnuda, Hélène estaba encima de él en la clásica postura de la Diligence de Lyon, y Charles le imploraba:

—¡Por Dios! ¡No me hagas eso, por favor! ¡Por favor!

Cuanto más él suplicaba crecía la excitación en ella y lo presionaba aún más, haciéndole daño, viendo cómo se le llenaban a él los ojos de lágrimas. «Me están castigando sin motivo», pensaba Charles. No se animaba a pensar en lo que le haría Hélène si algún día se enteraba del crimen que había cometido.

Charles Martel se había casado con Hélène Roffe por su apellido y su fortuna. Después de la boda, ella había conservado su apellido, junto con el de él, y se había quedado con su dinero. Charles comprendió demasiado tarde que había hecho un mal negocio.

Charles Martel era un joven abogado de un importante gabinete jurídico de París cuando conoció a Hélène Roffe. Le habían pedido que llevara unos documentos a la sala de juntas donde se desarrollaba una reunión. En la sala estaban cuatro de los viejos abogados del gabinete y Hélène Roffe. Charles había oído hablar de ella. Todo el mundo la conocía en Europa. Era heredera de la fortuna del laboratorio de especialidades farmacéuticas Roffe. Era, también, alocada y poco convencional, y los periodistas de diarios y revistas la adoraban. Era campeona de esquí; pilotaba su propio Learjet; había conducido una expedición de alta montaña en Nepal; participaba en carreras de coches y de caballos, y cambiaba de hombres con la misma ligereza con que se cambiaba de ropas. Su fotografía aparecía constantemente en *Paris-Match* y en *Jours de France*. En ese momento se hallaba en la sala porque el gabinete jurídico estaba tramitando su divorcio. Charles Martel no recordaba

bien si era el cuarto o el quinto, y tampoco le interesaba. Él no tenía acceso al imperio de los Roffe.

Charles entregó los papeles a su superior, nervioso, no porque Hélène Roffe estuviera en la sala —apenas si la había mirado—, sino por la presencia de los cuatro socios más antiguos. Ellos representaban la autoridad, y Charles Martel sentía un profundo respeto por la autoridad. Fundamentalmente era un hombre que pensaba jubilarse, que se contentaba con vivir modestamente en un estudio en Passy y atender su pequeña colección filatélica.

Charles Martel no era un abogado brillante, pero era competente, trabajador y de confianza. Había cierta severa dignidad en su persona. Había pasado ya los cuarenta y su aspecto físico, si bien no era desagradable, tampoco era atractivo. Alguien había dicho alguna vez que poseía la personalidad de la arena húmeda, y esa descripción no era injusta. Al día siguiente de haber conocido a Hélène Roffe, con gran sorpresa por su parte, lo citaron en el despacho del doctor Michel Sachard, el colega más antiguo, donde le informaron:

—Hélène Roffe desea que lleve usted personalmente el asunto de su divorcio. Se hará usted cargo de inmediato.

Charles Martel se quedó pasmado.

—¿Por qué yo, doctor Sachard?

El abogado lo miró fijamente y le respondió:

—No tengo ni idea. Atiéndala muy bien.

Para tramitar el divorcio de Hélène, Charles debió verla con frecuencia. Con demasiada frecuencia, en opinión de él. Hélène lo llamaba para invitarlo a cenar en su finca de Le Vésinet y conversar del tema, para invitarlo a la ópera y a su casa de Deauville. Charles trataba de explicarle que era un caso muy sencillo, que no tendría problemas en obtener el divorcio, pero Hélène —ella insistía en que la llamara Hélène, con gran vergüenza por su parte— le decía que necesitaba que él le manifestara constantemente su confianza. Más tarde recordaría este detalle entre divertido y apesadumbrado.

En las semanas posteriores a su primer encuentro Charles comenzó a sospechar que Hélène Roffe abrigaba intenciones románticas respecto a él. Le resultaba difícil creerlo. Él era un don nadie, mientras que ella pertenecía a

una de las familias más importantes. Sin embargo, Hélène no le dejó ninguna duda acerca de sus intenciones.

—Me voy a casar contigo, Charles.

Él jamás había pensado en casarse. No se sentía a gusto con las mujeres. Además, no amaba a Hélène. Ni siquiera estaba seguro de que le gustara. El alboroto que ella producía dondequiera que fuesen le desagradaba. Él se sentía preso de la fama que rodeaba a Hélène, y no estaba acostumbrado a desempeñar ese papel. Percibía con amargura lo distintos que eran los dos. Su naturaleza conservadora se irritaba ante la frivolidad de ella.

Hélène dictaba estilos de moda; era el epítome de la gracia y el encanto, mientras que él..., bueno, era un abogado común y corriente de mediana edad. Charles no podía entender qué veía Hélène en él. Nadie podía entenderlo. Dada la muy cacareada participación de Hélène en deportes sumamente arriesgados, campo exclusivo de hombres, corría el rumor de que Hélène apoyaba el movimiento de liberación de la mujer. En realidad lo despreciaba, y sólo sentía desdén por su concepto de la igualdad. Ella no veía por qué debía permitírseles a los hombres ser iguales a las mujeres. Era muy útil tener a los hombres a mano cuando se los necesitara. Los hombres no eran particularmente inteligentes, pero se les podía enseñar a buscar cigarrillos y encenderlos, a hacer recados, a abrir puertas y a dar placer en la cama. Eran excelentes animalitos domésticos, se vestían y se bañaban solos y estaban adiestrados para hacer sus necesidades. Una especie muy divertida.

Hélène Roffe había tenido *playboys*, deportistas, magnates, hombres encantadores. Nunca había tenido un Charles Martel. Sabía exactamente lo que él era: nada. Un pedazo de arcilla descolorida. Y precisamente ése era el desafío. Tenía intención de apoderarse de él, de moldearlo, de ver en qué podía transformarlo. Una vez que Hélène Roffe hubo tomado la decisión, Charles Martel no tuvo escapatoria.

Se casaron en Neuilly y pasaron la luna de miel en Montecarlo, donde Charles perdió su virginidad y sus ilusiones. Charles había pensado regresar a su gabinete jurídico.

—No seas tonto. ¿Te crees que quiero estar casada con un pasante de abogado? Entrarás en los negocios de mi familia. Algún día los dirigirás. Nosotros los dirigiremos.

Hélène dispuso que Charles trabajara en la sucursal parisiense de Roffe e Hijos. Charles la informaba de todo y ella lo guiaba, lo ayudaba, le daba sugerencias.

Charles progresó rápidamente. Pronto se hizo cargo de toda la sucursal francesa y pasó a integrar el Consejo de Administración. Hélène Roffe lo había convertido, de un oscuro abogado, en un ejecutivo de una de las empresas más grandes del mundo. Él debía sentirse en un éxtasis. Se sentía fatal. Desde el primer momento de su matrimonio estuvo totalmente dominado por su mujer. Ella le elegía el sastre, el zapatero y el camisero. Ella lo hizo entrar en el exclusivo Jockey Club. Lo trataba como a un gigoló. Su sueldo iba a parar directamente a manos de ella, y ella le daba una asignación vergonzosamente escasa. Si necesitaba más dinero, debía pedirselo a Hélène. Lo obligaba a rendir cuentas de cada instante de su tiempo, y Charles debía estar siempre a su entera disposición. Parecía gozar humillándolo. Lo llamaba por teléfono a la oficina ordenándole que volviera en el acto a casa y que le trajera un frasco de crema para masajes o alguna otra tontería por el estilo. Cuando llegaba, ya lo estaba esperando desnuda en el dormitorio. Hélène era insaciable, era un animal. Charles había vivido con su madre hasta los treinta y dos años, cuando ella murió de cáncer, inválida durante muchísimos años Charles había tenido que ocuparse de la enferma. No le quedaba tiempo para pensar en salir con chicas ni en casarse, Su madre fue una carga, y cuando murió, Charles pensó que iba a experimentar una sensación de libertad. En cambio, experimentó una sensación de pérdida. No le interesaban las mujeres ni el sexo. En un arrebato de ingenuo candor le había explicado sus sentimientos a Hélène cuando ella mencionó el matrimonio por primera vez:

—Mi... mi libido no es muy fuerte.

Hélène había sonreído.

—Pobre Charles. No te preocupes por el sexo. Te prometo que te gustará. Lo odiaba. El sexo parecía aumentar sólo el placer de Hélène.

Ella se reía de la debilidad de él y le obligaba a realizar actos repugnantes que le hacían sentirse envilecido y asqueado. El acto sexual era de por sí degradante. Sin embargo, a Hélène le interesaba experimentar. Charles nunca sabía qué le podía esperar. En una ocasión, en el instante en que él tenía una eyaculación, ella le había aplicado hielo triturado en los testículos. En otra

ocasión le había introducido un pincho eléctrico por el ano. Charles le tenía terror. Le hacía sentir que ella era el hombre y él la mujer. Charles trataba de salvar su orgullo, pero, oh decepción, en todos los terrenos ella lo superaba. Tenía una mente brillante. Sabía tanto de derecho como él, y mucho más de negocios. Pasaba horas y horas hablando de la empresa. Nunca se cansaba. «¡Piensa en todo ese poder, Charles! Roffe e Hijos, puede hacer y deshacer más que la mitad de los países del mundo. Yo debería dirigir la compañía. Mi bisabuelo la fundó. Es parte de mí».

Después de uno de estos arranques, Hélène quedaba sexualmente insaciable, y Charles se veía forzado a satisfacerla de maneras impensables. Llegó a despreciarla. Su única ambición era escapar de ella, huir. Pero para huir necesitaba dinero.

Un día, mientras almorzaba con un amigo suyo, René Duchamps, éste le habló de una oportunidad de amasar una fortuna.

—Se acaba de morir un tío mío, que era el dueño de un gran viñedo en Burgundy. El viñedo se pone en venta, y son cinco mil hectáreas de Appellation d'origine contrôlée de primera clase. Estoy en una posición ventajosa —prosiguió René Duchamps—, porque se trata de mi familia. No me alcanza el dinero para hacer yo solo el negocio, pero si te asocias conmigo podemos duplicar nuestra inversión en un año. Por lo menos ven a verlo.

Como Charles no se animaba a reconocer frente a su amigo que no poseía ni un centavo, fue a las rojas colinas de Burgundy a ver los terrenos, quedó profundamente impresionado.

René Duchamps le dijo:

—Cada uno pone dos millones de francos. Dentro de un año tendremos cuatro millones cada uno.

¡Cuatro millones de francos! Significaría la libertad, la huida, la escapada a algún sitio donde Hélène jamás pudiese hallarle.

—Lo pensaré —le respondió Charles a su amigo.

Y lo hizo. Día y noche. Era la oportunidad de su vida. Pero ¿cómo? Sabía que le sería imposible tratar de pedir dinero prestado sin que de inmediato se enterara Hélène. Todo estaba a nombre de ella: las casas, los cuadros, los autos, las alhajas. Las alhajas... esas joyas preciosas, inútiles, que ella

guardaba en la caja fuerte del dormitorio. Poco a poco fue naciendo la idea. Si lograra apoderarse de las joyas de una en una, podría reemplazar cada pieza con falsificaciones y empeñar las alhajas verdaderas. Cuando hubiera hecho su agosto con el viñedo, devolvería las joyas a su mujer. Y tendría dinero suficiente para desaparecer para siempre.

Charles llamó por teléfono a René Duchamps. El corazón le saltaba de emoción.

—He resuelto entrar en el negocio.

La primera parte del plan le llenó de terror. Tenía que forzar la caja fuerte y robarle las alhajas a Hélène.

La expectativa por el terrible acto que iba a cometer lo puso tan nervioso que casi no podía actuar. Pasaba los días como un autómatas; no veía ni oía lo que sucedía a su alrededor. Cada vez que veía a Hélène comenzaba a transpirar. Le temblaban las manos en las ocasiones más insólitas. Hélène se preocupaba por él como podría preocuparse por cualquier animalito doméstico. Llamó a un médico para que lo examinara, pero éste no le encontró nada.

—Da la impresión de estar un poco tenso. Uno o dos días en cama, tal vez...

Hélène miró largamente a Charles, en su lecho, desnudo y sonrió.

—Gracias, doctor.

No bien el médico se hubo ido, Hélène empezó a desvestirse.

—No... no me siento con muchas fuerzas —protestó él.

—Yo sí.

Jamás la había odiado tanto.

La oportunidad de Charles llegó a la semana siguiente. Hélène se iba a Garmisch-Partenkirchen a esquiar con unos amigos, y decidió dejar a Charles en París.

—Quiero que estés en casa todas las noches. Te llamaré por teléfono.

La observó partir velozmente al volante de su Jensen rojo. En cuanto estuvo fuera del alcance de la vista se dirigió rápidamente a la caja fuerte empotrada en la pared. Había visto a Hélène abrirla a menudo, y recordaba casi toda la combinación. Tardó una hora en averiguar el resto. Con dedos temblorosos abrió la caja. Allí, dentro de cofrecitos forrados en terciopelo

rojo, enviando destellos como estrellas en miniatura, estaba su libertad. Había buscado con anticipación un joyero, un tal Pierre Richaud, que era un experto en falsificación de alhajas. Charles se había lanzado a dar una larga, nerviosa explicación de por qué quería hacer duplicados, pero Richaud le respondió con tono indiferente:

—Señor, a todo el mundo le hago copias. Nadie que esté en su sano juicio va a andar por la calle con joyas verdaderas en esta época.

Charles le fue entregando las alhajas, una a una, para que trabajara, y cuando la copia estaba lista, la reemplazaba por la original. Al entregar las joyas verdaderas en el Crédit Municipal, la casa de empeños estatal, obtenía dinero.

La operación llevó más tiempo del calculado. Podía abrir la caja fuerte sólo cuando Hélène no estaba en casa y hubo imprevistas demoras en la fabricación de las piezas. Pero, finalmente, llegó el día en que Charles le pudo anunciar a René Duchamps:

—Mañana te entrego el dinero.

Lo había logrado. Era dueño a medias de un gran viñedo. Y Hélène no tenía la más leve sospecha de su acción.

Charles había empezado a leer secretamente obras sobre cultivo de vides. ¿Por qué no? ¿Acaso no era ahora un viñatero? Aprendió que había diferentes vides: cabernet sauvignon era la que más se utilizaba, pero junto a ella se plantaban otras: gros cabernet, merlot, malbec, petit-verdot. Los cajones de la mesa de su despacho estaban repletos de folletos relativos a suelos y cuidado de la uva. Se instruyó sobre fermentación, poda e injertos. Y se enteró de que la demanda de vinos en el mundo iba en aumento.

Se encontraba regularmente con su socio.

—Va a salir mejor aún de lo que yo pensaba —le informó René a Charles—. Los precios de los vinos suben meteóricamente. Obtendremos trescientos mil francos por tonel en la primera pisa.

¡Más de lo que Charles había soñado! Los racimos eran de un dorado escarlata. Charles comenzó a adquirir los folletos turísticos de las islas del Sur del Pacífico, Venezuela y Brasil. Los mismos nombres emanaban cierta magia. El único problema era que existían pocos sitios en el mundo donde Roffe e Hijos no tuviera oficinas, donde Hélène no pudiera encontrarlo. Y si

lo encontraba, lo mataba. Lo sabía con absoluta certeza. A menos que él la matase primero. Ésa era una de sus fantasías predilectas. Asesinaba a Hélène una y otra vez, de mil deliciosas maneras.

Con perversidad, Charles empezó a disfrutar de los malos tratos de Hélène. Siempre que ella lo obligaba a practicar atrocidades, pensaba: «Pronto me habré ido, *convasse* —lejos— de ti.

Me haré rico con tu dinero y tú no podrás hacer nada».

Ella le ordenaba: «Más rápido», «Más fuerte» o «¡No te detengas!», y él la obedecía mansamente.

Y por dentro sonreía.

Charles sabía que, en vinicultura, los meses cruciales son la primavera y el verano porque la uva se cosecha en septiembre y debían tener una temporada bien equilibrada de sol y lluvia. Demasiado sol quema el sabor, mientras que demasiada lluvia lo apaga.

Junio empezó espléndido. Al principio Charles controlaba el tiempo en Burgundy una vez por día; luego dos. La fiebre de la impaciencia le dominaba; sólo faltaban unas semanas para que se cumpliera su sueño. Se había decidido por la bahía de Montego. Roffe e Hijos no tenían sucursal en Jamaica. Sería fácil perderse allí. No se acercaría a Round Hill ni a Ocho Ríos, donde algún amigo de Hélène pudiese verle. Se compraría una casita en la montaña. La vida era barata en la isla. Podría permitirse el gasto de sirvientes y buena comida y, a su humilde modo, vivir con lujo.

En esos primeros días de junio, Charles Martel era un hombre muy feliz. Su vida era ignominiosa, pero él no vivía el presente: vivía en el futuro, en una isla tropical bañada por el sol y acariciada por el viento, junto al Caribe.

El tiempo se iba poniendo cada vez mejor en junio. Lucía el sol y llovía. Perfecto para las tiernas uvas. Y a medida que las uvas crecían, también crecía la fortuna de Charles.

El 15 de junio, comenzó a lloviznar en la región de Burgundy. Luego comenzó a llover fuerte. Llovió día tras día, semana tras semana, hasta que Charles no se animó a verificar ningún parte meteorológico más.

René Duchamps lo llamó por teléfono.

—Si para de llover para mediados de julio, puede salvarse la cosecha.

Julio resultó ser el mes más lluvioso que hubiera registrado el servicio

meteorológico francés. El primero de agosto, Charles Martel había perdido hasta el último centavo del dinero que había robado. Le inundó un pánico tremendo como jamás había experimentado.

—El mes que viene volaremos a la Argentina —le avisó Hélène—. Participaré en una carrera de coches.

Charles la había visto correr por la pista en el Ferrari, y no podía dejar de pensar: «Si se estrella, seré libre».

Pero ella era Hélène Roffe-Martel. La vida la había moldeado como ganadora, tal como a él le había moldeado como perdedor.

El ganar la carrera había excitado a Hélène más de lo habitual. Habían regresado a la *suite* del hotel de Buenos Aires y ella había hecho desvestirse a Charles y echarse en la alfombra boca abajo. Cuando vio lo que Hélène tenía en la mano al montarse encima de él, dijo:

—¡No, por favor!

Golpearon la puerta.

—*Merde!* —exclamó Hélène. Esperó en silencio, y volvieron a llamar.

Se oyó una voz:

—¡Señor Martel!

—¡Quédate aquí! —le ordenó Hélène. Se puso de pie y se echó una gruesa bata de seda sobre su cuerpo esbelto, firme. Se dirigió a la puerta y la abrió. Era un mensajero de uniforme gris con un sobre azul en la mano.

—Traigo un mensaje urgente para el señor Martel y señora.

Hélène tomó el sobre y cerró la puerta.

Abrió el sobre. Leyó el mensaje que contenía. Volvió a leerlo lentamente.

—¿Qué es? —le preguntó Charles.

—Sam Roffe ha muerto —dijo sonriente.

Capítulo 5

Londres.

Lunes, 7 de septiembre.

Dos de la tarde.

El White's Club estaba situado en lo más selecto de la calle St. James, cerca de Picadilly. Construido como lugar de juego en el siglo XVIII, el White's era ahora uno de los clubes más antiguos y distinguidos de Inglaterra. Los socios inscribían a sus hijos en el momento de nacer ya que había una lista de espera de treinta años.

La fachada del White's era el prototipo de la discreción. Las anchas ventanas eran para complacer a los que estuvieran en el interior más que para satisfacer la curiosidad de los transeúntes. Se entraba por una pequeña escalinata, pero, aparte de los socios y sus invitados, pocas personas habían atravesado jamás esa puerta. Las habitaciones del club eran grandes e imponentes, bruñidas por la espesa pátina oscura del tiempo. El mobiliario era antiguo y cómodo; sofás de cuero, portaperiódicos, valiosas mesas de estilo y sillones mullidos donde se habían posado las asentaderas de media docena de primeros ministros. Había una sala con mesas y tableros para juegos con un enorme hogar detrás de una pantalla de bronce, y una escalera curva que llevaba al comedor, en la planta alta. El comedor ocupaba todo el ancho de la casa, y contenía una enorme mesa de caoba para treinta personas y cinco mesas laterales. En cualquier almuerzo o cena se sentaban en ese salón algunos de los hombres más influyentes del mundo.

Sir Alec Nichols, miembro del Parlamento, estaba sentado a una de las

mesas laterales de un rincón, almorzando con un invitado, Jon Swinton. El padre de *Sir Alec* había sido *baronet*, al igual que su abuelo y su tatarabuelo. Todos habían sido socios del *White's*. *Sir Alec* era un cuarentón delgado, pálido, de rostro sensible y aristocrático y una sonrisa cautivadora. Acababa de llegar en coche de su finca campestre de Gloucestershire, y vestía un traje *sport* de *tweed* y mocasines. Su invitado llevaba un traje a rayas, una camisa a cuadros chillona y corbata roja, y parecía fuera de lugar en ese ambiente rico, sereno.

—Realmente lo hacen sentir a uno orgulloso de estar aquí —comentó Jon Swinton con la boca llena, mientras cortaba el resto de una enorme costilla de ternera que le quedaba en el plato.

Sir Alec asintió.

—Sí, las cosas han cambiado desde que Voltaire dijo: «los ingleses tienen cien religiones y sólo una salsa».

Jon Swinton levantó la vista.

—¿Quién es Voltaire?

—Un... un francés —le respondió *Sir Alec*, turbado.

—¡Ah! —Jon Swinton empujó la comida con un trago de vino. Dejó el cuchillo y el tenedor y se limpió la boca con la servilleta—. Bueno, *Sir Alec*, llegó el momento de hablar de negocios.

Alec Nichols dijo, con voz suave:

—Ya le dije hace dos semanas que estoy arreglándolo todo, señor Swinton. Necesito un poco más de tiempo.

Un camarero se aproximó a la mesa con una pila alta de cajas de cigarros. Diestramente las apoyó en la mesa.

—Puedo, ¿no? —preguntó Jon Swinton. Examinó las etiquetas de las cajas, silbó con admiración, sacó varios cigarros que se guardó en el bolsillo superior y encendió uno. Ni el camarero ni *Sir Alec* manifestaron reacción ante semejante contravención a los buenos modales.

El camarero le hizo un gesto afirmativo a *Sir Alec* y se llevó los cigarros a otra mesa.

—Mis patrones han sido muy condescendientes con usted, *Sir Alec*. Me temo que ya se han puesto impacientes. —Tomó el fósforo quemado, se inclinó hacia adelante y lo dejó caer en la copa de vino de *Sir Alec*—. Entre

usted y yo, mis patrones no son muy amables cuando se disgustan. No querrá que se le echen encima, ya me entiende...

—Sencillamente, no tengo el dinero.

Jon Swinton soltó una fuerte carcajada.

—Vamos, amigo. Su madre era una Roffe, ¿no? Tiene una granja de cincuenta hectáreas, una elegante residencia en Knightsbridge, un Rolls-Royce y un maldito Bentley. No se puede decir que esté precisamente en la miseria.

Sir Alec miró a su alrededor mortificado, y dijo en voz baja:

—Ninguno de ellos es un valor realizable. No puedo...

Swinton le guiñó un ojo.

—Apuesto a que Vivian, su dulce mujercita, es un valor realizable. Tiene un hermoso par de tetas.

Sir Alec enrojeció. El nombre de Vivian en labios de ese hombre era un sacrilegio. Pensó en Vivian tal como la había dejado esa mañana, durmiendo plácidamente. Tenían dormitorios separados, y una de las mayores alegrías de Alec Nichols era entrar en el cuarto de Vivian a hacer una de sus «visitas». A veces, cuando se despertaba temprano, entraba en el dormitorio de Vivian mientras ella dormía y permanecía simplemente contemplándola. Dormida o despierta, era la chica más bonita que jamás hubiese visto. Dormida o despierta, era la chica más bonita que jamás hubiese visto. Dormida o despierta, era la chica más bonita que jamás hubiese visto. Dormida o despierta, era la chica más bonita que jamás hubiese visto. Dormida o despierta, era la chica más bonita que jamás hubiese visto. Cuando Alec la conoció en un baile de beneficencia era una actriz de segundo orden.

A él le encantó su belleza, pero lo que más le atrajo fue su personalidad abierta, extrovertida. Vivian era veinte años más joven que él y tenía unas inmensas ganas de vivir. Todo lo tímido e introvertido que era Alec, era ella vivaz y sociable. Alec no pudo borrarla de su pensamiento, y esperó dos semanas para reunir el coraje necesario para llamarla por teléfono. Para su sorpresa y placer, Vivian aceptó su invitación. La llevó a ver una obra de teatro en el Old Vic, y luego a cenar a Mirabelle. Vivian vivía en la planta baja de un lúgubre edificio en Notting Hill, y cuando Alec la acompañó de vuelta a su casa, ella le dijo: «¿No quieres pasar?». Alec se quedó toda la noche, y en esa noche cambió su vida entera. Era la primera vez que una

mujer lograba llevarlo hasta el clímax. Jamás había experimentado algo semejante a esa lengua de terciopelo, largo pelo rubio y húmedas profundidades exigentes que Alec exploró hasta agotarse. Podía excitarse con sólo pensar en ella.

Había algo más. Ella lo divertía, le daba vida. Le tomaba el pelo por ser tan tímido y algo aburrido, y a él le fascinaba. Él estaba con Vivian tantas veces como ella se lo permitía. Cuando la llevaba a una fiesta, ella era siempre el centro de atención. Alec se sentía orgulloso por ello, pero celoso de los muchachos que se agrupaban a su alrededor, y no podía dejar de preguntarse con cuántos de ellos se habría acostado.

Las noches que Vivian no podía verlo porque tenía otro compromiso, Alec se ponía histérico de celos. Iba hasta su apartamento y aparcaba el coche a unos metros para comprobar a qué hora regresaba ella, y con quién. Sabía que se estaba portando como un tonto y no podía evitarlo. Se sentía apesado por algo demasiado fuerte para romperlo.

Se daba cuenta de que Vivian no era para él, de que no le convenía casarse con ella. Él era un *baronet*, un respetable miembro del Parlamento con un futuro brillante.

Pertenecía a la dinastía de los Roffe y era integrante del Consejo de Administración de la compañía. Vivian no había sido educada para desenvolverse en el mundo de Alec. Sus padres habían sido artistas de variedades de segunda categoría, que recorrían los pueblos del interior. Vivian no poseía otra instrucción que la que había adquirido en la calle o detrás del escenario. Alec sabía que era promiscua y superficial. Era astuta, pero no particularmente inteligente. Y sin embargo, estaba obsesionado con ella. Luchó contra ese sentimiento. Trató de no verla más, pero fue en vano. Se sentía feliz cuando estaba con ella y se desesperaba cuando le faltaba. Finalmente le propuso matrimonio porque debía hacerlo, y cuando Vivian aceptó se sintió como en éxtasis.

La flamante novia se mudó a la casa de la familia, una hermosa mansión antigua diseñada por Robert Adam, en Gloucestershire, con columnas delficas y un largo y ondulado camino de acceso. Estaba enclavada en medio de un terreno de cincuenta hectáreas de verde brillante, con su propio coto de caza privado y arroyos para practicar la pesca. Detrás de la mansión había un

parque que había sido proyectado por un especialista en jardinería.

El interior de la casa era magnífico. El largo vestíbulo de entrada tenía suelo de piedra y paredes de madera pintada. Había faroles antiguos, mesas doradas estilo Adam con tablero de mármol y sillones de caoba. En la sala de lectura había auténticas bibliotecas empotradas, del siglo XVIII, un par de veladores de Henry Holland y sillones diseñados por Thomas Hope. El salón era una mezcla de Hepplewhite y Chippendale, con una alfombra Wilton y dos arañas Waterford de cristal. Había un enorme comedor con capacidad para cuarenta comensales, y un cuarto para fumar.

En el segundo piso había seis dormitorios y las dependencias del servicio.

Un mes y medio después de haber llegado a la casa, Vivian dijo:

—Vámonos de aquí, Alec.

Él la miró extrañado.

—¿Quieres decir que te gustaría ir unos días a Londres?

—No. Quiero regresar del todo a Londres.

Alec contempló por la ventana los prados verde esmeralda donde había jugado de niño, los gigantescos plátanos y los robles, y habló con tono titubeante:

—Vivian, esto es tan tranquilo. Yo...

—Ya sé, querido. Precisamente lo que no soporto: ¡Esta tranquilidad de mierda!

A la semana siguiente se mudaron a Londres.

Alec poseía una elegante casa de cuatro pisos en Wilton Crescent, cerca de Knightsbridge, con una preciosa sala, un despacho, un gran comedor y, al fondo, un ventanal que daba a una gruta con cascada, estatuas y bancos blancos diseminados por un hermoso jardín. Arriba había una espléndida *suite* y cuatro dormitorios más pequeños.

Vivian y Alec compartieron la *suite* durante dos semanas, hasta que una mañana dijo Vivian:

—Te amo, Alec, pero roncas de noche. —Alec no lo sabía—. Realmente tengo que dormir sola, amor. No te importa, ¿verdad?

Le importaba muchísimo. A Alec le encantaba sentir su cuerpo suave y tibio en la cama, a su lado. Sin embargo, en lo profundo de su corazón sabía que no excitaba sexualmente a Vivian como la excitaban otros hombres. Era

por eso que no quería compartir la cama con él.

—Por supuesto que comprendo, querida.

A insistencia de Alec, Vivian se quedó con la *suite* y él se trasladó a uno de los pequeños dormitorios para huéspedes.

En un principio Vivian había asistido a la Cámara de los Comunes y se había sentado en la galería de visitantes los días que le tocaba hablar a Alec. Él levantaba la vista y se llenaba de un orgullo inefable. Era ella, indudablemente, la mujer más hermosa entre las presentes. Pero llegó el día en que Alec terminó su discurso, buscó con la mirada la aprobación de Vivian y sólo vio un asiento vacío.

Se culpaba a sí mismo por el hecho de que Vivian estuviese inquieta. Sus amigos eran mayores que Vivian, y demasiado formales para ella. La alentaba para que invitara a sus compañeros jóvenes a la casa, y los reunía con sus propios amigos. Los resultados fueron desastrosos.

Alec pensaba que cuando Vivian tuviese un hijo se asentaría y cambiaría. Pero un día, de algún modo —un modo que Alec no se atrevía a imaginar—, ella pescó una infección vaginal y debió practicársele una histerectomía. Alec había añorado un hijo. La noticia lo dejó destrozado, pero Vivian siguió imperturbable.

—No te preocupes, amor —dijo ella, sonriendo—. Me sacaron el jardín de infantes, pero me dejaron el parque de diversiones.

Él la miró un largo instante. Luego dio media vuelta y se marchó.

A Vivian le gustaba salir de compras. Gastaba dinero indiscriminada atolondradamente, en ropa, alhajas y coches, y Alec no se animaba a ponerle un límite. Se decía a sí mismo que Vivian se había criado en la pobreza, sedienta de cosas bellas. Él quería comprárselas. Lamentablemente, no podía soportar tantos gastos. Los impuestos le consumían el sueldo, y su fortuna eran las acciones en Roffe e Hijos, pero esas acciones eran innegociables. Intentó explicárselo a Vivian, pero a ella no le interesaba. Las conversaciones de negocios la aburrían. Así, pues, Alec la dejó seguir.

Se enteró de que ella jugaba cuando Tod Michaels, el propietario del Tod's Club, un garito de mala fama del Soho, fue a verlo.

—Tengo aquí un pagaré de su mujer por mil libras, *Sir* Alec. Tuvo muy mala racha en la ruleta.

Alec se quedó horrorizado. Pagó el documento y esa noche se peleó con Vivian.

—No podemos darnos esos lujos. Estás gastando más de lo que yo gano. Ella se mostró muy contrita.

—Lo siento, angelito. La nena se portó mal.

Se acercó a él, lo rodeó con sus brazos y apretó su cuerpo contra el suyo. Él olvidó el enojo.

Alec pasó una noche memorable en la cama de ella. Ahora estaba seguro de que no habría más problemas.

Dos semanas más tarde Tod Michaels fue a verlo de nuevo.

Esta vez el pagaré de Vivian era por cinco mil libras. Alec se puso furioso.

—¿Por qué le dio crédito? —preguntó con mal tono.

—Es su mujer, *Sir Alec* —respondió mansamente Michaels—. ¿Cómo habría quedado si nos hubiésemos negado?

—Tendré que conseguir el dinero. No tengo tanto efectivo en este momento.

—¡Por favor! Considérelo como un préstamo. Paguémelo cuando pueda.

Alec sintió un gran alivio.

—Muy generoso de su parte, señor Michaels.

Un mes más tarde se enteró de que Vivian había perdido veinticinco mil libras en el juego, y le cobraban a Alec un interés del diez por ciento semanal. Se llenó de espanto. No había manera de juntar semejante cantidad. No podía vender nada. Las casas, las preciosas antigüedades, los coches, todo pertenecía a Roffe e Hijos. La furia de Alec asustó a Vivian lo suficiente como para que prometiera no jugar más. Pero ya era tarde. Alec estaba en manos de los usureros.

Por más dinero que les entregara no podría nunca saldar lá cuenta, que crecía mes a mes en vez de reducirse, y ya duraba casi un año.

Cuando los matones de Tod Michaels comenzaron a presionarlo por el dinero, Alec amenazó con acudir a la policía.

—Tengo conexiones en las más altas esferas —dijo.

El hombre sonrió.

—Yo tengo conexiones en las más bajas.

Sir Alec se encontraba sentado en *White's* junto con ese hombre despreciable, teniendo que contener su orgullo y suplicándole que le concediera un poco más de tiempo.

—Ya les he pagado más dinero del que me prestaron. No pueden...

Swinton le respondió:

—Eso era solamente en concepto de intereses, *Sir Alec*. Todavía no ha saldado el capital.

—Es extorsión.

La mirada de Swinton se oscureció.

—Le daré su mensaje a mi patrón. —Hizo ademán de levantarse.

—¡No! Siéntese. Por favor —se apresuró a decir *Alec*.

Lentamente Swinton se sentó de nuevo.

—No vuelva a usar esas palabras —le advirtió—. Al último tipo que habló así le clavaron las rodillas en el suelo.

Alec había leído esa noticia. Los hermanos *Kray* habían inventado ese castigo para sus víctimas. Y la gente con quien trataba *Alec* era igual de depravada. Sintió que le subía la bilis por la garganta.

—No fue mi intención decirlo. Es que, simplemente, no tengo más dinero.

Swinton echó la ceniza de su cigarro en la copa de *Alec*.

—Usted posee un paquete de acciones en *Roffe e Hijos*, ¿no, mi querido *Alec*?

—Sí. Pero son inajenables e intransferibles. No le sirven a nadie a menos que *Roffe e Hijos* cotice en el mercado.

Swinton fumó una chupada.

—¿Y va a cotizar en la Bolsa?

—Eso depende de *Sam Roffe*. Yo... yo he tratado de persuadirlo.

—Trate con más empeño.

—Dígale al señor *Michaels* que recibirá su dinero. Pero, por favor, dejen de acosarme.

Swinton lo miró fijamente.

—¿De acosarlo? *Sir Alec*, hijo de mil putas, ya va a ver cuando lo acosemos. El fuego consumirá sus podridos establos y tendrá que comer carne de caballo asada. Después se le incendiará su casa. Y tal vez su esposa.

—Sonrió, y Alec deseó que no lo hubiera hecho.

—¿Ha comido coño asado alguna vez?

Alec se puso pálido.

—¡Por Dios Santo...!

Swinton añadió, tranquilizándole:

—Estoy bromeando. Tod Michaels es su amigo. Y los amigos se ayudan, ¿no? Hemos hablado de usted en la reunión de esta mañana. ¿Y sabe lo que dijo el jefe?: «*Sir Alec* es una buena persona. Si no tiene el dinero estoy seguro de que se le ocurrirá alguna otra manera de saldar su deuda con nosotros».

Alec frunció el entrecejo.

—¿Qué otra forma?

—Bueno, un tipo tan inteligente como usted debe imaginárselo fácilmente. Usted dirige un laboratorio farmacéutico, ¿verdad? Producen cocaína, por ejemplo. Entre nosotros dos, ¿quién se llegaría a enterar si por casualidad cambiara el rumbo de algún que otro cargamento?

Alec lo miró de hito en hito.

—Usted está loco. Yo... yo no podría hacer semejante cosa.

—Es sorprendente lo que la gente puede hacer cuando no le queda más remedio. —Swinton se puso de pie.

—O nos consigue el dinero o le informaremos dónde debe entregar la mercancía.

Aplastó su cigarro en el platito del pan de Alec.

—Salude a Vivían de mi parte. Gracias, *Sir Alec*.

Jon Swinton se marchó.

Sir Alec se quedó solo, rodeado por todos los objetos familiares, confortables, que habían sido una parte tan importante de su vida anterior, y que ahora estaban amenazados. Lo único que desentonaba era la repugnante colilla húmeda del cigarro en el platito. ¿Cómo había permitido que se metieran en su vida? Se había dejado llevar a esa situación hasta encontrarse en manos de esa pandilla del hampa. Y ahora sabía que querían sacarle algo más que dinero. El dinero había sido simplemente la carnada con que lo habían atrapado. Lo que perseguían eran sus conexiones con el laboratorio; Intentarían obligarlo a trabajar con ellos. Si se llegaba a saber que ellos lo

dominaban, la oposición no dudaría en capitalizar el hecho. Su propio partido probablemente le pediría la renuncia. Se haría con tacto y sigilo. Posiblemente lo presionaran para que solicitara los Chiltern Hundreds, un puesto por el que la Corona pagaba un sueldo anual nominal de cien libras. El único obstáculo para ser miembro del Parlamento era que no se podía recibir dinero en pago de la Corona ni del gobierno. De modo que a Alec se le impediría seguir prestando servicios en el Parlamento. El motivo no se podría mantener en secreto, por supuesto. Caería en desgracia. A menos que lograra reunir una abultada suma de dinero. Había hablado con Sam Roffe en repetidas ocasiones pidiéndole que permitiera que la empresa cotizara en la Bolsa, que se comercializaran las acciones.

—De ninguna manera —le había respondido Sam—. En cuanto dejemos entrar a los de afuera tendremos a montones de extraños que nos querrán indicar cómo dirigir la compañía. Antes de que te des cuenta, se habrán apoderado del Consejo de Administración, y luego de la empresa. Para ti, ¿qué diferencia hay? Tienes un sueldo alto y una cuenta de gastos ilimitada. No necesitas el dinero.

Por un instante Alec estuvo tentado de contarle por qué lo necesitaba desesperadamente. Pero sabía que no serviría de nada. Sam Roffe era un empresario, un hombre sin compasión. Si se enteraba de que Alec había comprometido de algún modo a Roffe e Hijos, le despediría sin dudarle un segundo. No; Sam Roffe era la última persona a la que podía recurrir.

Alec se enfrentaba con la ruina.

El empleado de recepción del White's se acercó a la mesa de *Sir Alec* acompañado por un hombre con uniforme de mensajero que traía un sobre azul cerrado.

—Perdóneme, *Sir Alec* —se disculpó—, pero este señor insiste en que tiene instrucciones de entregarle algo personalmente.

—Gracias. —El mensajero le entregó el sobre, y el empleado lo escoltó hacia la puerta.

Alec permaneció sentado un rato largo antes de abrir el sobre. Leyó el mensaje tres veces. Luego, lentamente, estrujó el papel con la mano y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Capítulo 6

Nueva York.

Lunes, 7 de septiembre.

Once de la mañana.

El Boeing 707-320 particular recorría la distancia final hacia el aeropuerto Kennedy emergiendo del congestionado esquema de tráfico aéreo. Había sido un vuelo largo y tedioso, y Rhys Williams estaba exhausto, pero no había podido dormir durante la noche. Había volado demasiadas veces en ese aparato con Sam Roffe. Se percibía aún su presencia.

Elizabeth Roffe lo esperaba. Rhys le había enviado un cable desde Estambul anunciándole simplemente que llegaría al día siguiente. Podía haberle dado la noticia de la muerte de su padre por teléfono, pero ella se merecía algo más.

El avión había tocado tierra y se dirigía hacia la terminal. Rhys llevaba muy poco equipaje, y le hicieron pasar rápidamente por la aduana. Fuera, el cielo estaba gris y desapacible, anticipando el invierno por venir. Un automóvil lo aguardaba en la entrada lateral para conducirlo a la finca de Sam Roffe, en Long Island, donde lo esperaba Elizabeth.

Durante el trayecto trató de ensayar las palabras que le diría para suavizar el impacto. Sin embargo, en el instante en que Elizabeth abrió la puerta principal y le saludó, se le borraron las palabras de la mente. Cada vez que veía a Elizabeth, su belleza le cogía por sorpresa. Había heredado los rasgos de su madre, las mismas facciones patricias, los ojos negro azabache enmarcados por largas y gruesas pestañas. Su piel era blanca y suave; su pelo,

negro brillante. Tenía una figura magnífica.

Vestía una blusa escotada de seda color crema, una falda plisada de franela gris y esarpines color *beige*. No quedaban en ella rastros de la muchachita desgarbada que Rhys conociera nueve años antes. Se había convertido en una mujer inteligente, cálida, en lo más mínimo pagada de su hermosura. Le sonrió a Rhys, contenta de verle. Le dio la mano, y dijo:

—Pasa, Rhys —y le hizo entrar en la enorme biblioteca con paredes recubiertas en caoba—. ¿Ha venido Sam contigo?

No había forma de decírselo suavemente. Rhys respiró hondo.

—Sam tuvo un grave accidente, Liz. —Vio que se ponía pálida—. Se mató.

Elizabeth se quedó helada. Cuando finalmente habló, Rhys casi no le pudo oír.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Todavía no sabemos los detalles. Estaba ascendiendo el Mont Blanc. Se le cortó una cuerda. Cayó en un precipicio.

—¿Lo han encontrado?

Elizabeth cerró los ojos un momento. Luego los abrió.

—Era un abismo insondable.

El rostro se le puso pálido. Rhys se alarmó un poco.

—¿Te encuentras bien?

Elizabeth le sonrió ampliamente.

—Sí, claro que estoy bien. ¿Quieres que te sirva un té o algo de comer?

La miró sorprendido e iba a hablar, pero entonces comprendió. Elizabeth estaba conmovida. Parloteaba cosas sin sentido, con los ojos artificialmente brillantes y una sonrisa fija.

—Sam era un gran atleta. Tú has visto sus trofeos. Siempre ganaba, ¿no? ¿Sabías que ya había escalado el Mont Blanc?

—Liz...

—Sí, por supuesto que lo sabías. Una vez lo acompañaste, ¿verdad, Rhys?

Rhys la dejó hablar, estaba anestesiándose contra el dolor, tratando de fabricarse una coraza de palabras para protegerse del momento en que tuviera que enfrentarse con su propia angustia. Por un instante, mientras la

escuchaba, le vino a la memoria la niñita vulnerable que había conocido, demasiado tímida y sensible para defenderse de la realidad brutal. Ahora estaba peligrosamente excitada, tensa, y se le notaba una fragilidad que preocupó a Rhys.

—¿No quieres que llame a un médico? Puede darte algo para...

—No, no. De veras que estoy bien. Si no te molesta, creo que me voy a recostar un rato. Estoy un poco cansada.

—¿Quieres que me quede?

—Gracias. No es necesario.

Lo acompañó hasta la puerta, y cuando él iba a subir al coche, le gritó:

—¡Rhys!

Él se volvió.

—Gracias por haber venido.

¡Por Dios!

Largas horas después de que Rhys se hubiera marchado, Elizabeth estaba tendida en la cama, mirando el techo, contemplando los versátiles dibujos que pintaba el tenue sol de septiembre.

Y llegó el dolor. Ella no había tomado sedantes porque deseaba el dolor. Se lo debía a Sam. Sería capaz de soportarlo porque era su hija. De modo que se quedó acostada, todo el día y toda la noche, sin pensar en nada, pensando en todo, recordando, sintiendo. Se rió y lloró, y supuso que se hallaba en un estado de histeria. No le importaba. Nadie la podía oír. En la mitad de la noche experimentó de pronto un hambre atroz. Fue a la cocina y devoró un bocadillo enorme; luego lo vomitó.

No se sintió mejor. No había nada que pudiera aliviar su pena. Tenía la impresión de que sus nervios estaban inflamados. Su mente rememoraba los años con su padre. Por la ventana del dormitorio vio salir el sol. Poco después, una de las criadas llamó a su puerta. Elizabeth la despachó. Sonó el teléfono. El corazón le dio un brinco. Estiró la mano pensando: «¡Es Sam!». Luego se acordó y retiró la mano.

Él nunca la volvería a llamar. Jamás volvería a oír su voz. Jamás volvería a verlo.

Un abismo insondable.

Insondable.

Elizabeth se quedó acostada dejándose inundar por el pasado, recordando, recordándolo todo. Las escenas de su vida fueron desfilando por su mente. Vívidas, como si acabaran de ocurrir. Y sintió que la angustia la oprimía.

Capítulo 7

El nacimiento de Elizabeth Rowane Roffe fue una doble tragedia. La tragedia menor fue que la madre muriera en la sala de partos. La tragedia mayor fue que Elizabeth fuera mujer.

Durante nueve meses, hasta que emergió de las tinieblas del vientre de su madre, fue la criatura más ansiada del mundo, heredera de un imperio colosal, el gigante multimillonario Roffe e Hijos.

La esposa de Sam Roffe, Patricia, era una mujer de pelo castaño e incomparable hermosura. Muchas mujeres habían intentado casarse con Sam Roffe por su posición, su prestigio, su fortuna. Patricia se había casado porque se enamoró de él. Resultó ser el peor de los motivos. Sam Roffe había buscado un acuerdo comercial, y Patricia cumplía con los requisitos en forma ideal. Sam no tenía ni el tiempo ni el temperamento para ser un hombre de familia.

En su vida no había lugar para otra cosa que para Roffe e Hijos. Se dedicaba como un fanático a la empresa, y no esperaba menos de los que lo rodeaban. La importancia de Patricia residía únicamente en lo que pudiese contribuir a la imagen de la compañía. Cuando se dio cuenta de lo que era su matrimonio, era demasiado tarde. Sam le había asignado un papel para desempeñar, y ella lo desempeñaba a las mil maravillas. Era la perfecta anfitriona, la perfecta esposa de Sam Roffe. No recibía el amor de su marido, y con el tiempo aprendió a no entregar ningún amor. Le servía a Sam, y era tan empleada de Roffe e Hijos como la más humilde secretaria. Estaba a disposición las veinticuatro horas del día, lista para volar donde quiera que Sam la necesitase. Era capaz de recibir a un pequeño grupo de personajes mundiales o de preparar una elegante cena para cien invitados si se le avisaba

con un día de anticipación, con crujientes manteles finamente bordados, copas de cristal de Baccarat y pesados cubiertos georgianos. Patricia era uno de los bienes no inventariados de Roffe e Hijos. Se esmeraba en mantenerse bella; hacía gimnasia y dieta como una espartana. Tenía una figura perfecta, y sus ropas se las diseñaba Norell en Nueva York, Chanel en París, Hartnell en Londres y la joven Sybil Connolly en Dublín. Las joyas que Patricia usaba eran diseñadas para ella por Jean Schlumberger y Bulgari. Su vida era agitada y ocupada y triste y vacía. Cuando quedó embarazada todo cambió.

Sam Roffe era el último hombre de la dinastía Roffe, y Patricia sabía cuánto ansiaba tener un hijo. Sam dependía de ella. Y ahora era la reina madre, que se atareaba con el niño que llevaba en su interior, el joven príncipe que algún día heredaría el reino. Cuando la llevaron a la sala de partos, Sam le tomó la mano y dijo:

—Gracias.

Treinta minutos más tarde moría de una embolia. La única bendición fue que hubiese muerto sin saber que le había fallado a su marido.

Sam Roffe robó tiempo a su abrumada agenda para enterrar a su esposa y luego se dedicó al problema de qué hacer con su hijita.

A la semana de haber nacido llevaron a Elizabeth a su casa y se la confiaron a una niñera, la primera de una larga lista de niñeras. Durante los primeros cinco años de su vida, Elizabeth vio muy poco a su padre. Él era apenas un borrón, un extraño que siempre estaba llegando o partiendo. Viajaba constantemente, y Elizabeth era una carga que había que llevar en un carrito como una maleta más del equipaje. Un mes, Elizabeth se encontraba viviendo en la finca de Long Island, con su cancha de *bowling*, de tenis y de *squash*, y su piscina. Semanas más tarde, la niñera cogía la ropa de Elizabeth y volaban rumbo a la villa de Biarritz, que tenía cincuenta habitaciones y quince hectáreas de terreno. Allí Elizabeth no hacía más que perderse.

Sam Roffe poseía además un enorme dúplex en Beekman Place y una villa en la Costa Esmeralda, de Cerdeña. Elizabeth viajaba a todos esos sitios, iba de la casa al apartamento, del apartamento a la villa, y se crió rodeada de profusa elegancia. Sin embargo, siempre se sentía como una intrusa que por error había entrado en una hermosa fiesta de cumpleaños que daban extraños que no la amaban.

A medida que iba creciendo fue aprendiendo lo que significaba ser la hija de Sam Roffe. Su madre había sido una víctima emocional de la empresa, y lo mismo le ocurrió a ella. Si no tenía vida de familia era porque no tenía otra familia que los sustitutos a sueldo y la distante figura del hombre que la había engendrado, y que parecía no tener ningún interés en ella, sólo en la compañía. Patricia había sido capaz de afrontar la situación, pero para la niña era un tormento. Elizabeth no se sentía deseada ni querida, y no sabía cómo dominar su desesperación.

Finalmente terminó por culparse a sí misma de no ser digna de que la quisieran. Trataba por todos los medios de ganar el afecto de su padre. Cuando tuvo edad para ir a la escuela le preparaba cosas en clase, dibujos infantiles, acuarelas, ceniceros torcidos, y los escondía, esperando que él regresara de uno de sus viajes para sorprenderlo, complacerlo y oírle decir:

—Es precioso, Elizabeth. Tienes talento.

Cuando volvía, Elizabeth le presentaba su ofrenda de amor. Su padre echaba una mirada distraída a los regalos o movía la cabeza.

—Se ve que nunca serás una artista, ¿verdad?

A veces Elizabeth se despertaba en la mitad de la noche y bajaba la larga escalera curva del apartamento de Beekman Place; atravesaba el cavernoso vestíbulo que conducía al despacho de su padre. Entraba en la habitación vacía como si ingresase a un mausoleo. Esa era su habitación, donde él trabajaba, firmaba importantes documentos y dominaba el mundo. Elizabeth se acercaba a la enorme mesa con tapa de cuero y la acariciaba lentamente con la mano. Luego daba la vuelta y se sentaba en su sillón de cuero. Allí se sentía más próxima a su padre. Era como si, estando donde él estaba, sentándose donde él se sentaba, fuese una parte de él. Mantenía conversaciones imaginarias con él; él la escuchaba, interesado y preocupado, contarle sus problemas. Una noche, en la oscuridad, a punto de sentarse en la gran mesa, encendieron las luces de repente. Su padre estaba junto a la puerta. Vio a Elizabeth sentada en su mesa con un fino camisón, y dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí, sola en la penumbra? —La tomó en sus brazos y la llevó arriba, a la cama. Elizabeth se quedó despierta toda la noche rememorando el modo en que su padre la había alzado.

Después se acostumbró a bajar todas las noches a su despacho esperando

que él fuese a recogerla, pero jamás volvió a suceder.

Nadie hablaba con Elizabeth sobre su madre, pero en el vestíbulo de entrada había un hermoso retrato de Patricia Roffe de cuerpo entero, y Elizabeth se quedaba contemplándolo horas enteras. Luego se miraba en el espejo. Fea. Le habían puesto ortodoncia y parecía un mascarón de proa. Con razón mi padre no se interesa por mí, pensaba.

Por la noche le atacaba un apetito feroz, y comenzó a engordar. Había sacado, en conclusión, una maravillosa verdad: si era gorda y fea, nadie esperaba que se pareciese a su madre.

Cuando tenía doce años asistía a una escuela privada en el sector Este de Manhattan, más al norte de la calle Setenta. Llegaba en un Rolls-Royce conducido por un chófer, entraba en el aula y permanecía sentada, distraída y callada, ignorando a todos cuantos la rodeaban. Jamás se ofrecía para responder una pregunta. Y cuando la interrogaban nunca sabía la respuesta. Sus maestros adoptaron pronto el hábito de no prestarle atención. Conversaban entre ellos respecto de Elizabeth y unánimemente dedujeron que era la chica más malcriada del mundo. En un informe confidencial de fin de año, la encargada del curso de Elizabeth comunicaba a la directora:

«No hemos podido adelantar nada con Elizabeth Roffe. Se mantiene apartada de sus compañeras y se niega a participar en ninguna actividad grupal. No tiene amigos en la escuela. Sus calificaciones no son satisfactorias, pero es difícil determinar si esto se debe a que no pone ningún empeño o a su incapacidad de asimilar las materias. Es arrogante y egoísta. De no ser por el hecho de que su padre es uno de los principales colaboradores de este colegio, recomendaría sinceramente que se la expulsara».

El informe estaba a años luz de la realidad. La sencilla verdad era que Elizabeth Roffe no poseía un caparazón protector, ninguna armadura que la defendiera de la terrible soledad en que estaba sumida. Experimentaba una sensación tan profunda de ser indigna que temía hacer amistades por miedo a que descubrieran que ella no valía la pena, que no merecía ser querida. No era arrogante, sino casi patológicamente tímida. Sentía que no pertenecía al mismo mundo que habitaba su padre. No pertenecía a ninguna parte. Odiaba que la llevaran a la escuela en el Rolls-Royce porque sabía que no era digna

de eso. Conocía las respuestas de las preguntas que le hacían los profesores en el aula, pero no se atrevía a hablar en voz alta, a atraer la atención sobre su persona. Le encantaba leer, y de noche se quedaba despierta en la cama hasta muy tarde devorando libros.

Soñaba despierta. ¡Qué hermosas fantasías! Estaba en París con su padre y atravesaban el Bois en un coche tirado por caballos. Él la llevaba a su oficina, una habitación enorme como la catedral de San Patricio, y entraba gente constantemente con papeles para firmar, pero él les indicaba con un gesto que se fueran, diciendo:

—¿No ven que estoy ocupado? Estoy hablando con mi hija Elizabeth.

Ella y su padre estaban esquiando en Suiza, descendiendo juntos por una cuesta, y sentían el azote del viento gélido. De pronto él se caía y gemía de dolor porque se había quebrado una pierna, y ella exclamaba:

—¡No te preocupes, papá! Yo te cuidaré. —Y bajaba velozmente hasta el hospital.

—Rápido, mi padre está herido —y una decena de hombres con chaquetas blancas lo transportaban hasta allí en una ambulancia inmaculada, y ella se colocaba junto a la cabecera y le daba de comer (probablemente era un brazo roto, no una pierna), y su madre entraba en la habitación, de alguna manera estaba viva, pero su padre decía: «Ahora no puedo verte, Patricia. Estoy conversando con Elizabeth».

O si no, se encontraban en la hermosa villa de Cerdeña. Los sirvientes no estaban, y Elizabeth preparaba la cena para su padre. Él repetía cada plato, y comentaba:

—Cocinas mucho mejor que tu madre, Elizabeth.

Las escenas con su padre terminaban siempre del mismo modo. Sonaba el timbre y un hombre alto, más alto que su padre, entraba y le rogaba a Elizabeth que se casara con él. Sam entonces le imploraba:

—Por favor, Elizabeth, no me abandones. Te necesito.

Y ella consentía en quedarse.

De todas las casas donde se crió, Elizabeth prefería la de Cerdeña. No era de ningún modo la mayor, pero sí la más vistosa y simpática. Cerdeña misma la fascinaba. Era una isla salvaje, rodeada de rocas inaccesibles, unos doscientos sesenta kilómetros al sureste de la costa italiana. Un arrobador

panorama de montañas, mar y campos verdes. Sus gigantescos acantilados volcánicos se habían elevado miles de años antes del primigenio mar, y las orillas se extendían en amplias curvas hasta donde alcanzaba la vista. El mar Tirreno le daba a la isla un contorno azul.

Para Elizabeth, la isla poseía sus aromas especiales, el olor de las brisas marinas y de los bosques, la macchia blanca y amarilla, la legendaria flor que le gustaba a Napoleón. Estaban los arbustos de corbeccola que crecían hasta el metro ochenta y daban una fruta roja con sabor a fresa, y los guardas, los altísimos robles cuya corteza se exportaba al continente para ser usada en la fabricación de corchos para botellas de vino.

A Elizabeth le encantaba oír las piedras musicales, los misteriosos guijarros enormes llenos de agujeritos.

Cuando los vientos atravesaban por los orificios, las piedras emitían un fantástico sonido agudo, como el canto fúnebre de las almas en pena.

Y los vientos soplaban. Elizabeth llegó a conocerlos a todos. El mistrale y el ponente, el tramontana, el grecate y el levante. Suaves brisas y vientos impetuosos. Estaba también el temido sirocco, el viento cálido que llegaba del Sahara.

La villa de los Roffe estaba en la Costa Esmeralda, al norte de Porto Cervo, en la cima de un farallón que daba al mar, encerrada por enebros y los olivos silvestres de Cerdeña, de fruto amargo. Había una impresionante vista del puerto, abajo, a lo lejos, y alrededor, salpicando las colinas verdes, una mezcla de casas de piedra y estuco reunidas en una loca amalgama cromática que se asemejaba a dibujos pintados por niños con barritas de colores.

La villa era de yeso blanco, con grandes vigas de enebro en su interior. Estaba construida en diferentes niveles, con habitaciones cómodas, espaciosas. Cada una de ellas tenía un hogar y un balcón. La sala y el comedor poseían ventanales desde donde se obtenía una vista panorámica de la isla. Una escalera de forma singular conducía a los cuatro dormitorios de la planta alta. El mobiliario armonizaba perfectamente con el ambiente. Había mesas fraileras, bancos rústicos y butacas muelles. En las ventanas, cortinas con flecos, de lana blanca, tejidas a mano en la isla. En el suelo, coloridos mosaicos cerasarda de Cerdeña y otras baldosas de Toscana. En los baños y en los dormitorios había alfombras de lana de la región, teñidas con tinturas

vegetales a la manera tradicional. La casa resplandecía con cuadros, una mezcla de impresionistas franceses, grandes maestros italianos y pintores oriundos de Cerdeña. En el pasillo de entrada había retratos de Samuel y Terenia Roffe, tatarabuelos de Elizabeth.

La parte de la casa que más le gustaba a Elizabeth era el ático, debajo del techo de tejas.

Se accedía a él por una angosta escalera desde el primer piso, y Sam Roffe lo utilizaba como estudio. Allí había una gran mesa de trabajo y un cómodo sillón giratorio acolchado. Las paredes estaban recubiertas con estanterías llenas de libros y mapas, la mayoría de ellos pertenecientes al imperio Roffe. Tenía un pequeño balcón construido sobre un peñasco alto y escarpado y la vista desde allí era imponente.

Fue en esta casa, a los trece años, donde Elizabeth descubrió los orígenes de su familia, y por primera vez en su vida sintió que pertenecía a algo, que era parte de algo.

Todo comenzó el día que Elizabeth encontró el Libro. Su padre se había ido a Olbia, y ella había subido al altillo. No le interesaban los libros de las estanterías porque desde hacía mucho sabía ya que eran obras técnicas sobre farmacología y farmacognosia, sobre empresas multinacionales y derecho internacional. Pesadas, aburridas. Algunos manuscritos eran raros y se conservaban en vitrinas. Había un ejemplar de medicina en latín titulado *Circa Instans*, escrito en la Edad Media, y otro llamado *De Materia Medica*. Fue debido a que Elizabeth estaba estudiando latín y sintió curiosidad por ver uno de estos viejos ejemplares, que abrió la vitrina para sacarlo. Detrás, fuera del alcance de la vista, halló otro volumen. Lo cogió. Era grueso, encuadernado en cuero rojo, y no llevaba título.

Intrigada, lo abrió. Fue como abrir una puerta a otro mundo. Se trataba de una biografía de su tatarabuelo, Samuel Roffe, en inglés, impresa en forma particular en pergamino. No se mencionaba autor ni fecha, pero Elizabeth estaba segura de que tenía más de cien años porque casi todas las páginas estaban descoloridas, mientras que otras estaban amarillentas y algo desmigajadas por el paso del tiempo. Sin embargo, nada de esto era importante.

Lo que tenía valor era la historia misma, una historia que dio vida a los

retratos que colgaban en la pared de la planta baja. Elizabeth había visto mil veces cuadros de sus tatarabuelos: un hombre y una mujer del pasado, vestidos con ropas antiguas. El hombre no era apuesto, si bien había en su rostro una gran fortaleza e inteligencia. Era rubio y tenía pómulos altos, esclavos, y ojos azules de mirada sagaz. La mujer era una belleza. Pelo castaño, un cutis perfecto y ojos negros como el carbón. Llevaba un vestido de seda blanca con un tabardo de brocado. Dos extraños que no habían significado nada para Elizabeth.

Pero ahora, sola en el atilillo, cuando abrió el Libro y comenzó a leer, Samuel y Terenia Roffe cobraron vida. Elizabeth se sintió transportada en el tiempo, como si estuviese viviendo en el gueto de Cracovia en el año 1853, con Samuel y Terenia. A medida que avanzaba en la lectura del Libro se fue enterando de que su tatarabuelo Samuel, el fundador de Roffe e Hijos, había sido un romántico, un aventurero.

Y un asesino.

Capítulo 8

El recuerdo más antiguo que tenía Samuel Roffe —leía Elizabeth— era el de su madre, a quien mataron en un pogromo en 1855, cuando Samuel contaba cinco años. Él había estado escondido en el sótano de la casita de madera que los Roffe compartían con otras familias del gueto de Cracovia. Cuando finalmente el tumulto terminó, incontables horas más tarde, y el único sonido que se oía eran los sollozos de los sobrevivientes, Samuel salió de su escondite y recorrió las calles del gueto en busca de su madre. Al niño le dio la impresión de que el mundo entero estaba en llamas.

Todo el cielo estaba rojo por las construcciones de madera que ardían a cada lado, y se elevaban densas nubes de humo negro. Hombres y mujeres buscaban desesperadamente a sus familias y trataban de salvar sus negocios, sus viviendas o sus escasas pertenencias. A mediados del siglo XIX Cracovia poseía un cuartel de bomberos, pero estaba vedado para los judíos. En el gueto, en la periferia de la ciudad, se vieron obligados a combatir el siniestro a mano, sacando agua de los pozos. Innumerables personas formaron brigadas con cubos para apagar las llamas. Dondequiera que mirase Samuel veía muerte, cuerpos mutilados de hombres y mujeres desparramados por todas partes como muñecos rotos; mujeres desnudas, violadas, y niños que sangraban y gemían reclamando ayuda.

Samuel halló a su madre tirada en la calle, semiinconsciente, con el rostro bañado en sangre. El muchachito se arrodilló a su lado; el corazón le latía salvajemente.

—¡Mamá!

Ella abrió los ojos, lo miró y quiso hablar, pero Samuel se dio cuenta de que se estaba muriendo. Quería salvarla a toda costa, más no sabía cómo, y

cuando le limpió suavemente la cara, era demasiado tarde.

Después, Samuel se quedó observando cómo los encargados del sepelio retiraban con cuidado la tierra de debajo del cuerpo de su madre, tierra empapada en su sangre. Según las Escrituras, debía enterrársela con esa tierra para que regresara intacta a Dios.

Fue en ese momento cuando Samuel decidió convertirse en médico.

La familia Roffe compartía una angosta casa de madera de tres pisos con otras ocho familias. El joven Samuel habitaba en un pequeño cuartito con su padre y su tía Raquel. Jamás en su vida tuvo un cuarto para él solo, ni durmió ni comió solo. No recordaba un momento en que no hubiese oído voces.

Sin embargo, no añoraba tener intimidad porque ni siquiera sabía que existiese. Siempre había vivido en un amontonamiento de gente.

Todas las noches los gentiles encerraban en el gueto a Samuel, sus parientes y sus amigos, al tiempo que los judíos recluían sus cabras, sus vacas y sus gallinas.

Al atardecer se cerraban los imponentes portones dobles del gueto con una gran llave de hierro. Al amanecer se volvían a abrir, y se permitía a los comerciantes judíos entrar en la ciudad de Cracovia a realizar sus negocios con los gentiles, si bien se les obligaba a regresar al gueto antes del crepúsculo.

El padre de Samuel era un emigrante ruso. Salió de Kiev después de un motín contra los judíos, rumbo a Cracovia, donde conoció a su mujer. Era un hombre canoso, encorvado, de rostro cansado, arrugado, un vendedor ambulante que empujaba un carrito y pregonaba sus artículos de mercería, baratijas y utensilios por las angostas callejuelas del gueto. A Samuel le encantaba recorrer las animadas calles de adoquines atestadas de gente. Disfrutaba del aroma del pan recién salido del horno mezclado con el olor a pescado, quesos, frutas maduras, serrín y cuero. Le gustaba escuchar a los vendedores proclamar sus mercancías, y a las amas de casa regatear con voz mortecina y quejosa. La variedad de productos que ofrecían los vendedores ambulantes era asombrosa: telas y cintas, ropas e hilos, cueros, carnes, legumbres, agujas y jabones, gallinas desplumadas, caramelos, botones, jarabes, zapatos.

El día que cumplió doce años, el padre de Samuel llevó a su hijo por

primera vez a Cracovia. La idea de trasponer las puertas prohibidas y poder ver la ciudad, el hogar de los gentiles, inundó al niño de una excitación casi insostenible.

A las seis de la mañana, vistiendo su único traje bueno, Samuel, en la oscuridad, estaba junto a su padre frente a los inmensos portones de acceso a la ciudad, rodeado de una multitud de hombres con toscos carritos caseros, carretas y carretillas. El aire era frío y húmedo, y Samuel se arrebujó en su raído abrigo de lana.

Al cabo de un rato que le pareció interminable, un sol brillante, anaranjado, se asomó por el horizonte, y la muchedumbre se agitó expectante. Momentos más tarde los enormes portones de madera comenzaron a abrirse, y los comerciantes empezaron a fluir como un torrente de hormigas industriosas rumbo a la ciudad.

Cuando se iban aproximando a la ciudad terrible y maravillosa, el corazón de Samuel comenzó a latir intensamente. Adelante divisaba las fortalezas que descollaban sobre el Vístula. Se aferró más a su padre. Estaba efectivamente en Cracovia, cercado por los temidos goyim, los que todas las noches los encerraban en el gueto. Echaba rápidas miradas temerosas a la gente que pasaba y se maravilló de lo distintos que eran. Ellos no usaban payves, flequillos ni bekeches, esos largos sacos negros, y muchos iban bien afeitados. Samuel y su padre caminaron por el Plante hacia el Rynek, el concurrido mercado, y pasaron por la iglesia de Santa María con sus dos campanarios. Jamás había visto Samuel tanta suntuosidad. El nuevo mundo estaba lleno de maravillas. Por empezar, esa emocionante sensación de libertad y de espacio que lo dejaba boquiabierto. Las casas estaban todas separadas, no amontonadas, y muchas tenían un jardincito delante. Por cierto —pensaba Samuel—, todos los habitantes de Cracovia debían de ser millonarios.

Fueron a casa de una media docena de proveedores, donde su padre compraba mercancías y las colocaba dentro del carrito. Cuando éste estuvo repleto, él y el niño se dirigieron nuevamente al gueto.

—¿No podemos quedarnos un ratito más?

—No, hijo. Tenemos que volver.

Samuel no quería ir a su casa. Había estado en el otro lado de los portones

por primera vez en su vida, y sentía un alborozo tan grande, tan intenso, que casi lo sofocaba.

Que la gente pudiera vivir así, que pudiera caminar por donde se le ocurriera, que pudiese hacer lo que quisiera... ¿Por qué no pudo él nacer en el otro lado? Inmediatamente se avergonzó de sí mismo por tener pensamientos tan desleales.

Esa noche, al acostarse, Samuel se quedó despierto mucho tiempo pensando en Cracovia y en las hermosas casas con flores y jardines. Tenía que buscar la manera de conseguir la libertad. Quería hablar con alguien sobre las cosas que sentía, pero nadie lo iba a comprender.

Elizabeth dejó el Libro y se recostó con los ojos cerrados imaginando la soledad de Samuel, su excitación, su frustración.

Fue en ese momento cuando comenzó a identificarse con él, a sentir que era parte de él, tal como él era parte de ella. La sangre de Samuel corría por sus venas. Experimentaba una extraordinaria, impetuosa sensación de pertenecer a algo.

Oyó el ruido del coche de su padre que se acercaba por el camino. Rápidamente guardó el Libro. No tuvo más oportunidades de leerlo durante su estancia, pero al regresar a Nueva York el Libro iba escondido en el fondo de su maleta.

Capítulo 9

Tras el cálido sol invernal de Cerdeña, Nueva York le pareció Siberia. Las calles estaban llenas de nieve y lodo, y el viento que soplaba desde el East River era gélido. Pero a Elizabeth no le importaba. Estaba viviendo en Polonia, en otro siglo, compartiendo las aventuras de su tatarabuelo.

Todas las tardes, al volver del colegio, corría a su habitación, cerraba la puerta con llave y sacaba el Libro. Había pensado en hablar de él con su padre, pero tenía miedo de que Sam se lo quitara.

De una manera inesperada, maravillosa, fue el viejo Samuel el que la alentó. A Elizabeth le daba la impresión de que eran muy semejantes. Samuel era un ser solitario. No tenía con quién hablar. «Como yo», pensó Elizabeth. Y como eran casi de la misma edad —si bien les separaba un siglo—, se identificaba con él.

Samuel quería ser médico.

Solamente a tres facultativos se les permitía ocuparse de los miles de seres apiñados en los confines antihigiénicos y castigados por las epidemias del gueto. De los tres, el más próspero era el doctor Zeno Wal. Su casa se destacaba en los barrios pobres como un castillo en medio de un arrabal. Tenía tres pisos, y por las ventanas se veían las cortinas de encaje blanco almidonadas y se alcanzaba a divisar los muebles brillantes, lustrados. Samuel veía al doctor dentro, tratando a sus pacientes, ayudándolos, curándolos: haciendo lo que Samuel añoraba hacer. Si alguien como el doctor Wal se interesara por él, podía darle una mano para que llegase a ser médico. Pero, en lo que a Samuel se refería, el doctor Wal era tan inaccesible como los gentiles que vivían en Cracovia, al otro lado del muro prohibido.

De vez en vez, Samuel vislumbraba al doctor Wal caminando por la calle

enfascado en seria conversación con algún colega.

Un día que pasaba por la casa de Wal, se abrió la puerta principal y salió el médico con su hija. Ella tenía más o menos la misma edad que Samuel, y era la mujer más bella que jamás hubiese visto. En el instante en que la vio supo que sería su esposa. No sabía cómo hacer para que se realizara ese milagro; sólo sabía que debía lograrlo.

A partir de ese momento, todos los días encontraba una excusa para acercarse a la casa y ver si podía divisar nuevamente a la muchacha.

Una tarde, al pasar ante la casa de los Wal camino de una diligencia, oyó música de piano que provenía del interior y supo que era ella quien tocaba. Debía verla. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estaba observando y se acercó, por un lado, a la casa. La música venía de arriba, justamente encima de su cabeza. Samuel dio un paso atrás y estudió la pared. Había suficientes asideros como para poder treparla, y sin dudarle un instante comenzó el ascenso. El primer piso era más alto de lo que él creía, y antes de llegar a la ventana ya estaba como a tres metros del suelo. Miró hacia abajo y sufrió un mareo momentáneo. La música se oía más fuerte y él se sentía como si ella la estuviese interpretando para él. Se agarró a otro asidero y escaló hasta la ventana. Lentamente levantó la cabeza para espiar por el antepecho. Vio una sala exquisitamente amueblada. La niña estaba sentada tocando un piano dorado y blanco. Detrás de ella, el doctor Wal leía en un sillón. Samuel no tenía ojos para él. Sólo podía contemplar la hermosa visión que había a poca distancia. ¡La amaba! Haría algo espectacular y arriesgado para que se enamorara de él. Haría... Tan ensimismado estaba en su fantasía que se soltó y cayó en el vacío. Emitió un grito y vio dos rostros azorados que lo miraban caer a tierra.

Se despertó en la mesa de operaciones del consultorio del doctor Wal, una habitación espaciosa equipada con botiquines de medicina y una colección de instrumental quirúrgico. El doctor Wal sostenía un algodón empapado en algo que tenía un olor espantoso, debajo de la nariz de Samuel. El chico sintió que se ahogaba y se incorporó.

—Así está mejor —dijo el doctor Wal—. Debería extraerte el cerebro, pero dudo que lo tengas. ¿Qué intentabas robar, muchacho?

—Nada —le respondió Samuel, indignado.

—¿Cómo te llamas?

—Samuel Roffe.

Los dedos del médico comenzaron a tantear la muñeca derecha de Samuel, y el niño gritó de dolor.

—Humm. Te has roto la muñeca, Samuel Roffe. Quizá deberíamos llamar a la policía para que te la arreglara.

Samuel bramó en voz alta. Pensaba en lo que ocurriría si la policía lo llevaba a su casa en desgracia. A su tía Raquel se le partiría el corazón; su padre lo mataría. Pero, más importante aún, ¿cómo podía esperar conquistar a la hija del doctor Wal? Era un criminal, un hombre marcado. Samuel sintió un dolorosísimo tirón en la muñeca y miró al médico con horrorizada sorpresa.

—Ya está bien —dijo el doctor—. Arreglada. —Le colocó una férula.

—¿Vives cerca, Samuel Roffe?

—No, señor.

—¿No te he visto yo merodeando por aquí?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

¿Por qué? Si le contaba la verdad, el doctor Wal se reiría.

—Quiero ser médico —confesó Samuel, incapaz de contenerse.

El doctor Wal le contemplaba incrédulo.

—¿Por eso has trepado por la pared de mi casa como un ladrón?

Samuel le relató toda la historia. Le contó de su madre que había muerto en la calle, de su padre, de su primera visita a Cracovia y de su frustración por verse encerrado dentro de los muros del gueto por la noche como un animal. Habló de sus sentimientos por la hija del médico. Lo contó todo, y el doctor escuchaba en silencio. Para los oídos de Samuel la historia era todavía ridícula, y al concluir, dijo en un susurro:

—Lo... lo siento.

El doctor Wal lo estudió largo rato con la mirada.

—Yo también lo siento. Por ti, por mí, por todos nosotros. Todo hombre es un prisionero, y la mayor ironía es vivir prisionero de otro ser humano.

Samuel lo miró intrigado.

—No le entiendo, señor.

El médico suspiró.

—Algún día lo comprenderás. —Se puso de pie, fue hasta su mesa, eligió una pipa y se puso a llenarla lenta, pausadamente—. Me parece que éste es un día muy malo para ti, Samuel Roffe.

Aplicó un fósforo al tabaco, lo sopló para apagarlo y siguió hablando al muchacho.

—No por lo de tu muñeca fracturada, que se curará. Sin embargo yo te voy a hacer algo que tal vez no se cure tan pronto. —Samuel lo observaba con los ojos abiertos. El doctor Wal se acercó a su lado y le habló con voz amable—: Muy pocas personas tienen nunca un sueño. Tú, tienes dos. Y me temo que debo destruirlos. Ambos.

—Yo no...

—Escúchame atentamente, Samuel. Nunca podrás llegar a médico, no en nuestro mundo. Sólo a tres de nosotros se nos permite practicar la medicina en el gueto. Hay aquí decenas de médicos competentes que están esperando que alguno de nosotros se retire o se muera, para poder ocupar su puesto. Tú no tienes posibilidades. Ninguna. Has nacido en un mal momento, en un mal sitio. ¿Me entiendes, muchacho?

Samuel tragó saliva.

—Sí, señor.

El doctor vaciló; luego prosiguió:

—En cuanto a tu segundo sueño... creo que es tan imposible como el primero. No tienes probabilidad de casarte con Terenia.

—¿Por qué?

El doctor Wal se quedó mirándolo.

—¿Por qué? Por la misma razón que no puedes ser médico. Vivimos de acuerdo con normas, con nuestra tradición. Mi hija se casará con alguien de su clase, alguien que pueda mantenerla del mismo modo que se crió. Se casará con un profesional, un abogado, un médico, un rabino. Tú... bueno, debes borrarla de tu mente.

—Pero...

El doctor lo acompañaba hacia la puerta.

—Que alguien te controle esa tablilla dentro de unos días. Y que no se te ensucie la venda.

—Sí, señor. Gracias, doctor Wal.

El médico estudió a ese muchacho rubio, de cara inteligente, que tenía frente a sí.

—Adiós, Samuel Roffe.

Al día siguiente, por la tarde, Samuel tocaba el timbre de la casa de los Wal. El doctor lo vio por la ventana. Sabía que debía despedirlo.

—Hágalo pasar —indicó a la criada.

A partir de ese día Samuel empezó a ir a casa de Wal dos o tres veces por semana. Le hacía recados al doctor, y en retribución, éste le permitía estar presente cuando trataba a sus pacientes o cuando trabajaba en su laboratorio preparando medicamentos. El chico observaba, aprendía y lo grababa todo en su memoria. Poseía un talento natural. El doctor experimentaba una sensación cada vez más intensa de culpa porque sabía que, en cierta manera, estaba alentando a Samuel a ser algo que jamás podría ser. Y sin embargo no se animaba a despedir al joven.

Ya fuera por casualidad o por designio, cuando Samuel estaba allí, Terenia andaba siempre cerca. La vislumbraba ocasionalmente al pasar por el laboratorio o la veía salir de la casa. En una oportunidad se topó con ella en la cocina y el corazón comenzó a latirle con tanto brío que creyó que se iba a desmayar. Ella lo contempló un largo instante con mirada especulativa. Luego lo saludó fríamente con la cabeza y se fue.

¡Al menos se había percatado de él! Era el primer paso. El resto sería sólo cuestión de tiempo. No tenía la más mínima duda. Estaba predestinado. Terenia ocupaba un papel preponderante en los sueños de futuro de Samuel. Si bien antes soñaba cosas para él, ahora soñaba para los dos. De algún modo saldrían los dos del horrible gueto, de esa hedionda prisión abarrotada. Y él sería todo un éxito. Pero el éxito no sería para él sólo, sino para ambos. Por más imposible que pareciese.

Elizabeth se quedó dormida leyendo la historia del viejo Samuel. A la mañana siguiente, cuando se despertó, escondió cuidadosamente el Libro y se empezó a vestir para ir al colegio. No podía dejar de pensar en Samuel. ¿Cómo fue que se casó con Terenia? ¿Cómo salió del gueto? ¿Cómo se hizo famoso? Elizabeth estaba absorta en el Libro y la fastidiaba todo lo que la separara de él, obligándola a regresar al siglo XX.

Una de las materias que Elizabeth debía cursar era *ballet*, y lo odiaba. Se ponía su tutu rosado, se miraba en el espejo y trataba de hacerse a la idea de que tenía un cuerpo voluptuoso. Pero la verdad saltaba a la vista. Era gorda. Jamás sería una bailarina de *ballet*.

Poco después de haber cumplido los catorce años, *madame* Netturova, su profesora de danza, anunció que dos semanas más tarde se celebraría el recital anual de baile en el auditorio, y que los alumnos debían invitar a sus padres. Elizabeth estaba aterrorizada. La mera idea de subir al escenario frente al público la llenaba de espanto. No podría soportarlo.

«Una niña atravesaba corriendo la calle entre coches a toda velocidad. Elizabeth la vio, salió disparada y rescató a la criatura de las fauces de la muerte. Lamentablemente, señoras y señores, un automóvil le quebró los dedos del pie a Elizabeth Roffe, y no podrá bailar en el recital de esta noche».

«Una criada descuidada dejó un jabón en la parte superior de la escalera. Elizabeth resbaló y rodó un largo tramo de peldaños, fracturándose la cadera. “No es nada grave”, dice el doctor. Dentro de tres semanas estará bien».

No tuvo esa suerte. El día de la actuación gozaba de perfecta salud y se encontraba en estado de histeria. Una vez más fue el viejo Samuel el que la ayudó. Elizabeth recordó lo asustado que había estado él, y sin embargo había ido de nuevo a ver al doctor Wal. Ella no haría nada que deshonrara a Samuel. Se enfrentaría a la prueba.

No le había mencionado siquiera el recital a su padre. En el pasado, a menudo, le había pedido que fuese a reuniones y fiestas de la escuela cuando invitaban a los padres, pero él siempre estaba muy ocupado.

Esa noche, cuando se preparaba para el festival de baile, llegó su padre. Había estado ausente de la ciudad diez días.

Entró en la habitación, la vio y dijo:

—Buenas noches, Elizabeth. Has engordado un poco.

Ella se sonrojó y trató de entrar el vientre.

—Sí, papá.

Él fue a decir algo, pero cambió de idea.

—¿Cómo te va en el colegio?

—Bien, gracias.

—¿Algún problema?

—No, papá.

—Me alegro.

Era un diálogo que se había repetido cien veces en el curso de los años, una letanía sin sentido que parecía ser la única forma de comunicación entre los dos. «Cómo-te-va-en-el-colegio-bien-gracias-algún-proble-ma-no-papá-me-alegro». Dos extraños que hacían comentarios sobre el tiempo, sin escucharse y sin prestar atención a la opinión del otro. «Bueno, por lo menos a uno de nosotros sí le importa», pensaba Elizabeth.

Pero esta vez Sam Roffe se quedó observando a su hija con expresión pensativa. Estaba acostumbrado a resolver problemas, y si bien presentía que ahí había uno, no tenía idea de cuál era, y si alguien se lo hubiese dicho, la respuesta de Sam habría sido:

—No seas tonto. Le he dado todo a Elizabeth.

Cuando su padre estaba a punto de marchar, Elizabeth oyó su propia voz que decía:

—Mi clase de *ballet* organiza un recital. Yo tomo parte. No quieres venir, ¿verdad?

A medida que pronunciaba las palabras se iba llenando de una sensación de espanto. No deseaba que fuese su padre y viese su torpeza. ¿Por qué lo había invitado? Sabía la razón. Porque era la única alumna cuyos padres no estarían en el auditorio. «De cualquier manera, no importa —se dijo— porque él va a decir que no». Agitó la cabeza, furiosa consigo misma, y dio media vuelta. A su espalda, increíblemente, oyó la voz de su padre:

—Me gustaría mucho.

El salón estaba atestado de padres, parientes y amigos que observaban bailar a las alumnas acompañadas por dos pianos de cola situados a ambos lados del escenario. *Madame* Netturova estaba a cierta distancia, a un lado, marcando el compás en voz alta mientras las niñas bailaban, llamando la atención de los padres sobre su persona.

Algunas niñas danzaban con notable gracia dando muestras de verdadero talento. Las demás actuaban resueltas a reemplazar el entusiasmo por la habilidad. El programa de mano anunciaba tres fragmentos musicales de *Coppélia*, *La Cenicienta* e, inevitablemente, *El Lago de los Cisnes*. El plato fuerte iban a ser las actuaciones individuales, donde cada alumna tendría su

momento de gloria, sola.

Detrás del telón, Elizabeth sufría, aterrorizada. No hacía más que espiar a través de la cortina, y cada vez que veía a su padre sentado en la segunda fila, por la mitad, pensaba en lo tonta que había sido al invitarlo.

Hasta ese momento del espectáculo, se las había ingeniado para quedar disimulada en segundo plano, escondida entre las otras bailarinas. Pero se aproximaba su solo. Se sentía tosca con su tutú, como si estuviera en un circo. Estaba segura de que todos se reirían cuando la vieran aparecer en el escenario, ¡y ella le había pedido a su padre que fuese a presenciar su humillación! El consuelo era que su actuación duraba solamente sesenta segundos. *Madame* Netturova no era boba. Todo terminaría tan pronto que nadie siquiera se percataría de ella. Lo único que tenía que hacer el padre de Elizabeth era desviar la mirada durante un minuto, y su número ya habría concluido.

Elizabeth contemplaba bailar a sus compañeras, una a una. Todas le parecían una Markova, una Maximova o una Fonteyn. Se sobresaltó al sentir una mano fría sobre su brazo desnudo. *Madame* Netturova le susurraba:

—Vamos, Elizabeth. Tú eres la próxima.

Elizabeth intentó responder:

—Sí, *madame* —pero tenía la garganta tan seca que no le salían las palabras.

Los dos pianistas atacaron la melodía del solo de Elizabeth. Ella se quedó petrificada, incapaz de moverse.

Madame Netturova le decía en un murmullo:

—¡Vamos, sal!

Elizabeth sintió que la empujaban por la espalda y de pronto se encontró en el escenario, semidesnuda, frente a un centenar de extraños hostiles. No se atrevió a mirar a su padre. Ansiaba terminar con el sufrimiento cuanto antes y escaparse. Lo que tenía que hacer era sencillo: unos pocos *pliés*, *jetés* y saltitos. Comenzó a ejecutar los pasos al ritmo de la música tratando de pensar que era delgada, alta y flexible.

Al concluir se oyeron unos leves aplausos de cortesía del público. Elizabeth miró hacia la segunda fila y ahí estaba su padre sonriendo orgulloso y aplaudiendo, aplaudiéndola a ella, y algo estalló en su interior. La música

se había interrumpido. Sin embargo, Elizabeth siguió bailando, haciendo *pliés*, *jetés*, aleteos y giros, transportada, fuera de sí. Los sorprendidos músicos comenzaron a seguirle el ritmo, primero un pianista, luego el otro. Entre bambalinas, *madame* Netturova le hacía señas desesperadas con cara de indignación. Pero Elizabeth dichosamente la ignoraba. Lo único que le importaba era estar en el escenario, bailando para su padre.

—Estoy segura de que comprenderá, señor Roffe, que este colegio no puede tolerar semejante comportamiento. —La voz le temblaba a *madame* Netturova por la furia.

—Su hija no hizo caso a nadie y se comportó como... como si fuese una estrella.

Elizabeth sintió el peso de la mirada de su padre y le dio miedo mirarlo a los ojos. Sabía que había hecho algo inexcusable pero no pudo contenerse. Por un momento, sobre el escenario, había intentado crear algo hermoso para su padre, había tratado de impresionarlo, de obligarlo a prestarle atención, de estar orgulloso de ella. De amarla.

—Tiene toda la razón del mundo, *Madame*. Yo me encargaré de que Elizabeth reciba su merecido.

Madame Netturova miró a Elizabeth con aire de triunfo.

—Muchas gracias, señor Roffe. Lo dejo en sus manos.

Elizabeth y su padre estaban fuera de la escuela. Él no había pronunciado una sola palabra desde que abandonaran el despacho de *madame* Netturova. Elizabeth trataba de componer un discurso de disculpas... pero ¿qué podía decir? ¿Cómo podía hacerle entender a su padre el porqué de su comportamiento? Él era un extraño y ella le temía.

Lo había visto descargar su terrible cólera sobre otras personas cuando cometían errores o cuando lo desobedecían. Se quedó esperando que su ira se abatiera sobre ella.

Sam Roffe le dijo de pronto:

—Elizabeth, ¿no quieres que vayamos a Rumpelmayer's a tomar un refresco de chocolate?

Elizabeth prorrumpió en llanto.

Acostada en su cama, esa noche, no podía dormir de lo excitada que estaba. Rememoraba una y otra vez lo sucedido. La emoción que la

embargaba le resultaba casi intolerable. Esto no era una fantasía soñada. Había ocurrido, era real. Se veía a sí misma y a su padre, sentados a una mesa en Rumpelmayer's, rodeados por los enormes y vistosos leones, osos, elefantes y cebras embalsamados. Elizabeth había pedido un banana split que resultó ser gigantesco, y su padre no la había criticado. Él le hablaba. No los consabidos «cómo-te-va-en-la-escuela-bien-gracias-algún-proble-ma-no-papá-ninguno». Hablaba de veras. Le contó su último viaje a Tokio, de cómo su anfitrión había servido langostas y hormigas bañadas en chocolate como plato especial para él y cómo debió comerlas para no dañar su imagen.

Cuando Elizabeth hubo raspado hasta la última gota del helado, su padre le preguntó:

—¿Qué ha sido lo que te ha impulsado a hacerlo, Liz?

Sabía que ahora se iba a perder todo, que él la iba a regañar, a decirle la desilusión que le había causado.

—Quise ser mejor que todas las demás. —No se animó a agregar «Para ti».

Él la estudió largo rato con la mirada, y luego se rió.

—Pues les proporcionaste un susto bárbaro a todos. —Había un matiz de satisfacción en su voz.

Elizabeth sintió que le subía la sangre a las mejillas.

—¿No estás enojado conmigo?

Notó en los ojos de su padre una expresión que jamás le había visto antes.

—¿Por desear ser la mejor? Los Roffe se han hecho para eso. —Estiró un brazo y le estrujó una mano a su hija.

El último pensamiento de Elizabeth, cuando ya se dormía, fue: «le gusto a mi padre, realmente le gusto. De ahora en adelante vamos a estar juntos todo el tiempo. Me llevará con él en sus viajes. Hablaremos de muchas cosas y seremos buenos amigos».

Al día siguiente, por la tarde, la secretaria de su padre le informó que se había dispuesto lo necesario para enviarla a un pensionado de niñas en Suiza.

Capítulo 10

Matricularon a Elizabeth en el International Château Lemand, una escuela para señoritas en Sainte-Blaise, un pueblo junto al lago Neuchâtel. Las alumnas contaban entre catorce y dieciocho años. Se trataba de unos de los mejores colegios del excelente sistema educativo suizo.

Elizabeth lo odió desde el primer instante.

Se sentía exiliada. La habían mandado lejos de su casa. Era como un horrendo castigo por un delito que no había cometido. Aquella noche mágica había creído estar al borde de algo maravilloso descubriendo a su padre, haciéndose amigos los dos. Pero ahora él estaba más lejos que nunca.

Elizabeth le seguía el rastro a su padre por los diarios y revistas. Con frecuencia aparecían notas y fotografías de él en reuniones con un primer ministro, inaugurando una nueva planta farmacéutica en Bombay, escalando montañas, cenando con el *Sha* de Irán.

Pegaba todos los recortes en un álbum que repasaba constantemente. Lo tenía escondido junto al Libro de Samuel.

Elizabeth se mantenía apartada de las demás chicas. Algunas de ellas compartían su habitación con dos o tres compañeras, pero Elizabeth había pedido un cuarto para ella sola. Escribía largas cartas a su padre; luego rompía las que dejaban entrever sus sentimientos. De vez en cuando recibía alguna noticia de él, y paquetes de alegres envoltorios provenientes de tiendas de lujo para su cumpleaños, enviados por su secretaria. Elizabeth echaba tremendamente de menos a su padre.

Se iba a reunir con él en Cerdeña para pasar la Navidad. A medida que se acercaba la fecha, la espera se le iba haciendo intolerable. Se descomponía de la emoción. Redactó una lista de propósitos y los anotó cuidadosamente:

No seas pesada.

Sé interesante.

No te quejes de todo, en especial de la escuela.

Que él no sepa que te sientes sola.

No le interrumpas cuando él hable.

Debes estar bien arreglada en todo momento, incluso en el desayuno.

Ríe mucho, así él comprobará lo feliz que te sientes.

Era una oración, una letanía, su ofrenda a los dioses. Si hiciera todo eso, quizá, quizá... Los buenos propósitos de Elizabeth se convertían en fantasías. Haría sesudos comentarios sobre el Tercer Mundo y sobre los diecinueve países en vías de desarrollo, y su padre diría: «No sabía que fueras tan interesante —(regla número dos)—. Eres una joven muy inteligente, Elizabeth». Luego se dirigiría a su secretaria: «Creo que Elizabeth no necesita volver al colegio. Se quedará aquí conmigo».

Una oración, una letanía.

Un Learjet de la compañía recogió a Elizabeth en Zurich y la transportó hasta el aeropuerto de Olbia, donde la esperaba un automóvil. Elizabeth se colocó en el asiento trasero, en silencio, apretando las rodillas para que no le temblaran. «Pase lo que pase», pensaba con convicción, «él no me verá llorar. No debe saber cuánto lo he echado de menos».

El auto subió el largo y sinuoso camino de montaña que llevaba a la Costa Esmeralda. Luego se internó en el sendero que conducía hasta la cima. Esa ruta siempre le había dado miedo. Era muy angosta y con mucha pendiente. A un lado, la montaña; al otro, un profundo abismo.

El coche se detuvo junto a la casa. Elizabeth bajó y empezó a caminar, luego a correr lo más rápido que le permitían las piernas. Se abrió la puerta de la casa y apareció, sonriente, Margarita, el ama de llaves sarda.

—¿Cómo le va, señorita Elizabeth?

—¿Dónde está mi padre?

—Ha tenido que irse a Australia urgentemente. Una emergencia. Pero le ha dejado muchos regalos bonitos. Será una hermosa Navidad.

Capítulo 11

Elizabeth había traído consigo el Libro. Contemplaba, en el pasillo de la casa, el retrato de Samuel Roffe, y junto a él, el de Terenia. Sentía su presencia como si hubiesen cobrado vida. Al cabo de un largo rato, subió por la escalera hasta el altillo, con el Libro. Todos los días se pasaba horas enteras allí, leyendo y releando, y cada vez se sentía más cerca de Samuel y Terenia, como si no los separara todo un siglo...

Durante los años siguientes —leyó Elizabeth—, Samuel pasó largas horas en el laboratorio del doctor Wal ayudándole a preparar ungüentos y remedios, aprendiendo cómo actuaban. En segundo plano siempre estaba Terenia, obsesionante, hermosa. Con sólo verla, Samuel mantenía vivo su sueño de que algún día ella le pertenecería. Samuel se llevaba bien con el doctor Wal, pero la madre de Terenia era otra historia. Era una arpía lengualarga, presuntuosa, y odiaba a Samuel. Él trataba de no tropezarse con ella.

A Samuel le fascinaban las numerosas drogas que curaban a la gente. Se había hallado un papiro que mencionaba 811 recetas utilizadas por los egipcios en el año 1550 a. C. En ese entonces, la expectativa de vida eran quince años, y a Samuel no le costaba creerlo cuando leía algunas de las recetas: estiércol de cocodrilo, carne de lagarto, sangre de murciélago, saliva de camello, hígado de león, dedo de rana, polvo de unicornio. El signo Rx en cada receta era la antigua súplica a Horus, el dios egipcio de las curaciones. Hasta la palabra «química» derivaba del antiguo nombre de Egipto, la tierra de Kahmi o Chemi. Samuel se enteró de que los sacerdotes médicos recibían el nombre de magos.

Las boticas del gueto y de la misma Cracovia eran muy primitivas. Casi todos los frascos y botellas estaban llenos de elementos médicos no

experimentados ni probados, algunos de ellos inservibles, otros nocivos. Samuel se familiarizó con todos. Estaban el aceite de castor, el calomel y el ruibarbo, los compuestos de yodo y codeína y la ipecacuana. Se podían adquirir panaceas para la tos ferina, los cólicos y la fiebre tifoidea. Dado que no se tomaban precauciones sanitarias, era común hallar ungüentos y gárgaras hechos con insectos muertos, cucarachas, excrementos de ratas y trozos del plumaje y la piel de los animales. La mayoría de los pacientes se morían de sus males o por los remedios que ingerían.

Se imprimían diversas revistas dedicadas a noticias para los boticarios, y Samuel las leía todas con avidez. Además, discutía sus teorías con el doctor Wal.

—Es lógico pensar —afirmaba Samuel con convicción— que debe haber una cura para cada mal. La salud es natural; la enfermedad es antinatural.

—Tal vez, pero casi ninguno de mis pacientes me permite probar en ellos las nuevas medicaciones. Y creo que tienen razón —añadió el doctor Wal, con sequedad.

Samuel devoró la escasa bibliografía del doctor Wal sobre farmacia. Cuando hubo leído y releído todos los libros se sintió frustrado por los interrogantes que quedaban sin responder.

Samuel estaba entusiasmado con la revolución que se estaba gestando. Algunos científicos creían que era posible contrarrestar la causa de las dolencias creando una resistencia que pudiese vencer a las enfermedades. El doctor Wal lo intentó una vez. Le extrajo sangre a un paciente con difteria y se la inyectó a un caballo. Al morir el caballo, el médico abandonó sus experimentos. Sin embargo, el joven Samuel estaba seguro de que el doctor Wal iba por la senda correcta.

—Ahora no puede abandonar. Sé que resultará.

El doctor Wal sacudió la cabeza.

—Eso es porque tienes diecisiete años, Samuel. Cuando tengas mi edad, no estarás tan seguro de nada. Olvida este asunto.

Samuel no estaba convencido. Deseaba continuar los experimentos, pero para eso necesitaba animales y había muy pocos disponibles, salvo los gatos vagabundos y las ratas que podía conseguir. Por ínfimas que fuesen las dosis que Samuel les inyectaba, se morían. Son demasiado pequeños, pensaba.

Necesito un animal más grande. Un caballo, una vaca o una oveja. ¿De dónde iba a sacarlos?

Una tarde, al llegar a su casa, Samuel divisó un carro y un vetusto caballo frente a la puerta. En el costado del carro, escrito con toscas letras, se leía: Roffe e hijo.

Samuel se quedó mirando sin poder creerlo. Entró presuroso en la casa en busca de su padre.

—Ese... ese caballo que está ahí afuera... ¿De dónde lo has sacado?

El padre le sonrió, orgulloso.

—He hecho un negocio. Podemos cubrir una zona más amplia con un caballo. Quizá dentro de cuatro o cinco años podremos comprar otro. Piensa en ello. Tendremos dos caballos.

Hasta ahí llegaba la ambición de su padre: poseer dos caballos decrepitos que tiraran de carros para recorrer las sucias calles del gueto de Cracovia. Samuel sintió ganas de llorar.

Esa noche, cuando todos dormían, entró en el establo y examinó el caballo, al que habían puesto de nombre Ferd. En lo que a caballos concernía, éste era uno de las especies inferiores. Una vieja yegua, de lomo arqueado. Era muy dudoso que pudiera caminar más rápido que el padre de Samuel. Pero nada de eso importaba. Lo único que importaba era que Samuel tenía ya su animal de laboratorio. Podría hacer sus experimentos sin tener que preocuparse por cazar ratas y gatos vagabundos. Por supuesto que debería andarse con cuidado. Su padre jamás debía enterarse de sus experimentos. Samuel acarició la cabeza de la yegua.

—Ingresarás en el negocio de las drogas —le informó a Ferd.

Samuel improvisó su propio laboratorio utilizando un rincón del establo donde guardaban a Ferd.

Preparó un cultivo de gérmenes de difteria en un plato de caldo espeso. Cuando el caldo se puso turbio, pasó un poco a otro recipiente y lo aligeró, primero diluyéndolo y luego calentándolo suavemente. Con eso llenó una aguja hipodérmica y se aproximó a Ferd.

—¿Recuerdas lo que te anuncié? —dijo Samuel en un susurro—. Bueno, éste es tu gran día.

Introdujo el contenido de la hipodérmica en la floja piel de la paleta del

animal, como le había visto hacer al doctor Wal. Ferd lo miró con cara de reproche y lo bañó de orina.

Calculó que en setenta y dos horas el cultivo crecería dentro del caballo. Al término de ese lapso, le aplicaría una dosis mayor. Después otra. Si la teoría de los anticuerpos era correcta, cada dosis lograría incrementar la resistencia de la sangre a la enfermedad. Samuel tendría su vacuna. Más adelante habría que hallar un ser humano para probar con él, desde luego, pero eso no sería difícil. Cualquier víctima del temible mal debería sentirse feliz de probar algo que pudiese salvarle la vida.

Durante los dos días siguientes, Samuel pasó casi cada instante con Ferd.

—Jamás he conocido a alguien que quisiera tanto a un animal —comentó el padre—. No te puedes alejar de ella, ¿no?

Samuel farfulló una respuesta inaudible. Sentía cierto remordimiento por lo que estaba haciendo, y al mismo tiempo sabía lo que ocurriría si se lo confesaba a su padre. Sin embargo, su padre no tenía por qué enterarse. Lo único que Samuel debía de hacer era extraerle a Ferd suficiente sangre para llenar una o dos ampollitas de suero y nadie lo descubriría.

La mañana del tercer día el muchacho se despertó con la voz de su padre que llegaba desde la parte delantera de la casa. Saltó de la cama, corrió hasta la ventana y miró. Su padre estaba en la calle con su carro, dando fuertes alaridos. No había rastro de Ferd. El chico se puso apresuradamente la ropa y salió a la calle.

—*Momser!* —gritaba el padre—. ¡Mentiroso! ¡Tramposo! ¡Ladrón!

Samuel se abrió paso entre la multitud que comenzaba a agolparse.

—¿Dónde está Ferd?

—Me alegro de que me lo preguntes —gimió su padre—. Se murió. Se murió en la calle como un perro.

A Samuel el corazón le dio un vuelco.

—Nos llevábamos muy bien. Yo me ocupaba de mi negocio; no la atosigaba, ¿comprendes? No le daba latigazos como muchos otros vendedores que te podría nombrar. ¿Y cómo me demuestra ella su gratitud? Se cae redonda. ¡Cuando agarre al gonif que me la vendió, lo mato!

Samuel dio media vuelta, compungido. No sólo Ferd había muerto. También habían muerto sus sueños. Con Ferd se iba la manera de escaparse

del gueto, la libertad, la casa hermosa para Terenia y los hijos que tendrían.

Pero un desastre mayor aún iba a sobrevenir.

Al día siguiente de morir Ferd, Samuel supo que el doctor Wal y su esposa habían concertado el matrimonio de Terenia con un rabino. Samuel no podía creerlo. ¡Terenia le pertenecía a él! Se fue disparado a casa del doctor, y lo halló, a él y a su señora, en la sala. Se acercó, respiró hondo y anunció:

—Ha habido un error. Un error de Terenia. Ella se casará conmigo.

Se quedaron mirándolo, azorados.

—Sé que no la merezco, pero ella no será feliz si se casa con otro que no sea yo. El rabino es demasiado viejo para...

—*Nebbich!* ¡Fuera! ¡Fuera! —La madre de Terenia se quedó paralizada.

Sesenta segundos más tarde Samuel estaba en la calle y le habían prohibido volver a entrar en casa de los Wal.

En la mitad de la noche, el muchacho tuvo una larga charla con Dios.

—¿Qué quieres de mí? Si no puedo tener a Terenia, ¿por qué hiciste que me enamorara de ella? ¿Es que no tienes sentimientos? —Frustrado, levantó la voz, gritó—. ¿Me oyes?

Los demás habitantes de la atestada casa le respondieron también con gritos:

—Todos te estamos oyendo, Samuel. Por Dios, ¡cállate y déjanos dormir!

Al día siguiente, por la tarde, el doctor Wal mandó llamar a Samuel. Hicieron pasar al muchacho a la sala, donde estaban reunidos el médico, su mujer y Terenia.

—Parece ser que tenemos un problema —comenzó a decir el doctor Wal—. Nuestra hija a veces es una jovencita muy testaruda. Por alguna razón se ha encaprichado contigo. Yo no puedo llamarlo amor, Samuel, porque no creo que las niñas sepan lo que es el amor. Sin embargo, se ha negado a casarse con el rabino Rabinowitz y quiere casarse contigo.

Samuel miró furtivamente a Terenia. Ella le sonrió y él casi explota de alegría. Le duró poco.

El doctor Wal prosiguió:

—Dijiste que amabas a mi hija.

—S-s-sí, señor —tartamudeó Samuel, y volvió a intentar hablar con mayor firmeza—: Sí, señor.

—Entonces, déjame preguntarte algo. ¿Te gustaría que Terenia pasara el resto de su vida casada con un vendedor ambulante?

Samuel percibió en el acto la trampa, pero no había manera de escabullirse. Miró a Terenia y respondió lentamente:

—No.

—¡Ah! Entonces, comprendes el problema. Ninguno de nosotros desea que Terenia se case con un vendedor ambulante. Y tú eres un vendedor ambulante, Samuel.

—No lo seré siempre, doctor Wal. —La voz del muchacho era segura.

—¿Y se puede saber qué serás? —remachó la señora de Wal—. Vienes de una familia de vendedores ambulantes y seguirás siendo un vendedor. Yo no permitiré que mi hija se case con un vendedor.

Samuel estudió con la mirada a los tres, lleno de confusión.

Había ido allí alarmado, desesperado, había llegado a la cima de la felicidad y ahora se veía nuevamente sumergido en las tinieblas de un abismo. ¿Qué pretendían de él?

—Hemos llegado a un acuerdo —dijo el médico—. Te daremos seis meses para que demuestres que eres algo más que un simple vendedor ambulante. Si al finalizar dicho período no puedes ofrecer a Terenia el tipo de vida al que está acostumbrada, ella se casará con el rabino Rabinowitz.

Samuel lo contempló espantado. ¡Seis meses!

¡Nadie podía convertirse en un éxito en seis meses! Sobre todo, nadie que viviera en el gueto de Cracovia.

—¿Entiendes?

—Sí, señor. —Samuel entendía demasiado bien. Sentía como si tuviera el estómago cargado de plomo. No necesitaba una solución, sino un milagro. Los Wal sólo se contentarían con un yerno médico o rabino, o con alguien muy acaudalado. Rápidamente el joven examinó todas las posibilidades.

La ley le impedía ser médico.

¿Y rabino? Totalmente descartado. Aun si trabajara veinticuatro horas diarias vendiendo sus mercaderías por las calles del gueto hasta los noventa años, seguiría siendo pobre. Los Wal le habían asignado una tarea imposible. Aparentaban haber cedido a los reclamos de Terenia permitiéndole postergar su matrimonio con el rabino, pero al mismo tiempo habían establecido

condiciones que sabían que Samuel no podría cumplir. Terenia era la única que creía en él. Tenía confianza en que lograría alcanzar alguna clase de fama o de fortuna en seis meses. «Es más loca que yo», pensó Samuel, desesperanzado.

Comenzaron a correr los seis meses y el tiempo volaba. Samuel se pasaba el día trabajando de vendedor ambulante, ayudando a su padre. Sin embargo, apenas las sombras del sol poniente comenzaban a caer sobre los muros del gueto, volvía a toda prisa a su casa, comía apresuradamente algún bocado y se iba a su laboratorio.

Hizo cientos de tandas de suero que inyectaba a conejos, gatos, perros, y pájaros, y todos se morían. «Son demasiado chicos —pensaba—. Necesito un animal más grande».

Pero no tenía ninguno, y el tiempo corría.

Dos veces por semana iba a Cracovia a reaprovisionarse de la mercadería que luego su padre y él vendían con el carrito. Al amanecer se situaba junto a los portones cerrados, rodeado por los otros vendedores, pero él ni los veía ni los oía. Su mente erraba por otro mundo.

Una mañana estaba así, soñando, cuando oyó una voz:

—¡Eh, tú! ¡Judío! ¡Muévete!

Samuel levantó la vista. Habían abierto las puertas y su carro obstruía el camino. Uno de los guardias le hacía gestos indignados para que se moviera. Siempre había dos guardias de servicio frente a la puerta. Vestían uniformes verdes, llevaban distintivos especiales y portaban pistolas y pesadas cachiporras. Uno de ellos tenía una cadena alrededor de la cintura de donde colgaba una llave grande para abrir y cerrar el portón. Al costado del gueto corría un riachuelo atravesado por un viejo puente de madera. Del otro lado del puente estaba el destacamento policial, donde estaban apostados los dos guardias. Más de una vez Samuel había visto que arrastraban a algún desventurado judío por el puente. Siempre era solamente un viaje de ida. A los judíos se les exigía que regresaran al gueto al atardecer, y si a esa hora pescaban a alguno fuera del muro, lo arrestaban y lo deportaban a un campo de concentración. La pesadilla de todo judío era que lo encontraran fuera del gueto después de la caída del sol.

Ambos centinelas tenían la obligación de prestar servicio la noche entera,

patrullando frente al portón, pero todos los habitantes del gueto sabían que, después de encerrar a los judíos, uno de los custodios se escapaba a la ciudad a pasar una noche de placer, y que regresaba antes del amanecer para ayudar a su compañero a abrir las puertas.

Los dos vigías generalmente apostados en el lugar se llamaban Paul y Aram. Paul era un hombre afable, de buen genio. Aram era totalmente distinto. Era un animal, morrudo y moreno, de brazos fuertes y cuerpo semejante a un barril de cerveza. Hostigaba a los judíos, y cuando él estaba de servicio, los judíos que habían salido trataban de regresar temprano porque nada causaba más placer a Aram que dejar afuera a alguno, aporrearlo hasta que quedara inconsciente y arrastrarlo hasta la temida guarnición policial.

Era Aram el que ahora le gritaba a Samuel que moviera su carro. Rápidamente el muchacho atravesó el portón rumbo a la ciudad sintiendo que los ojos de Aram le perforaban la espalda.

El período de gracia de seis meses de Samuel se redujo velozmente a cinco; luego a cuatro, a tres. No había día ni hora en que Samuel no pensara en hallar una solución a su problema o no trabajara febrilmente en su diminuto laboratorio. Intentó hablar con algunos de los ricos comerciantes del gueto, pero pocos tenían tiempo para él, y los que lo tenían, le ofrecían inútiles consejos.

—¿Quieres hacer dinero? Ahorra las moneditas, muchacho, y algún día reunirás lo suficiente para comprarte un negocio productivo como el mío.

Les resultaba fácil dar esos consejos, ya que la mayoría provenían de hogares adinerados.

Samuel pensó en buscar a Terenia y escaparse. Pero ¿dónde? Al final del camino siempre les esperaba otro gueto y él seguiría siendo un *nebbich* sin un céntimo.

No, amaba demasiado a Terenia para hacerle eso. Y ésa era la verdadera trampa en que estaba apresado.

El reloj avanzaba inexorablemente, y los tres meses se convirtieron en dos, luego en uno. Durante ese tiempo el único consuelo de Samuel era que le permitían visitar a su amada tres veces por semana, vigilados, por supuesto, y cada vez que la veía la amaba con mayor intensidad. Era un sentimiento dulce y amargo ya que, cuanto más a menudo la veía, más cerca estaba de perderla.

—Encontrarás una solución —le aseguraba Terenia.

Restaban sólo tres semanas y Samuel no estaba más cerca de la solución que en el comienzo.

Una noche, tarde, Terenia fue a verlo al establo. Lo rodeó con sus brazos y le propuso:

—Huyamos, Samuel.

Él nunca la quiso tanto como en ese momento. Estaba dispuesta a caer en desgracia por él, a renunciar a su madre y a su padre, a la maravillosa vida que llevaba, por él.

La abrazó.

—No podemos. Dondequiera que vayamos, yo seguiré siendo un vendedor ambulante.

—A mí no me importa.

Samuel pensó en la bella casa de Terenia, con sus habitaciones espaciosas y los sirvientes, y pensó también en la minúscula pieza que compartía él con su padre y su tía.

—A mí sí que me importa, querida.

Ella giró sobre sus talones y se marchó.

A la mañana siguiente Samuel se encontró con Isaac, un antiguo compañero de colegio, que iba caminando por la calle con un caballo. El animal tenía un solo ojo, sufría cólicos agudos y estaba sordo.

—Buen día, Samuel.

—Buen día, Isaac. No sé dónde vas con ese pobre caballo, pero te conviene ir de prisa. Parece que no va a durar demasiado.

—No es necesario. Llevo a Lottie a una fábrica de cola.

Samuel inspeccionó el animal con repentino interés.

—No creo que te vayan a dar mucho por él.

—Ya sé. No quiero más que dos florines para comprar un carro.

El corazón comenzó a latirle apresuradamente a Samuel.

—Tal vez pueda ahorrarte el viaje. Te cambio mi carro por la yegua.

En menos de cinco minutos habían cerrado el trato.

Samuel debía ahora construir otro carro y explicarle a su padre cómo había perdido el viejo y cómo había adquirido un caballo agonizante.

Samuel condujo a Lottie al cobertizo donde antes guardara a Ferd. Al

examinarla atentamente comprobó que se hallaba en estado lamentable. Acarició al animal y dijo:

—No te preocupes, Lottie. Vas a figurar en los canales de la historia médica.

Minutos más tarde se ponía a trabajar en un nuevo suero.

Debido al hacinamiento y a las condiciones antisanitarias del gueto, eran frecuentes las epidemias. La más reciente era una fiebre que producía una tos sofocante, hinchazón de ganglios y una muerte dolorosa. Los médicos no conocían el origen ni cómo tratarla. El padre de Isaac cayó abatido por el mal. Cuando Samuel se enteró de la noticia, corrió a ver a su amigo.

—Ha venido el doctor —le contó Isaac, sollozando—. Dice que no hay nada que hacer.

Desde la planta alta se oían las tremendas toses que parecían no cesar nunca.

—Quiero que me hagas un favor. Consigúeme un pañuelo de tu padre.

Isaac se quedó mirándole.

—¿Qué?

—Uno que haya usado. Ten cuidado al cogerlo porque estará lleno de gérmenes.

Una hora después, Samuel había regresado al establo y raspaba concienzudamente el contenido del pañuelo colocándolo en un plato lleno de caldo.

Trabajó toda la noche, todo el día y el siguiente, inyectando pequeñas dosis de la sustancia en la paciente Lottie. Luego fue aumentando la dosis, luchando contra el tiempo, tratando de salvar la vida al padre de Isaac.

Tratando de salvar su propia vida.

En los años posteriores Samuel nunca estuvo muy seguro de si Dios le había salvado a él o al viejo caballo, pero el hecho fue que Lottie sobrevivió a las crecientes dosis y Samuel consiguió su primera tanda de antitoxinas. La tarea siguiente era persuadir al padre de Isaac para que le permitiera experimentarlas con él.

Tal como se desarrollaron las cosas no fue necesaria la persuasión. Cuando Samuel llegó a casa de Isaac la encontró llena de parientes que lloraban al moribundo de la planta alta.

—Le queda muy poquito tiempo —le informó Isaac.

—¿Puedo verlo?

Subieron los dos muchachos. El enfermo estaba en la cama con el rostro encendido por la fiebre. Cada vez que tenía un acceso de tos el espasmo le debilitaba aún más. Era obvio que se estaba muriendo.

Samuel respiró hondo y dijo:

—Quiero hablar contigo y con tu madre.

Ninguno de los dos tenía la más mínima confianza en la ampollita de vidrio que llevaba Samuel, pero la alternativa era la muerte. Se arriesgaron simplemente porque no había nada que perder.

Samuel le inyectó el suero al padre de Isaac. Esperó junto a la cabecera tres horas y no notó ningún cambio. El suero no surtía efecto. Por el contrario, los ataques de tos parecían darse con mayor frecuencia. Finalmente Samuel se fue, esquivando la mirada de su amigo.

Al alba del día siguiente tuvo que ir a Cracovia a adquirir mercadería. Lo consumía la impaciencia por regresar y ver si el padre de Isaac seguía con vida.

Había enormes multitudes en todos los mercados, y le dio la impresión de que tardaba infinitamente en hacer las compras. Cuando por fin hubo llenado su carro era el atardecer y enfiló hacia el gueto.

Cuando le faltaba aún un kilómetro para llegar a la puerta ocurrió el desastre. Una de las ruedas del carro se partió en dos y los artículos comenzaron a desparramarse por la acera. Samuel estaba en un terrible dilema. En alguna parte debía conseguir otra rueda, pero no se animaba a abandonar el carro. Había empezado a acercarse un gentío de ojos ávidos. Samuel vio que se aproximaba un policía uniformado —un gentil— y supo que estaba perdido. Se lo iban a quitar todo. El policía se abrió paso entre la muchedumbre y se dirigió al asustado muchacho.

—A tu carro le hace falta una rueda nueva.

—S-sí, señor.

—¿Sabes dónde encontrar una?

—No, señor.

El policía escribió algo en un papelito.

—Ve allí. Diles lo que necesitas.

—No puedo dejar el carro.

—Sí que puedes. —El policía miró ceñudo a la multitud—. Yo me quedo aquí. ¡Date prisa!

Samuel corrió durante todo el trayecto. Siguiendo las instrucciones del papel encontró una herrería. Al explicarle la situación, el herrero le buscó una rueda del tamaño apropiado para el carro. El chico le pagó con dinero del saquito que portaba. Le quedaban aún doce florines.

Volvió rápidamente a su carro haciendo rodar la rueda. El policía seguía allí y la gente se había dispersado. La mercancía estaba a salvo. Con la ayuda del agente empleó otra media hora en colocar y asegurar la rueda. Reemprendió el camino de regreso. Pensaba en el padre de Isaac. ¿Lo hallaría vivo o muerto? Creía no poder soportar la incertidumbre un instante más.

Estaba a unos quinientos metros del gueto. Alcanzaba a divisar los altos murallones contra el cielo. El sol se iba ocultando por el oeste y las calles poco conocidas estaban sumidas en la oscuridad. En la excitación de lo sucedido, se había olvidado de la hora. ¡Había pasado el crepúsculo y él estaba afuera! Echó a correr empujando su carro. El corazón le latía tanto que parecía que le iba a estallar. Las puertas del gueto estarían cerradas. Recordó las terribles historias que había oído respecto de judíos que habían quedado fuera del gueto por la noche. Comenzó a correr más rápido. Probablemente hubiera un solo guardia de servicio. Si era Paul, el más amable, quizá pudiera salvarse. Si era Aram... Samuel no se atrevía a pensar en ello. La oscuridad se iba espesando, cerrándose sobre él como una niebla negra y empezó a caer una lluvia fina. Samuel llegaba ya a los muros del gueto —se hallaba a unos doscientos metros— cuando vislumbró los portones. Estaban cerrados.

Jamás los había visto cerrados desde el lado exterior. Era como si de pronto la vida se hubiese vuelto de espaldas, y tembló de terror. Estaba separado de su familia, de su mundo, de todo lo conocido. Aminoró la marcha acercándose a las puertas con cautela, buscando a los centinelas. No se veía a nadie. Samuel tuvo una repentina y alocada esperanza. Posiblemente los guardias hubiesen acudido a atender alguna emergencia. Él iba a encontrar el modo de abrir las puertas o de trepar por las paredes sin que lo vieran. Al acercarse, la figura de un centinela emergió de entre la oscuridad.

—Sigue avanzando —le ordenó el vigía.

En la oscuridad, Samuel no le pudo ver la cara. Pero le reconoció la voz. Era Aram.

—Más cerca. Ven aquí.

Aram observaba a Samuel con una sonrisa dibujada en el rostro. El muchacho vaciló.

—Eso es —le alentaba Aram—. Sigue caminando.

Lentamente Samuel se aproximó al gigante. Tenía el estómago revuelto y el corazón le latía con violencia.

—Señor... Permítame explicarle. Mi carro...

Aram movió su grotesco brazo, agarró a Samuel del cuello y lo levantó por el aire.

—Judío idiota, hijo de puta —dijo, como canturreando—, ¿te crees que me importa por qué estás afuera? ¡Estás del otro lado del muro! ¿Sabes lo que te va a ocurrir ahora?

El chico sacudió la cabeza, aterrorizado.

—Te lo voy a decir. La semana pasada salió un nuevo edicto. Todos los judíos sorprendidos fuera de los portones después del atardecer serán deportados a Silesia. Diez años de trabajos forzados. ¿Qué te parece?

Samuel no lo podía creer.

—Pero yo... yo no he hecho nada...

Con la mano derecha Aram le abofeteó en la boca. Luego dejó caer al muchacho al suelo.

—Vamos —dijo.

—¿A... adónde? —Le flaqueaba la voz por el pánico.

—Al cuartel de policía. Mañana te deportarán con el resto de la escoria. Levántate.

Samuel seguía tendido en el suelo, incapaz de pensar con claridad.

—Te-tengo que entrar a despedirme de mi familia.

Aram esbozó una sonrisa maligna.

—No te echarán de menos.

—¡Por favor! —suplicó Samuel—. Permítame... permítame al menos enviarles un mensaje.

La sonrisa se le heló al guardia en la cara. Se acercó a Samuel con gesto amenazador. Al hablar lo hizo con voz suave:

—He dicho que te levantes, judío de mierda. Si tengo que repetirlo te rompo los cojones a patadas.

Samuel se puso lentamente de pie. Aram lo cogió del brazo con firmeza y emprendieron el camino hacia los cuarteles policiales. ¡Diez años de trabajos forzados en Silesia! Nadie regresaba jamás de allí. Alzó la vista y contempló al hombre que lo sostenía del brazo, que lo arrastraba hacia el puente que conducía al destacamento policial.

—Por favor, no me haga esto. Déjeme ir.

El centinela le estrujó el brazo con más fuerza, tanto que parecía que le cortaba la sangre.

—Sigue implorando. Me encanta oír suplicar a los judíos. ¿Sabes lo que es Silesia? Llegarás justo a tiempo para el invierno. Pero no te preocupes, es muy hermoso y cálido allá, en las minas, bajo tierra. Y cuando los pulmones se te pongan negros de carbón y empieces a escupirlos a toses, te abandonarán en la nieve para que te mueras.

Delante de ellos, del otro lado del puente, escasamente visible en medio de la lluvia, estaba el severo edificio que servía de asiento a la guarnición policial.

—¡Más rápido!

De pronto, Samuel comprendió que no podía permitir que nadie le hiciera eso. Pensó en Terenia, en su propia familia y en el padre de Isaac. Nadie le iba a quitar la vida. Tenía que escaparse, tenía que salvarse de alguna manera. Cruzaron el angosto puente; debajo, corría el ruidoso río crecido por las lluvias invernales. Faltaban por recorrer unos treinta metros. Lo que hubiera que hacer había que hacerlo ahora. Pero ¿cómo huir? Aram llevaba un arma, y aun si no la hubiese tenido, el gigantesco centinela podía matarlo con toda facilidad. Era casi el doble de corpulento que Samuel, y mucho más fuerte.

Habían atravesado el puente y tenían el cuartel frente a sus ojos.

—Rápido —rezongó Aram, empujando a Samuel—. Tengo otras cosas que hacer.

Estaban tan cerca ya del edificio que Samuel alcanzaba a oír las risas de los guardias, en el interior. Aram lo agarró con más violencia y comenzó a arrastrarlo por el patio de adoquines del cuartel. Quedaban pocos segundos. Samuel metió la mano derecha en el bolsillo y tanteó la bolsita que contenía

media docena de florines. Sus dedos se cerraron sobre el saquito y el corazón comenzó a latirle con excitación. Con cuidado, extrajo la bolsita con su mano libre, aflojó el hilo y la dejó caer al suelo. Produjo un marcado tintineo de monedas contra los adoquines.

Aram se detuvo bruscamente.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada —se apresuró a responder Samuel.

El centinela miró fijo al muchacho y sonrió. Sosteniendo firmemente a Samuel, dio un paso atrás, bajó la mirada y vio el saquito abierto.

—No necesitarás dinero en el sitio donde vas.

Se agachó para recoger la bolsita y Samuel se inclinó al mismo tiempo. Aram le arrebató la bolsa. Pero no era la bolsa lo que quería Samuel. Su mano aferró un adoquín grande que había allí cerca y, al incorporarse, lo aplastó con todos sus bríos contra el ojo derecho de Aram, con virtiéndolo en una gelatina roja, y siguió golpeándolo una y otra vez. Vio que le hundía la nariz al guardia; luego la boca, hasta que la cara quedó hecha un solo manchón de sangre roja. Aram continuaba en pie como un monstruo ciego. Samuel lo contempló descompuesto de miedo, incapaz de volver a pegarle. Luego, lentamente, el gigante empezó a desplomarse. Samuel miró al vigía muerto. No podía creer lo que había hecho. Oyó voces provenientes del cuartel y de pronto cobró conciencia del terrible peligro en que se encontraba. Si lo pescaban no lo enviarían a Silesia.

Lo desollarían vivo y lo colgarían en la plaza de la ciudad. El castigo por golpear tan sólo a un policía era la muerte. Y él había matado a uno. Debía escapar a toda velocidad. Podía intentar huir por la frontera, pero de ese modo se convertiría en un fugitivo perseguido la vida entera. Debía haber otra solución. Observó el cadáver sin rostro e instantáneamente supo lo que tenía que hacer. Se inclinó para revisar el cuerpo del centinela hasta que encontró la enorme llave de los portones. Después, superando su asco, cogió a Aram por las botas y comenzó a arrastrarlo en dirección al río. El muerto parecía pesar una tonelada. Samuel siguió tirando, estimulado por los sonidos que le llegaban desde el cuartel. Llegó a la orilla. Se detuvo un momento para recobrar el aliento. Luego arrojó el cadáver por el empinado terraplén y vio cómo rodaba y se sumergía en las aguas. Una mano quedó flotando en la

superficie durante una eternidad, pero lentamente fue tragada por la corriente. Samuel permaneció allí de pie, hipnotizado, transido de horror por lo que había hecho. Cogió el adoquín que había utilizado y lo lanzó al agua. Su situación seguía siendo sumamente peligrosa. Dio media vuelta y atravesó corriendo el puente en dirección a las inmensas puertas, cerradas, del gueto. No había nadie en las cercanías. Con dedos temblorosos introdujo la enorme llave en la cerradura y la hizo girar. Empujó el portón de madera. No pasó nada. Era demasiado pesado para que él lo moviera. Pero esa noche nada era imposible para Samuel. Estaba lleno de la fortaleza que le venía de afuera, y logró abrir las puertas. Entró el carrito y volvió a cerrar el portón. Corrió hacia su casa empujando el carro. Los ocupantes de la casa se habían reunido en la sala, y cuando entró Samuel lo miraron como si fuese un fantasma viviente.

—¡Te han permitido regresar!

—Yo..., yo no comprendo —tartamudeó su padre—. Pensábamos que...

Samuel explicó rápidamente lo ocurrido, y las miradas de preocupación de los reunidos se tornaron en expresiones de terror.

—¡Dios mío! —gimió el padre—. ¡Nos asesinarán a todos!

—Si me prestan atención, no —dijo Samuel. Y les detalló su plan.

Quince minutos más tarde Samuel y su padre, junto con dos vecinos, se encontraban en los portones del gueto.

—¿Y si vuelve el otro centinela? —susurró el padre.

—Tenemos que contar con esa posibilidad. Si él está ahí, yo me responsabilizaré de todo —le respondió el muchacho.

Samuel abrió las puertas y se deslizó fuera, solo, esperando que en cualquier momento se abalanzaran sobre él. Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Las puertas del gueto estaban ahora cerradas desde el exterior. Luego se ató la llave a la cintura y se alejó unos metros hacia la izquierda. Un segundo después una cuerda caía por encima del muro como una serpiente. Samuel la cogió, mientras del otro lado su padre y los demás comenzaban a izarlo. Cuando hubo ascendido la pared, formó un lazo corredizo con un extremo de la soga, lo sujetó de una estaca saliente y se deslizó hacia abajo. Al llegar al suelo, de un tirón liberó la cuerda.

—¡Mi Dios! —musitaba su padre—. ¿Qué va a ocurrir al amanecer?

Samuel lo miró y le respondió:

—Vamos a golpear los portones gritándoles que nos dejen salir.

Al amanecer pululaban por el gueto los policías uniformados y los soldados. Tuvieron que conseguir una llave especial para abrir las puertas a los comerciantes, que pedían a gritos que les dejaran salir. Paul, el segundo guardia, confesó haber abandonado su puesto y haber pasado la noche en Cracovia, y fue puesto bajo arresto.

Pero seguía sin descifrarse el misterio de Aram. Normalmente, el hecho de que hubiera desaparecido un vigía tan cerca del gueto habría sido la excusa perfecta para desatar un pogromo. Pero a la policía le desconcertaba el misterio del portón cerrado. Dado que los judíos estaban encerrados dentro, obviamente no habían podido atacarlo. Finalmente decidieron que Aram debía haber huido con alguna de sus muchas amigas. Pensaron que podría haber arrojado la inmensa e incómoda llave y la buscaron por todas partes sin encontrarla. No la iban a encontrar jamás porque estaba bien enterrada bajo la casa de Samuel.

Exhausto física y emocionalmente, Samuel se echó en la cama y se durmió en el acto. Lo despertó alguien que gritaba y lo sacudía. Lo primero que el muchacho pensó fue: «Han hallado el cadáver de Aram. Han venido en mi busca».

Abrió los ojos. Era Isaac, en un estado de histeria.

—¡Paró! —gritaba Isaac—. ¡Paró la tos! ¡Es un bracha! Vamos a casa.

El padre de Isaac estaba sentado en la cama. Milagrosamente le había desaparecido la fiebre y había dejado de toser.

Cuando Samuel se aproximó a la cabecera, dijo el viejo:

—Tengo ganas de tomar una sopa de gallina —y Samuel rompió a llorar.

En un día había segado una vida y salvado otra.

La noticia de la cura del padre de Isaac se diseminó por el gueto. Las familias de hombres y mujeres moribundos asediaban la casa de los Roffe implorando a Samuel un poco de su suero mágico. A él le resultaba imposible satisfacer la demanda. Fue a ver al doctor Wal. El médico se había enterado de lo conseguido por su ayudante, pero se mostraba escéptico.

—Tendré que verlo con mis propios ojos. Prepara cierta cantidad y lo probaré con mis pacientes.

Podía elegir de entre decenas de pacientes, y el doctor Wal escogió el que estaba más próximo a la muerte. En un lapso de veinticuatro horas el enfermo se puso en vías de recuperación.

El doctor Wal acudió al establo donde noche y día había estado trabajando Samuel en la preparación del suero, y dijo:

—Da resultado, Samuel. Lo has conseguido. ¿Qué quieres como dote?

El muchacho lo miró y respondió con voz cansada:

—Otro caballo.

Ese año, 1868, marcó el comienzo de Roffe e Hijos. Samuel y Terenia contrajeron matrimonio, y la dote para Samuel fueron seis caballos y un laboratorio pequeño aunque bien equipado. Samuel amplió sus investigaciones. Comenzó a destilar drogas de hierbas y muy pronto los vecinos empezaron a acudir a su laboratorio a adquirir remedios para cualquier mal que les aquejara. Samuel los ayudaba, y su fama iba en aumento. A los que no podían pagarle, les decía:

—No se preocupe. Lléveselo, de todas maneras. —Y a Terenia le comentaba—: La medicina es para curar, no para lucrar.

Su negocio fue expandiéndose hasta que un día pudo decirle a su mujer:

—Creo que es hora de abrir una pequeña botica donde podamos vender ungüentos, polvos y otras cosas además de medicamentos.

La botica fue un éxito desde el comienzo. Los hombres ricos que antes se habían negado a apoyar a Samuel, ahora iban a él ofreciéndole dinero.

—Seremos socios —le decían—. Inauguraremos una cadena de farmacias.

Samuel lo estudió con su mujer.

—Los socios me dan miedo. El negocio es nuestro. No me agrada la idea de que unos extraños sean dueños de una parte de nuestra vida.

Terenia estuvo de acuerdo con él.

A medida que la empresa crecía y se abrían nuevas sucursales, se incrementaron las ofertas de dinero. Samuel las rechazaba todas.

Cuando su suegro le preguntó por qué, le respondió:

—Nunca hay que dejar entrar un zorro amigo en el propio gallinero. Algún día se le puede abrir el apetito.

El matrimonio de Samuel y Terenia florecía igual que su negocio. Ella le

dio cinco hijos —Abraham, Joseph, Antón, Jan y Pitor—, y cada vez que nacía un nuevo hijo Samuel inauguraba una nueva botica más grande que la anterior. En un principio contrató a un hombre para ayudarlo; luego, dos, y pronto tuvo más de doce empleados.

Un día recibió la visita de un funcionario del gobierno.

—Estamos levantando algunas de las restricciones que pesan sobre los judíos. Desearíamos que estableciera una farmacia en Cracovia.

Y eso hizo Samuel. Tres años después levantaba su propio edificio en el centro de Cracovia y le compraba a Terenia una hermosa casa en la ciudad. Por fin Samuel veía realizado su sueño de salir del gueto.

Pero sus sueños iban mucho más allá de Cracovia.

Samuel les puso profesores particulares a sus hijos, y a cada uno le hizo aprender un idioma distinto.

—Se ha vuelto loco —dijo su suegra—. Es el hazmerreír del vecindario con eso de enseñarle inglés a Abraham y a Jan, alemán a Joseph, francés a Antón e italiano a Pitor. ¿Con quién van a hablar? Aquí nadie habla ninguna de esas lenguas bárbaras. ¡Los muchachos no podrán siquiera conversar entre ellos!

Samuel se limitó a sonreír y le contestó pacientemente:

—Es parte de su educación. —Él sabía con quiénes conversarían sus hijos.

Cuando los muchachos no habían cumplido aún los veinte años ya habían viajado con su padre a diferentes países. En cada viaje Samuel echaba los cimientos para sus planes futuros. Al cumplir Abraham los veintiuno su padre reunió a la familia y les anunció:

—Abraham se va a vivir a Norteamérica.

—¡Norteamérica! —gritó la madre de Terenia—. ¡Esta llena de salvajes! No permitiré que le hagas eso a mi nieto. El chico se quedará aquí, donde estará seguro.

Seguro. Samuel pensó en los pogromos, en Aram y en su madre asesinada.

—Se irá al extranjero. —Samuel se dirigió a Abraham—. Abrirás una fábrica en Nueva York y dirigirás la empresa allí.

—Sí, papá —le respondió, orgulloso, Abraham.

Samuel le habló entonces a Joseph:

—Cuando cumplas veintiuno te marcharás a Berlín. —Joseph asintió con la cabeza.

—Y yo iré a Francia. A París, espero —manifestó Antón.

—Ten cuidado —refunfuñó Samuel—. Allí hay muchachas muy bellas que no son como las nuestras.

—Jan, tú irás a Inglaterra.

Pitor, el hijo menor, dijo con voz ansiosa:

—Y yo iré a Italia, papá. ¿Cuándo parto?

Samuel se rió.

—No esta noche, Pitor. Tendrás que esperar hasta los veintiún años.

Y así se hizo. Samuel acompañó a sus hijos al exterior y los ayudó a instalar oficinas y fábricas. Al cabo de siete años existían ramas de la familia Roffe en cinco países extranjeros. Se estaban convirtiendo en una dinastía, y Samuel le indicó a su abogado que dispusiera las cosas de manera tal que cada compañía, aunque independiente, debiera al mismo tiempo rendir cuentas a la casa matriz.

—Nada de extraños —le advirtió Samuel al abogado—. Las acciones deben permanecer en la familia.

—Así se hará. Pero si sus hijos no pueden venderlas, ¿cómo van a vivir? Supongo que querrá que vivan con holgura.

Samuel asintió.

—Residirán en hermosas casas. Recibirán muy buenos sueldos y tendrán una generosa cuenta de gastos, pero todo lo demás debe volver a la empresa. Si alguna vez quieren vender las acciones deberá ser por decisión unánime. El capital mayoritario pertenecerá a mi hijo mayor y a sus descendientes. Seremos poderosos. Más poderosos que los Rothschild.

En el curso de los años la profecía de Samuel se convirtió en realidad. Los laboratorios crecieron y prosperaron. Si bien la familia estaba muy diseminada, Samuel y Terenia pusieron un gran empeño en que siguiera estrechamente unida. Los hijos regresaban a su casa para cumpleaños y vacaciones largas. Pero sus visitas eran algo más que simples ocasiones festivas. Los muchachos se encerraban para hablar de negocios con su padre. Tenían su propio sistema privado de espionaje. Cuando un hijo, en cualquier

país, se enteraba que se estaba desarrollando una nueva droga, despachaba emisarios para informar a sus hermanos, y comenzaban a producirla ellos. De ese modo siempre llevaban la delantera a la competencia.

Al finalizar el siglo los muchachos se habían casado ya y le habían dado nietos a Samuel. Abraham se había marchado a los Estados Unidos al cumplir los veintiuno, en el año 1891. Se había casado con una chica norteamericana siete años más tarde; en 1899 ella dio a luz el primer nieto de Samuel, Woodrow, quien luego tendría un hijo llamado Sam. Joseph se casó con una chica alemana que le dio un hijo y una hija. A su turno, el varón contrajo matrimonio y tuvo una hija, Anna.

Anna se casó con un alemán, Walther Gassner. En Francia, Antón se casó con una joven francesa con quien tuvo dos hijos. Uno de ellos se suicidó. El otro se casó y tuvo una hija, Hélène. Ella se casó varias veces pero no tuvo descendencia. Jan se casó en Londres con una muchacha inglesa. La única hija que tuvieron contrajo matrimonio con un *baronet* de apellido Nichols y engendró un varón, Alec. En Roma, Pitor se casó con una chica italiana. Tuvieron un hijo y una hija. A su vez, cuando el hijo se casó, tuvo una hija, Simonetta, que se enamoró y se casó con un joven arquitecto, Ivo Palazzi.

Éstos eran, pues, los descendientes de Samuel y Terenia Roffe.

Samuel alcanzó a ver soplar los vientos del cambio en el mundo. Marconi inventó la telegrafía sin hilos y los hermanos Wright lanzaron el primer aeroplano en Kitty Rawk. El asunto Dreyfuss ocupaba los titulares de los diarios y el almirante Peary llegaba al Polo Norte. El Ford T se producía masivamente. Había luz eléctrica y teléfonos. En medicina se logró aislar y abatir los gérmenes que causaban la tuberculosis y la fiebre tifoidea.

Poco menos de medio siglo después de haber sido fundada, Roffe e Hijos era un gigante multinacional que se extendía por el mundo entero.

Samuel y su decrepito caballo habían creado una dinastía.

Cuando Elizabeth terminó de leer el Libro quizá por quinta vez, lo guardó tranquilamente en su sitio, en la vitrina. Ya no lo necesitaba. Ella era parte del Libro, tal como el Libro era parte de ella.

Por primera vez en su vida, Elizabeth sabía quién era y de dónde procedía.

Capítulo 12

En ocasión de su decimoquinto cumpleaños, en el segundo semestre de su primer curso en el colegio, Elizabeth conoció a Rhys Williams. Él fue a la escuela para entregarle un regalo de su padre.

—Quiso venir él mismo —le explicó Rhys—, pero no pudo escaparse. — Elizabeth trató de disimular su desilusión y Rhys se percató al instante. Esa muchachita tenía cierto aire de desamparo, una manifiesta vulnerabilidad que le impresionó. Por impulso dijo—: ¿Por qué no salimos a cenar tú y yo?

Elizabeth pensó que era una idea terrible. Imaginó a los dos entrando en un restaurante: él, increíblemente buen mozo, atractivo; ella, regordeta y con ortodoncia.

—No, gracias. Tengo que estudiar.

Pero Rhys Williams no aceptaba una negativa. Recordó los tristes cumpleaños que había pasado solo. Consiguió permiso de la directora para salir a cenar con Elizabeth. Subieron al coche de Rhys y emprendieron la marcha hacia el aeropuerto.

—Neuchâtel queda para el otro lado —dijo Elizabeth.

Rhys la miró y le preguntó inocentemente:

—¿Quién ha dicho que vamos a Neuchâtel?

—¿Adónde vamos?

—A Maxim's. Es el único lugar donde se puede festejar un cumpleaños de quince.

Volaron a París en un *jet* particular y tuvieron una espléndida cena. Comenzaron con paté de foie-gras con trufas, una copa de langostas marinas, pato a la naranja y la ensalada especial de Maxim's, y terminaron con champán y un pastel de cumpleaños. Luego Rhys la llevó a pasear por los

Campos Elíseos y regresaron a Suiza esa misma noche, muy tarde.

Para Elizabeth fue la velada más agradable de su vida. De alguna manera Rhys había logrado hacerla sentir interesante, hermosa, y fue una experiencia memorable. Cuando Rhys la dejó en el colegio, Elizabeth le dijo:

—No sé cómo agradeceréte. Jamás lo había pasado tan bien.

—Tienes que agradeceréte a tu padre. Fue idea suya.

Pero Elizabeth sabía que no era cierto.

Rhys Williams era el hombre más maravilloso que había conocido. E, indudablemente, el más apuesto. Esa noche Elizabeth se acostó pensando en él. Después, se levantó y fue hasta el pequeño pupitre, junto a la ventana. Extrajo un papel y una pluma y escribió: «Señora de Williams».

Permaneció largo rato contemplando esas palabras.

Rhys llegó veinticuatro horas tarde a su cita con una fascinante actriz francesa, pero no le importó. Terminaron en Maxim's, pero no pudo dejar de pensar que la noche que había pasado allí con Elizabeth había sido más interesante.

Algún día esa chica sería para tomar en consideración.

Elizabeth nunca supo bien quién fue más responsable del cambio que se operó en ella, si Samuel o Rhys Williams. El hecho es que aprendió a sentir más estima por sí misma. Ya no experimentaba esa obligación de comer constantemente, y empezó a perder peso. Disfrutaba de los deportes y comenzó a sentir afición por el colegio. Hizo esfuerzos por relacionarse con sus compañeras. No lo podían creer. Las chicas solían invitarla a sus «fiestas en pijama», pero Elizabeth siempre se había negado. Una noche apareció inesperadamente en una de esas fiestas.

La reunión se celebraba en una pieza que compartían cuatro chicas. Cuando llegó Elizabeth, el cuarto estaba atiborrado con no menos de veinticinco alumnas, todas en pijama o bata. Sorprendida, una de ellas exclamó:

—¡Mirad quién está aquí! Apostábamos a que no vendrías.

—He... he venido.

El aire estaba impregnado con el aroma dulce y penetrante del humo de cigarrillos. Elizabeth sabía que muchas de sus compañeras fumaban marihuana, pero ella jamás la había probado. La anfitriona, una francesa

llamada Renée Tocar, se le acercó fumando una colilla marrón. Aspiró profundamente y se la ofreció a Elizabeth.

—¿Fumas?

Era más una afirmación que una pregunta.

—Por supuesto —mintió Elizabeth. Tomó el cigarrillo, vaciló un instante, se lo puso entre los labios e inspiró. Sintió que se le ponía la cara verde y que sus pulmones se rebelaban, pero se las ingenió para sonreír y decir entrecortadamente:

—Muy bueno.

No bien Renée dio la vuelta, Elizabeth se desplomó sobre un sofá. Tuvo un mareo, pero se le pasó al momento. Dio otra chupada para probar. Comenzó a sentirse extrañamente aturdida. Elizabeth había oído hablar y había leído acerca de los efectos de la marihuana. Supuestamente liberada las inhibiciones, la sacaba a una de su encierro interior. Dio otra chupada, esta vez más larga, y comenzó a experimentar una agradable sensación de estar flotando, como si estuviese en otro planeta. Veía a las otras chicas y escuchaba su conversación, pero en cierto modo era una visión borrosa, y los sonidos eran apagados, lejanos. Las luces le parecían muy brillantes. Cerró los ojos. En el acto sintió que volaba por el espacio. Era una sensación placentera. Se mecía sobre el techo del colegio, subía, subía, cruzaba los Alpes nevados y se internaba en un mar de esponjosas nubes blancas.

Alguien pronunció su nombre, alguien la devolvía a la tierra. Elizabeth abrió los ojos con desgana. Renée se inclinaba sobre ella con expresión preocupada.

—¿Te sientes bien, Roffe?

Elizabeth la obsequió con una sonrisa lenta, de satisfacción, y balbuceó:

—Esto es maravilloso.

Y dominada por su infinita euforia, le confesó:

—Jamás había fumado marihuana.

Renée la miró fijamente.

—¿Marihuana? Eso es un vulgar Gauloise.

En el otro extremo de la aldea de Neuchâtel había un colegio de chicos, y las compañeras de Elizabeth se escapaban para tener citas con ellos en cuanto se les presentaba una oportunidad. Las chicas hablaban constantemente de los

muchachos. Comentaban el cuerpo que tenían y el tamaño de sus penes, lo que les permitían a ellos que les hicieran y lo que ellas a su vez les hacían a ellos. Por momentos a Elizabeth le daba la impresión de estar atrapada en un sitio lleno de ninfómanas furiosas. El sexo las obsesionaba. Uno de los juegos ocultos de la escuela era el *frólage*, el frotamiento. Una joven se desnudaba completamente, se acostaba boca arriba, y otra chica la acariciaba desde los pechos hasta los muslos. La recompensa por diez minutos de *frólage* era un pastel que compraban en el pueblo. Al cabo de diez minutos la chica Solía tener un orgasmo, pero si no lo tenía, su compañera seguía acariciándola y se ganaba otro pastel.

Otro divertimento sexual ocurría en el baño. En el colegio había bañeras antiguas con duchas flexibles de mano que podían quitarse de su soporte en la pared. Las jóvenes se sentaban en la bañera, abrían el agua, y cuando salía tibia se aplicaban el pico de la ducha entre las piernas y se frotaban suave y rítmicamente.

Elizabeth no se gratificaba ni con el *frólage* ni con la ducha, aunque sus apetencias sexuales comenzaban a intensificarse. Fue en esa época cuando hizo un descubrimiento frustrante.

Una de sus profesoras era una mujer delgada, pequeñita, de nombre Chantal Harriot. Tenía veintitantos años, casi una alumna por la edad. Era linda, y cuando sonreía se la veía hermosa. Elizabeth la consideraba la profesora más benévola y se sintió muy unida a ella. Cuando estaba triste por algo, acudía a *Mademoiselle* Harriot y le contaba sus problemas. *Mademoiselle* Harriot la escuchaba y la comprendía. Le cogía la mano y se la acariciaba. La reconfortaba con sus consejos y la invitaba a una taza de chocolate y galletas. Inmediatamente Elizabeth se sentía mejor.

Mademoiselle Harriot enseñaba francés y daba también un curso sobre moda en el cual recalcaba la importancia del estilo, la armonía de los colores y los accesorios apropiados.

—Recuerden, chicas —decía—, que las ropas más preciosas del mundo parecerán espantosas si los accesorios no hacen juego. —«Accesorios» era la consigna de *Mademoiselle* Harriot.

Cuando Elizabeth se encontraba en la bañera tibia se ponía a pensar en su profesora, en la expresión de su rostro cuando conversaban, en el modo en

que le cogía la mano, suave, tiernamente.

Cuando estaba en otras clases, su mente volaba hasta *Mademoiselle* Harriot y recordaba las veces en que su profesora la rodeaba con los brazos consolándola, tocándole los pechos. Al principio Elizabeth creyó que los roces eran accidentales, pero luego fueron más frecuentes, y *Mademoiselle* Harriot le dirigía una mirada interrogante, como si esperara una respuesta. Elizabeth pensaba en ella con sus senos protuberantes, sus piernas largas, y se preguntaba cómo sería desnuda, en la cama.

Fue entonces cuando llegó a una conclusión que la dejó aturdida.

Era lesbiana.

No le interesaban los muchachos porque le gustaban las mujeres. No las chicas estúpidas como sus compañeras, sino alguien sensible y tolerante como *Mademoiselle* Harriot. Elizabeth se imaginaba a las dos en la cama, juntas, abrazándose reconfortándose.

Elizabeth había leído y oído lo suficiente sobre lesbianismo para saber lo difícil que era la vida para las lesbianas. La sociedad no las admitía. El lesbianismo era considerado un crimen contra la naturaleza. «Pero ¿qué tenía de malo —pensaba— amar a alguien cariñosa, profundamente? ¿Importaba que fuese un hombre o una mujer? ¿Lo fundamental no era el amor mismo? ¿Acaso era mejor un matrimonio heterosexual sin amor que uno homosexual pleno de amor?».

Pensó en cómo se horrorizaría su padre al enterarse de la verdad. Bien, ella debía afrontar resueltamente el problema. Debería repensar sus planes para el futuro. Nunca tendría lo que se dice una vida normal como las otras chicas, con marido e hijos. Dondequiera que fuese sería siempre un paria, una rebelde que viviría fuera de los cauces de la sociedad. Ella y *Mademoiselle* Harriot —Chantal— buscarían un apartamento en alguna parte, o tal vez una casita. Elizabeth la decoraría con bellos tonos pastel y todos los accesorios adecuados. Pondría elegantes muebles estilo francés y hermosos cuadros en las paredes. Su padre podría ayudarla... No, no debía esperar ninguna ayuda de él. Era muy probable que jamás volviese a dirigirle la palabra.

Elizabeth pensó en su guardarropa. Podía ser lesbiana, pero estaba resuelta a no vestirse como ellas. Nada de pantalones, trajes de sastre ni vulgares sombreros varoniles. Los consideraba como las campanitas de los

leprosos de las mujeres emocionalmente lisiadas.

Trataría de parecer lo más femenina posible. Decidió aprender a ser una gran cocinera para poder preparar los platos preferidos de *Mademoiselle* Harriot (Chantal). Mentalmente se imaginaba a las dos sentadas en su apartamento o casita cenando a la luz de las velas platos cocinados por ella. Primero serviría vichyssoise seguida de una exquisita ensalada y tal vez langostas o camarones, o quizás un lomo adobado y ricos helados de postre. Después de cenar se quedarían sentadas en la alfombra frente al fuego del hogar contemplando caer la nieve. La nieve. Entonces sería invierno. Rápidamente corrigió el menú. En lugar de vichyssoise prepararía una nutritiva sopa de cebollas y una *fondue*. El postre podía ser un suflé. Tendría que aprender a calcular el tiempo para que no se le deshinchara. Luego ambas permanecerían sentadas en el suelo junto al fuego y se leerían poesías una a la otra. A lo mejor, T. S. Eliot. O V. J. Rajadhon.

*El tiempo es el enemigo del amor,
el ladrón que acorta
todas nuestras horas doradas.*

*Nunca he entendido
por qué los amantes cuentan su felicidad
en días y noches y años.*

*Mientras que nuestro amor sólo puede medirse
por nuestras alegrías, suspiros y lágrimas.*

Ah sí. Elizabeth veía los largos años que se extendían ante las dos, y el paso del tiempo comenzaría a derretirse convirtiéndose en un tibio, dorado ardor.

Y se quedaría dormida.

Lo había estado esperando, pero cuando ocurrió la cogió por sorpresa. Una noche la despertó el ruido de alguien que entraba en su habitación y cerraba suavemente la puerta. Abrió rápidamente los ojos.

Alcanzaba a distinguir una sombra que atravesaba el cuarto lleno de luna hacia su cama. Un rayo de luz le dio de lleno a *mademoiselle* Harriot —

Chantal— en el rostro. A Elizabeth el corazón comenzó a latirle alocadamente.

Chantal dijo en un susurro:

—Elizabeth —y en ese momento, ante ella, se quitó la bata. No llevaba puesto nada debajo. A Elizabeth se le secó la boca. Había imaginado tantas veces este momento, y ahora que sucedía de veras, la dominaba el pánico. Honestamente no sabía a ciencia cierta lo que debía hacer, ni cómo. Tampoco quería pasar por tonta ante la mujer que amaba.

—Mírame —le ordenó Chantal con voz ronca. Así lo hizo Elizabeth. Sus ojos recorrieron el cuerpo desnudo. En vivo, Chantal no era tal cual ella la había imaginado. Sus pechos parecían manzanas arrugadas, y le colgaban un poco. Tenía un vientre diminuto, y el trasero demasiado bajo.

Pero nada de eso importaba. Lo que sí importaba era lo que había dentro, el alma de la mujer, el coraje y el valor de ser distinta a las demás, de desafiar al mundo entero y querer compartir el resto de su vida con Elizabeth.

—Apártate, *mon petit ange* —susurró.

Elizabeth la obedeció y la profesora se metió en su cama. Estaba impregnada de un fuerte olor salvaje. Se volvió hacia Elizabeth, la rodeó en sus brazos, y dijo:

—Chérie, he soñado con este momento. —Y besó a Elizabeth en los labios introduciéndole la lengua en su boca, emitiendo rápidos gemidos.

Fue, sin lugar a dudas, la sensación más desagradable que Elizabeth jamás hubiese experimentado. Estaba espantada.

Los dedos de *mademoiselle* Harriot —Chantal— transitaron sobre el cuerpo de Elizabeth apretándole los pechos, lentamente, deslizándose debajo del estómago hacia los muslos. Y todo el tiempo sus labios seguían posados en los de Elizabeth, baboseando como un animal.

Con que así era. Éste era el maravilloso momento mágico. Si estuviéramos unidos, tú y yo, fabricaríamos un universo para sacudir las estrellas y mover los cielos.

Las manos de *mademoiselle* Harriot la acariciaban más abajo en los muslos y empezaban a tantearle en la entrepierna. Rápidamente Elizabeth trató de evocar las cenas a la luz de las velas, el suflé, las veladas junto a la chimenea y todos los años fantásticos que pasarían juntas; pero no sirvió de

nada. Sentía repulsión física y mental. Le parecía que la estaban violando.

Mademoiselle Harriot musitó:

—Oh, *chéri*, quiero poseerte.

Y lo único que pudo responderle Elizabeth fue:

—Existe un problema. Una de nosotras no tiene los accesorios apropiados.

Y se echó a reír y a llorar, histérica. A llorar por la hermosa visión a la luz de las velas que moría; a reír porque era una chica sana, normal, que acababa de enterarse de que era libre.

Al día siguiente, Elizabeth probó el mango de la ducha.

Capítulo 13

En las vacaciones de Pascua durante su último año en el colegio, Elizabeth —que había cumplido los dieciocho— fue a pasar diez días a la villa de Cerdeña. Había aprendido a conducir y por primera vez se sentía libre para explorar la isla por su cuenta. Salía a dar largos paseos en auto por las playas y visitaba aldeas de pescadores. Nadaba en la villa bajo el cálido sol del Mediterráneo.

Por la noche se quedaba en la cama escuchando el triste lamento de las piedras musicales cuando el viento soplaba dentro de ellas. Asistió a un carnaval en Tempio en el que toda la aldea se vistió con trajes típicos. Ocultas tras los antifaces, las chicas invitaban a los chicos a bailar, y todo el mundo se atrevía a hacer cosas que en ningún otro momento hubiera atrevido. Un joven podía creer que sabía a qué chica había hecho el amor esa noche, pero a la mañana siguiente ya no estaba seguro. «Era como si el pueblo entero interpretara El Centinela», pensaba Elizabeth.

Fue hasta Punta Murra y observó a los sardos que cocinaban corderitos exponiéndolos al fuego, los isleños le dieron seada, un queso de cabra recubierto de pasta y bañado con miel caliente. Bebió el delicioso selememont, el vino blanco de la zona que no podía conseguirse en ningún lugar del mundo porque era tan delicado que no se podía transportar.

Uno de los sitios que más le gustaba frecuentar a Elizabeth era el Red Lion Inn, en Porto Cervo, una pequeña taberna en un sótano, con diez mesas para cenar y un mostrador antiquísimo.

Elizabeth apodó esas vacaciones «La Hora de los Muchachos». Los hijos de los ricos acudían en enjambre, invitándola constantemente a nadar y a salir de paseo. Ése era el primer paso del rito de emparejamiento.

—Todos esos jóvenes son sumamente recomendables —le aseguró su padre. Para Elizabeth eran todos unos groseros que hablaban demasiado y la trataban con torpeza. Estaba segura de que no la querían por ella misma, porque fuera un ser humano inteligente y valioso, sino porque era una Roffe, heredera de la dinastía de los Roffe. Elizabeth no tenía idea de que se había convertido en una belleza porque era más fácil creer la verdad del pasado que aceptar la imagen que el espejo le devolvía.

Los jóvenes la invitaban a tomar vino y a cenar, e intentaban acostarse con ella. Presentían que Elizabeth era virgen, y alguna aberración en su ego machista convencía a cada muchacho de que si lograba hacerle perder la virginidad, ella se enamoraría perdidamente de él y sería su esclava por siempre jamás. No se daban por vencidos. Dondequiera que llevarsen a Elizabeth, las veladas siempre acababan igual.

—Acostémonos. —Y ella se negaba cortésmente.

No llegaban a comprenderla. Sabían que era hermosa; por consiguiente debía ser estúpida. Jamás se les ocurrió pensar que era más inteligente que ellos. ¿Acaso alguien conocía alguna chica que fuese a la vez bella e inteligente?

Elizabeth, por tanto, salía con los muchachos para complacer a su padre, pero todos la aburrían por igual.

Rhys Williams llegó a la villa, y Elizabeth se sorprendió al notar lo excitada y complacida que se sentía de verlo nuevamente. Era más apuesto incluso de lo que ella recordaba.

Rhys parecía contento de verla.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—¿Por qué?

—¿Hace mucho que no te miras en el espejo?

Ella se sonrojó.

—Sí.

Rhys se volvió hacia Sam.

—A menos que los muchachos se hayan vuelto todos sordos, ciegos y mudos, tengo la sensación de que Liz no va a estar con nosotros mucho tiempo más.

«¡Nosotros!». A Elizabeth le agradó oír esa palabra. Trataba de acercarse

a los dos hombres todo lo que se atrevía, sirviéndoles bebidas, haciéndoles recados, disfrutando con sólo contemplar a Rhys. A veces se sentaba en un segundo plano para escucharlos hablar de negocios y se quedaba fascinada. Conversaban sobre fusión de sociedades, sobre nuevas fábricas, sobre productos que habían tenido éxito y otros que habían fracasado, y por qué.

Mencionaban a sus competidores y planeaban estrategias y contraestrategias. Para Elizabeth era un lenguaje elevado.

Un día en que Sam estaba en el cuarto de arriba trabajando, Rhys la invitó a almorzar. Ella propuso ir al Red Lion, y Rhys se puso a arrojar dardos con los hombres que estaban junto al mostrador. A Elizabeth le maravillaba notar que Rhys se sentía como en su casa. Parecía estar bien en cualquier lugar. Había oído una expresión en castellano que antes no había entendido y que ahora comprendía al observar a Rhys. Era un hombre que se sentía bien en su pellejo.

Se situaron en una mesita de un rincón, con mantel rojo y blanco. Pidieron pastel de carne picada y cerveza, y charlaron. Rhys le preguntó por el colegio.

—No me va tan mal —confesó ella—. Estoy empezando a saber lo poco que sé.

Rhys sonrió.

—Muy pocas personas llegan tan lejos. Terminas en junio, ¿no?

A Elizabeth le extrañó que lo supiera.

—Sí.

—¿Has decidido lo que quieres hacer después?

Era la pregunta que se había estado haciendo a sí misma.

—No. En realidad, no.

—¿No has pensado casarte?

Durante una fracción de segundo el corazón dejó de latirle. Después se dio cuenta de que era una pregunta general.

—No he encontrado aún a mi media naranja. —Pensó en *mademoiselle* Harriot y en las placenteras cenas frente al hogar mientras caía la nieve, y se rió en voz alta.

—¿Es un secreto? —le preguntó Rhys.

—Es un secreto. —Le habría gustado compartirlo con él, pero no lo

conocía lo suficiente.

—La verdad —pensó Elizabeth— es que no lo conocía en absoluto. Era un extraño apuesto, encantador, que en una ocasión se había compadecido de ella y la había llevado en avión a París a cenar para festejar su cumpleaños. Sabía que era brillante en los negocios y que su padre dependía de él. Pero no sabía nada de su vida personal ni de cómo era interiormente. Al contemplarlo tenía la sensación de que era un hombre de muchas aristas, que las emociones que demostraba eran para disimular las que sentía, y se preguntó si alguien lo conocería profundamente.

Rhys Williams fue el responsable de que perdiera su virginidad.

La idea de acostarse con un hombre la atraía cada vez más. En parte se debía al poderoso deseo físico que a veces la cogía desprevenida atenazándola con olas de frustración, un dolor físico apremiante que no la abandonaba. Pero había también una gran curiosidad, la necesidad de saber cómo era eso. Desde luego que no podía acostarse con cualquiera. Debía ser alguien muy especial, alguien a quien pudiera querer, alguien que la quisiera.

Un sábado por la noche el padre de Elizabeth ofreció una fiesta de gala en la villa.

—Ponte tu vestido más hermoso —le dijo Rhys—. Quiero lucirte por todas partes.

Temblando de placer, Elizabeth dio por descontado que Rhys sería su pareja. Pero Rhys llegó acompañado de una bella y rubia princesa italiana. Elizabeth se sintió tan ultrajada y traicionada que a medianoche abandonó la fiesta y fue a acostarse con un pintor ruso, barbudo y borracho, de nombre Vassilov.

La breve aventura resultó un desastre. Elizabeth estaba tan nerviosa y Vassilov tan ebrio que a ella le dio la impresión de que no había principio, mitad ni final. Por toda estimulación sexual Vassilov se bajó los pantalones y se desplomó en la cama.

A esa altura Elizabeth estuvo tentada de huir, pero se había resuelto castigar a Rhys por su perfidia. Se desvistió y se metió en la cama. Un segundo más tarde, sin previo aviso, Vassilov la penetraba. Fue una sensación extraña. No desagradable, aunque tampoco se estremeció el mundo. Sintió que el cuerpo de Vassilov era presa de una breve agitación, y

al instante él se puso a roncar. Elizabeth permaneció allí llena de autorrepugnancia. No podía creer que todas las canciones, libros y poemas se refiriesen a eso. Pensó en Rhys y le dieron ganas de llorar. Se vistió despacio y regresó a su casa. A la mañana siguiente, cuando la llamó el pintor por teléfono, le hizo decir al ama de llaves que no estaba. Al día siguiente regresó al colegio.

Voló en el *jet* de la empresa en compañía de su padre y de Rhys. El avión, que fue construido para transportar a cien pasajeros, había sido transformado en una aeronave de lujo. Tenía dos enormes dormitorios preciosamente decorados, al fondo, con baños completos, una oficina cómoda, una sala de estar en la mitad —con cuadros— y una cocina muy sofisticada en la parte delantera. Elizabeth lo consideraba la alfombra mágica de su padre.

Los dos hombres hablaron de negocios casi todo el tiempo. Cuando Rhys estuvo libre, jugó una partida de ajedrez con Elizabeth. El resultado fue tablas.

—Estoy impresionado —comentó, y ella se sonrojó de placer.

Los últimos meses de colegio pasaron rápidamente. Era tiempo de comenzar a reflexionar en el futuro. Elizabeth recordó la pregunta que le hiciera Rhys: «¿Has decidido lo que quieres hacer después?». Aún no estaba segura. Pero gracias al viejo Samuel sentía fascinación por la empresa familiar, y pensaba que le agradecería formar parte de ella. No sabía qué era lo que podía hacer.

Quizá podía empezar ayudando a su padre. Le vinieron a la mente todas las historias respecto de la maravillosa anfitriona en que se había convertido su madre, lo inapreciable que había sido ella para Sam. Trataría de ocupar el puesto de su madre. Sería un principio.

Capítulo 14

La mano que le quedaba libre al embajador de Suecia apretaba el trasero de Elizabeth. Ella trató de ignorarlo, mientras bailaban por la habitación. Sus labios sonreían y sus ojos controlaban diestramente a los elegantes invitados, la orquesta, los sirvientes de librea, la cena fría consistente en una variedad de platos exóticos y vinos finos. Con satisfacción pensó: «Es una gran fiesta».

Se hallaban en el salón de baile de la finca de Long Island. Había doscientos invitados, todos ellos importantes para Roffe e Hijos. Elizabeth tomó conciencia de que el embajador apretaba su cuerpo contra el suyo e intentaba excitarla. Con la lengua en su oreja le susurraba:

—Baila usted magníficamente, señorita.

—Lo mismo usted —le contestó Elizabeth con una sonrisa. De pronto dio un paso en falso y le pisó un dedo del pie con uno de sus tacones puntiagudos. El hombre gimió de dolor y ella exclamó compungida—: Perdóneme, señor embajador. Si me permite, le voy a traer algo de beber.

Lo abandonó y se dirigió al bar abriéndose paso entre los asistentes sin dejar de cerciorarse con la mirada de que todo estaba perfecto.

Perfección... eso era lo que exigía su padre. Elizabeth ya había actuado de anfitriona en cientos de fiestas de Sam, pero todavía no había aprendido a relajarse.

Cada recepción era un acontecimiento, una noche de estreno, y decenas de detalles podían salir mal. Sin embargo, jamás había experimentado semejante felicidad. El sueño infantil de estar cerca de su padre, de ser indispensable para él, se había convertido en realidad. Se había acostumbrado al hecho de que las necesidades de él eran siempre impersonales, de que el

valor que ella tenía ante sus ojos estaba en relación directa con lo que podía aportar a la empresa. Ése era el único criterio que tenía Sam Roffe para juzgar a las personas. Elizabeth había logrado llenar el vacío que existía desde la muerte de su madre. Se había transformado en la anfitriona de su padre. Pero, dado que era también una joven sumamente inteligente, se había transformado en mucho más que eso. Asistía a reuniones de negocios con Sam, en aviones, en *suites* de hoteles extranjeros, en plantas industriales, en embajadas y palacios. Observaba a su padre ejercer la autoridad desplegando billones de dólares para comprar y vender, para levantar y destruir. Roffe e Hijos era una inmensa cornucopia, y Elizabeth veía cómo su padre dispensaba sus dádivas a los amigos e impedía que los enemigos se beneficiaran de la mínima ventaja. Era un mundo fascinante lleno de gente interesarte, y Sam Roffe era el amo de todo. Al pasear la vista por el salón divisó a su padre de pie cerca del bar, charlando con Rhys, un primer ministro y un senador por California. Sam la vio y le hizo señas de que se acercase. Cuando iba a su encuentro Elizabeth recordaba el momento en que todo había comenzado, tres años antes.

Tras su graduación, Elizabeth regresó en avión a su casa. Tenía dieciocho años. Su casa, en ese momento, era el apartamento en Beekman Place, Manhattan. Rhys estaba allí con su padre.

De alguna manera ella sabía que se encontraría con Rhys. Llevaba siempre imágenes de él en lo más recóndito de su pensamiento, y cuando se sentía sola, deprimida o desalentada, las sacaba y se reconfortaba con esos recuerdos. Al comienzo le había parecido imposible. Una colegiala de quince años y un nombre de veinticinco. Esos diez años le parecían cientos. Sin embargo, debido a alguna maravillosa alquimia matemática, a los dieciocho la diferencia en años había perdido ya cierta importancia. Era como si ella fuese envejeciendo más pronto que Rhys, como si tratase de alcanzarlo.

Los dos hombres se pusieron de pie cuando entró en la biblioteca, donde mantenían una conversación de negocios. Su padre le dijo en tono intrascendente:

—¿Acabas de llegar, Elizabeth?

—Sí.

—Ah. Entonces terminaron las clases.

—Sí.

—Me alegro.

En eso consistió la bienvenida. Rhys se le acercó, sonriente. Parecía sinceramente contento de verla.

—Estás preciosa, Liz. ¿Qué tal ha estado la ceremonia de graduación? Sam tenía intención de ir, pero no pudo desligarse de sus compromisos.

Decía todas las cosas que tendría que haber dicho su padre.

Elizabeth se disgustó consigo misma por sentirse ofendida. «No era que su padre no la amase —pensaba—, sino que se dedicaba por entero a un mundo del cual ella no participaba. A un hijo varón él lo habría introducido en su mundo».

Una hija le resultaba extraña. No tenía cabida en el plan empresarial.

—Les estoy interrumpiendo. —Se encaminó hacia la puerta.

—Espera un segundo —dijo Rhys. Se dirigió a Sam—. Liz llegó justo a tiempo. Puede ayudarnos en la fiesta del sábado por la noche.

Sam se volvió para estudiar objetivamente a su hija, como si la evaluara por primera vez. Se parecía a su madre. Poseía la misma belleza, la misma elegancia natural. Un destello de interés brilló en los ojos de Sam. Nunca se le había ocurrido pensar que su hija pudiera ser un valor potencial para Roffe e Hijos.

—¿Tienes un traje de noche?

Elizabeth lo miró, sorprendida.

—Yo...

—No importa. Ve y cómprate uno. ¿Sabes cómo organizar una recepción?

Elizabeth tragó saliva y dijo:

—Por supuesto. ¿No era esa acaso una de las ventajas de haber asistido a un colegio femenino en Suiza? Nos han enseñado todas las normas sociales. Claro que sé dar una fiesta.

—Bien. He invitado a un grupo de personas de Arabia Saudita. Serán unos... —Miró a Rhys.

Rhys le sonrió a Elizabeth.

—Cuarenta. Más o menos.

—Déjenlo todo en mis manos —expresó Elizabeth, confiada.

La cena fue un fracaso total.

Elizabeth le había indicado al chef que preparara una copa de cangrejos como entrada, seguida de cazoletas individuales regadas con vinos selectos. Lamentablemente la cazuela llevaba cerdo, y los árabes no tocaron ni los mariscos ni el cerdo. Tampoco tomaban bebidas alcohólicas. Los invitados se quedaban mirando los platos y no comían nada.

Elizabeth estaba sentada en la cabecera de la larga mesa, frente a su padre, petrificada por el bochorno, muñéndose por dentro.

Rhys salvó la noche. Desapareció unos instantes para hablar por teléfono al despacho. Luego regresó al comedor y entretuvo a los invitados relatándoles historias divertidas, mientras el personal despejaba la mesa.

En un lapso que pareció brevísimo, llegó una flota de camiones de reparto, y como por arte de magia empezó a aparecer una gran variedad de platos. Cuscús y cordero en brochette, arroz, pollo asado y pescado, dulces, queso y frutas frescas. Todos disfrutaron de la comida menos Elizabeth. Estaba tan fastidiada que no pudo tragar ni un bocado. Cada vez que levantaba la mirada veía que Rhys la observaba con una expresión de confabulación en los ojos. No sabía por qué, pero le mortificaba no sólo que Rhys hubiera presenciado su vergüenza, sino que la hubiese sacado de ella. Al concluir la velada, cuando ya los últimos invitados se hubieron marchado de mala gana en las primeras horas de la madrugada, Elizabeth, Sam y Rhys permanecieron en el salón. Rhys sirvió un coñac.

Ella respiró hondo y se dirigió a su padre:

—Lamento lo de la cena. Si no hubiese sido por Rhys...

—Estoy seguro de que la próxima vez lo harás mejor —dijo Sam, con voz sin matices.

Sam estaba en lo cierto. A partir de ese momento, cuando Elizabeth tenía que organizar una fiesta, ya fuera para cuatro personas o para cuatrocientas, estudiaba a los invitados, averiguaba las cosas que les gustaban y las que no, lo que comían y bebían y qué tipo de diversión les agradaba. Llevaba un archivo con fichas individuales para cada uno. A la gente le halagaba encontrarse con su marca preferida de vino, de *whisky* o de cigarros, y Elizabeth podía conversar de los temas que les interesaban con conocimiento de causa.

Rhys asistía a casi todas las recepciones y siempre estaba con la chica más bonita. Elizabeth las odiaba a todas. Trataba de imitarlas. Si Rhys iba con una joven que llevaba el cabello recogido en la nuca, Elizabeth se peinaba igual. Se esforzaba por vestirse como lo hacían las compañeras de Rhys, por comportarse como ellas.

Pero nada de esto parecía impresionarle. Parecía ni percatarse. Frustrada, decidió que bien podía dedicarse a parecerse a sí misma.

La mañana del día en que cumplía veintiún años, cuando bajó a desayunar, su padre le dijo:

—Encarga entradas para ir al teatro esta noche. Después de la función cenaremos en el Club Veintiuno.

Elizabeth pensó «se ha acordado» y se sintió desmesuradamente feliz.

Pero, Sam agregó:

—Seremos doce. Vamos a reexaminar los nuevos contratos bolivianos.

Ella no mencionó su cumpleaños. Recibió telegramas de varias ex discípulas, y eso fue todo. Hasta las seis de la tarde, hora en que le llegó un enorme ramo de flores. Estaba segura de que se lo había mandado su padre. Sin embargo, la tarjeta decía: «Qué hermoso día para una hermosa dama». Firmaba: «Rhys».

Sam salió esa tarde a las siete rumbo al teatro. Advirtió las flores y comentó distraídamente:

—Tienes un galán, ¿eh?

Estuvo tentada de responderle: «Es un regalo de cumpleaños», pero ¿qué sentido tendría? Si a un ser querido había que recordarle el cumpleaños de uno, entonces ya no valía la pena.

Observó partir a su padre y pensó qué podía hacer ella esa noche. Siempre le había parecido que los veintiún años eran un hito importante en la vida. Significaban la mayoría de edad, la libertad, ser una mujer. Ése era el día mágico y ella no se sentía en absoluto distinta de lo que se había sentido un año antes, o dos. ¿Por qué había tenido que olvidarse de esa fecha su padre? ¿La habría recordado si hubiese sido un hijo varón?

Vino el mayordomo a preguntarle por la cena. Elizabeth no tenía hambre.

Se sentía sola y abandonada. Sabía que estaba autocompadeciéndose, pero lo que la entristecía era algo más que ese cumpleaños inadvertido.

Eran todos los solitarios cumpleaños del pasado, el dolor de crecer sola, sin madre, sin padre y sin nadie que se interesara por ella.

A las diez de la noche, enfundada en una bata, estaba sentada en la sala a oscuras, frente al hogar, cuando se oyó una voz:

—Feliz cumpleaños.

Se encendieron las luces y Rhys Williams se le acercó y le dijo, en tono reprobador:

—Ésta no es manera de festejar un cumpleaños. ¿Cuántas veces cumple veintiún años una muchacha?

—Yo... yo he pensado que salías con mi padre esta noche —dijo ella, aturdida.

—Sí. Él mencionó que te ibas a quedar sola en casa hoy. Vístete. Vamos a cenar.

Elizabeth agitó la cabeza. Se negaba a aceptar su conmiseración.

—Gracias, Rhys. No... no tengo hambre.

—Yo sí, y me enferma comer solo. Te doy cinco minutos para que te cambies o te llevo así como estás.

Fueron a un pequeño restaurante de Long Island. Comieron hamburguesas, pimientos, cebollas fritas y bebieron gaseosas, y charlaron, y a Elizabeth le pareció que la cena era mejor que aquella otra en Maxim's. Rhys centró toda su atención en ella. Ahora entendía por qué les resultaba tan atractivo a las mujeres. No era solamente su aspecto. Era el hecho de que honestamente le gustaban las mujeres, que le gustaba estar con ellas. A Elizabeth la hizo sentir alguien muy especial, le hizo notar que quería estar con ella más que con cualquier otra persona en el mundo. «Con razón —pensó— todas se enamoran de él».

Rhys le habló de su infancia en Gales, de tal modo que parecía una niñez maravillosa, audaz y divertida.

—Me escapé de casa porque en mi interior sentía una gran voracidad por verlo todo y hacer de todo. Quería ser todas las personas que veía. Yo no me resultaba suficiente. ¿Puedes entenderlo?

¡Oh, cuánto lo entendía!

—Trabajé en parques y en playas, y un verano me emplearon para llevar a turistas por el Rhosili en barquillas de cuero y...

—Espera un minuto —le interrumpió Elizabeth—. ¿Qué es el Rhosili y qué es una barquilla de cuero?

—El Rhosili es un río turbulento, rápido, lleno de peligrosas corrientes. Las barquillas son antiquísimas canoas hechas de listones de madera y cueros de animales a prueba de agua, que se remontan a las épocas prerromanas. No conoces Gales, ¿verdad? —Ella movió la cabeza—. Ah, te encantaría. —Elizabeth sabía que sí—. Hay una cascada en el valle de Neath que es uno de los espectáculos más hermosos del mundo. Y lugares bellísimos para ver: Aber-Eiddi y Caerbwdi, y Porthclais, Kilgetty y Llangwm —desgranaba las palabras con una cadencia musical—. Es un país salvaje, montaraz, lleno de mágicas sorpresas.

—Y sin embargo te fuiste de Gales.

Rhys le sonrió.

—Era esa avidez que sentía. Deseaba poseer el mundo.

Lo que no le dijo fue que seguía abrigando esas ansias en su interior.

En el curso de los tres años siguientes, Elizabeth llegó a ser indispensable para su padre. Su tarea era hacerle la vida más cómoda para que él pudiese dedicarse por entero a lo que más le importaba: la empresa. Elizabeth organizaba todos los detalles de su vida. Contratava y despedía el servicio, abría y cerraba las diversas casas según lo exigieran las necesidades de su padre y le planificaba los agasajos y recepciones.

Más aún, Sam veía y oía por intermedio de ella. Al finalizar una reunión de negocios Sam quería saber qué impresión le había causado un hombre, o le explicaba por qué había actuado de tal o cual manera. Elizabeth veía cómo tomaba decisiones que afectaban la vida de miles de personas e involucraban cientos de millones de dólares. Escuchó a jefes de Estado implorar a Sam Roffe que instalara una fábrica en su país o rogarle que no clausurara alguna otra.

Luego de unas de esas reuniones, comentó Elizabeth:

—Es increíble. Es como si condujeras un país.

Su padre se rió.

—Roffe e Hijos tiene ingresos superiores a los del setenta y cinco por ciento de las naciones del mundo.

En los viajes que hacía con su padre volvió a relacionarse con los demás

miembros de la familia Roffe, sus primos y primas, sus maridos y mujeres.

De niña, solía verlos en las vacaciones, cuando acudían a alguna de las casas de Sam, o cuando ella iba a visitarlos durante los breves descansos escolares.

Siempre sintió predilección por Simonetta e Ivo Palazzi. Eran abiertos y afectuosos. Además, Ivo tenía la facultad de hacerla sentir mujer. Él dirigía la filial italiana de Roffe e Hijos, y lo hacía muy bien. A la gente le gustaba tratar con Ivo. Elizabeth recordaba lo que una compañera suya de colegio le comentara cuando lo conoció:

—¿Sabes lo que me gusta de tu primo? Que tiene encanto y afectuosidad. Así era Ivo, todo encanto y afectuosidad.

Estaban también Hélène Roffe-Martel y Charles, su marido, de París. Elizabeth jamás pudo comprender del todo a su prima y nunca se sintió a gusto con ella. Hélène había sido siempre amable con ella, pero existía una fría reserva que Elizabeth nunca pudo traspasar.

Charles se encargaba de la sucursal francesa de Roffe e Hijos. Si bien era un hombre competente, le había oído comentar de pasada a su padre que le faltaba empuje. Era capaz de cumplir órdenes pero carecía de iniciativa. Sam nunca lo reemplazó porque la filial francesa daba cuantiosas ganancias. Elizabeth sospechaba que Hélène tenía mucho que ver con el éxito de la empresa.

A Elizabeth le gustaba su prima alemana. Anna Roffe Gassner, y su marido Walther. Recordaba haber oído chismes de familia que afirmaban que Anna se había casado con un hombre socialmente inferior. Walther Gassner tenía fama de ser una oveja negra, un cazadotes que se había casado con una mujer fea, muchos años mayor que él, por su dinero. Elizabeth no pensaba que Anna fuese fea. Siempre le había parecido una persona tímida, sensible, apocada, un poco asustada de la vida. Walther le había caído bien desde el principio. Poseía las facciones clásicas de un actor de cine, pero no era ni pedante ni falso. Daba la impresión de estar verdaderamente enamorado de Anna, y Elizabeth no creía ninguna de las tremendas historias que había oído acerca de él.

De todos los primos el preferido era Alec Nichols. Era hijo de una Roffe casada con *Sir George Nichols*, el tercer *baronet*. A él había acudido siempre

Elizabeth cuando tenía un problema. De alguna manera, quizá debido a la sensibilidad y caballerosidad de Alec, la niña lo consideraba su compañero, y ahora se daba cuenta de lo halagado que se sentía Alec por eso. Él la trataba como a un igual, y estaba invariablemente dispuesto a ofrecerle la ayuda y los consejos que pudiese. Elizabeth recordaba que en una oportunidad en que se sentía terriblemente desesperada había decidido huir de su casa. Hizo su maleta y luego, por un repentino impulso, llamó a Alec a Londres para despedirse. Él estaba en una reunión, pero acudió al teléfono y conversó con ella durante más de una hora.

Al terminar, Elizabeth había resuelto perdonar a su padre y darle otra oportunidad. Ése era *Sir Alec Nichols*. Vivian, su esposa, era harina de otro costal. Todo lo generoso y respetuoso que era Alec lo tenía Vivian de egoísta y desaprensiva. Era la mujer más egocéntrica que jamás hubiese conocido Elizabeth.

Muchos años antes, Elizabeth había ido a pasar un fin de semana a la finca de Alec y Vivian en Gloucestershire. Un día salió sola de excursión. Como empezara a llover regresó temprano a casa. Entró por la puerta de atrás, y cuando iba a atravesar el pasillo, oyó voces provenientes del despacho, trabadas en ardiente altercado.

—Estoy más cansada que la mierda de hacer de niñera —decía Vivian—. Puedes quedarte con tu adorable primita y llevarla tú a divertirse esta noche. Yo me voy a Londres. Tengo un compromiso.

—¿Por qué no lo cancelas, Viv? La chica sólo estará un día más con nosotros, y...

—Lo lamento, Alec. Tengo ganas de follar bien, y esta noche lo voy a hacer.

—¡Por Dios, Vivian!

—¡Métetela en el culo! Y no trates de vivir mi vida por mí.

En ese momento, antes de que Elizabeth pudiese reaccionar, Vivian salió precipitadamente del despacho. Dirigió una breve mirada al rostro conmovido de Elizabeth, y exclamó en tono alegre:

—Qué pronto has vuelto, querida. —Y subió al dormitorio.

Alec apareció en la puerta.

—Entra, Elizabeth.

Lo acompañó a regañadientes. Alec tenía el rostro encendido de vergüenza. Elizabeth sintió unos deseos tremendos de consolarlo, pero no sabía cómo. Alec se acercó a una mesa grande, tomó una pipa, la llenó de tabaco y la encendió.

A Elizabeth le pareció que esperaba una eternidad.

—Debes comprender a Vivían.

—Alec, no es asunto mío...

—En cierto sentido, sí. Somos todos de la familia. No quiero que pienses mal de ella.

No lo podía creer. Después de la inconcebible escena que había escuchado, Alec defendía a su esposa.

—A veces, en un matrimonio, el marido y la mujer tienen necesidades diferentes. —Hizo una pausa para elegir las palabras—. No quiero que reproches a Vivían porque yo... yo no puedo satisfacer algunas de esas necesidades. No es culpa de ella.

Elizabeth no pudo contenerse.

—¿Sale a menudo con otros hombres?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Por qué no te separas? —preguntó, horrorizada.

Alec la obsequió con una sonrisa más cariñosa.

—No la puedo abandonar, mi querida niña. ¿Sabes? La amo.

Al día siguiente Elizabeth regresó al colegio. A partir de ese momento se sintió mucho más identificada con Alec que con cualquiera de los demás.

En los últimos tiempos, Elizabeth había estado preocupada por su padre. Lo notaba inquieto por algo, pero no tenía idea de qué podía ser. Cuando se lo preguntó, él le respondió:

—Es sólo un problemita que debo resolver. Después te contaré.

Se había vuelto reservado y Elizabeth ya no tenía acceso a sus papeles privados. Cuando él le anunció:

—Mañana parto para Chamonix a hacer un poco de alpinismo —se había puesto contenta. Sabía que él necesitaba descansar. Sam había perdido peso y estaba pálido y ojeroso.

—Te haré las reservas.

—No te molestes. Ya están hechas.

Eso tampoco era propio de él. A la mañana siguiente se marchó a Chamonix. Ésa fue la última vez que lo vio. La última vez que lo iba a ver.

Estaba recostada en su dormitorio, a oscuras, recordando el pasado. Había algo de irreal en la muerte de su padre, quizá porque siempre había sido tan activo.

Era el último descendiente que llevaba el apellido Roffe, salvo ella misma. ¿Qué pasaría ahora con la compañía? Su padre era titular del paquete mayoritario de acciones. Se preguntó a quién las habría legado.

La respuesta la tuvo al día siguiente, al atardecer. El abogado de Sam se presentó en la casa.

—He traído una copia del testamento de su padre. Lamento imponerle mi presencia en un momento tan triste, pero he pensado que sería mejor que se enterara de inmediato. Es usted la única heredera de su padre. Eso quiere decir que el paquete mayoritario de acciones de Roffe e Hijos queda en sus manos.

No lo podía creer. Ciertamente, Sam no debía esperar que ella dirigiera la empresa.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué yo?

El letrado vaciló antes de contestarle.

—¿Quiere que le sea franco, señorita Roffe? Su padre era relativamente joven. Estoy seguro de que no pensaba morir en muchos años. Yo supongo que, con el tiempo, habría redactado otro testamento designando a alguien para conducir la empresa. Probablemente no lo tuviera resuelto aún. —Se encogió de hombros—. Sin embargo esto es una simple teoría. Lo importante es que usted posee ahora la autoridad. Deberá decidir qué hará con ella, a quién quiere traspasársela. —La escrutó un instante con la mirada. Luego prosiguió—: Nunca ha habido una mujer en el Consejo de Administración de Roffe e Hijos, pero... bueno, por el momento ocupará usted el lugar de su padre. Hay reunión de Consejo este viernes en Zurich. ¿Podrá asistir?

Sam habría esperado que ella lo hiciera. Lo mismo que el viejo Samuel.

—Iré —dijo Elizabeth.

LIBRO DOS

Capítulo 15

Portugal.

Miércoles, 9 de septiembre.

A la medianoche.

En el dormitorio de un pequeño apartamento alquilado, sobre la Rúa dos Bombeiros —uno de los sinuosos y peligrosos callejones de Alto Estoril—, se estaba filmando la escena de una película. Había cuatro personas en la habitación. Un cámara; y en una cama, los dos protagonistas, un hombre de más de treinta años y una joven rubia de estupenda figura. Ella no tenía nada puesto, salvo una cinta de color rojo intenso atada en el cuello. El hombre era corpulento; tenía hombros de luchador y un pecho cóncavo incongruentemente lampiño. Su pene, aun sin estar erecto, era inmenso. La cuarta persona presente era un espectador sentado en el fondo, con sombrero negro de ala ancha y gafas oscuras.

El operador se volvió hacia el espectador, interrogándolo con la mirada. Éste asintió. El operador apretó un botón y la cámara empezó a rodar.

—Muy bien. Acción —les indicó a los actores.

El hombre se arrodilló, a horcajadas, sobre la chica. Ella le tomó el pene en la boca hasta que empezó a endurecerse. Luego lo sacó y dijo:

—¡Dios mío, es enorme!

—Méteselo dentro —ordenó el cámara.

El hombre se deslizó sobre la chica y le colocó el pene entre las piernas.

—Con cuidado, cariño. —Ella tenía la voz aguda, quejumbrosa.

—Aparenten que están gozando.

—¿Cómo podría hacerlo? Es del tamaño de una sandía.

El espectador se había inclinado hacia adelante para observar de cerca cuando el hombre la penetraba. La chica confesó:

—Santo cielo, es maravilloso. Despacito, cariño.

El espectador se había inclinado hacia delante para observar de cerca.

Respiraba más agitadamente mientras contemplaba la escena que se desarrollaba en la cama. Esta chica era la tercera, y era aún más bonita que las anteriores.

La muchacha se retorció de lado a lado y emitía gemidos.

—Sí, sí —musitó, entrecortadamente—. ¡No pares! —Aferró las caderas del hombre y comenzó a empujarlo hacia ella. El hombre daba movimientos cada vez más fuertes y rápidos, como machacándola con frenesí. Los movimientos de ella se aceleraron y clavó las uñas en la espalda desnuda de su compañero—. Sí, sí —clamaba—. ¡Sí, sí, sí! ¡Me estoy corriendo!

El operador miró al espectador; éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza, con los ojos brillantes detrás de las gafas.

—¡Ahora! —le indicó el operador al hombre.

Presas del delirio, la chica ni siquiera lo oyó. Cuando su rostro se llenaba de un éxtasis impetuoso y su cuerpo comenzaba a sacudirse, las manazas del hombre la ciñeron por el cuello y empezaron a apretarla, impidiéndole el paso del aire para respirar. Ella lo miró azorada. Luego sus ojos reflejaron repentinamente que comprendía, aterrorizada.

El espectador pensó: «Este es el momento. ¡Ahora! ¡Dios! ¡Mírenle los ojos!». Estaban dilatados del pánico. Ella trató denonadamente de zafarse de las tenazas de hierro que tenía en el cuello, pero fue inútil. Seguía gozando, y la delicia de su orgasmo y el desesperado estremecimiento de la muerte se fundieron al unísono.

El cuerpo del espectador estaba bañado en transpiración.

La excitación le resultaba insoportable. En medio del placer más exquisito de la vida, la chica moría, y sus ojos se asomaban a los ojos de la muerte. ¡Era tan hermoso!

De pronto, todo terminó. El espectador permaneció sentado, exhausto, sacudido por espasmos de placer, con respiración jadeante. La joven había recibido su castigo.

El espectador se sintió como si fuera Dios.

Capítulo 16

Zurich.

Viernes, 11 de septiembre.

Al mediodía.

La casa central de Roffe e Hijos ocupaba veinticuatro hectáreas a lo largo del Spreitenbach en las afueras de Zurich, en dirección oeste. El edificio de oficinas era una moderna estructura de cristal de doce pisos que descollaba sobre una colmena de edificios de investigación, plantas fabriles, laboratorios experimentales, divisiones de planeamiento y vías muertas de ferrocarril. Era la central de inteligencia del extenso imperio de Roffe e Hijos.

El vestíbulo de entrada era enteramente moderno, decorado en tonos verdes y blancos, con muebles escandinavos. Había una recepcionista sentada ante una mesa de cristal, y las personas a las que se permitía el acceso debían ir acompañadas por un guía. Al fondo del vestíbulo, a mano derecha, estaban los ascensores. Uno de ellos era para uso privado del presidente de la compañía.

Esa mañana el ascensor privado había sido utilizado por los miembros del Consejo, que habían llegado de diferentes puntos del mundo en avión, tren, helicóptero y automóvil.

Se hallaban ahora reunidos en el enorme salón de techos altos y paredes recubiertas en caoba, *Sir Alec Nichols*, *Walther Gassner*, *Ivo Palazzi* y *Charles Martel*. El único asistente que no formaba parte del Consejo era *Rhys Williams*.

Se habían dispuesto refrescos y bebidas alcohólicas sobre un aparador,

pero ninguno de los asistentes se sentía con ganas de beber. Estaban tensos, nerviosos, cada uno sumido en sus pensamientos.

Kate Erling, la eficiente secretaria suiza de más de cuarenta años, entró en la habitación.

—Ha llegado el coche de la señorita Roffe.

Repasó el recinto con la mirada para cerciorarse de que todo estuviera en orden: lapiceros, papeles; una botella de plata con agua en cada sitio, cigarros y cigarrillos, ceniceros, fósforos. Kate había sido la secretaria privada de Sam Roffe durante quince años. El hecho de que él hubiera muerto no era motivo para que ella no cumpliera con las pautas trazadas por Sam, ni con las suyas propias. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, satisfecha, y se retiró.

Abajo, frente al edificio de las oficinas, Elizabeth Roffe descendía de un automóvil. Vestía un traje sastre negro y blusa blanca. No llevaba maquillaje. Parecía mucho más joven que sus veinticuatro años, pálida, vulnerable.

La esperaba la prensa. Cuando estaba a punto de entrar se vio rodeada por periodistas de radio y televisión con cámaras y micrófonos en mano.

—Soy de *L'Europeo*, señorita Roffe. ¿Podría hacer alguna declaración? ¿Quién va a dirigir la empresa ahora que su padre?

—Mire para este lado, por favor, señorita Roffe. Una amplia sonrisa para nuestros lectores.

—*Associated Press*, señorita Roffe. ¿Qué puede declararnos acerca del testamento de su padre?

—*Daily News*, de Nueva York. ¿Su padre no era un experto alpinista? ¿Averiguaron cómo...?

—*Wall Street Journal*. ¿Podría decirnos algo respecto del aspecto financiero de la compañía...?

Elizabeth se abrió paso para entrar en el vestíbulo escoltada por tres guardias de seguridad, dejando atrás al mar de periodistas.

Cuando subió al ascensor y se cerró la puerta, respiró hondo y empezó a temblar. Sam había muerto. ¿Por qué no la podían dejar en paz?

Segundos más tarde entraba en el salón del Consejo. Alec Nichols fue el primero en saludarla. La rodeó tímidamente con los brazos, y dijo:

—Lo siento muchísimo, Elizabeth. Fue un impacto tremendo para todos nosotros. Vivían y yo intentamos llamarte por teléfono, pero...

—Lo sé. Gracias, Alec. Gracias por tu notita.

Se aproximó Ivo Palazzi y le dio un beso en cada mejilla.

—Cara, ¿qué te puedo decir? ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Gracias, Ivo. —Dio la vuelta—. Hola, Charles.

—Elizabeth, Hélène y yo nos hemos quedado desolados. Si hay algo que podamos...

—Gracias.

Walther Gassner se le acercó.

—Anna y yo deseamos expresarte nuestro sincero dolor por lo que le ha ocurrido a tu padre —dijo, con cierta torpeza.

Elizabeth asintió. Mantenía alta la cabeza.

—Gracias, Walther.

No quería estar ahí, rodeada por todo lo que le recordaba a su padre. Quería huir, estar sola.

Rhys Williams estaba de pie a un lado, contemplando el rostro de Elizabeth, y pensaba: «Si siguen así, no podrá aguantar más». Deliberadamente atravesó el grupo, extendió una mano y dijo:

—Hola, Liz.

—Hola, Rhys. —Lo había visto por última vez cuando fue a llevarle la noticia de la muerte de Sam. Le parecía que hacía años de eso. O segundos. Era una semana.

Rhys advertía el esfuerzo que le costaba a Elizabeth mantener la compostura. Propuso, entonces:

—Ahora que están todos aquí, ¿por qué no comenzamos? —En su rostro se dibujó una sonrisa tranquilizadora—. Esto no durará mucho.

Elizabeth le agradeció la ayuda con una sonrisa. Los hombres se sentaron en sus sitios habituales, alrededor de la enorme mesa rectangular de roble. Rhys condujo a Elizabeth a la cabecera y le acercó la silla. «La silla de mi padre —pensó ella—. Sam se sentaba aquí para presidir estas reuniones».

Charles tomó la palabra.

—Dado que no tenemos... —Se contuvo a tiempo y se volvió hacia Alec—. ¿Por qué no asumes tú?

Alec paseó la vista a su alrededor. Los demás emitían murmullos de asentimiento.

—Muy bien.

Alec apretó un botón, sobre la mesa, y entró de nuevo Kate Erling con un bloc de notas. Cerró la puerta, se trajo una silla recta y se quedó esperando, lápiz y bloc en mano.

—En vista de las circunstancias —dijo Alec— creo que podemos dejar de lado los formalismos. Todos nosotros hemos sufrido una pérdida irreparable. Pero —miró a Elizabeth como pidiéndole disculpas— lo esencial ahora es que Roffe e Hijos se muestre fuerte ante el público.

—*D'accord*. Últimamente hemos recibido demasiados ataques de la prensa —se quejó Charles.

Elizabeth le clavó la mirada.

—¿Por qué? —preguntó.

Rhys le explicó:

—La empresa se enfrenta en la actualidad a numerosos problemas extraños, Liz. Han entablado contra nosotros demandas judiciales, el gobierno está investigando nuestra actuación, algunos Bancos nos presionan... Y nada de esto es bueno para nuestra imagen. El público adquiere productos medicinales porque confía en la compañía que los fabrica. Si perdemos esa confianza, perdemos a los compradores.

Ivo trató de devolverle la confianza:

—No tenemos problemas que no podamos solucionar. Lo importante es reorganizar la empresa de inmediato.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Sacando las acciones a la venta —le respondió Walther.

Charles añadió:

—De esa manera podremos afrontar todos los préstamos bancarios y nos quedará dinero suficiente para... —Sus palabras se fueron perdiendo.

Elizabeth miró a Alec.

—¿Estás de acuerdo con eso?

—Creo que todos estamos de acuerdo, Elizabeth.

Se recostó en su silla, pensativa. Rhys tomó unos papeles, se levantó y se los entregó.

—Hice preparar los documentos necesarios. Lo único que tienes que hacer es firmar.

Elizabeth echó un vistazo a los papeles que tenía ante sus ojos...

—Si los firmo, ¿qué pasa?

Charles tomó la palabra.

—Hay una decena de sociedades internacionales de Bolsa que están dispuestas a formar un consorcio para adquirir la emisión de acciones. Ellos garantizan la venta a la cotización que fijemos de mutuo acuerdo. En una oferta tan considerable como ésta los adquirentes serán tanto instituciones como particulares.

—¿Te refieres a Bancos y compañías de seguros? —preguntó Elizabeth.

Charles hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Efectivamente.

—¿Y pondrán a su gente en el Consejo de Administración?

—Es lo que se estila...

—En realidad manejarían ellos Roffe e Hijos.

—Nosotros continuaríamos en el Consejo —terció rápidamente Ivo.

Elizabeth se volvió hacia Charles.

—Has dicho que un consorcio financiero está listo para intervenir.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no han intervenido ya?

Charles la miró intrigado.

—No te entiendo.

—Si todos estáis de acuerdo en que lo mejor para la empresa es que no pertenezca más a la familia y pase a manos de extraños, ¿por qué no se ha hecho antes?

Se produjo un silencio embarazoso. Ivo dijo:

—Tiene que ser por mutuo consentimiento, cara. Todos los miembros del Consejo deben estar de acuerdo.

—¿Quién no lo estaba?

Esta vez el silencio se prolongó por más tiempo.

Finalmente, habló Rhys:

—Sam.

De repente comprendió lo que la había perturbado desde el instante en que entrara en esa sala. Todos le habían dado el pésame y se habían mostrado muy compungidos y apenados por la muerte de su padre, y al mismo tiempo

había notado un ambiente cargado, una sensación de... curiosamente, la palabra que le vino a la mente fue victoria. Le tenían los papeles preparados, todo listo. Lo único que tienes que hacer es firmar. Pero si lo que querían era correcto, ¿por qué su padre se oponía? Formuló la pregunta en voz alta.

—Sam tenía sus propias ideas —le explicó Walther—. Tu padre era a veces muy testarudo.

«Igual que el viejo Samuel —pensó Elizabeth—. “Nunca dejes entrar un zorro amigo en tu gallinero. Algún día sentirá hambre”. Y Sam no había querido vender. Debía de haber tenido una buena razón».

—Hazme caso, cara. Será mucho mejor si nos dejas este asunto a nosotros. Tú no entiendes de estas cosas.

—Me gustaría entender —dijo Elizabeth, con voz calmada.

—¿Para qué tomarte el trabajo? —repuso Walther—. Cuando se hayan vendido las acciones recibirás una suma fabulosa de dinero. Mucho más del que jamás podrías gastar. Puedes irte a cualquier parte y disfrutarlo.

Lo que Walther afirmaba tenía sentido. ¿Para qué inmiscuirse? Lo único que tenía que hacer era firmar esos documentos y marcharse.

—Elizabeth, estamos perdiendo el tiempo —observó Charles, impaciente—. No te queda otra alternativa.

Fue en ese instante cuando Elizabeth comprendió que sí le quedaba otra alternativa. Tal como su padre la había tenido. Podía irse y dejarles que hicieran lo que quisieran con la compañía, o podía quedarse y averiguar por qué estaban tan ansiosos por vender las acciones, por qué la presionaban. Por que la presión se hacía sentir. Era tan fuerte que parecía física. Todos los presentes en la sala la estaban conminando a firmar.

Echó una mirada a Rhys tratando de adivinar qué pensaba. La expresión de él era evasiva. Miró luego a Kate Erling. Ella había sido secretaria de Sam durante mucho tiempo. Deseaba tener la posibilidad de hablar con ella a solas. Tenían todos la vista fija en Elizabeth, esperando que accediera.

—No voy a firmar. Por ahora, no.

Hubo un instante de azorado silencio. Luego, dijo Walther:

—No entiendo, Elizabeth. —Tenía el rostro demudado—. ¡Claro que debes hacerlo! Ya está todo arreglado.

—Walther tiene razón —manifestó Charles, enojado—. Debes firmar.

Hablaban todos al mismo tiempo, creando un confuso e indignado torbellino de palabras que agredía a Elizabeth.

—¿Por qué no quieres firmar? —exigía saber Ivo.

No podía responderle: «Porque mi padre tampoco quería. Porque me estáis apremiando...». Presentía, intuía que algo andaba mal y había resuelto averiguar qué era. Por tanto, se limitó a contestar:

—Me gustaría tomar un poco de tiempo para pensarlo.

Los hombres se miraron el uno al otro.

—¿Cuánto tiempo, cara?

—No lo sé aún. Quiero entender más cabalmente lo que esto implica.

Walther explotó:

—¡Mierda! No podemos...

Rhys intervino con firmeza:

—Yo creo que Elizabeth tiene razón.

Los demás se volvieron para mirarlo. Rhys prosiguió:

—Debe dársele la oportunidad de tener un panorama claro de los problemas con que se enfrenta la empresa para luego tomar una decisión.

Todos digerían las palabras de Rhys.

—Yo estoy de acuerdo —indicó Alec.

Charles dijo, en tono agrio:

—Caballero, ¿qué importancia tiene si estamos o no de acuerdo? La que manda es Elizabeth.

Ivo se dirigió a Elizabeth:

—Cara, necesitamos rápidamente una decisión.

—La tendréis —prometió ella.

Cada uno la observaba, sumergido en sus propios pensamientos.

Uno de ellos pensaba: «Dios mío, ella también tendrá que morir».

Capítulo 17

Elizabeth estaba atemorizada.

A menudo había estado en las oficinas centrales de su padre en Zurich, pero siempre de visita. El poder le pertenecía a él. Y ahora le pertenecía a ella. Miró en torno del inmenso despacho y se sintió una impostora. La habitación había sido magníficamente decorada por Ernst Hohl. En un extremo había un armario Roentgen, y encima de él, un paisaje de Millet. Frente a un hogar había un sofá tapizado en gamuza, una mesa baja y cuatro butacas. En las paredes colgaban cuadros de Renoir, Chagall, Klee y dos obras antiguas de Courbet. La sólida mesa era de caoba negra. Al lado, sobre una larga mesa auxiliar, había un complejo de comunicaciones: una batería de teléfonos con líneas directas a las oficinas de las filiales de todo el mundo. Había también dos teléfonos rojos con mezcladores de circuitos y un complicado sistema de intercomunicadores, un teletipo y otros aparatos. Detrás de la mesa, un retrato del viejo Samuel Roffe.

Una puerta privada daba a un cuarto de vestir con armarios de cedro y cajones forrados. Alguien había retirado la ropa de Sam, detalle que Elizabeth agradeció mentalmente. Recorrió el cuarto de baño de azulejos que poseía una bañera de mármol y un compartimiento con ducha. Vio también gruesas toallas de algodón sobre un calefactor que las entibiaba. El botiquín estaba vacío. Habían sacado los objetos de la vida diaria de su padre. Kate Erling, probablemente. Elizabeth se puso a pensar si Kate no habría estado enamorada de Sam.

La *suite* ejecutiva incluía una enorme sauna, un gimnasio totalmente equipado, una peluquería y un comedor con capacidad para cien personas. Cuando se recibía a extranjeros, se colocaba una banderita de su país en el

arreglo floral de la mesa.

Además estaba el comedor privado de Sam, decorado con exquisito gusto, con murales en las paredes.

Kate Erling le había explicado a Elizabeth:

—Hay dos cocineros de servicio durante el día, y uno por la noche. Si usted invita a más de doce personas a almorzar o a cenar, debe avisarles con dos horas de anticipación.

Elizabeth se sentó ante la mesa repleta de papeles, memorandos, estadísticas e informes, sin saber por dónde empezar. Pensó que su padre se sentaba allí mismo, en ese sillón, detrás de esa mesa, y de pronto la inundó una tremenda sensación de pérdida. Sam había sido un hombre tan capaz, tan brillante. ¡Cómo lo necesitaba ella ahora!

Logró ver a Alec unos segundos antes de que él regresara a Londres.

—Tómate el tiempo que necesites —le había aconsejado él—. No dejes que nadie te apremie.

Alec había comprendido sus sentimientos.

—Alec, ¿crees que debo dar mi aprobación para que salgan a la venta las acciones de la compañía?

Él le sonrió y dijo, desde su posición delicada:

—Me temo que sí, niña adulta. Pero yo tengo mis propios motivos. Las acciones no nos sirven a ninguno de nosotros mientras no podamos venderlas. Eso ahora depende de ti.

Sentada, sola en la inmensa oficina, Elizabeth recordaba esa charla. La tentación de llamar por teléfono a Alec era irresistible. Lo único que debía decir era: «He cambiado de opinión». E irse. Su lugar no estaba allí. Sentía que no era la indicada para ese puesto.

Miró el panel de botones del intercomunicador. En uno de ellos figuraba un nombre: Rhys Williams.

Elizabeth dudó un instante; luego bajó la palanquita.

Rhys estaba sentado frente a ella, escrutándola con la mirada. Elizabeth sabía exactamente lo que debía de estar pensando, lo que todos pensaban. Que ella no tenía por qué meterse allí.

—Qué bomba has arrojado en la reunión de esta mañana —dijo Rhys—. Lamento haber fastidiado a todo el mundo.

Él sonrió.

—«Fastidiar» no es la palabra más apropiada. Los has dejado conmocionados. Se suponía que iba a ser una simple rutina. Las gacetillas para la prensa estaban listas para ser despachadas. —La observó detenidamente un instante—. ¿Qué ha sido lo que te ha decidido a no firmar, Liz?

¿Cómo podía explicarle que había sido nada más que un sentimiento, una intuición? Se habría reído de ella. Y sin embargo, Sam se había negado a que Roffe e Hijos saliera a la venta pública. Debía averiguar por qué.

Como si le hubiera leído los pensamientos, afirmó Rhys:

—Tu tatarabuelo organizó esto como una empresa de familia para impedir la entrada de extraños. Pero en aquel entonces se trataba de una compañía pequeña. Las cosas han cambiado. Ahora dirigimos uno de los laboratorios más grandes del mundo. Quienquiera que ocupe el lugar de tu padre tiene que tomar todas las decisiones finales. Es una gran responsabilidad.

Lo miró y se preguntó si ésa sería la forma que tenía Rhys de aconsejarle que se marchara.

—¿Me ayudarás?

—Sabes que sí.

Elizabeth experimentó una oleada de alivio y se dio cuenta de lo mucho que había esperado contar con él.

—Lo primero que hay que hacer —prosiguió Rhys— es llevarte a recorrer esta planta. ¿Conoces la estructura física de la empresa?

—No mucho.

Eso no era cierto. Durante los últimos años había asistido a numerosas reuniones con Sam y había adquirido un gran conocimiento acerca del funcionamiento de Roffe e Hijos. Pero quería escuchar el punto de vista de Rhys.

—Producimos mucho más que remedios, Liz. Hacemos productos químicos, perfumes, vitaminas, lociones para el pelo y pesticidas. Fabricamos cosméticos e instrumentos bioelectrónicos. Tenemos una división de alimentos y una división de nitratos animales. —Elizabeth estaba al tanto de todo eso, pero dejó que Rhys continuara—. Editamos revistas que se

distribuyen entre los médicos. Hacemos adhesivos, materiales aislantes para edificios y explosivos plásticos.

Elizabeth se sintió atrapada por las palabras de Rhys. Advertía el matiz de orgullo en su voz, y curiosamente recordó a su padre.

—Roffe e Hijos posee fábricas y una *holding companies*^[1] en más de cien países. Todas ellas rinden cuentas a esta oficina. —Hizo una pausa como para cerciorarse de que se le entendía bien—. El viejo Samuel inició el negocio con un caballo y un tubo de ensayo. Ha crecido hasta tener sesenta plantas industriales en el mundo entero, diez centros de investigación y una dotación de miles de vendedores y visitantes médicos. El año pasado, sólo en los Estados Unidos, se gastaron más de catorce mil millones de dólares en productos medicinales, y nosotros obtuvimos una gran proporción de ese mercado.

Pero Roffe e Hijos tenía problemas con los Bancos. Algo andaba mal.

Rhys la llevó a recorrer la planta matriz. En realidad, la división Zurich estaba formada por doce fábricas con setenta y cinco edificios distribuidos en veinticuatro hectáreas de terreno. Era un microcosmos que se autoabastecía por completo. Visitaron las plantas fabriles, los departamentos de investigación, los laboratorios de toxicología, las plantas de almacenamiento. Rhys acompañó a Elizabeth a un escenario sonoro donde filmaban películas para investigación y para las divisiones de productos y de publicidad de todo el mundo.

—Aquí utilizamos más película que la que usan los más importantes estudios de Hollywood.

Recorrieron el departamento de biología molecular y el centro de líquidos, donde había cincuenta gigantescos tanques de acero forrados de vidrio que colgaban del techo, llenos de líquidos listos para ser embotellados. Pasaron por las salas de comprensión de tabletas donde los polvos se transformaban en tabletas, se los medía, se les estampaba la marca Roffe e Hijos, se los empaquetaba y rotulaba sin que nadie jamás los tocara. Algunas drogas eran restringidas —se vendían sólo con receta médica—; otras eran productos patentados, que se expendían en el mostrador.

Algo apartados de estos edificios había varios otros, pequeños, dedicados a los científicos: químicos analíticos, bioquímicos, químicos orgánicos,

parasitólogos, patólogos.

—Trabajan aquí más de trescientos hombres de ciencia. La mayoría de ellos poseen el grado de Doctor en Filosofía. ¿Te gustaría ver la sala de cien millones de dólares?

Elizabeth asintió, intrigada.

Era una construcción de ladrillo, aislada de las demás, custodiada por un policía uniformado que portaba un arma. Rhys exhibió su pase de seguridad y se les permitió entrar en un largo corredor.

Al final había una puerta de acero. El guardia utilizó dos llaves para abrirla. La habitación no tenía ventanas. Las paredes estaban recubiertas, del suelo al techo, con estanterías donde se alineaban toda clase de botellas, frascos y tubos.

—¿Por qué la llaman la sala de cien millones de dólares?

—Porque eso fue lo que costó equiparla. ¿Ves todos esos compuestos que hay en los anaqueles? Ninguno de ellos tiene nombre; sólo números. Ésos son los que no sirven. Los que fallaron.

—Pero cien millones...

—Por cada droga que sale bien, hay unas mil que terminan en este recinto. A veces se trabaja hasta diez años en una droga y luego se la abandona. Una droga sola puede costar cinco o diez millones de dólares en investigación antes de que nos enteremos de que no sirve o de que alguien llegó primero. No tiramos nada de esto porque de vez en cuando alguno de nuestros inteligentes muchachos puede hacer un descubrimiento para el cual le sirva algo de lo que hay aquí.

Las sumas de dinero involucradas eran impresionantes.

—Vamos —dijo Rhys—. Te enseñaré la sala de pérdidas.

Quedaba en otro edificio —éste sin custodia— y contenía, al igual que los otros, sólo estantes llenos de botellas y frascos.

—Aquí también perdemos una fortuna. Pero lo planificamos así.

—No comprendo.

Rhys se acercó a un estante y tomó una botella. En el rótulo se leía: «Botulismo».

—¿Sabes cuántos casos de botulismo hubo el año pasado en los Estados Unidos? Veinticinco. Pero a nosotros nos costó millones de dólares mantener

esta droga en existencia. —Tomó otro frasco al azar—. Éste es un antídoto para la rabia.

Esta habitación está llena de drogas que curan extraños males: mordeduras de serpientes, plantas venenosas. Las suministramos gratis a las fuerzas armadas y a los hospitales, como un servicio público.

—Eso me gusta —dijo Elizabeth. «Al viejo Samuel también le habría agradado», pensó.

Rhys condujo a Elizabeth a la sala de envasado, donde las botellas vacías circulaban sobre enormes cintas transportadoras. Cuando terminaban de cruzar el salón, las botellas habían sido esterilizadas, llenadas con cápsulas, rotuladas, cubiertas con algodón y tapadas. Todo automáticamente.

Había una planta de soplado de vidrio, un centro de arquitectura encargado de diseñar nuevos edificios y una división de bienes raíces que adquiría los terrenos. En un edificio había gran número de empleados que redactaban folletos en cincuenta idiomas e imprentas para imprimirlos.

Algunos de los departamentos le recordaban a Elizabeth el libro 1984, de George Orwell. Las salas esterilizadas estaban bañadas por luces ultravioleta, de aspecto misterioso. Las habitaciones contiguas estaban pintadas de diferentes colores —blanco, verde o azul— y los empleados llevaban uniformes del mismo tono. Cada vez que entraban o salían del lugar debían atravesar una cámara especial esterilizadora. Los trabajadores azules permanecían encerrados el día entero. Antes de salir a comer, a descansar o al baño debían desvestirse, ingresar en una zona neutral verde, ponerse otra ropa y repetir el proceso a la inversa al regresar.

—Creo que esto te interesará —dijo Rhys.

Recorrían un pasillo gris de un edificio de investigación. Llegaron a una puerta que ostentaba un letrero: «ÁREA RESTRINGIDA. PROHIBIDA LA ENTRADA». Rhys empujó la puerta y Elizabeth pasó. Cruzaron una segunda puerta y Elizabeth se encontró en una pieza iluminada con luz tenue donde había cientos de jaulas con animales.

El salón era caluroso y húmedo, y se sintió como si de pronto la hubiesen transportado a la jungla. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra notó que en las jaulas había monos, marmotas, gatos y ratas blancas. Muchos de los bichos tenían repugnantes tumores que les sobresalían de diversas

partes del cuerpo. A algunos les habían afeitado la cabeza para luego colocarles electrodos en el cerebro. Algunos aullaban, chillaban y corrían alrededor de las jaulas, mientras que otros se hallaban aletargados, comatosos. El ruido y el hedor eran insoportables. Parecía una especie de infierno. Elizabeth se encaminó a una jaula que contenía un gatito blanco solo. El cerebro del felino estaba expuesto a la vista, dentro de una cubierta plástica transparente de la cual salía una media docena de cables.

—¿Qué... qué pasa aquí?

Un muchacho alto, con barba, que tomaba notas frente a la jaula, le explicó:

—Estamos probando un nuevo tranquilizante.

—Espero que dé resultado —dijo Elizabeth, débilmente—, creo que me hará falta. —Y se marchó de la sala antes de desmayarse.

Rhys se le aproximó en el corredor.

—¿Te sientes bien?

Respiró hondo.

—Estoy... estoy bien. ¿Realmente es necesario todo eso?

Rhys la miró y le respondió:

—Esos experimentos salvan innumerables vidas. Más de un tercio de la población nacida desde 1950 está viva gracias solamente a las modernas drogas. Piénsalo.

Elizabeth pensó en ello.

Dedicó seis días enteros en recorrer los principales edificios, y cuando hubo concluido, se sintió exhausta.

La cabeza le daba vueltas debido a la inmensidad de la compañía. Pero ésa era sólo una de las plantas de Roffe. Había decenas más diseminadas por todo el mundo.

Los datos y cifras eran asombrosos:

—Se necesitan entre cinco y diez años para comercializar un nuevo medicamento, y de cada dos mil compuestos que se prueban, se elige un promedio de tres...

—... Roffe e Hijos tiene aquí trescientos empleados únicamente para el control de calidad.

—... En el mundo entero, Roffe e Hijos posee más de medio millón de

trabajadores...

—... Nuestros ingresos brutos del año pasado fueron...

Elizabeth escuchaba y trataba de digerir las increíbles cifras que Rhys le proporcionaba. Sabía que la empresa era grande, pero «grande» era una palabra demasiado anodina. El hecho de traducirla efectivamente en términos de personas y dinero era espeluznante.

Acostada en su cama, esa noche, al recordar todas las cosas que había visto y oído, Elizabeth experimentó una sensación de desplazamiento, un extraño desasosiego.

Ivo: «Hazme caso, cara. Será mucho mejor si nos dejas este asunto a nosotros. Tú no entiendes de estas cosas».

Alec: «Opino que deberías vender, pero yo tengo mis propios motivos».

Walther: «¿Para qué tomarte el trabajo? Puedes irte a cualquier parte y disfrutar de tu fortuna».

«Todos tenían razón —pensó Elizabeth—. Me voy a retirar y permitirles que hagan lo que quieran con la empresa. No soy quién para ocupar este sitio».

En el instante en que tomó la decisión sintió una profunda sensación de alivio. Se quedó dormida casi de inmediato.

Al día siguiente, viernes, comenzaba un largo fin de semana con puente. Elizabeth llegó a la oficina y mandó llamar a Rhys para comunicarle su decisión.

—El señor Williams tuvo que irse anoche a Nairobi —le informó Kate Erling—. Me dijo que le avisara que volvería el martes. ¿Quiere ver a alguna otra persona?

Dudó.

—Pídame una llamada a *Sir Alec*, por favor.

—Sí, señorita. —Con un dejo de vacilación, añadió—: Esta mañana trajeron un paquete de la comisaría de policía con los efectos personales que su padre tenía en Chamonix.

La sola mención de Sam reavivó en ella la aguda sensación de pérdida, de dolor.

—La policía pidió disculpas por no haber podido entregárselo a su mensajero. Ya lo habían enviado hacia aquí.

Elizabeth frunció el entrecejo.

—¿Mi mensajero?

—El hombre que usted mandó a Chamonix a recogerlo.

—Yo no mandé a nadie a Chamonix. —Evidentemente se trataba de una confusión burocrática—. ¿Dónde está el paquete?

—Lo puse en su armario.

Había una maleta Vuitton que contenía la ropa de Sam y un maletín cerrado cuya llave venía sujeta con cinta adhesiva. Probablemente, papeles de la empresa. Le diría a Rhys que se encargara de ellos. Luego recordó que él estaba de viaje. Bueno, resolvió, también ella se iría durante el fin de semana. Contempló el maletín y pensó: «Tal vez ahí adentro haya algo personal de Sam. Será mejor que primero lo revise».

Kate Erling la llamó por el intercomunicador.

—Lo siento, señorita. *Sir Alec* no está en su oficina.

—Déjele recado que me llame. Voy a estar en la villa, en Cerdeña.

Transmítales el mismo mensaje al señor Palazzi, al señor Gassner y al señor Martel.

Les anunciaría que se marchaba, que podían vender las acciones, que hicieran lo que quisieran con la compañía.

Esperaba ansiosa el largo fin de semana. La villa era un refugio, un nido reconfortante donde podía estar sola y pensar en sí misma y en su futuro. Los sucesos se habían lanzado sobre ella con tanta rapidez que no le permitieron distanciarse de los hechos. El accidente de Sam —la mente de Elizabeth quería esquivar el término «muerte»—; el haber heredado las acciones mayoritarias de Roffe e Hijos; la insistente presión por parte de la familia para que permitiera vender el capital de la empresa. Y la empresa misma. Los atemorizantes latidos del corazón del gigantesco animal cuyo poder abarcaba el mundo entero. Eran demasiadas cosas para digerir a un mismo tiempo.

Esa tarde, cuando voló a Cerdeña, llevaba consigo el maletín.

Capítulo 18

Tomó un taxi en el aeropuerto. La villa estaba desierta porque había estado cerrada, y no había avisado a nadie que iba a ir. Entró y recorrió lentamente las espaciosas habitaciones tan conocidas, y fue como si nunca se hubiese ausentado. No se había percatado de lo mucho que había añorado ese sitio. Le parecía que los pocos recuerdos felices que conservaba de su infancia habían transcurrido allí. Le resultó extraño estar sola en ese laberinto donde siempre hubo una media docena de sirvientes atareados en la cocina, en el jardín, en el salón. Ahora estaba totalmente sola. Con los ecos del pasado.

Dejó el maletín de Sam en el vestíbulo de la planta baja y subió su maleta. Con el hábito de largos años, enfiló hacia su dormitorio, que quedaba en la mitad del corredor; luego se detuvo. El cuarto de su padre era el del fondo. Giró sobre sus talones y hacia allí se encaminó. Abrió suavemente la puerta porque, si bien conscientemente aceptaba la realidad, un instinto profundo, atávico, hacía que casi esperara ver ahí a Sam, oír el sonido de su voz. La habitación estaba vacía y nada había cambiado desde la última vez que la viera. Había una gran cama de matrimonio, una hermosa y alta cómoda, un tocador, dos sillones demasiado rellenos y un sofá frente al hogar. Elizabeth apoyó la maleta en el suelo y se dirigió a la ventana. Los postigos de hierro estaban cerrados para impedir la entrada del sol de septiembre, y las cortinas corridas. Abrió las persianas y dejó penetrar el vivificante aire de la montaña, suave y fresco, con la promesa del otoño. Dormiría en ese cuarto.

Volvió a la planta baja y entró en la habitación. Tomó asiento en uno de los confortables sillones de cuero y frotó con las manos los costados del

mismo. Ahí se sentaba Rhys cuando se reunía con su padre.

Pensó en Rhys y deseó que pudiera estar allí con ella. Recordó la noche en que la había devuelto al colegio luego de cenar en París, y cómo ella ya de nuevo en su dormitorio había escrito «Señora de Williams» repetidas veces. Obedeciendo a un impulso se acercó a la mesa, tomó una pluma y escribió lentamente «Señora de Williams». Miró las palabras y sonrió. En voz alta se burló de sí misma:

—¡Cuántas idiotas estarán haciendo lo mismo en este preciso instante!

Dejó de pensar en Rhys, pero él siguió en el fondo de su pensamiento, reconfortándola gratamente. Se levantó y paseó por la casa. Exploró la inmensa y anticuada cocina con su vieja chimenea y el hogar y sus dos hornos.

Se dirigió a la nevera y la abrió. Estaba vacía. Debió haberlo supuesto, al estar clausurada la casa. Como la nevera estaba vacía, de repente sintió hambre. Registró los armarios. Había dos latitas de atún, un frasco a medias lleno de Nescafé y un paquete sin abrir de galletitas. Si iba a permanecer en la casa el largo fin de semana lo más conveniente sería hacer un plan. En lugar de ir a todas horas al pueblo a comer, podía hacer una provisión de alimentos en uno de los mercados de Cala di Volpe para varios días. Solía guardarse un *jeep* utilitario en el garaje, y pensó si todavía estaría allí. Fue hasta el fondo de la cocina y salió por la puerta que daba al garaje. El *jeep* estaba. Retornó a la cocina y, detrás del armario, encontró un panel con ganchitos de donde colgaban llaves con rótulos. Buscó la del *jeep* y volvió al garaje. ¿Tendría el depósito lleno? Introdujo la llave y encendió el arranque. Casi de inmediato el motor cobró vida. Ese problema quedaba eliminado. Por la mañana bajaría al pueblo a comprar los alimentos que precisara.

Regresó a la casa. Al atravesar el suelo de baldosas del vestíbulo de entrada pudo oír el eco de sus pasos, un sonido hueco, desolado. Sintió deseos de que la llamara Alec, y en ese mismo momento sonó el teléfono, sobresaltándola. Cogió el auricular.

—Hola.

—Elizabeth. Habla Alec.

Se rió con fuerza.

—¿Qué hay de gracioso?

—Si te lo cuento no me vas a creer. ¿Dónde estás?

—En Gloucester.

Elizabeth experimentó un repentino y apremiante deseo de verlo, de comunicarle su decisión respecto a la empresa. Pero no por teléfono.

—¿Me harías un favor, Alec?

—Sabes que sí.

—¿No podrías tomar un avión y venir aquí a pasar el fin de semana? Querría conversar un poco contigo.

Hubo una mínima vacilación, y luego Alec dijo:

—Por supuesto.

Ni una palabra acerca de los asuntos que debería descuidar o lo poco conveniente que le resultaría. Simplemente: «Por supuesto». Así era Alec.

—Trae también a Vivian —agregó Elizabeth, por obligación.

—No creo que pueda ir. Tiene... eso... unos compromisos en Londres. ¿Te parece bien que llegue mañana por la mañana?

—Perfecto. Avísame a qué hora y así te paso a buscar por el aeropuerto.

—Va a ser más sencillo si cojo un taxi.

—De acuerdo. Gracias, Alec. Muchas gracias.

Cuando colgó el receptor, se sentía infinitamente mejor.

Sabía que había tomado la decisión que correspondía. Estaba en esa situación sólo porque Sam había muerto sin tiempo de nombrar a su sucesor.

Se preguntó quién sería el próximo presidente de Roffe e Hijos. Lo decidiría el Consejo. Lo pensó desde el punto de vista de Sam y el nombre que en el acto le vino a la mente fue el de Rhys Williams. Los demás eran competentes en sus respectivas áreas, pero Rhys era el único que poseía un conocimiento práctico de las actividades globales de la empresa en conjunto. Era brillante y eficaz. El problema, desde luego, era que Rhys no podía ser presidente. Dado que no era Roffe, ni se había casado con una Roffe, no le estaba permitido siquiera formar parte del Consejo.

Fue hasta el vestíbulo y vio el maletín de su padre. Vaciló. Casi no tenía sentido que lo revisara ahora. Podía entregárselo a Alec a la mañana siguiente. Pero, si hubiese algo privado... Lo llevó a la biblioteca, lo apoyó en la mesa, despegó la llave y abrió ambas cerraduras.

En el centro del maletín había un sobre grande de papel marrón. Lo abrió

y extrajo un pliego de hojas sueltas escritas a máquina, que estaban dentro de una carpeta que rezaba:

**PARA EL SEÑOR SAM ROFFE.
CONFIDENCIAL SIN COPIAS**

Era obviamente, algún informe, pero no llevaba ningún nombre, de modo que no podía saber quién lo había redactado. Comenzó a hojear los papeles; luego lo hizo más lentamente hasta que se detuvo. No podía creer lo que leía. Fue hasta un sillón, tiró los zapatos en la alfombra, se sentó sobre sus piernas y volvió a la primera página.

Esta vez leyó palabra por palabra, y se sintió horrorizada.

Era un documento sorprendente, un informe confidencial de la investigación de una serie de hechos ocurridos durante el año anterior.

En Chile, había explotado una planta industrial de Roffe e Hijos desparramando toneladas de material venenoso en un radio de dos mil quinientos kilómetros cuadrados. Había habido doce muertos y cientos de heridos que debieron ser hospitalizados. Todo el ganado había muerto y la vegetación quedó contaminada. La región entera hubo de ser evacuada. Las demandas judiciales promovidas contra Roffe e Hijos superaban los cientos de millones de dólares. Pero lo más espantoso era que la explosión había sido premeditada. Decía el informe: «La investigación que practicó el gobierno chileno fue superficial. La actitud oficial parece ser ésta: la empresa es rica, la gente es pobre, que pague la empresa. Nuestro personal de investigación no alberga la menor duda de que ha sido un acto de sabotaje cometido por una o varias personas desconocidas que emplearon explosivos plásticos.

Dada la antagónica disposición del gobierno, la prueba será imposible».

Elizabeth recordaba el incidente demasiado bien. Diarios y revistas habían publicado en extenso historias horribles con fotos de las víctimas, y la prensa mundial había acusado a Roffe e Hijos de indiferencia frente al sufrimiento humano. Había dañado mucho la imagen de la compañía.

El siguiente capítulo se refería a los principales proyectos de investigación en los que los científicos de Roffe e Hijos habían trabajado

durante años. Enumeraba cuatro proyectos, cada uno de ellos de inestimable valor potencial. En conjunto, se había invertido en su desarrollo más de cincuenta millones de dólares. En todos los casos, un laboratorio rival había patentado cada producto anticipándose a Roffe e Hijos, utilizando la misma fórmula. El informe continuaba: «Un hecho aislado podría haberse calificado de coincidencia. Si decenas de compañías se hallan estudiando temas afines, es inevitable que varias de ellas se dediquen al mismo tipo de producto. Pero cuatro incidentes semejantes en un lapso de pocos meses nos obligan a llegar a la conclusión de que alguien, empleado de Roffe e Hijos, ha entregado o vendido el material de investigación a la competencia. Debido al carácter secreto de los experimentos, y al hecho de que se realizaban en laboratorios muy apartados y en condiciones de máxima seguridad, nuestra pesquisa indica que la persona —o personas— involucradas deben haber tenido acceso a la documentación más restringida. Colegimos, por tanto, que el responsable es alguien de la más alta esfera ejecutiva de Roffe e Hijos».

Había más.

Se había etiquetado erróneamente y despachado una tanda de drogas tóxicas. Antes de que pudieran retirarlas de circulación se produjeron varios casos fatales, con la consiguiente pésima publicidad para la compañía.

Nadie pudo averiguar de dónde habían salido los rótulos equivocados.

Había desaparecido una toxina mortífera de un laboratorio fuertemente custodiado. Al cabo de una hora, una persona no identificada había pasado el dato a los diarios, provocando una ola de pánico.

Las sombras del atardecer se habían prolongado en el crepúsculo, y el aire nocturno se tornó frío. Elizabeth seguía totalmente enfrascada en el documento que tenía en las manos. Cuando el recinto quedó a oscuras, encendió una lámpara y continuó leyendo, de horror en horror.

Ni siquiera el tono árido, conciso, del informe podía disimular el drama que entrañaba. Una cosa estaba clara. Alguien se empeñaba metódicamente en dañar la imagen de Roffe e Hijos.

«Alguien de la más alta esfera ejecutiva de la empresa». En la última página había una nota al margen, con la letra prolija de su padre. «¿Más presión para que acceda a vender las acciones? Hay que atrapar al hijo de puta».

Recordó lo preocupado que estaba Sam y cómo repentinamente se había vuelto reservado. No había sabido en quién confiar.

Elizabeth miró de nuevo la portada del informe: «SIN COPIAS».

Estaba segura de que había sido redactado por una agencia particular de investigación, de modo que era muy probable que nadie conociera su existencia, salvo Sam. Y ahora, ella. El culpable no tenía idea de que se sospechaba de él. ¿Se habría enterado Sam de quién era? ¿Se habría enfrentado con él antes de tener el accidente? No había forma de saberlo. Lo único que sabía era que existía un traidor.

«Alguien de la más alta esfera ejecutiva de la empresa».

Nadie más habría tenido la oportunidad o la capacidad para realizar semejante destrucción en tantos niveles diferentes. ¿Era por eso que Sam se resistía a vender el capital de la compañía? ¿Intentaba encontrar primero al responsable? Una vez que se hubiera vendido la empresa habría sido imposible practicar una indagación secreta, teniendo que dar cuenta de cada paso a un grupo de desconocidos.

Recordó la reunión del Consejo y cómo la habían apremiado para que se decidiera a vender. Todos.

De pronto se sintió muy sola en la casa. El vibrante campanillazo del teléfono la hizo saltar. Se levantó para cogerlo.

—Hola.

—¿Liz? Habla Rhys. Acabo de recibir tu mensaje.

Estaba contenta de oír su voz, pero de repente se acordó del motivo por el que lo había llamado. Para avisarle que firmaría los papeles, que consentía en vender la compañía. En el curso de breves horas todo había cambiado por completo. Echó una mirada rápida al cuadro del viejo Samuel, en el pasillo. Él había fundado la empresa y había luchado por ella. El padre de Elizabeth la había levantado, había contribuido a que se transformara en un gigante, le había dedicado su vida.

—Rhys, quiero que convoques una reunión del Consejo para el martes, a las dos. ¿Te puedes encargar de que asistan todos?

—El martes a las dos. ¿Algo más?

Vaciló.

—No. Eso es todo. Gracias.

Lentamente colgó el auricular. Iba a luchar contra ellos.

Estaba en lo alto de una montaña con su padre, trepando a su lado. No mires hacia abajo, Sam no hacía más que decirle, pero Elizabeth lo desobedeció.

Allá abajo no había nada más que miles de metros de espacio vacío. Se oyó la fuerte descarga de un trueno, y un rayo se lanzó impetuosamente hacia ellos. Fue a parar a la cuerda de Sam incendiándola, y él comenzó a desplomarse en el espacio. Elizabeth vio que el cuerpo de su padre caía irremediamente y se puso a gritar, pero el rugido del trueno ahogaba sus alaridos.

Se despertó sobresaltada, con el camisón empapado en sudor. El corazón le latía con violencia. Sintió un trueno poderoso, miró hacia la ventana y vio que afuera diluviaba. El viento empujaba la lluvia al dormitorio por los ventanales abiertos. Rápidamente se levantó para cerrarlos. Contempló las nubes de tormenta que poblaban el firmamento y los relámpagos en el horizonte, pero no los veía.

Estaba pensando en su sueño.

Por la mañana, la tempestad había pasado sobre la isla dejando sólo una tenue llovizna. Elizabeth deseó que el mal tiempo no retrasara la llegada de Alec. Después de leer el informe necesitaba desesperadamente conversar con alguien. Entretanto, decidió que sería una buena idea guardar los papeles en un sitio seguro. En el altillo había una caja fuerte. Los escondería allí. Se bañó, se puso unos pantalones viejos y un jersey, y bajó a la biblioteca en busca del informe.

Había desaparecido.

Capítulo 19

Parecía como si un huracán hubiese arrasado la habitación. La tormenta había abierto los ventanales durante la noche, y el viento y la lluvia habían hecho estragos desparramándolo todo.

Unas pocas páginas sueltas del informe estaban caídas sobre la alfombra mojada pero evidentemente el viento se había llevado el resto de las hojas.

Elizabeth se dirigió al ventanal y miró afuera. No vio ningún papel en el césped. Pero el viento podía haberlos arrastrado hacia el acantilado con toda facilidad. Debió haber ocurrido eso.

«SIN COPIAS». Tenía que averiguar el nombre de la agencia investigadora contratada por Sam. Quizá Kate Erling lo sabría. Sin embargo, no podía estar segura de que Sam hubiese confiado en ella. El asunto se había convertido en un terrible juego, donde nadie podía confiar en nadie. Habría de actuar con sumo cuidado.

De pronto recordó que no había comida en la casa. Podía ir de compras a Cala di Volpe y regresar antes de que llegara Alec. Fue hasta el armario del vestíbulo y sacó su impermeable y un pañuelo para la cabeza. Más tarde, cuando amainara la lluvia, repasaría el terreno en busca de los papeles perdidos. Se encaminó a la cocina y tomó la llave del *jeep*. Salió por la puerta trasera que daba al garaje.

Encendió el motor y salió prudentemente dando marcha atrás. Giró y enfiló hacia el camino particular de acceso frenando para disminuir la velocidad debido a lo húmedo de la superficie. Al final del camino dobló a la derecha y se internó en una angosta senda de montaña que conducía al pueblo de Cala di Volpe. A esa hora no había tránsito, aunque rara vez lo había, ya que pocas casas se' habían construido tan alto. Elizabeth miró hacia abajo, a

la izquierda, y vio que el mar se había tornado oscuro y embravecido a causa de la tormenta nocturna.

Condujo lentamente porque esa parte del camino se había puesto traicionera. Era angosto, de doble vía, excavado en la ladera de la montaña a lo largo de un escarpado precipicio. Junto a la faja interior, la sólida roca de la montaña; en la exterior, una pendiente muy pronunciada que bajaba hasta el mar.

Elizabeth se mantuvo lo más cerca posible del lado interno, frenando para contrarrestar la velocidad que adquiría por lo empinado de la cuesta.

El coche se aproximaba a una curva cerrada. Automáticamente apoyó el pie en el freno para aminorar la marcha.

Los frenos no funcionaban.

Tardó un largo momento en darse cuenta. Volvió a intentar frenar, con más fuerza esta vez, presionando el pedal con todas sus fuerzas. El corazón comenzó a latirle al comprobar que el *jeep* iba más rápido. Tomó la curva a un ritmo acelerado, cobrando a cada segundo más impulso en la pronunciada pendiente. Apretó de nuevo el freno. Estaba inutilizado.

Había otra curva más adelante. Elizabeth tenía miedo de quitar los ojos del camino y fijarse en el velocímetro, pero por el rabillo del ojo notaba que la aguja subía raudamente y sintió que el terror se apoderaba de ella. Tomó la curva demasiado rápido y patinó. Las ruedas traseras se deslizaron hacia el borde del precipicio, pero las cubiertas se afirmaron en el suelo y el *jeep* finalmente se lanzó hacia abajo, por el camino en pendiente. Ahora no había nada que pudiera detenerlo; ni barreras, ni controles, sólo la veloz montaña rusa que se alzaba ante sus ojos y las curvas mortales que lo esperaban.

La mente de Elizabeth trabajaba desesperadamente buscando algún modo de salvarse. Pensó en saltar. Se arriesgó, echando una breve mirada al velocímetro. Iba a ciento veinte kilómetros por hora, ganando velocidad a cada instante, atrapada entre el sólido paredón de la montaña por un lado y la letal caída al vacío por el otro. Iba a morir. De repente, la revelación de que la estaban asesinando, de que a su padre lo habían asesinado. Sam había leído el informe y lo habían matado. Como la matarían a ella.

No tenía idea de quién podía ser el asesino, quién los odiaba tanto como para cometer tan tremendo acto. En cierta medida le habría resultado más

fácil aceptarlo si se tratase de un extraño. Pero se trataba de alguien a quien conocía, alguien que la conocía a ella. Los rostros pasaron como relámpagos en su mente. Alec... Ivo... Walther... Charles... Tenía que ser uno de ellos. «Alguien de la más alta esfera ejecutiva de la empresa».

Su muerte se consideraría un accidente, tal como había ocurrido con Sam. Elizabeth lloraba en silencio, y sus lágrimas se mezclaban con la tenue llovizna que caía, pero ella ni siquiera se percataba. El *jeep* comenzaba a patinar descontroladamente sobre la superficie mojada, y debió luchar para que las ruedas siguieran por la senda. Sabía que en cuestión de segundos saldría despedida al vacío, al olvido. El cuerpo se le puso rígido y tenía las manos entumecidas de aferrar el volante. En el universo no había nada salvo ella, precipitándose por el camino de montaña mientras el viento rugiente la arrastraba diciéndole: Ven conmigo, azotando el vehículo, tratando de lanzarlo al precipicio. El *jeep* empezó a patinar de nuevo y hubo que luchar denodadamente para enderezarlo, recordando lo que le habían enseñado. Conduce por las roderas, siempre por las roderas. Las ruedas traseras se encarrilaron y el coche siguió su impetuosa carrera hacia abajo. Dirigió otra breve ojeada al velocímetro... ciento treinta kilómetros por hora. Violentamente se vio arrastrada hacia una pronunciada curva en forma de horquilla y supo que esta vez no pasaría.

Dentro de su mente, algo se inmovilizó, como si se hubiera corrido un velo sutil entre ella y la realidad. Oyó la voz de su padre que le preguntaba: «¿Qué estás haciendo aquí, sola, en la oscuridad?», y la alzaba en sus brazos y la llevaba a la cama, y luego ella estaba en el escenario danzando, girando y girando, y no podía parar, y *madame* Netturova le gritaba (¿o sería el viento?), y también estaba Rhys, que le decía: «¿Cuántas veces cumple veintiún años una muchacha?». Pensó: «Nunca más volveré a ver a Rhys», y pronunció su nombre con un alarido, y el velo desapareció, pero la pesadilla seguía.

La aguda curva aparecía más cerca, y hacia ella se lanzaba el vehículo como una bala. Caería por el barranco. «Que suceda pronto», imploró en silencio.

En ese momento, a la derecha, justo antes de la horquilla, divisó un pequeño claro que había sido cavado en la roca y subía por la ladera de la

montaña. Debía tomar una decisión en una fracción de segundo. Desconocía adonde llevaba esa senda. Lo único que sabía era que iba para arriba, que podía aminorar su velocidad, darle una oportunidad. Y la tomó. En el último instante, cuando el *jeep* llegaba al borde, giró violentamente el volante a la derecha. Las ruedas traseras comenzaron a patinar, pero las delanteras habían alcanzado el terreno de grava, y el impulso que traía hizo que se adhirieran. El *jeep* ascendía velozmente, mientras Elizabeth pugnaba por mantenerlo en la angosta brecha. Había una hilera de árboles y sus ramas la fustigaron al pasar junto a ellos, lastimándole manos y cara. Miró hacia adelante y con gran espanto vio, allá abajo, el mar Tirreno. El sendero simplemente conducía al otro lado del acantilado. No había manera de salvarse.

Se acercaba cada vez más al borde. No podía saltar del coche a esa velocidad. Ante sus ojos, el extremo del risco y el mar profundo. Cuando el *jeep* llegó al borde dio un fuerte patinazo, y lo último que recordó Elizabeth fue un árbol que se asomó, amenazador, frente a ella. Luego, una explosión que pareció llenar el universo.

Después, el mundo se quedó quieto, blanco, tranquilo y callado.

Capítulo 20

Abrió los ojos y comprobó que estaba en una cama de hospital. Lo primero que vio fue a Alec Nichols.

—En la casa no hay nada de comida para ti —susurró, y se echó a llorar.

Los ojos de Alec se inundaron de dolor. La rodeó con los brazos y la atrajo hacia él.

—¡Elizabeth!

—No es nada, Alec —farfulló ella—. Todo salió bien.

En efecto. Sentía el cuerpo entero magullado y dolorido, pero estaba viva y no podía creerlo. Recordó el terror del trayecto por la montaña, y se le heló la sangre.

—¿Cuánto hace que estoy aquí? —Su voz era débil y ronca.

—Te trajeron hace dos días. Desde entonces has estado inconsciente. El médico dice que fue un milagro. Según todos los que vieron el lugar del accidente, deberías haberte matado. Una patrulla de servicio te encontró y te trajo rápidamente aquí. Te has pegado un golpe muy fuerte y tienes montones de contusiones, pero gracias a Dios no te has roto nada. —La miró intrigado—. ¿Qué hacías allá arriba, por ese camino?

Se lo contó. Vio que el horror se reflejaba en el rostro de Alec al recordar ella su tremenda aventura. No hacía más que repetir «Dios mío» una y otra vez. Al concluir, Alec estaba pálido.

—¡Qué accidente más estúpido y terrible!

—No fue un accidente, Alec.

—No te entiendo.

¿Cómo podía entenderla? Él no había leído el informe.

—Alguien me rompió los frenos.

Alec sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Y por qué habrían de hacerlo?

—Porque... —No podía decírselo. Todavía no. Confiaba en Alec más que en cualquiera, pero no estaba dispuesta a hablar. Por lo menos hasta que se sintiera mejor, hasta que hubiera tenido tiempo para pensar.

—No sé —dijo, evasiva—. Sólo sé que estoy segura de que alguien lo hizo.

Lo observó y percibió el cambio de sus expresiones, desde la incredulidad, pasando por la perplejidad hasta llegar a la ira.

—Bueno, pues lo averiguaremos. —Su voz era implacable.

Tomó el teléfono y unos minutos más tarde se comunicaba con el jefe de policía de Olbia.

—Habla Alec Nichols. Yo... Sí, ella está bien, gracias... Gracias. Se lo diré. Lo molesto por algo relacionado con el *jeep* que ella conducía. ¿Me podría informar dónde está...? Le pido por favor que lo mantenga allí. Quiero conseguir un buen mecánico. Dentro de media hora estaré allí. —Colgó el auricular—. Está en el garaje policial. Voy para allá.

—Yo voy contigo.

La miró sorprendido.

—El médico dice que tienes que quedarte en cama uno o dos días más. No puedes...

—Yo voy contigo —insistió ella, empeñada.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, débil y magullada, abandonaba el hospital a pesar de las protestas del médico y se marchaba rumbo al garaje policial con Alec Nichols.

Luigi Ferraro, el jefe de policía de Olbia, era un sardo moreno de mediana edad, con un enorme vientre y piernas arqueadas. Junto a él se hallaba el detective Bruno Campagna, mucho más alto que su superior. Campagna era un cincuentón corpulento con aspecto de eficiente.

Se situó al lado de Elizabeth y Alec mientras éstos observaban a un mecánico revisar la parte inferior de un *jeep* elevado por una grúa hidráulica. El parachoques delantero izquierdo y el radiador estaban completamente achatados y tenían rastros de la savia de los árboles contra los cuales se habían estrellado. Al ver el coche por primera vez, Elizabeth se sintió

mareada y hubo de apoyarse en Alec para sostenerse. Él la miró preocupado.

—¿Seguro que puedes resistir esto?

—Estoy bien —mintió. Se sentía débil y terriblemente cansada. Pero debía cerciorarse por sí misma.

El mecánico se restregó las manos en un trapo grasiento y se acercó al grupo.

—Hoy en día ya no los hacen así —comentó.

«Gracias a Dios», pensó Elizabeth.

—Cualquier otro vehículo habría resultado destrozado.

—¿Qué me dice de los frenos? —preguntó Alec.

—¿Los frenos? Están en perfecto estado.

Una repentina sensación de irrealidad se apoderó de Elizabeth.

—¿Qué... qué quiere decir con eso?

—Que funcionan bien. El accidente no los afectó en absoluto. Por eso dije que ya no los fabricaban así...

—Es imposible —le interrumpió ella—. Los frenos no funcionaban.

—La señorita Roffe cree que alguien los estropeó —explicó el comisario Ferraro.

El comisario movió la cabeza.

—No, señor. —Se aproximó al *jeep* y señaló hacia la parte de abajo—. Hay solamente dos maneras de fregar. —Se volvió hacia Elizabeth—. Discúlpeme, señorita... de romper los frenos. O se les corta la varilla o se afloja esta tuerca —indicó con un gesto una pieza metálica de la parte inferior — y se deja salir el líquido de frenos. Puede comprobar por sí misma que la varilla está bien, y yo he examinado el tambor de freno. Está lleno.

El comisario Ferraro trató de tranquilizar a Elizabeth.

—Comprendo que, en su estado, pudiera...

—Un momentito —intervino Alec, dirigiéndose al mecánico—. ¿No pudo haber ocurrido que cortaran esas varillas y que luego las reemplazaran o que alguien hubiera sacado el líquido de freno y después lo hubiera vuelto a llenar?

El mecánico sacudió la cabeza, obstinado.

—Señor, esas varillas no han sido tocadas. —Tomó el trapo y quitó cuidadosamente el aceite que había alrededor de la tuerca que contenía el

líquido de freno—. ¿Ve esta tuerca? Si alguien la hubiese aflojado, habría marcas recientes de una llave. Yo le garantizo que nadie la ha tocado en los últimos seis meses. Estos frenos están perfectos. Le mostraré.

Se encaminó hacia la pared y accionó una palanquita. Se produjo un chirrido y la grúa hidráulica comenzó a hacer descender el *jeep* hasta el suelo. El mecánico trepó en el coche, encendió el motor y dio marcha atrás. Cuando rozó la pared trasera, puso primera y aceleró. El *jeep* se lanzó hacia el detective Campagna. Elizabeth abrió la boca para gritar, mas en ese instante el vehículo se detuvo bruscamente a un par de centímetros de él. El mecánico ignoró la mirada que le echó el detective, y dijo:

—¿Ve? Estos frenos están perfectos.

Todos tenían los ojos puestos en Elizabeth y ella sabía lo que pensaban. Pero eso no alteraba el terror que había sentido al bajar la montaña. Su pie apretaba el freno y no pasaba nada. Sin embargo, el mecánico de la policía había demostrado que funcionaban. A menos que él estuviera en el ajo. Y eso significaba que también el jefe de policía estaba implicado. «Me estoy volviendo paranoica», pensó.

Dijo Alec, con aire de impotencia:

—Elizabeth...

—Cuando yo conduje ese *jeep* los frenos no funcionaban.

Alec la estudió un momento con la mirada y luego habló con el mecánico:

—Supongamos que efectivamente alguien se encargó de que los frenos no funcionaran. ¿De qué otro modo podría haberlo hecho?

Tomó la palabra el detective Campagna:

—Podrían haberle mojado el forro de freno.

Elizabeth sintió una agitación interior.

—¿Qué pasaría si hicieran eso?

—Cuando el freno presionara contra el tambor, no tendría tracción —le explicó el detective.

El mecánico asintió con la cabeza.

—Tiene razón. Lo único es que... —Se volvió hacia Elizabeth—. Cuando usted subió al *jeep*, ¿los frenos marchaban?

Elizabeth recordó que los había usado para salir del garaje y que luego había frenado también en las primeras curvas.

—Sí, funcionaban.

—Ahí tiene la respuesta —exclamó, triunfante, el mecánico—. Se le mojaron con la lluvia.

—Espere —objetó Alec—. ¿Acaso alguien no podría haberlos mojado antes de que ella subiera al *jeep*?

—Si alguien los hubiese mojado antes —aclaró el mecánico, pacientemente— no habría tenido frenos en ningún momento.

El jefe de policía le explicó a Elizabeth.

—La lluvia es muy peligrosa, señorita Roffe. Particularmente en esos caminos angostos de montaña. Estas cosas ocurren con demasiada frecuencia.

Alec contemplaba a Elizabeth sin saber qué hacer. Ella se sentía una tonta. Al fin y al cabo, había sido un accidente. Elizabeth quería marcharse de allí. Miró al jefe de policía.

—Lamento haberle ocasionado tantas molestias.

—Por favor. Es un placer. Es decir, me afligen las circunstancias, pero siempre es un placer ser útil.

El detective Campagna les conducirá de vuelta a la villa.

—Si me permites decírtelo, mi niña adulta, tienes un aspecto terrible. Ahora quiero que te metas en la cama y te quedes allí unos días. Voy a encargarme de algunos comestibles por teléfono.

—¿Y quién va a cocinar?

—Yo —manifestó Alec.

Esa noche él preparó la cena y se la sirvió en la cama.

—Me temo que no sea muy buen cocinero.

«No se subestimaba», pensó Elizabeth. Alec era un pésimo cocinero. Todos los platos estaban quemados, crudos o demasiado salados. Pero ella se dio maña para comer, en parte porque desfallecía de hambre y en parte porque no quería herir los sentimientos de su primo. Alec se sentó con ella a charlar. Ni una insinuación acerca de cómo había quedado como una idiota frente a los policías. Le encantó ese gesto de Alec.

Pasaron juntos varios días en la villa. Elizabeth permanecía en cama y Alec rondaba a su alrededor, le preparaba la comida, le leía libros. Durante ese tiempo le pareció que el teléfono no dejaba de sonar. Ivo y Simonetta llamaban todos los días para ver cómo estaba, lo mismo que Hélène y Charles

y Walther. Hasta Vivían la llamó. Todos se ofrecían para acudir a hacerle compañía.

—De veras que estoy bien —les contestaba—. No hay motivo para que vengan. Dentro de unos días regreso a Zurich.

Rhys Williams también la llamó. Ella no se había percatado de lo mucho que lo había echado de menos hasta que oyó su voz.

—Me he enterado de que decidiste competir con Hélène —dijo, pero ella advirtió preocupación en su voz.

—Estás equivocado. Yo sólo corro por las montañas, y cuesta abajo. — Le resultaba increíble poder bromear ahora sobre el accidente.

—Me alegro de que estés bien, Liz.

Su tono, tanto como sus palabras, la reconfortaron. Pensó si él no estaría en ese momento con otra mujer, y quién sería. Debía de ser bella, por supuesto.

Maldita sea.

—¿Sabías que has ocupado los titulares de los diarios?

—No.

—«Heredera escapa por poco a la muerte en accidente de coche. A escasas semanas de que su padre, el afamado...». Puedes reconstruir tú misma el resto de las crónicas.

Conversaron media hora por teléfono, y al colgar, se sentía ya mucho mejor. Le dio lá impresión de que Rhys estaba realmente interesado por ella, afectado. Pensó si conseguiría que todas las mujeres que estaban a su lado sintieran eso por él. Era parte de su encanto.

Recordó los cumpleaños que habían festejado juntos. «Señora de Williams».

Entró Alec en el dormitorio.

—Estás muy sonriente.

—¿Sí?

Rhys siempre le producía ese efecto. «Tal vez —pensó— debería contarle lo del informe confidencial».

Alec había dispuesto que un avión de la compañía les llevara de regreso a Zurich.

—Lamento hacerte volver tan pronto —dijo, a modo de disculpa—, pero

hay que tomar unas decisiones muy urgentes.

El vuelo transcurrió sin incidentes. Había periodistas en el aeropuerto. Elizabeth hizo unas breves declaraciones sobre el accidente, y luego Alec la condujo al automóvil y se marcharon rumbo a las oficinas centrales de la empresa.

Se hallaban en la sala de reuniones. Todos los miembros del Consejo, y Rhys, estaban presentes. La sesión venía desarrollándose desde hacía tres horas, y el aire estaba cargado de humo de cigarros y cigarrillos. Elizabeth aún se sentía débil por el pasado accidente y tenía un dolor de cabeza atroz. «No hay nada de qué preocuparse, señorita Roffe. Cuando se disipe la conmoción se le irán las jaquecas».

Miró en torno de la habitación los rostros tensos, enfadados. «He decidido no vender», les había manifestado. Ellos pensaban que se portaba de una manera arbitraria y tozuda. Si supieran lo cerca que había estado de ceder. Pero ahora era imposible. Alguno de los asistentes era su enemigo. Si abandonaba, la victoria sería de él.

Todos habían intentado convencerla, cada uno a su manera.

Dijo Alec, prudentemente:

—Roffe e Hijos necesita un presidente con experiencia, Elizabeth. Especialmente ahora. Por tu bien, y por el de todos, querría ver que te alejas de esto.

Ivo utilizó su encanto:

—Eres una joven hermosa, *carissima*. El mundo entero te pertenece. ¿Por qué quieres convertirte en una esclava de algo tan aburrido como los negocios, cuando podrías viajar, divertirte...?

—Ya he viajado.

Charles empleó la lógica gala:

—Posees las acciones mayoritarias debido a un trágico accidente, pero no tiene sentido que gobiernes la empresa. Nos enfrentamos con serias dificultades. Tú sólo las agravarás.

Walther habló sin rodeos:

—La compañía tiene ingentes problemas. No tienes una idea de la magnitud.

Si no vendes ahora, luego será demasiado tarde.

Se sentía acorralada. Escuchaba a todos, a todos estudiaba, y evaluaba lo que le decían. Cada uno basaba su propuesta en el bien de la empresa, y sin embargo uno de ellos se había empeñado en destruirla.

Una cosa estaba clara. Todos querían que se fuera, que les permitiera vender las acciones y que los intrusos se apoderaran de Roffe e Hijos. Elizabeth sabía que en el instante en que accediera se terminaban las posibilidades de averiguar quién andaba detrás de eso. En tanto y en cuanto permaneciera allí, desde dentro, tendría la probabilidad de saber quién estaba saboteando la empresa. Se quedaría sólo el tiempo necesario. En los tres últimos años con Sam, había aprendido algo respecto de la compañía. Con la ayuda del eficiente personal que él había reclutado continuaría llevando a cabo las ideas de su padre. La insistencia por parte de los integrantes del Consejo para que renunciara no hacía más que acentuar su obstinada determinación de quedarse.

Pensó que había llegado el momento de levantar la sesión.

—He tomado mi decisión. No es mi intención gobernar la empresa sola. Soy consciente de lo mucho que debo aprender. Sé que puedo contar con la ayuda de todos vosotros. Trataremos los problemas uno a uno.

Estaba en la cabecera de la mesa, pálida aún después del accidente. Parecía pequeña e indefensa.

Ivo alzó las manos en un gesto de impotencia.

—¿Es que nadie puede hacerle pensar con lógica?

Rhys se volvió hacia ella y le sonrió.

—Creo que todos deberán avenirse a lo que quiera hacer esta señorita.

—Gracias, Rhys. —Elizabeth miró a los demás—. Hay algo más. Ya que voy a ocupar el lugar de mi padre, creo que lo mejor sería hacerlo oficialmente.

Charles la miró de hito en hito.

—¿Quieres decir... que deseas ser la presidenta?

—En efecto —le recordó Alec, en tono seco—. Elizabeth ya es la presidenta. Tiene meramente la cortesía de permitirnos manejar la situación airoosamente.

Charles vaciló, y dijo luego:

—De acuerdo. Propongo que se nombre a Elizabeth Roffe presidenta de

Roffe e Hijos.

—Yo apoyo la moción —dijo Walther.

La moción fue aprobada.

«Qué mala época para los presidentes —pensó alguien con amargura—.
Casi todos mueren asesinados».

Capítulo 21

Nadie era más consciente que Elizabeth de la enorme responsabilidad que había asumido. Mientras dirigiera la empresa, dependería de ella el empleo de miles de personas. Necesitaba ayuda, no sabía en quién confiar. En quienes más deseaba confiar era en Alec, en Rhys y en Ivo, pero todavía no estaba decidida. Era demasiado pronto. Mandó llamar a Kate.

—¿Sí, señorita Roffe?

Elizabeth titubeó, sin saber cómo empezar. Kate había trabajado muchos años con su padre. Debía de haber percibido las corrientes subterráneas que se agitaban debajo de la engañosa superficie calma. Debía conocer el funcionamiento interno de la empresa, los sentimientos de Sam Roffe, sus planes. Kate Erling sería una poderosa aliada.

—Mi padre encargó la confección de una especie de informe confidencial, Kate. ¿Sabe usted algo al respecto?

La secretaria frunció el ceño, concentrada; luego negó con la cabeza.

—Jamás habló de eso conmigo, señorita.

Intentó abordarla desde otro ángulo.

—Si mi padre hubiese querido que se practicara una investigación secreta, ¿a quién habría recurrido?

Esta vez la respuesta vino sin vacilaciones:

—A nuestra división de seguridad.

El último lugar adonde habría acudido Sam.

—Gracias. —No podía hablar con nadie.

Sobre su mesa había un informe contable. Elizabeth lo leyó con gran consternación e hizo llamar al asesor financiero de la empresa. Se llamaba Wilton Kraus. Era más joven de lo que había supuesto. Inteligente,

ambicioso, con cierto aire de superioridad. «Salido de la Wharton School — pensó—, o tal vez de Harvard».

Elizabeth comenzó sin preámbulos.

—¿Cómo puede ser que una firma como Roffe e Hijos se halle en apuros económicos?

Kraus la miró y se encogió de hombros. Evidentemente no estaba acostumbrado a dar explicaciones a una mujer. En tono condescendiente, dijo:

—Bueno, resumiendo...

—Empecemos por el hecho —lo interrumpió, áspera— de que hasta hace dos años Roffe e Hijos siempre se financió con su propio capital.

Advirtió que le cambiaba la expresión, que trataba de adaptarse.

—Bueno... sí, señorita.

—Entonces, ¿por qué estamos ahora tan endeudados con los Bancos?

Él tragó saliva antes de responder.

—Unos años atrás tuvimos un período excepcional de expansión. Su padre y los demás miembros del Consejo consideraron oportuno pedir ese dinero a los Bancos en préstamos a corto plazo. Tenemos compromisos netos con diversos Bancos por seiscientos cincuenta millones de dólares.

Algunos de esos préstamos están vencidos.

—Vencidos y retrasados —le corrigió ella.

—Sí, señorita. Retrasados.

—Estamos pagando la mejor tasa, más el uno por ciento, más intereses de demora. ¿Por qué no hemos cancelado los préstamos vencidos y reducido el monto de los otros?

Su sorpresa no tenía límites.

—Debido a... este... ciertos desgraciados acontecimientos recientes la empresa cuenta con mucho menos efectivo del que se había previsto. En circunstancias normales iríamos a los Bancos y pediríamos prórrogas. Sin embargo, con nuestros problemas actuales, las transacciones por litigios, las cancelaciones en nuestro laboratorio experimental y... —Su voz se fue perdiendo.

Elizabeth lo estudiaba con la mirada, pensando de qué lado estaría Kraus. Volvió a examinar el informe contable tratando de localizar dónde habían

empezado a andar mal las cosas. El balance evidenciaba una pronunciada caída en los tres últimos trimestres, en gran medida debido a las abultadas sumas abonadas por demandas judiciales encasilladas en la columna de «Gastos Extraordinarios (No periódicos)». Mentalmente vio la imagen de la explosión de Chile, la nube de compuestos químicos venenosos que se elevaba por el aire. Le parecía oír los gritos de las víctimas. Doce muertos. Cientos de heridos transportados a los hospitales. Y al final, todo el dolor y la miseria humanos se habían reducido a dinero, a «Gastos Extraordinarios (No periódicos)».

Levantó la vista y observó a Wilton Kraus.

—Según su informe, señor Kraus, nuestros problemas son de carácter transitorio. Somos Roffe e Hijos. Seguimos siendo una inversión de mínimo riesgo para cualquier Banco.

Le llegó a él el turno de examinarla. Ya no tenía ese aire arrogante, pero se mostraba cauteloso.

—Debe usted comprender, señorita, que la reputación de un laboratorio médico es tan importante como sus productos.

¿Quién le había dicho antes esa misma frase? ¿Su padre? ¿Alec? Recordó. Rhys.

—Prosiga.

—Nuestros problemas están trascendiendo demasiado. El mundo de los negocios es una jungla... Si su adversario sospecha que usted está herida se acerca para pegarle el zarpazo. —Vaciló un instante, y luego añadió—: Se están acercando para dar el zarpazo.

—En otras palabras, los Bancos de la competencia con nuestros banqueros, también.

Kraus le dirigió una sonrisa de felicitación.

—Exacto. Los Bancos disponen de una suma limitada para préstamos. Si están convencidos de que A es menor riesgo que B...

—¿Es eso lo que piensan?

Se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Desde la muerte de su padre he recibido varias llamadas de *Herr* Julius Badrutt. Él dirige el consorcio financiero con el que tenemos trato.

—¿Qué quería *Herr* Badrutt? —Sabía lo que iba a decir.

—Quería saber quién sería el nuevo presidente de Roffe e Hijos.

—¿Usted sabe quién es el nuevo presidente?

—No, señorita.

—Soy yo. —Notó que intentaba disimular su sorpresa—. ¿Qué supone que ocurrirá cuando *herr* Badrutt se entere de la noticia?

—Nos retirarán su apoyo —manifestó Kraus, impulsivamente.

—Hablaré con él. —Elizabeth se recostó en su sillón y sonrió—. ¿No quiere tomar un café?

—Bueno... es... muy amable de su parte. Sí, gracias.

Elizabeth percibió que se relajaba. Kraus había presentido que lo estaba poniendo a prueba y tuvo la impresión de haber pasado bien el examen.

—Desearía que me aconsejara. Si estuviera en mi lugar, ¿qué haría usted, señor Kraus?

El asesor recobró su aire de superioridad.

—Bueno, es muy simple. Roffe e Hijos posee un enorme activo. Si vendiéramos una cantidad importante de acciones al público, con toda facilidad podríamos recaudar dinero más que suficiente para atender todos los préstamos bancarios.

Ahora sabía en qué bando estaba.

Capítulo 22

Hamburgo.

Viernes, 1 de octubre.

Dos de la tarde.

Soplaba el viento del mar, y el aire de las primeras horas de la mañana era frío y húmedo. En la zona de Reeperbahn, en Hamburgo, las calles estaban repletas de visitantes ansiosos por experimentar los placeres prohibidos de la ciudad del pecado. Reeperbahn satisfacía todos los gustos indistintamente. Alcohol, drogas, mujeres u hombres, todo se podía obtener pagando un precio.

Con su iluminación deslumbrante, los *cabarets* brillaban en la calle principal, mientras que en la Grosse Freiheit se celebraban los obscenos espectáculos de *strip-tease*. La Herbertstrasse, a una manzana de distancia, era para peatones solamente, y a ambos lados de la calle se veían las prostitutas sentadas en los ventanales de sus apartamentos exhibiendo sus mercancías a través de tenues camisones mugrientos que no escondían nada.

Reeperbahn era un enorme mercado, una carnicería humana donde uno podía elegir el pedazo de carne que pudiese pagar. Para los mojigatos había el simple sexo, en la posición del misionero. Para los que gustaban de cierta variedad había cunnilingus, analingus y sodomía. En Reeperbahn se podía adquirir un niño o una niña de doce años o acostarse con una madre y con su hija al mismo tiempo. Si los gustos del cliente eran de otro tipo, se podía presenciar cómo un gran danés satisfacía a una mujer, o recibir azotes hasta alcanzar un orgasmo. Se podía pagar a una vieja desdentada para que le

practicara a uno una fellatio en un callejón atestado de gente o pagar una orgía en un dormitorio lleno de espejos, con tantas chicas o chicos como su libido le pidiera. Reeperbahn se jactaba de tener algo para todos. Las ramera jóvenes, de faldas cortas y blusas ceñidas, recorrían las calles haciendo propuestas a hombres, mujeres o parejas indistintamente.

El operador caminaba lentamente por la calle, constituyendo el blanco de las miradas de una decena de muchachas y chicos sumamente maquillados. A todos ignoró hasta llegar a una chica que parecía no tener más de dieciocho años. Era rubia. Estaba apoyada contra una pared, conversando con una amiga. Al acercarse el hombre, ella sonrió:

—¿Qué tal una juerga íntima, *liebchen*? Mi amiga y yo te haremos pasar un buen rato.

El hombre la estudió, y dijo:

—Solamente tú.

La otra chica se encogió de hombros y se retiró.

—¿Cómo te llamas?

—Hildy.

—¿Te gustaría participar en una película, Hildy?

La joven lo miró con expresión fría.

—¡Herrgott! ¡No me vendrás con ese cuento de Hollywood!

La tranquilizó con una sonrisa.

—No, no. Esta es una oferta en serio para un filme pornográfico. Yo los realizo para un amigo mío.

—Te costará quinientos marcos por adelantado.

—*Gut*.

Al instante lamentó no haberle pedido más. Bueno, ya encontraría la manera de sacarle una suma extra.

—¿Qué tengo que hacer?

Hildy estaba nerviosa.

Acostada, con las piernas abiertas, en la cama del pequeño apartamento miserablemente amueblado, observaba a las tres personas que había en la habitación. Pensaba, aquí hay algo que no marcha. Su instinto se había agudizado en las calles de Berlín, Hamburgo y Munich. Había aprendido a fiarse de su instinto. Había algo en esta gente que le producía desconfianza.

Hubiera querido marcharse de allí antes de empezar, pero ya le habían pagado quinientos marcos y le habían prometido otros quinientos más si trabajaba bien. Haría un buen trabajo. Era una profesional y se enorgullecía de su labor. Se volvió hacia el hombre desnudo que estaba a su lado. Era robusto, fuerte y sin pelos en el cuerpo. Lo que molestaba a Hildy era su cara. Era demasiado viejo para esa clase de películas. Sin embargo, el que más la inquietaba era el espectador que permanecía sentado, silencioso, al fondo del cuarto. Vestía un abrigo largo, un gran sombrero y gafas oscuras. Hildy no podía discernir siquiera si se trataba de un hombre o de una mujer. Las vibraciones que percibía eran malas. Tanteó la cinta roja anudada al cuello preguntándose por qué se la habrían puesto.

—De acuerdo. Listos. Acción —anunció el operador.

La cámara comenzó a ronronear. Le habían indicado a Hildy lo que debería hacer.

El hombre estaba boca arriba. Hildy se puso a trabajar.

Usando hábilmente la lengua y los labios empezó a recorrer las orejas y el cuello del hombre. Siguió por el pecho, el estómago y el vientre chasqueando levemente la lengua con golpecitos de mariposa en la ingle y el pene, luego en cada pierna, lamiéndole luego despacito cada dedo del pie, viendo cómo su compañero comenzaba a experimentar una erección. Le hizo dar la vuelta, boca abajo, y con la lengua hizo el trayecto inverso, lenta, diestramente, buscando todos los lugares sensibles, erógenos, explorándolos. El hombre estaba totalmente excitado, su pene duro como una roca.

—Penétrala —ordenó el operador. El hombre se colocó sobre ella y le apartó los muslos. Su pene hinchado, enorme, rígido. Al introducirse en ella, Hildy olvidó sus miedos anteriores. La sensación era maravillosa.

—¡Métemelo dentro, *liebchen!* —gimió.

El hombre estaba dentro, muy dentro de ella, agitándose hacia adelante y hacia atrás, e Hildy comenzó a sacudirse al ritmo de él retorciendo las caderas en contracciones cada vez más rápidas. Al fondo de la habitación, el espectador se inclinó hacia adelante para observar cada movimiento. La muchacha cerró los ojos.

¡Estaba estropeándolo todo!

—¡Los ojos! —gritó el espectador.

El director ordenó:

—*Offen die Augen!*

Sobresaltada, Hildy abrió los ojos. Contempló al hombre que tenía encima. Era fantástico. Ése era el tipo de sexo que a ella le agradaba. Enérgico y arremetedor. Él se movía más impetuosamente y ella le respondía. Por lo general no tenía orgasmos, salvo con su amiga. Con los clientes siempre fingía y ellos jamás se percataban de la diferencia. Pero el operador la había advertido que si no tenía un orgasmo no se le pagaría la gratificación. De modo que se relajó y se puso a pensar en las cosas bonitas que se compraría con el dinero.

Sintió que iba llegando al clímax.

—*¡Schneller!* —exclamó—. *¡Más rápido!*

Su cuerpo empezó a estremecerse.

—*¡Ah, jetzt!* —gritó—. *¡Ahora! ¡Es kommt! ¡Es kommt!*

El espectador hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y el operador dijo:

—*¡Ahora!*

Las manos del hombre ciñeron el cuello de la joven. Sus enormes dedos se cerraron sobre la tráquea y apretaron. La chica le miró a los ojos y comprendió. El terror se apoderó de ella. Trató de gritar, pero no podía respirar. Luchó denodadamente por zafarse mientras su cuerpo se sacudía en grandes espasmos orgiásticos, pero él la tenía inmovilizada. No había forma de escapar.

El espectador absorbía la escena con placer, se regocijaba contemplando los ojos de la chica moribunda, presenciando su castigo.

El cuerpo de la muchacha se estremeció una vez más: luego se quedó inmóvil.

Capítulo 23

Zurich.

Lunes, 4 de octubre.

Diez de la mañana.

Al llegar a su oficina, Elizabeth encontró un sobre dirigido a ella sobre la mesa, con la inscripción:

CONFIDENCIAL

Lo abrió. Era un informe del laboratorio químico, firmado por un tal «Emil Joepli». Como estaba lleno de términos técnicos, lo leyó sin entenderlo. Lo leyó otra vez. Y otra. Cada vez más lentamente.

Cuando por fin comprendió su importancia, avisó a Kate:

—Vuelvo en una hora. —Y fue a buscar a Emil Joepli.

Era un hombre alto, de unos treinta y cinco años, de cara angosta y pecosa, casi totalmente calvo salvo por una mota de pelo rojizo. Se mostró inquieto, incómodo, como si no estuviese acostumbrado a recibir visitas en su pequeño laboratorio.

—He leído su trabajo y hay muchas cosas que no entiendo. Quizá podría usted explicármelas.

Al instante el nerviosismo de Joepli se desvaneció. Se inclinó hacia adelante en su silla, seguro y confiado, y comenzó a hablar apresuradamente.

—He estado experimentando un método para inhibir la rápida diferenciación de los colágenos utilizando mucopolisacáridos y técnicas para

el bloqueo de enzimas. El colágeno, por supuesto, es la base proteica fundamental de todo tejido conjuntivo.

—Desde luego.

No intentó Elizabeth entender siquiera la parte técnica de lo que le decía Joepli. Lo que sí captaba era que el proyecto en el que estaba embarcado podía retardar el proceso de envejecimiento. Era una idea asombrosa.

Se quedó sentada en silencio, escuchando, pensando en lo que eso podría significar en cuanto a revolucionar la vida de hombres y mujeres del mundo entero. Según Joepli, no había motivo para que cualquier persona no pudiese vivir hasta los cien, ciento cincuenta o incluso los doscientos años.

—No sería siquiera necesario aplicarse inyecciones. Con esta fórmula los componentes pueden tomarse por vía oral, en una píldora o una cápsula.

Las perspectivas eran prodigiosas. Sería, ni más ni menos, una revolución social. Y billones de dólares para Roffe e Hijos. Fabricarían el producto ellos mismos y venderían también la patente a otros laboratorios.

Nadie que hubiese pasado los cincuenta dejaría de tomar una píldora que lo conservara joven. A Elizabeth le resultaba difícil disimular su excitación.

—¿Hasta dónde ha llegado en su proyecto?

—Como indico en mi informe, vengo realizando pruebas con animales desde hace cuatro años. Todos los resultados han sido positivos. Estoy casi listo para experimentar con seres humanos. —A ella le agradó su entusiasmo.

—¿Quién más está enterado del proyecto?

—Su padre lo sabía. Es un proyecto de Carpeta Roja. De máxima seguridad. Eso significa que rindo cuentas sólo al presidente de la empresa y a un miembro del Consejo.

De pronto un escalofrío la recorrió.

—¿Qué miembro?

—El señor Walther Gassner.

Elizabeth permaneció un momento en silencio.

—A partir de ahora —anunció luego— me informará directamente a mí. Sólo a mí.

Joepli la miró sorprendido.

—Sí, señorita Roffe.

—¿Cuándo podríamos lanzar el producto al mercado?

—Si todo sale bien, entre dieciocho y veinticuatro meses.

—Bien. Si necesita algo, dinero, más ayuda, instrumental, avíseme. Quiero que trabaje lo más rápidamente posible.

—Sí, señorita.

Elizabeth se puso de pie y al instante lo hizo Emil Joeeppli.

—Ha sido un placer conocerla. —Sonrió, y añadió tímidamente—: Me gustaba mucho su padre.

—Gracias. —Sam había estado enterado de este proyecto. ¿Sería ésa otra razón por la que se negaba a vender la compañía?

Junto a la puerta, Emil Joeeppli se volvió hacia Elizabeth.

—¡Va a dar resultado en las personas! —comentó—. Sí. Desde luego que sí. Tenía que resultar.

—¿Cómo funciona un proyecto de Carpeta Roja?

—¿Desde el principio? —preguntó Kate Erling.

—Desde el principio.

—Bueno. Como usted sabe tenemos varios centenares de proyectos en diversas etapas de experimentación. Ellos...

—¿Quién los autoriza?

—Hasta cierta suma de dinero, los jefes de los distintos departamentos en cuestión.

—¿Cuál es la suma?

—Cincuenta mil dólares.

—¿Y una cantidad más alta?

—Debe contarse con la aprobación del Consejo. Por supuesto, un proyecto no ingresa en la categoría de Carpeta Roja si no ha pasado las pruebas iniciales.

—¿Eso significa hasta que se vea una posibilidad de que tenga éxito?

—En efecto.

—¿Qué precauciones se toman?

—Si es un proyecto importante se transfiere todo el trabajo a uno de nuestros laboratorios de máxima seguridad. Se sacan todos los documentos de los archivos generales y se guardan en la Carpeta Roja, a la cual tienen acceso solamente tres personas: el científico a cargo de la investigación, el presidente de la empresa y un miembro del Consejo.

—¿Quién elige a ese miembro?

—Su padre eligió a Walther Gassner.

En el momento en que las palabras salían de su boca Kate Erling se dio cuenta del error que acababa de cometer.

Ambas mujeres se estudiaron con la mirada.

—Gracias, Kate. Eso es todo.

Elizabeth no había mencionado el proyecto de Joeeppli. Sin embargo, Kate sabía a cuál se refería. Había dos posibilidades.

O Sam se fiaba de ella y le había mencionado la investigación de Joeeppli, o ella se había enterado por su cuenta. Para contárselo a alguien.

El asunto era demasiado importante como para permitir que algo saliera mal. Verificaría ella misma el sistema de seguridad. Y tendría que hablar con Walther Gassner. Cogió el teléfono y se detuvo. Había una manera mejor.

Esa misma tarde Elizabeth volaba en un avión comercial a Berlín.

Walther Gassner estaba nervioso.

Había elegido un reservado de un rincón del comedor del Papillon, sobre la Kurfürstendamm. Cada vez que Elizabeth había ido a Berlín en el pasado, Walther había insistido en que fuera a cenar a su casa, con Anna y él. Esta vez no hubo mención al respecto. Sugirió, en cambio, la idea de que se encontraran en ese restaurante. Y había acudido sin Anna.

Walther Gassner conservaba aún su apostura bien definida, juvenil, como la de un actor de cine, pero el brillo de la superficie había comenzado a empañarse. Tenía en la cara arrugas de preocupación, y no cesaba de mover las manos. Parecía estar sometido a una extraordinaria tensión. Cuando ella le preguntó por Anna, contestó de manera vaga.

—No se siente bien. No ha podido venir.

—¿Es algo grave?

—No, no. Pronto se repondrá. Está en casa descansando.

—La voy a llamar...

—No conviene molestarla.

Era una conversación desconcertante, totalmente rara en Walther, que a Elizabeth siempre le resultó franco y extrovertido.

Sacó ella el tema de Emil Joeeppli.

—Necesitamos desesperadamente el producto sobre el que está

investigando.

Walther hizo un ademán de asentimiento.

—Va a ser algo grandioso.

—Le he pedido que no te rinda más cuentas a ti.

Las manos de Walther de pronto se quedaron quietas. Fue como un grito.

Miró a Elizabeth y dijo:

—¿Por qué lo has hecho?

—No tiene nada que ver contigo. Habría hecho exactamente lo mismo con cualquier otro miembro del Consejo. Simplemente, quiero manejar esto a mi manera.

—Entiendo. —Sus manos seguían inmóviles sobre la mesa—. Estás en tu derecho, claro. —Le dirigió una sonrisa forzada y ella advirtió lo mucho que le estaba costando—. Elizabeth, Anna posee muchas acciones en la empresa y no puede venderlas a menos que tú digas que sí. Es... es muy importante. Yo...

—Lo siento, Walther. No puedo permitir que se vendan ahora las acciones.

De repente las manos retomaron su movimiento.

Capítulo 24

Herr Julius Badrutt era un hombre delgado, endeble, que se asemejaba a una mantis religiosa de traje negro. Parecía uno de esos monigotes de palitos que dibujan los niños, con brazos y piernas angulosas y una cara insulsa, inacabada, esbozada en la parte superior del cuerpo. Estaba sentado, tieso, ante la mesa presidencial de Roffe e Hijos, frente a Elizabeth.

Con él había otros cinco banqueros. Todos vestían traje negro con chaleco, camisa blanca y corbata oscura. «No daban tanto la impresión de estar vestidos —pensó ella— como uniformados». Al pasear la vista por los rostros fríos, impassibles, sentados a la mesa, Elizabeth se sintió invadida por malos presentimientos. Antes de comenzar la reunión, Kate había traído una bandeja con café y deliciosos pastelillos recién salidos del horno. Los hombres los rechazaron, tal como habían rechazado la invitación de Elizabeth para ir a almorzar. Llegó a la conclusión de que era un mal síntoma. Habían acudido a recuperar el dinero que se les debía.

—Antes que nada quiero agradecerles que hayan acudido hoy aquí.

Se oyeron huecos murmullos de cortesía por respuesta.

Ella respiró hondo.

—Les pido que hablemos sobre una prórroga de los préstamos que Roffe e Hijos les adeuda.

Julius Badrutt movió la cabeza con pequeñas sacudidas.

—Lo siento, señorita Roffe. Ya se nos ha informado...

—No he terminado aún. —Miró en torno de la sala—. En su lugar, caballeros, yo me negaría.

Se quedaron mirándola; luego se miraron el uno al otro, perplejos.

—Si les preocupaban los préstamos cuando mi padre dirigía la empresa

—y él era un brillante empresario—, ¿por qué habrían de conceder una prórroga a una mujer que no tiene ninguna experiencia en los negocios?

Dijo Julius Badrutt fríamente:

—Ha respondido usted a su propia pregunta, señorita Roffe. No tenemos la menor intención de...

—No he terminado aún.

La estudiaban ahora con más cautela. Elizabeth devolvió la mirada, a cada uno de ellos, cerciorándose de que le prestaran total atención. Eran banqueros suizos, admirados, respetados y envidiados por sus colegas inferiores de otras partes del mundo de las finanzas. Se inclinaron hacia adelante para escuchar atentamente. Su actitud primera de impaciencia y aburrimiento se había transformado en curiosidad.

—Todos ustedes conocen a Roffe e Hijos desde hace mucho tiempo — prosiguió—. Estoy segura de que la mayoría de ustedes conocía a mi padre, y en tal caso, deben haber sentido respeto hacia él.

Gestos de asentimiento partieron de varios de los asistentes.

—Me imagino, caballeros, que debe habérseles atragantado el desayuno al enterarse de que yo ocuparía su cargo.

Uno de los banqueros sonrió; luego se rió abiertamente, y dijo:

—Está totalmente en lo cierto, señorita. No quisiera ser descortés, pero creo interpretar el pensamiento de mis colegas al afirmar que... ¿cómo dijo usted?... que nos atragantamos con el desayuno.

Elizabeth sonrió con aire ingenuo.

—No les culpo. Sin duda yo habría reaccionado de la misma manera.

Tomó la palabra otro banquero:

—A mí hay algo que me intriga, señorita Roffe. Ya que todos estamos de acuerdo sobre los resultados de esta reunión —extendió las manos en expresivo ademán—, ¿para qué estamos aquí?

—Están aquí porque en esta habitación se han reunido algunos de los hombres más importantes de la banca mundial. Me resisto a creer que hayan logrado tanto éxito valorándolo todo siempre en términos de dólares y centavos. Si eso fuera cierto, cualquiera de sus contables podría reemplazarlos al frente de sus negocios.

»Estoy segura de que la profesión de banquero es mucho más compleja.

—Por supuesto que sí —murmuró otro—, pero somos hombres de empresa, señorita, y...

—Y Roffe e Hijos es una empresa. Una gran empresa. Yo no sabía lo grande que era hasta que me senté a la mesa de mi padre. No tenía idea de cuántas vidas hemos salvado en países de todo el mundo. Ni de la enorme contribución que hemos hecho a la medicina. Ni de los miles de seres que dependen de esta compañía para su sustento. Si...

Julius Badrutt la interrumpió:

—Todo eso es muy loable, pero me parece que nos estamos apartando del tema. Tengo entendido que le han sugerido que si saca a la venta parte de las acciones habrá dinero más que suficiente para cancelar nuestros préstamos.

«Su primer error —pensó Elizabeth—. Tengo entendido que le han sugerido».

La sugerencia se había hecho en la intimidad de una reunión del Consejo, donde todo era confidencial. Uno de los asistentes había hablado. Alguien que trataba de presionarla. Estaba decidida a averiguar quién era, pero eso vendría después.

—Quiero hacerles una pregunta. Si saldamos los préstamos, ¿les importaría a ustedes de dónde viniera el dinero?

Julius Badrutt la miró de hito en hito, estudiando mentalmente la pregunta en busca de alguna trampa. Finalmente, respondió:

—No, mientras se nos abone la suma adeudada.

Elizabeth se inclinó hacia adelante y dijo con convicción:

—Entonces no les interesa si les pagamos con el producto de la venta de acciones a extraños o con nuestros propios recursos financieros. Todos ustedes saben que Roffe e Hijos no cerrará sus puertas. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. Lo único que les pido es que tengan la cortesía de concedernos un pequeño plazo adicional.

Julius Badrutt se mordió los labios secos antes de contestar:

—Créame, señorita, que comprendemos perfectamente la tensión emocional que ha pasado usted, pero no podemos...

—Tres meses. Noventa días. Y se les pagarían intereses de demora adicionales, naturalmente.

Se produjo un silencio alrededor de la mesa. Pero era un silencio

negativo. Elizabeth notaba los rostros fríos, hostiles. Decidió intentar una última jugada desesperada.

—Yo... yo no sé si es apropiado que les revele lo siguiente —dijo, titubeando ex profeso—, y les ruego que no divulguen el secreto. —Miró a todos y advirtió que había recuperado su interés—. Roffe e Hijos está a punto de abrir una brecha que va a revolucionar la totalidad de la industria de especialidades farmacéuticas. —Hizo una pausa para aumentar el suspenso—. Estamos a punto de lanzar un nuevo producto que, según nuestros cálculos, se venderá muchísimo más que cualquiera de las drogas actuales en el mercado.

El cambio de ambiente era perceptible.

Fue Julius Badrutt quien primero se tragó el anzuelo.

—¿Qué... ejem... clase... de...?

Elizabeth negó con la cabeza.

—Lo siento, señor Badrutt. Quizás haya hablado demasiado. Lo único que le puedo adelantar es que constituirá la mayor innovación en la historia de esta industria. Será necesaria una tremenda expansión de nuestras instalaciones. Tendremos que duplicarlas, tal vez triplicarlas. Por supuesto, buscaremos nueva financiación en gran escala.

Los banqueros intercambiaban miradas y gestos mudos. *Herr* Badrutt rompió el silencio.

—Si le concediéramos la prórroga de noventa días, naturalmente esperaríamos ocupar el lugar de privilegio en la financiación de las futuras transacciones de Roffe e Hijos.

—Naturalmente.

Nuevo intercambio de miradas significativas. «Como los tambores que envían mensajes en la jungla», pensó.

—Entretanto —prosiguió *Herr* Badrutt—, ¿nos asegura usted que al cabo de los noventa días levantarán todos los pagarés pendientes?

—Sí.

Herr Badrutt se quedó con la vista perdida en el vacío. Luego miró a Elizabeth y a sus colegas, y recibió de éstos sus gestos callados.

—Por mi parte, estoy dispuesto a aceptar. Considero que una prórroga, con intereses adicionales, no nos causará ningún trastorno.

Otro banquero manifestó su asentimiento.

—Si te parece que debemos aceptar, Julius...

Y se concretó. Elizabeth se recostó en su sillón tratando de disimular la sensación de alivio que la invadía. Había ganado noventa días.

Necesitaría cada minuto de ese plazo.

Capítulo 25

Era como estar en medio de un huracán.

Todo pasaba por la mesa de Elizabeth, desde los cientos de departamentos de la sede central a las fábricas de Zaire, los laboratorios de Groenlandia, las oficinas de Australia y Tailandia, de los cuatro rincones del mundo llegaban informes sobre nuevos productos, ventas, proyecciones estadísticas, campañas publicitarias, programas experimentales...

Debía tomar decisiones respecto a la construcción de nuevas fábricas, a la venta de fábricas viejas, a la adquisición de empresas, al reclutamiento y despido de ejecutivos. Contaba con valioso asesoramiento en cada fase del negocio, pero todas las decisiones finales debía tomarlas ella. Como en otra época las tomara Sam. Agradecía mentalmente haber trabajado esos tres años con su padre. Sabía mucho más sobre la empresa de lo que había supuesto, pero era insuficiente. El simple radio de acción era imponente. Elizabeth solía considerarlo un reino, pero se trataba de una serie de reinos regidos por virreyes; la sala del trono era el despacho del presidente. Cada uno de sus primos estaba a cargo de su propio dominio, pero además supervisaba otros territorios en el exterior, de manera que todos viajaban constantemente.

Pronto cayó Elizabeth en la cuenta de que tenía un problema especial. Era una mujer en un mundo de hombres, y descubrió que había una gran diferencia. Jamás había creído realmente que los hombres se tomaran en serio el mito de la inferioridad de las mujeres, pero enseguida debió cambiar de parecer. Nadie se lo expresó con palabras ni actuó abiertamente, pero Elizabeth se enfrentaba con ese prejuicio todos los días. Era una actitud originada en prejuicios atávicos, y era ineludible. A los hombres no les agradaba recibir órdenes de una mujer. Les fastidiaba la idea de que una

mujer cuestionara sus apreciaciones tratando de mejorar sus proyectos. El hecho de que Elizabeth fuese joven y atractiva, empeoraba las cosas. Intentaban hacerle sentir que hubiera debido quedarse en su casa, en la cama o en la cocina, dejándoles a ellos los asuntos serios de los negocios.

Elizabeth programaba reuniones con los distintos jefes de departamento día a día. No todos eran hostiles.

Algunos eran aves de rapiña. Una chica bonita sentada detrás de la mesa presidencial constituía un desafío para su ego machista. Era fácil leerles el pensamiento: «Si consigo tirármela, lo controlo todo».

Una versión en adulto de los chicos de Cerdeña.

Los hombres perseguían en ella la parte que no debían. Tendrían que haber perseguido su mente, porque a la larga era el cerebro de Elizabeth el que los controlaba a ellos. Subestimaban su inteligencia, y ése era su error.

Calculaban mal su capacidad de autoridad, y ése era otro error.

No juzgaban bien su fortaleza, y ése era su máximo error. Ella era una Roffe. Por sus venas corría la sangre de su padre y del viejo Samuel, y poseía también su espíritu y su decidida voluntad.

Mientras los hombres que la rodeaban trataban de utilizarla, Elizabeth los utilizaba a ellos. Extraía la sabiduría, la experiencia y la clara percepción que ellos habían acumulado, y se las apropiaba. Les dejaba hablar y escuchaba. Hacía preguntas y recordaba las respuestas.

Aprendía.

Todas las noches se llevaba a su casa dos pesadas carteras repletas de informes para estudiar. A veces trabajaba hasta las cuatro de la madrugada. Una noche, un periodista la fotografió al salir del edificio acompañada por una secretaria que llevaba sus dos carteras. La foto salió al día siguiente en los periódicos con el siguiente texto al pie: «Heredera trabajadora».

De la noche a la mañana se había convertido en una celebridad internacional. La historia de una hermosa jovencita que heredaba una empresa multimillonaria, de la que luego se hacía cargo, era irresistible. Los periodistas saltaban alborozados. Elizabeth era encantadora, inteligente y práctica, una combinación que rara vez se encontraba en las personas famosas.

Estaba dispuesta a conversar con ellos siempre que podía, con la

intención de restaurar la deteriorada imagen de la compañía. Cuando un reportero le preguntaba sobre algo que no sabía, no dudaba en tomar un teléfono y consultar a alguien. Sus primos venían a Zurich una vez por semana para asistir a reuniones, y pasaba con ellos todo el tiempo posible. Los veía a todos juntos e individualmente. Conversaba con ellos y los estudiaba, en busca de alguna clave para saber quién había permitido que muriera gente inocente en una explosión, quién había vendido secretos a la competencia, quién trataba de aniquilar a Roffe e Hijos.

Uno de sus primos.

Ivo Palazzi, con su encanto y su amabilidad irresistibles.

Alec Nichols, un correcto y verdadero caballero, afable, siempre a punto para echar una mano cuando Elizabeth necesitó de él.

Charles Martel, un hombre atemorizado, dominado. Y los hombres atemorizados pueden ser peligrosos cuando se los acorrala.

Walther Gassner. El típico muchacho alemán. Sumamente buen mozo y amable por fuera. ¿Cómo era por dentro? Se había casado con Anna, una heredera trece años mayor que él. ¿Lo habría hecho por amor o por dinero?

Cuando Elizabeth estaba con ellos, les escuchaba, les observaba, les sondeaba. Mencionaba la explosión en Chile y vigilaba sus reacciones; se lamentaba de las patentes que otras compañías habían pisado a Roffe; intercambiaba ideas respecto de los juicios pendientes promovidos por el Estado.

No averiguó nada. Quienquiera que fuese, era demasiado astuto como para delatarse. Habría que agarrarlo. Elizabeth recordó la nota marginal que había escrito Sam en el margen del informe: «Hay que atrapar al hijo de puta». Debería buscar la manera de cogerlo.

Cada vez le fascinaba más el funcionamiento interno de la industria farmacéutica.

Las malas noticias se difundían deliberadamente. Si un paciente moría por la medicación de una firma de la competencia, a la media hora una decena de hombres estaban llamando por teléfono a todo el mundo: «A propósito, ¿se enteró usted por casualidad de que...?».

Pero, aparentemente todas las empresas estaban en óptimas relaciones. Los directivos de las compañías más importantes celebraban periódicas

reuniones informales, y Elizabeth fue invitada a una de ellas. Era la única mujer presente, y conversaron sobre problemas mutuos.

El presidente de una de las grandes firmas, un hombre de mediana edad, libertino y pomposo, que había rondado alrededor de Elizabeth toda la noche, dijo:

—Las restricciones del gobierno cada día se vuelven más absurdas. Si el día de mañana algún genio inventara la aspirina, el gobierno nunca la aprobaría. —Dirigió a Elizabeth una sonrisa de superioridad—. ¿Tiene usted idea, jovencita, desde cuándo existe la aspirina?

La jovencita respondió:

—Desde el año cuatrocientos antes de Cristo, cuando Hipócrates descubrió la salicina en la corteza de un sauce.

Se quedó mirándola un momento, sin sonreír.

—Correcto. —Y se alejó.

Los empresarios estaban de acuerdo en que uno de los mayores problemas que tenían eran las compañías piratas, las usurpadoras que robaban la fórmula de productos que habían tenido éxito, les cambiaban el nombre y los lanzaban rápidamente al mercado. A los laboratorios serios les estaba costando millones de dólares por año.

En Italia no era siquiera necesario robarla.

—Italia es uno de los países donde no existen leyes de protección a las patentes de drogas nuevas —explicaba uno de los ejecutivos a Elizabeth—. Con sobornos de varios cientos de miles de liras, cualquiera puede adquirir las fórmulas y piratearlas con otro nombre. Invertimos millones de dólares en la investigación, y ellos se alzan con las ganancias.

—¿Eso ocurre solamente en Italia?

—Italia y España son los peores. Francia y Alemania Occidental no son tan malos. Inglaterra y Estados Unidos son limpios.

Elizabeth observó a esos hombres indignados, moralistas, y pensó si algunos de ellos no estaría implicado en el robo de patentes a Roffe e Hijos.

Tenía la impresión de pasar la mayor parte del tiempo en los aviones. Guardaba su pasaporte en el cajón superior de la mesa. Al menos una vez por semana recibía una llamada desesperada de El Cairo, Guatemala o Tokio, y a las pocas horas ya estaba en camino acompañada de una media docena de

personas de su entorno, a resolver alguna emergencia.

Se reunía con gerentes de fábricas y con sus familias en grandes ciudades como Bombay y en remotos puestos de avanzada como Puerto Vallarta, y poco a poco Roffe e Hijos comenzaba a adquirir una nueva perspectiva. Ya no era un montón de informes y estadísticas impersonales. Un informe con el encabezamiento «Guatemala» ahora significaba Emil Nunoz, su mujer gorda y feliz y sus doce hijos; «Copenhague» era Nils Bjorn y la madre paralítica con quien vivía; «Río de Janeiro» era una velada en compañía de Alessandro Duval y su deliciosa amante.

Elizabeth se mantenía en contacto regularmente con Emil Joeeppli. Lo llamaba siempre por su línea telefónica privada, por la noche, al apartamento que habitaba en Aussersihl.

Era cautelosa hasta por teléfono.

—¿Cómo van las cosas?

—Un poquito más lentas que lo que yo esperaba, señorita.

—¿Necesita algo?

—No. Tiempo, nada más. He tenido un pequeño problema, pero creo que ya lo he resuelto.

—Bien. Avíseme si precisa algo... cualquier cosa.

—Así lo haré. Gracias, señorita Roffe.

Elizabeth sentía la necesidad de estimularlo, de decirle que se apresurara porque sabía que se terminaba el plazo otorgado por los Bancos. Necesitaba desesperadamente ese producto en el que estaba trabajando Joeeppli, pero no ganaba nada apremiándolo, de modo que se tragaba la impaciencia. Sabía que los experimentos no terminarían antes de la fecha de vencimiento de los pagarés. Pero tenía un plan. Le daría a conocer el secreto a Julius Badrutt le mostraría el laboratorio para que viese con sus propios ojos lo que ocurría. Los Bancos les concederían todo el tiempo necesario.

Se dio cuenta de que cada vez trabajaba más estrechamente con Rhys Williams, en ocasiones hasta muy entrada la noche.

Por lo general lo hacían solos y cenaban en el comedor privado que ella tenía en su oficina o en el elegante apartamento que había alquilado. Se trataba de un moderno edificio de pisos en Zurichberg, sobre el lago Zurich, y era grande, aireado y bien iluminado. Más que nunca tomó conciencia del

poderoso magnetismo animal de Rhys, pero si él sentía alguna atracción por ella, se cuidaba muy bien de ocultarla. Siempre cortés y amable. «Como un tío materno», pensaba Elizabeth, con cierto matiz despectivo. Quería apoyarse en él, confiar en él, y sin embargo debía ser precavida. Más de una vez estuvo a punto de explicarle los intentos de sabotaje a la empresa, pero algo la hizo contenerse.

No estaba preparada aún para discutirlo con nadie. Por lo menos hasta contar con otros datos.

Iba adquiriendo más confianza en sí misma. En una reunión de ventas se estaba hablando de un producto para el pelo que registraba ventas muy bajas. Elizabeth lo había probado y opinaba que era superior a otros productos similares del mercado.

—Las farmacias nos devuelven enormes remesas —se lamentaba uno de los ejecutivos—. Sencillamente no entra. Necesitamos más publicidad.

—Ya nos hemos excedido en el presupuesto para publicidad —se opuso Rhys—. Tenemos que buscar otro enfoque.

—Retírenlo de las farmacias —propuso Elizabeth.

Todos se volvieron para mirarla.

—¿Cómo?

—Es demasiado fácil de obtener. —Se dirigió a Rhys—: Creo que deberíamos continuar con la campaña publicitaria, pero venderlo sólo en salones de belleza. Hacerlo exclusivo, difícil de conseguir. Ésa es la imagen que debería tener.

Rhys consideró la idea un momento; luego hizo un ademán de asentimiento.

—Me gusta. Intentémoslo.

De la noche a la mañana se empezó a vender fabulosamente.

Más tarde, Rhys la felicitó.

—No eres sólo otra cara bonita —dijo, sonriendo.

¡De modo que comenzaba a percatarse!

Capítulo 26

Londres.

Viernes, 2 de noviembre.

Cinco de la tarde.

Alec Nichols se hallaba solo tomando una sauna en su club cuando se abrió la puerta y un hombre entró en la habitación llena de vapor, con una toalla anudada en la cintura. Se sentó en el banco de madera, junto a Alec.

—Esto está más caliente que la teta de una puta, ¿no *Sir Alec*?

Alec se volvió. Era Jon Swinton.

—¿Cómo ha conseguido entrar?

Swinton parpadeó.

—He dicho que usted me estaba esperando. —Miró a Alec a los ojos—. ¿Acaso no me esperaba usted, *Sir Alec*?

—No. Ya le he dicho que necesito más tiempo.

—También nos dijo que su primita iba a vender las acciones y así podría pagarnos lo que nos debe.

—Ella... ella cambió de opinión.

—Entonces lo que le conviene es que ella vuelva a cambiar, ¿no le parece?

—Estoy intentándolo. Es cuestión de...

—Es cuestión de saber cuándo vamos a aceptar que se cague en nosotros. —Jon Swinton se le acercaba, obligando a Alec a arrinconarse en el banco—. No queremos ser bruscos porque es bonito tener un buen amigo como usted en el Parlamento. ¿Me comprende? Pero todo tiene su límite. —Se apoyó

contra Alec, forzándolo a arrinconarse más—. Le hicimos un favor. Ahora debe retribuirnos. Queremos que nos consiga un cargamento de drogas para nosotros.

—¡No! Eso es imposible. No puedo. No hay forma...

De pronto se dio cuenta de que estaba arrinconado en un extremo del banco, junto a la enorme estufa de metal donde había las piedras calientes.

—Cuidado —dijo—. Yo...

Swinton le aferró el brazo y se lo retorció, inclinándolo hacia las piedras. Alec sintió que se le comenzaban a chamuscar los pelos del brazo.

—¡No!

Al siguiente instante su brazo estaba apretado contra las piedras. Aulló de dolor y se cayó al suelo sin poder soportarlo.

Swinton estaba de pie a su lado.

—Encuentre el modo. Nos mantendremos en contacto.

Capítulo 27

Berlín.

Sábado, 3 de noviembre.

Seis de la tarde.

Anna Roffe Gassner no sabía cuánto tiempo más podría soportarlo.

Se había convertido en prisionera en su propia casa. Salvo por la criada que iba unas horas una vez por semana, Anna y los niños estaban solos, completamente a merced de Walther. Él ya no se tomaba el trabajo de disimular su odio. Anna había estado en el cuarto de los chicos, escuchando con ellos uno de sus discos favoritos.

«Welch ein Singen, Musizieren, Pfeifen, Zwitschken, Tiriliern...».

Walther entró hecho una furia.

—¡Estoy harto de eso! —gritó.

E hizo trizas el disco mientras los niños se acurrucaban aterrorizados.

Anna intentó aplacarlo.

—Lo... lo siento, Walther. No... no sabía que estabas en casa. ¿Quieres algo?

Dirigió hacia ella sus ojos llameantes, y dijo:

—Vamos a deshacernos de los niños, Anna.

¡Delante de ellos!

Apoyó las manos en los hombros de Anna.

—Lo que suceda en esta casa debe ser nuestro secreto. —Nuestro secreto. Nuestro secreto. Nuestro secreto.

Anna oía el eco de las palabras en su cabeza. Los brazos de Walther

empezaron a apretarla hasta impedirle la respiración. Se desmayó.

Al despertarse estaba acostada en su cama. Las persianas cerradas. Miró el reloj de la mesilla de noche. Las seis de la tarde. La casa estaba en silencio. Demasiado silencio. Su primer pensamiento fue para los niños y se sintió inundada por el pánico. Se levantó con las piernas temblorosas y a tumbos se encaminó a la puerta. Cerrada con llave desde fuera. Apoyó la oreja para oír. Debía oír los ruidos infantiles. Los niños debían haber subido a verla.

Si es que podían. Si aún estaban con vida.

Tanto le temblaban las piernas que apenas pudo llegar al teléfono. Musitó una callada plegaria y tomó el receptor. Escuchó el tono. Vaciló por temor a lo que Walther le haría si volvía a cogerla. Sin darse tiempo para pensar comenzó a marcar el 110. Sus manos temblaban tanto que marcó un número equivocado. Y otro más. Empezó a llorar. Le quedaba muy poco tiempo. Luchando contra su histeria cada vez mayor intentó nuevamente, esforzándose por mover despacio los dedos.

231

Llamaba. Luego, la voz milagrosa de un hombre que atendía.

—*Hier ist der Notruf der Polizei.*

A Anna no le salía la voz.

—*Hier ist der Notruf der Polizei. Kann ich Ihnen helfen?*

—*Ja!* —Fue un agudo sollozo—. *Ja, bitte! Ich bin in grosser Gefahr. Bitte schicken sie jemanden...*

Walther apareció frente a ella. Le arrebató el auricular de la mano y la arrojó contra la cama. Arrojó el receptor al suelo, respirando con dificultad, arrancó el cable de la pared y se volvió hacia Anna.

—Los niños —dijo ella, en un susurro—. ¿Qué les has hecho a los niños?

Walther no respondió.

El cuartel central de la Kriminal Polizei berlinesa estaba situado en 2832 Keithstrasse, en un barrio de casas de apartamentos comunes y edificios de oficinas. El teléfono de urgencias de la división Delikt am Mensch estaba equipado con un sistema automático de retención, de manera que el que llamaba no podía desconectarse hasta que el conmutador liberara electrónicamente la línea. De ese modo podía localizarse cualquier llamada, por breve que fuese la conversación. Se trataba de un aparato sofisticado,

motivo de orgullo para la policía.

A los cinco minutos de haber llamado Anna Gassner, el detective Paul Lange entró en el despacho de su jefe, el mayor Wegeman, con una grabadora.

—Quiero que escuche esto. —El detective apretó un botón y se oyó una voz masculina, metálica: «Hier ist der Notruf der Polizei. Kann ich Ihnen helfen?».

Luego una voz de mujer dominada por el terror: «Ja! Ja, bitte! Ich bin in grosser Gefahr. Bitte schicken sie jemanden...».

Se oyó un golpe, un chasquido y se cortó la línea. El mayor Wageman miró al detective.

—¿Ha localizado la llamada?

—Sabemos de qué casa ha partido —respondió, cauteloso, Lange.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Wageman se impacientaba—. Avise a Central que envíen un coche a investigar.

—Primero quería contar con su autorización. —El detective colocó un papelito sobre la mesa, frente al mayor.

—*Scheiss!* —Wageman se quedó mirándolo—. ¿Está seguro?

—Sí, señor.

El mayor Wageman volvió a contemplar la hojita de papel. El teléfono figuraba a nombre de Gassner, Walther. El director de la filial alemana de Roffe e Hijos, una de las gigantescas industrias del país.

No hacía falta discutir las implicaciones. Sólo un idiota las pasaría por alto. Si daban un paso en falso, los dos terminarían recorriendo las calles en busca de trabajo. El mayor pensó un momento, y dijo luego:

—De acuerdo. Verifique. Quiero que vaya usted mismo. Con cuidado, como pisando huevos, maldita sea. ¿Me entiende?

—Sí, señor.

La residencia de los Gassner quedaba en Wannsee, una zona muy elegante al sudoeste de Berlín. El detective Lange tomó la Hohenzollerndamm —la vía más larga— en lugar de la veloz autopista porque el tránsito era menos denso. Atravesó el Clayalle, pasando por el edificio de la cía, que estaba escondido detrás de setecientos metros de alambre de púas. Dejó atrás el cuartel principal del Ejército Norteamericano y dobló a la derecha en el

Camino Uno, como antiguamente se llamaba, el camino más largo de Alemania, que iba desde Prusia Oriental hasta la frontera con Bélgica. A su derecha, el Brücke der Einheit, el Puente de la Unidad, donde se había intercambiado al espía Abel por el piloto norteamericano de U-2, Gary Powers.

Lange salió de la carretera y se internó en las colinas arboladas de Wannsee.

Las casas eran bellísimas, impresionantes. Los domingos, Lange solía llevar a su mujer a ese barrio sólo para contemplar las fachadas y los jardines de las mansiones.

Encontró la dirección que buscaba y se internó por la larga senda de acceso a la finca de los Gassner. Esa finca representaba mucho más que dinero: representaba el poder. La dinastía de los Roffe era lo suficientemente poderosa para derrocar gobiernos. El mayor Wageman tenía razón: debía andar con pies de plomo.

Llegó hasta la puerta principal de la casa de piedra, de tres pisos, se bajó del coche, se quitó el sombrero y tocó el timbre. Esperó. Había ese silencio opresivo de las casas abandonadas. Sabía que eso era imposible. Volvió a llamar. Nada, salvo ese silencio agobiante. Pensaba si no convendría dar la vuelta para ir por detrás cuando, inesperadamente, se abrió la puerta y apareció una mujer de mediana edad, sin atractivo, vestida con un arrugado camisón. El detective la tomó por el ama de llaves. Mostró su identificación.

—Quiero ver a la señora de Gassner. Llámela, por favor, de parte del detective Lange.

—Soy yo.

Lange intentó disimular su sorpresa. La mujer no se parecía en nada a la imagen que él se había forjado de la dama de esa casa.

—Yo... nosotros recibimos una llamada en el cuartel de policía, hace un ratito.

Ella lo observaba con rostro ausente, desinteresado. El detective pensó que estaba llevando mal el asunto aunque no sabía bien por qué. Tenía la sensación de que se le estaba escapando algo importante.

—¿Usted hizo esa llamada, señora?

—Sí. Fue un error.

Su voz poseía un inquietante tono uniforme, remoto. Recordó la voz aguda, histérica, que media hora antes había grabado.

—Sólo para nuestra información, ¿puedo preguntarle qué clase de error? Su vacilación fue casi imperceptible.

—Había... pensé que me faltaba una alhaja. Ya la he encontrado.

El teléfono de urgencia era para asesinatos, violaciones, descuartizamiento. «Con cuidado, como pisando huevos, maldita sea».

—Entiendo. —El detective dudó un instante. Quería entrar en la casa para ver qué estaba encubriendo. Pero no podía decir ni hacer nada más—. Gracias, señora. Lamento haberla molestado.

Se quedó ahí de pie, frustrado, mientras le cerraban la puerta en las narices. Lentamente regresó a su coche y se marchó.

Del otro lado de la puerta, Anna dio la vuelta.

Walther hizo un ademán de asentimiento y dijo con voz queda:

—Has estado muy bien, Anna. Ahora nos vamos de nuevo arriba.

Él enfiló hacia la escalera. Anna sacó unas enormes tijeras que llevaba escondidas entre los pliegues de su camión y se las clavó en la espalda.

Capítulo 28

Roma.

Domingo, 4 de noviembre.

Al mediodía.

«Era un día perfecto —pensaba Ivo Palazzi— para visitar la Villa d’Este con Simonetta y sus tres preciosas hijas».

Mientras paseaba por los legendarios jardines de Tívoli del brazo de su mujer, viendo cómo las niñas corrían delante de ellos, de fuente en fuente, salpicándose, pensaba si Pirro Ligorio, que había construido ese parque para sus patrones, la familia D’Este, habrá podido imaginar cuánto gozo proporcionaría algún día a millones de turistas. La Villa d’Este quedaba a corta distancia, al noreste de Roma, recostada en lo alto de las colinas Sabinas. Ivo solía ir allí a menudo, pero siempre experimentaba un placer especial al pararse en la parte más alta y mirar, allá abajo, las decenas de chispeantes fuentes, cada una hábilmente diseñada, cada una distinta de las demás.

En una ocasión había llevado a Donatella y a sus tres hijos allí. ¡Cómo los adoraba! Su recuerdo lo entristeció. No había visto ni hablado con Donatella desde aquella horrible tarde en el apartamento. Todavía se acordaba claramente de los espantosos arañazos que ella le infligiera. Daba por descontado que ella debía de estar profundamente arrepentida. Cómo debía añorarlo. Bueno, le vendría bien sufrir un poco, como había sufrido él. Mentalmente oyó la voz de Donatella que decía:

—Vengan, chicos. Por aquí.

La voz era tan nítida que parecía real. La oyó exclamar:

—¡Aprisa, Francesco!

Ivo giró sobre sus talones y vio a Donatella detrás de él con los tres niños, que se acercaba, resuelta, hacia donde estaban él, Simonetta y las chicas. Lo primero que pensó fue que la presencia de Donatella en los jardines de Tívoli era pura coincidencia, pero apenas notó la expresión de su rostro cambió de opinión. ¡La *putana* intentaba reunir a sus dos familias para destruirlo! Ivo hizo frente a la situación como un demente.

Le gritó a Simonetta:

—¡Quiero mostrarles algo! Rápido, todas, por aquí.

Arrastró a su familia por la larga y serpenteante escalera de piedra que bajaba hasta el nivel inferior, empujando a los turistas, echando frenéticas miradas por encima del hombro. Arriba, Donatella y los niños se acercaban ya a la escalera. Ivo sabía que si los niños lo veían se iba todo a rodar. Con sólo uno de ellos que gritara: «¡Papá!» más le valdría ahogarse en las fuentes.

Hizo apresurar a Simonetta y a las chicas sin pausa, sin permitirles que se detuvieran ni por un instante.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Simonetta, jadeando—. ¿A qué se debe tanta prisa?

—Es una sorpresa —le respondió alegremente—. Ya verás.

Se aventuró a espiar otra vez hacia atrás. Donatella y los chicos momentáneamente no estaban al alcance de la vista. Al frente había un laberinto con un tramo de peldaños que subía y otro que bajaba. Eligió el que subía.

—¡Vamos! —les dijo a las niñas—. ¡El que llegue primero tiene un premio!

—¡Ivo! ¡No puedo más! —se quejó Simonetta—. ¿No podemos descansar un minuto?

La miró espantado.

—¿Descansar? Se estropearía la sorpresa. ¡Andando!

Tomó a su esposa del brazo y se precipitaron por la empinada escalinata. Las tres chicas iban delante. Ivo había perdido el aliento. «A todos les vendría bien un escarmiento —pensó amargamente— si me da un infarto y me muero aquí mismo. ¡Malditas mujeres! No se puede confiar en ninguna.

¿Cómo me ha venido a hacer esto? Ella me adora. Voy a matar a esta hija de puta».

Se imaginó estrangulando a Donatella en su cama. Ella vestía solamente una bata tenue. Él se la desgarraba y luego cogía con fuerza a su amante, que clamaba implorando piedad. Notó que tenía una erección.

—¿Podemos parar ahora? —le suplicó Simonetta.

—¡No! ¡Ya estamos por llegar!

Habían vuelto a ascender al nivel superior. Ivo echó una rápida mirada en tomo. No se veía a Donatella ni a los niños.

—¿Adónde nos llevas? —exigía saber Simonetta.

—Vas a ver —afirmó, histérico—. ¡Sigúeme! —Las empujó hacia la salida.

Isabella, la hija mayor, preguntó:

—¿Nos vamos, papá? ¡Si acabamos de llegar!

—Iremos a un lugar mejor. —Miró para atrás. Donatella y los chicos se acercaban trepando la escalinata.

—¡Más de prisa, niñas!

Un segundo más tarde, Ivo y una de sus familias habían traspuesto el portón de la Villa d'Este y corrían en dirección al coche, aparcado en la plaza.

—Nunca te he visto así —dijo Simonetta, entrecortada.

—Nunca he estado así. —Era sincero. Puso el motor en marcha antes de que terminaran de cerrar las puertas del coche y salió disparado de la plaza de estacionamiento como si lo persiguieran mil demonios.

—¡Ivo!

Cogió la mano de Simonetta.

—Quiero que ahora todos descansemos. Como regalo especial... os invito a almorzar al Hassler.

Se situaron ante un ventanal. Lejos, descollaba gloriosamente la basílica de San Pedro.

Simonetta y las niñas pasaron un rato estupendo. La comida era deliciosa. A Ivo le sentó lo mismo que si hubiese comido cartón. Le temblaban tanto las manos que casi no podía sostener los cubiertos. «No podré sostener esto por más tiempo —pensó—. No le permitiré que arruine mi vida».

Porque ahora ya no le cabía ninguna duda de que era eso exactamente lo que Donatella trataría de hacer.

Il giuoco, é stato fatto. El juego ha terminado. A menos que encontrara el modo de entregarle a Donatella el dinero que exigía.

Debía conseguirlo. No importaba cómo.

Capítulo 29

París.

Lunes, 5 de noviembre.

Seis de la tarde.

En el instante en que llegó a su casa supo que tenía problemas. Le esperaba Hélène, y con ella estaba Pierre Richaud, el joyero que había realizado las réplicas de las alhajas robadas. Charles se quedó parado en el umbral de la puerta, horrorizado.

—Entra, Charles. —Algo había en la voz de ella que lo aterró—. Creo que conoces al señor Richaud.

Charles miraba al frente, sabiendo que dijera lo que dijera sería para peor. El joyero tenía la vista clavada en el suelo, avergonzado, evidentemente incómodo.

—Siéntate, Charles. —Era una orden.

Charles se sentó.

—Lo que ahora vas a tener, *mon cher mari*, es una denuncia criminal por robo. Has estado robando mis alhajas y reemplazándolas por burdas imitaciones hechas por el señor Richaud.

Para su consternación Charles advirtió que se mojaba los pantalones, cosa que no le había ocurrido desde que era niño. Se sonrojó. Anhelaba desesperadamente poder salir un momento de la habitación para asearse. No, quería huir y no volver más.

Hélène lo sabía todo. No importaba cómo se había enterado. No habría escapatoria y no habría piedad. Ya de por sí era tremendo que hubiera

descubierto que le robaba.

¡Y cuando supiera el motivo! ¡Cuando averiguara que había planeado utilizar ese dinero para escaparse de ella! El infierno tendría un nuevo significado. Nadie conocía a Hélène como Charles. Era *une sauvage*, capaz de cualquier cosa. Sin dudarle un momento lo destruiría, lo convertiría en un *clochard*, uno de esos tristes vagabundos harapientos que duermen en las calles y los metros de París. Repentinamente su vida se había transformado en un *emmerdement*, en una mierda.

—¿De veras creías que ibas a conseguir salir airoso de semejante estupidez?

Charles permanecía lastimosamente en silencio. Sentía que se le mojaban más los pantalones, pero no se atrevía a mirar hacia abajo.

—Persuadí al señor Richaud para que me informara de todos los detalles. Persuadí. Charles no quería pensar cómo.

—Tengo fotocopias de los recibos del dinero que me has robado. Puedo mandarte veinte años a la cárcel. —Hizo una pausa y agregó—: Si se me ocurre.

Sus palabras sólo sirvieron para aumentar el pánico de Charles. La experiencia le había enseñado que una Hélène generosa era una Hélène peligrosa. Charles temía mirarla a los ojos. Se preguntó qué le exigiría ahora. Algo monstruoso.

Hélène se dirigió al señor Richaud.

—Usted no comente nada de esto con nadie hasta que yo decida lo que voy a hacer.

—Por supuesto, señora, por supuesto, por supuesto. —El hombre balbuceaba. Miró esperanzado en dirección a la puerta—. ¿Puedo...?

Hélène le concedió su asentimiento sin despegar los labios y Pierre Richaud se escabulló.

Lo observó partir. Luego dio media vuelta para estudiar a su marido. Podía incluso oler su miedo. Y algo más.

Orines. Sonrió. Charles se había meado del susto. Lo había entrenado bien. Hélène estaba contenta con él. Era un matrimonio muy satisfactorio. Había roto a Charles, lo había convertido en su criatura. Las innovaciones que él había introducido en Roffe e Hijos eran brillantes porque todas

provenían de Hélène. Ella gobernaba una pequeña parte de la compañía a través de su esposo, pero ahora no le bastaba. Ella era una Roffe. Era rica por propio derecho; sus anteriores matrimonios la habían hecho más rica aún. Mas no era el dinero lo que le interesaba sino el dominio de la empresa. Había planificado utilizar sus acciones para adquirir más, para comprarles el capital a los otros. Ya lo había conversado con ellos. Estaban dispuestos a acceder, a formar un grupo minoritario. Primero Sam se había interpuesto en su camino, y ahora Elizabeth. Pero no iba a permitir que Elizabeth ni nadie le impidieran alcanzar lo que se había propuesto. Charles se lo conseguiría. Y si algo salía mal, él sería la cabeza de turco.

Ahora, desde luego, había que castigarlo por su *petite révolte*. Le estudió el rostro y dijo:

—A mí nadie me roba, Charles. Nadie. Estás listo. A menos que yo decida salvarte.

Él seguía sentado en silencio, deseando que esa mujer muriera, aterrorizado. Hélène se encaminó hacia donde él estaba y le cogió la cara para frotarla contra sus muslos.

—¿Quieres que te salve, Charles?

—Sí —dijo él con voz ronca.

Hélène se quitó la falda con ojos depravados. «¡Dios mío! ¡Ahora no!», pensó él.

—Entonces escúchame. Roffe e Hijos es mi empresa. Quiero las acciones mayoritarias.

Charles levantó su mirada desdichada y respondió:

—Sabes que Elizabeth se niega a vender.

Hélène se sacó la blusa y las bragas. Se quedó desnuda como un animal, con su cuerpo cimbreño y magnífico, y sus pezones duros.

—Algo tienes que hacer con Elizabeth. Si no, te pasarás los próximos veinte años entre rejas. No te preocupes. Yo te indicaré lo que debes hacer. Pero primero ven aquí, Charles.

Capítulo 30

A la mañana siguiente, a las diez, sonó el teléfono privado de Elizabeth. Era Emil Joepli. Ella le había facilitado el número para que nadie se enterase de sus conversaciones.

—Quería saber si puedo verla. —Parecía excitado.

—Dentro de quince minutos estoy con usted.

Kate Erling levantó la vista sorprendida al notar que Elizabeth salía de su despacho con el abrigo puesto.

—Tiene una entrevista a las...

—Cancele todos mis compromisos para las próximas horas —le indicó Elizabeth, y se marchó.

En el Edificio de Desarrollo un guardia armado examinó el pase que ella le mostró:

—La última puerta de la izquierda, señorita Roffe.

Encontró a Joepli solo en su laboratorio. Él la saludó con entusiasmo.

—Anoche terminé las pruebas finales. Da resultado. Las enzimas inhiben por completo el proceso de envejecimiento. Mire.

La condujo hasta una jaula con cuatro conejos jóvenes, muy activos, llenos de una incansable vitalidad. Al lado había otra jaula que contenía otros cuatro conejos, más tranquilos, más maduros.

—Ésta es la generación número quinientos que recibe enzimas.

Elizabeth se paró frente a la jaula.

—Parecen sanos.

Joepli sonrió.

—Eso es sólo una parte del grupo de control. —Señaló la jaula de la izquierda—. Aquéllos son los ciudadanos adultos.

Elizabeth contempló los vigorosos conejos que retozaban como recién nacidos, y no lo pudo creer.

—Sobrevivirán a los otros en una proporción de tres a uno. Aplicando ese porcentaje a los seres humanos las conclusiones podían ser prodigiosas.

—¿Cuándo... cuándo estará listo para experimentar con personas?

—Estoy recopilando mis últimos apuntes. Después de eso, de tres a cuatro semanas como máximo.

—Emil, no hable de esto con nadie.

Joepli asintió con la cabeza.

—No lo haré, señorita. Estoy trabajando solo y tengo mucho cuidado.

La reunión del Consejo duró toda la tarde y salió bien. Walther no había aparecido. Charles volvió a sacar el tema de la venta de acciones, pero Elizabeth la vetó con firmeza. Después de eso, Ivo se había portado con tanto encanto como siempre, lo mismo que Alec. Charles parecía excepcionalmente tenso. A Elizabeth le habría gustado saber por qué.

Invitó a todos los socios a permanecer en Zurich y a cenar con ella. De la manera más natural posible mencionó los problemas que figuraban en el informe, con la esperanza de descubrir alguna reacción, pero no pudo detectar signos de nerviosismo ni de culpa. Y, salvo Walther, todos los que podían ser el culpable estaban sentados a esa mesa.

Rhys no había asistido a la reunión ni a la cena.

—Tengo que ocuparme de un asunto urgente —se había disculpado y Elizabeth pensó si no sería alguna chica.

Había notado que cada vez que Rhys se quedaba a trabajar con ella hasta entrada la noche, debía cancelar una cita. En una ocasión en que no pudo localizar a la chica a tiempo, ésta apareció por la oficina. Era una pelirroja estupenda, con una figura que a Elizabeth la hizo sentirse un varón. La chica estaba furiosa porque la hubieran dejado plantada, y no se tomaba la molestia de disimular su disgusto. Rhys la acompañó hasta el ascensor.

—Lamento el incidente —dijo.

Elizabeth no pudo contenerse.

—Es preciosa —comentó con voz dulce—. ¿A qué se dedica?

—Cirugía cerebral —le contestó Rhys, serio, y ella se rió. Al otro día se enteró de que, efectivamente, era cirujana.

Había también otras, y Elizabeth las odiaba a todas. Deseaba entender mejor a Rhys. Conocía al Rhys público, sociable, y quería conocer al Rhys íntimo, oculto, privado. Más de una vez pensó que Rhys estaba preparado para dirigir la empresa en lugar de recibir órdenes suyas. ¿Qué opinaría él al respecto?

Esa noche, después de la cena, cuando los miembros del Consejo se habían dispersado ya para tomar trenes y aviones de regreso a sus hogares, entró Rhys en el despacho de Elizabeth, donde estaba trabajando con Kate.

—Se me ha ocurrido que podía echarle una mano —dijo en tono jovial.

Ni mención de dónde había estado. «¿Por qué habría de decirlo? —pensó ella—. No tiene que rendirme cuentas».

Se pusieron a trabajar y el tiempo voló. Elizabeth observó a Rhys que, inclinado sobre sus papeles, leía rápidamente con su mirada ágil. Había detectado varios errores en unos contratos importantes que los abogados habían pasado por alto.

Rhys se enderezó, se desperezó y consultó su reloj.

—¡Uy! Es más de medianoche. Tengo un compromiso. Mañana, temprano, terminaré de verificar estos contratos.

Elizabeth se preguntó si el compromiso sería con la cirujana o con alguna otra de sus... Se contuvo. Lo que Rhys Williams hacía con su vida privada era asunto suyo.

—Lo siento. No me di cuenta de que se hacía tan tarde. Usted vayase, Kate, que yo voy a acabar la lectura de estos papeles.

—Te veo mañana. Buenas noches, Kate —saludó Rhys.

—Buenas noches, señor Williams.

Elizabeth lo miró partir. Luego puso empeño en concentrarse de nuevo en los contratos. Pero al instante sus pensamientos volaban hacia Rhys. Había sentido la necesidad de explicarle los adelantos de Emil Joepli en su nueva droga, de compartir la emoción con él, pero se había frenado. «Pronto», se dijo.

A la una de la madrugada habían concluido.

Kate Erling preguntó:

—¿Hay algo más que hacer, señorita Roffe?

—No, creo que esto es todo. Gracias, Kate. Mañana venga más tarde.

Elizabeth se puso de pie y se dio cuenta de lo entumecida que estaba por haber pasado tanto tiempo sentada.

—Gracias. Le tendré todo pasado a máquina mañana por la tarde.

—De acuerdo.

Elizabeth buscó su abrigo y su cartera, esperó a Kate y juntas se encaminaron a la puerta. Salieron al pasillo y enfilaron hacia el ascensor privado que las aguardaba con la puerta abierta. Entraron. Cuando Elizabeth iba a apretar el botón de la planta baja oyeron que sonaba el teléfono en la oficina.

—Atenderé yo, Kate. Váyase usted, por favor. —Y salió del ascensor.

En la planta baja, el portero de turno de noche miró el panel del ascensor y vio que la luz roja comenzaba a descender. Era la luz del ascensor privado. Eso significaba que bajaba la señorita Roffe.

Sentado en una silla, en un rincón, su chófer dormitaba con un diario en la mano.

—Viene la patrona —le avisó el portero.

De pronto una campana de alarma quebró el silencio del vestíbulo. Los ojos del guardia se dirigieron velozmente hacia el panel. La luz roja se precipitaba a una velocidad cada vez mayor, marcando el descenso del ascensor.

Estaba fuera de control.

—¡Dios mío! —musitó.

Corrió hacia el tablero, lo abrió y tiró de la llave de emergencia para activar el freno de seguridad. La luz roja continuaba su caída acelerada. El chófer llegó también a todo correr y vio la expresión en el rostro del portero.

—¿Qué va a...?

—¡Apártate! ¡Se va a estrellar!

Se alejaron de los ascensores hasta la pared más apartada. El vestíbulo comenzaba a vibrar con la velocidad que traía el vehículo desbocado, y el guardia pensó: «Que no sea ella».

Cuando el ascensor pasó como una bala por la planta baja escuchó los aterrorizados alaridos que provenían del interior.

Un instante más tarde se produjo un poderoso estruendo, y el edificio se estremeció como si lo hubiese afectado un terremoto.

Capítulo 31

El comisario inspector Otto Schmied, de la Kriminal Polizei de Zurich, estaba sentado a su mesa, con los ojos cerrados, haciendo profundas inspiraciones de yoga para calmarse un poco, tratando de dominar la furia que sentía.

En el procedimiento policíaco había normas tan elementales, tan obvias, que nadie había pensado que fuese necesario incluirlas en el manual del policía. Simplemente se daban por sobreentendidas, como comer, dormir o respirar. Por ejemplo, cuando ocurría una muerte conexas con un accidente, lo primero que debía hacer el detective investigador —lo primerísimo, lo inmediato, lo evidente y que se caía por su propio peso— era visitar el lugar del accidente. No había nada más elemental que eso. Pero sobre la mesa del comisario inspector había un informe redactado por el policía Max Hornung que violaba todas las normas del procedimiento policial. «Debí habérmelo esperado —pensó amargamente Schmied—. ¿Por qué habría de sorprenderme siquiera?».

El detective Hornung era la oveja negra del inspector Schmied, la persona que más detestaba, su Moby Dick (Schmied era un ferviente admirador de Melville). El inspector respiró hondo otra vez, y exhaló lentamente. Luego, un poco menos agitado, cogió el informe de Hornung y volvió a leerlo desde el principio.

INFORME DEL OFICIAL DE GUARDIA

Miércoles, 7 de noviembre.

HORA:

01:15 de la madrugada.

ASUNTO:

Aviso desde el conmutador general sobre un accidente ocurrido en el edificio de administración de Roffe e Hijos, en la fábrica de Eichenbanh.

TIPO DE ACCIDENTE:

Desconocido.

CAUSA DEL ACCIDENTE:

Desconocida.

CANTIDAD DE HERIDOS O MUERTOS:

Desconocida.

HORA:

01:27

ASUNTO:

Segundo mensaje del conmutador general ref. accidente en Roffe e Hijos.

TIPO DE ACCIDENTE:

Caída de ascensor.

CAUSA DEL ACCIDENTE:

Desconocida.

CANTIDAD DE HERIDOS O MUERTOS:

Una mujer, fallecida.

De inmediato comencé mi investigación. A la 01:35 de la mañana había obtenido el nombre del encargado del edificio de Roffe e Hijos, y él me facilitó el nombre del jefe de arquitectos.

02:30: Localicé al jefe de arquitectos. Estaba festejando su cumpleaños en La Puce. Me informó del nombre de la empresa que había instalado los ascensores, Rudolf Schatz, A. G.

A las 03:15 llamé por teléfono al señor Rudolf Schatz a su domicilio particular y le pedí que buscara de inmediato los planos de los ascensores. También le requerí el presupuesto inicial, los cálculos estimativos preliminares y los costos finales. Le solicité también un inventario completo de todos los materiales mecánicos y eléctricos empleados.

A esa altura el inspector Schmied empezó a experimentar una acostumbrada contracción nerviosa en su mejilla derecha. Inspiró profundamente varias veces y prosiguió leyendo.

06:15. Los documentos solicitados me fueron entregados en el cuartel de policía por la señora de Schatz. Luego de revisar el presupuesto preliminar y los costos finales llegué a las siguientes conclusiones:

a) no se habían utilizado materiales de inferior calidad en la construcción de los ascensores;

b) dada la reputación de la empresa fabricante, debe descartarse la posibilidad de que se haya hecho uso de mano de obra no capacitada, y por consiguiente que pudiera ser ésta la causa del accidente;

c) los dispositivos de seguridad de los ascensores eran apropiados; d) mi conclusión, por tanto, es que el motivo de la caída no fue un accidente.

Max Hornung, Departamento de Investigación Criminal.

Nota:

Como efectué las llamadas telefónicas durante la noche y las primeras horas de la madrugada, es posible que reciba usted alguna que otra queja por parte de las personas a quienes yo pueda haber despertado.

El inspector Schmied arrojó el informe sobre la mesa.

—¡Es posible! «¡Pueda haber despertado!». —La mitad de los funcionarios del gobierno suizo habían estado quejándose durante la mañana entera. ¿Qué se creía él que dirigía? ¿Una Gestapo? ¿Cómo se permitía despertar al presidente de una honorable empresa constructora y ordenarle que presentara documentos en mitad de la noche? ¿Cómo osaba impugnar la integridad de una firma respetable como Rudolf Schatz? Etcétera.

Pero lo sorprendente —más aún, increíble— era que el detective Max Hornung no había siquiera aparecido en el lugar del accidente hasta ¡catorce horas después de notificado! Cuando llegó, ya se había retirado a la víctima, se la había identificado y se le había practicado la autopsia. Otra media docena de detectives habían examinado el lugar del accidente, interrogado a

testigos y presentado sus informes.

Al terminar de releer el documento de Max Hornung, el inspector Schmied le mandó llamar a su despacho.

El sólo ver al detective Hornung era anatema para el inspector. Max Hornung era un hombre de expresión triste, totalmente calvo y con una cara que parecía haber sido hecha por un bromista distraído. La cabeza era demasiado grande; las orejas demasiado pequeñas y la boca era una uva pasa clavada en su rostro de flan. Era quince centímetros más bajo que el mínimo exigido por las estrictas reglamentaciones de la Kriminal Polizei de Zurich, pesaba siete kilos de menos y era irremediabilmente corto de vista. Y encima era pedante. Todos los integrantes de las fuerzas compartían un sentimiento unánime hacia él: lo odiaban.

—¿Por qué no lo despides? —había preguntado la mujer del inspector, y él casi le pega.

El motivo por el cual Max Hornung pertenecía al plantel de detectives de Zurich era que él solo, por su cuenta, había contribuido a incrementar los ingresos de Suiza más que todas las fábricas de relojes y de chocolates juntas. Max Hornung era contable, un genio de las matemáticas, con un conocimiento enciclopédico sobre temas fiscales, un instinto para detectar las triquiñuelas de los hombres y una paciencia que habría hecho morir de envidia a Job. Max había sido empleado del *Betrug Abteilung*, el departamento creado para investigar fraudes económicos, irregularidades en la venta de acciones y operaciones bancarias, y el ingreso y salida de moneda en Suiza. Fue Hornung el que había logrado detener el contrabando de billetes falsos en Suiza, el que había descubierto ingeniosas e ilegales maniobras financieras por valor de billones de dólares y había mandado a la cárcel a media docena de los dirigentes empresariales más respetados del mundo. Por más astutamente que las ganancias fuesen escondidas, disimuladas, enviadas al exterior, transferidas y retransferidas por intermedio de una compleja red de empresas fantasmas, al final Max Hornung averiguaba la verdad.

En suma, se había convertido en el terror de la comunidad financiera suiza.

De todos los bienes que los suizos adoraban e idolatraban, el que más

valoraban era la intimidad. Con Max Hornung suelto, no existía intimidad alguna.

Su sueldo de perro guardián financiero era magro. Le habían ofrecido sobornos de un millón de francos en cuentas bancarias numeradas, un chalet en Cortina d'Ampezzo, un yate, y en reiteradas oportunidades, mujeres bellas, núbiles. En cada caso el soborno fue rechazado, y las autoridades prontamente notificadas. A Max Hornung no le interesaba el dinero en lo más mínimo. Podría haber sido millonario simplemente aplicando sus aptitudes en el mercado bursátil, pero jamás se le ocurrió la idea. Una sola cosa le interesaba: pescar a los que se descarriaban del camino de la probidad económica. Ah, sí, otro anhelo consumía también a Max Hornung, y a la larga resultó una bendición para la comunidad mercantil. Por razones que nadie podía desentrañar, Max Hornung quería ser inspector de policía. Se imaginaba a sí mismo como una especie de Sherlock Holmes o Maigret que seguía pacientemente un laberinto de pistas e incansablemente acechaba a los criminales en su madriguera. Cuando uno de los más prominentes financieros suizos se enteró de que quería ser policía, de inmediato se reunió con varios amigos poderosos, y a las cuarenta y ocho horas se le ofrecía a Max Hornung un puesto de detective en las fuerzas policíacas de Zurich. Max no podía creer en su buena suerte. Aceptó prestamente: toda la comunidad mercantil dio un suspiro colectivo de alivio y reanudó sus actividades secretas.

Al inspector Schmied no se lo consultó siquiera sobre el tema. Recibió una llamada telefónica del dirigente político más influyente de Suiza que le dio las instrucciones, y ahí terminó todo.

O, para ser más precisos, ahí empezó todo. Para el inspector fue el principio de un calvario que no mostraba signos de acabar. Había tratado sinceramente de superar el fastidio de que le obligaran a aceptar a un detective sin experiencia ni idoneidad. Supuso que debía haber sólidas razones políticas para haber tomado tan inaudita medida. Muy bien, estaba dispuesto a colaborar, confiado en que podría dominar fácilmente la situación. La confianza desapareció en el instante en que Max Hornung se presentó ante él. El aspecto del detective era ridículo. Pero lo que dejó de una pieza al inspector al contemplar ese bulto humano fue su aire de superioridad, como si dijera: Aquí está Max Hornung; ahora todos pueden descansar y

dejar de preocuparse.

Se desvanecieron las intenciones del inspector sobre una fácil colaboración con el recién llegado. Planeó, en cambio, otra estrategia. Trató de barrer a Hornung debajo de la alfombra trasladándole de departamento en departamento, asignándole tareas sin importancia. Max trabajó en la Kriminal-Tech Abteilung, la división de huellas dactilares e identificación, y en la Fahndungsabteilung, la división de objetos robados y personas desaparecidas. Pero a Max Hornung todo el mundo se lo sacaba de encima como a una moneda falsa. Una norma establecía que cada policía debía prestar servicios como oficial de guardia en la mesa de emergencias nocturnas, una semana de cada doce. Invariablemente, cada vez que Max estaba de guardia, ocurría algo importante, y mientras el inspector Schmied y otros policías corrían por todas partes en busca de pistas, Max resolvía el asunto sin moverse de su mesa. Era para desesperar al más centrado.

No conocía nada acerca de procedimiento policial, criminología, medicina legal, balística ni psicología criminal —todos los temas que los demás policías dominaban—, y sin embargo seguía resolviendo casos que desconcertaban a todos.

El inspector Schmied llegó a la conclusión de que Max Hornung era el hombre más afortunado del mundo.

En realidad, la suerte no tenía nada que ver. El policía Hornung resolvía casos criminales del mismo modo que el contable Hornung había descubierto un centenar de ingeniosas artimañas para defraudar a los Bancos y al Estado. Max Hornung tenía una mente muy cuadrada, y de superficie muy limitada. Lo único que necesitaba era un cabo suelto, un hilo diminuto que no encajara en el resto de la trama, y una vez que lo tenía comenzaba a desenredarlo, hasta que se desmoronaba toda la madeja de teorías infalibles y brillantes que alguien había enrollado.

El hecho de que Max Hornung tuviese una memoria fotográfica enloquecía a sus colegas. Max recordaba al instante cualquier cosa que en alguna ocasión hubiese oído o visto.

Otro punto en contra —como si fuese necesario alguno más— era que sus cuentas de gastos ponían en apuros a todo el escuadrón de policías. La primera vez que entregó una rendición de cuentas, el Oberleutnant lo llamó a

su oficina y le dijo en tono cordial:

—Evidentemente ha cometido un error en sus cálculos, Max.

Era lo mismo que informarle a Capablanca que había sacrificado a su reina por estupidez.

Max parpadeó.

—¿Un error en mis cálculos?

—Sí. De hecho, varios. —El *Oberleutnant* señaló el papel que tenía ante sus ojos—. Transporte para cruzar la ciudad, ochenta céntimos. Regreso, ochenta céntimos. —Levantó la vista—. La tarifa mínima de taxi es de treinta y cuatro marcos por viaje.

—Sí, señor. Por eso mismo yo tomé el autobús.

El *Oberleutnant* se quedó mirándolo.

—¿El autobús?

A ningún policía se le exigía que viajara en autobús cuando trabajaba en un caso. Era inaudito. Lo único que se le ocurrió responder fue:

—Bueno, no... no es necesario. Es decir, naturalmente yo no fomento el derroche en este departamento, pero contamos con un presupuesto decente para gastos. Otra cosa. Usted salió tres días en comisión por este asunto. Olvidó incluir las comidas.

—No, *Herr Oberleutnant*. Por la mañana tomo café solamente; me preparo el almuerzo y lo llevo en una fiambarrera. Las cenas figuran aquí.

En efecto. Tres cenas: un total de dieciséis marcos. Debía de haber comido en la cocina del Ejército de Salvación.

El *Oberleutnant* le habló con voz fría:

—Señor Hornung, este departamento ha existido cien años antes de que viniera usted y seguirá existiendo cien años después de que usted se vaya. Aquí se cumplen ciertas tradiciones. —Le devolvió las cuentas—. Debe pensar en sus colegas. Ahora llévese esto, revíselo y me lo trae de vuelta.

—Sí, *Herr Oberleutnant*. Per... perdóneme si lo hice mal.

Un generoso ademán con la mano.

—Está bien. Al fin y al cabo, usted es nuevo aquí.

Treinta minutos más tarde Max Hornung entregaba su cuenta corregida. Había reducido sus gastos en un tres por ciento.

Ese día de noviembre, el inspector Schmied sostenía el informe de Max

Hornung en la mano. El autor del trabajo estaba de pie frente a él. Hornung vestía un traje color azul brillante, zapatos marrones y calcetines blancos. A pesar de lo que se había propuesto y de los ejercicios respiratorios de yoga, Schmied no pudo evitar los gritos. ¡Usted estaba aquí de guardia cuando dieron la noticia! Era tarea suya ir a investigar el accidente, ¡pero llegó al lugar catorce horas más tarde!

Todas las fuerzas policíacas de Nueva Zelanda podían haber venido en avión y haber regresado en ese tiempo.

—Ah, no, señor. El tiempo de vuelo de Nueva Zelanda a Zurich en *jet* es...

—¡Cállese la boca!

Schmied se pasó las manos por el pelo abundante, entrecano, tratando de pensar qué decirle a ese hombre. No se le podía insultar, no se podía razonar con él. Era un idiota tocado por la varita de la suerte.

El inspector bramó:

—No voy a tolerar la incompetencia en mi departamento, Hornung. Cuando se presentaron a trabajar los otros inspectores y vieron el informe, se trasladaron inmediatamente al lugar para inspeccionar el accidente. Llamaron una ambulancia, mandaron el cadáver al depósito, lo identificaron... —Sabía que estaba hablando demasiado rápido otra vez e intentó apaciguarse—. En resumidas cuentas, Hornung, hicieron todo lo que debe hacer un buen policía. Mientras usted, desde su oficina, se dedicaba a despertar a la mitad de los hombres más importantes de Suiza en medio de la noche.

—Pensé...

—¡No! Toda la mañana me la he pasado disculpándome por teléfono por usted.

—Tenía que averiguar...

—¡Vamos, salga de aquí, Hornung!

—Sí, señor. ¿Me da permiso para asistir al funeral? Es esta mañana.

—¡Sí! ¡Vaya!

—Gracias, señor. Yo...

—¡Váyase de una vez!

Transcurrieron treinta minutos hasta que el comisario inspector Schmied recuperó el ritmo normal de su respiración.

Capítulo 32

La sala de velatorios de Sinhlfeld estaba muy concurrida. Era un edificio antiguo, recargado de piedra y mármol, con cuartos para preparativos y un crematorio. Dentro de la capilla, dos decenas de ejecutivos y empleados de Roffe e Hijos ocupaban las primeras filas de asientos. Hacia el fondo estaban los amigos, los representantes de la comunidad y de la prensa. Situado en la última fila, el inspector Hornung pensaba que la muerte era ilógica. El hombre llegaba a la flor de la vida, y cuando podía dar más de sí mismo, cuando tenía más cosas por qué vivir, se moría. Era una insensatez.

El féretro de caoba estaba cubierto de flores. «Más despilfarro», pensó Hornung. Se había ordenado sellar el ataúd. Max entendía por qué. El reverendo hablaba con su voz de juicio final: «... muerte en la mitad de la vida..., nacidos en pecado..., eres polvo y en polvo te convertirás...». Max Hornung le prestaba escasa atención. Estudiaba a los asistentes.

—El Señor da y el Señor quita. —La gente se ponía en pie y se dirigía hacia la salida. El oficio religioso había concluido.

Max se colocó junto a la puerta. Al acercársele un hombre y una mujer, se puso frente a ésta y preguntó:

—¿La señorita Roffe? ¿Podría hablar unos minutos con usted?

El inspector Hornung, Elizabeth y Rhys Williams estaban sentados en un compartimento del Konditorei, frente a la sala de velatorios. Por la ventana alcanzaron a ver cómo cargaban el féretro en un coche fúnebre gris. Elizabeth desvió la mirada. Sus ojos estaban llenos de amargura.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Rhys de mala manera—. La señorita Roffe ya ha prestado declaración a la policía.

—Usted es el señor Williams, ¿no? Simplemente deseo constatar unos

pequeños detalles.

—¿No puede esperar? La señorita ha pasado por una muy penosa...

Elizabeth apoyó una mano en la de Rhys.

—Está bien. Si puedo ayudar en algo... —Se volvió a Max—. ¿Qué desea saber, señor Hornung?

Max se quedó mirando a Elizabeth, y por primera vez en la vida le faltaron las palabras. Las mujeres le resultaban tan extrañas como los seres de otro planeta. Eran absurdas e imprevisibles, sujetas a reacciones emotivas e irracionales. No servían. Max sentía pocas apetencias sexuales porque se dedicaba al entendimiento, pero podía apreciar la lógica precisa del sexo. Le excitaba la mecánica de mover piezas que se iban ajustando hasta formar un todo coordinado, funcional. Ésa era para él la poesía del amor. Su dinámica absoluta. Max opinaba que los poetas habían errado el camino. Las emociones eran imprecisas y desordenadas, un gesto de energía que no podía mover ni un milímetro el granito más pequeño de arena, mientras que la lógica podía mover el mundo. Lo que ahora le intrigaba era que se sentía muy a gusto con Elizabeth, y eso lo preocupaba. Jamás mujer alguna lo había inquietado de esa manera. Daba la impresión de que ella no le consideraba un hombrecito espantoso y ridículo, como las otras mujeres. Desvió sus ojos de ella para poder concentrarse.

—¿Tenía usted la costumbre de trabajar hasta muy tarde, señorita Roffe?

—Muy a menudo. Sí.

—¿Hasta qué hora?

—Depende. A veces hasta las diez. A veces hasta la medianoche, o más.

—¿Entonces se trataba de una especie de horario? Es decir, ¿la gente que la rodea conocía esa costumbre?

Elizabeth lo miraba, perpleja.

—Supongo que sí.

—La noche que se estrelló el ascensor, ¿se habían quedado a trabajar hasta tarde usted, la señorita Erling y el señor Williams?

—Sí.

—¿Pero no se marcharon juntos?

—Yo me fui más temprano. Tenía un compromiso —intervino Rhys.

Max lo estudió un segundo con la mirada; luego se volvió a Elizabeth.

—¿Cuánto tiempo después de que se marchara el señor Williams se fue usted?

—Más o menos una hora.

—¿Kate Erling y usted se retiraron juntas?

—Sí. Tomamos nuestros abrigos y salimos al pasillo. —La voz le flaqueó—. El ascensor estaba ahí, esperándonos.

El ascensor privado.

—¿Qué pasó entonces?

—Subimos. Sonó el teléfono en mi oficina. Kate —la señorita Erling— dijo: «Yo atiendo», y ya iba a hacerlo cuando le dije que lo dejara. Yo estaba esperando una llamada del exterior, solicitada un rato antes. —Se detuvo, con los ojos bañados en lágrimas—. Salí del ascensor. Ella me preguntó si debía esperarme. Le contesté «No, no. Váyase usted enseguida». Ella apretó el botón de la planta baja. Yo me encaminé a mi despacho, y cuando iba a abrir la puerta oí... oí los gritos. Después... —No pudo continuar.

Con el rostro tenso por la ira, Rhys se dirigió a Max Hornung:

—Basta ya. ¿Nos va a decir de qué se trata?

«Se trata de un asesinato —pensó Max—. Alguien había intentado matar a Elizabeth Roffe». Se quedó absorto, recordando todos los datos que había averiguado en las últimas cuarenta y ocho horas respecto de Roffe e Hijos. Era una empresa muy acosada, obligada a pagar sumas astronómicas por daños y perjuicios en demandas judiciales, enlodada por una publicidad adversa, que perdía clientes, que debía enormes cantidades de dinero a los Bancos, que ya se estaban impacientando.

Una empresa en condiciones óptimas para experimentar un cambio. Su presidente, Sam Roffe, titular de las acciones mayoritarias, había muerto. Un experto alpinista que se había matado en un accidente en la montaña. Las acciones mayoritarias habían pasado a su hija Elizabeth, que casi había encontrado la muerte en un accidente con un *jeep*, en Cerdeña, y había escapado por poco a la fatalidad en un ascensor recientemente revisado. Alguien estaba jugando juegos mortíferos.

Max Hornung debía considerarse feliz. Había hallado un cabo suelto. Pero también había conocido a Elizabeth Roffe, y ella no era ya solamente un nombre, un elemento, una ecuación matemática. Había algo muy particular

en ella. Max experimentaba la necesidad de ampararla, de protegerla.

—Le he preguntado de qué se trata... —dijo Rhys.

Max lo miró y respondió vagamente:

—Se trata... de... procedimientos policíacos, señor Williams. Simple rutina. —Se puso de pie—. Con su permiso.

Tenía algo urgente que hacer.

Capítulo 33

El inspector Schmied había tenido una mañana tremenda. Había habido una manifestación política frente a la compañía aérea Iberia, deteniéndose a tres hombres para averiguación de antecedentes. Un incendio de origen sospechoso en una fábrica de papel de Brunau. Se estaba investigando. Violación de una niña en Platzspitz Park. Un robo a mano armada en Guebelin y otro en Grima, cerca de Baur-au-Lac.

Y por si eso fuera poco, había vuelto Max Hornung entusiasmado con una insensata teoría. El inspector Schmied comenzó a jadear nuevamente.

—El cable del ascensor estaba resquebrajado —decía Max—. Al desplomarse, se anularon todos los dispositivos de seguridad. Alguien...

—Ya he visto los informes, Hornung. El desgaste normal.

—No, inspector. Revisé los datos del tambor del cable. Debía haber durado cinco o seis años más.

El inspector sintió un tic en la mejilla.

—¿Qué me quiere usted decir?

—Que alguien manipuló el ascensor.

No: «Creo que alguien manipuló el ascensor», ni: «en mi opinión alguien manipuló el ascensor». ¡Ah, no! «Alguien manipuló el ascensor».

—¿Por qué habrían de hacerlo?

—Eso es lo que me gustaría averiguar.

—¿Quiere volver a Roffe e Hijos?

Max Hornung lo miró, honestamente sorprendido.

—No, señor. Quiero ir a Chamonix.

La ciudad de Chamonix queda a sesenta y cinco kilómetros al sudeste de Ginebra, en el departamento francés de Haute-Savoie, entre el macizo del

Montblanc y la cadena del Águila Roja. A mil treinta y seis metros sobre el nivel del mar, es uno de los escenarios más imponentes del mundo.

El inspector Hornung no prestó la más mínima atención al paisaje al bajar del tren en la estación de Chamonix con una abollada maleta de cartón en la mano. Despidió al taxi con un gesto y se dirigió a pie a la comisaría local, un pequeño edificio situado frente a la plaza principal, en el centro de la ciudad. Entró y de inmediato se sintió como en su casa, deleitándose con la cálida camaradería que compartía con la fraternidad de policías de todo el mundo. Max era uno de ellos.

El sargento, detrás del mostrador, levantó la vista y le preguntó:

—*On vous pourrait aider?*

—*Oui.* —Resplandecía de gozo. Y empezó a hablar. Max atacaba todos los idiomas extranjeros de la misma manera: se abría paso en la impenetrable espesura de verbos irregulares, tiempos y participios usando la lengua como un machete. A medida que Max hablaba, el rostro del sargento pasaba de la intriga a la incredulidad. Los franceses habían empleado cientos de años en transformar sus lenguas, paladares y laringes para crear la música gloriosa que era el idioma francés. Y ahora ese hombre que tenía delante se las ingeniaba para convertirlo en una serie de ruidos horribles, incomprensibles.

El sargento no aguantó más. Lo interrumpió.

—¿Qué... qué está tratando de decir?

—¿Cómo? Estoy hablando francés.

El sargento se inclinó para preguntar con insolente curiosidad:

—¿Lo está hablando ahora?

«Este idiota no sabe hablar ni su propio idioma», pensó Max. Extrajo su carnet de identificación y se lo mostró. El sargento lo leyó de arriba abajo dos veces. Era imposible creer que ese hombre fuese policía.

De mala gana le devolvió el carnet.

—¿En qué puedo servirle?

—Estoy investigando un accidente de alpinismo ocurrido dos meses atrás. El nombre de la víctima es Sam Roffe.

El sargento asintió con la cabeza.

—Sí, ya recuerdo.

—Quisiera ver a alguien que pudiera suministrarme alguna información

sobre lo sucedido.

—La organización de rescate de montaña podrá ayudarlo, creo. Se llama Société Chamoniarde de Secours en Montagne, y queda en Place du Montblanc.

—El teléfono es cinco-tres-uno-seis-ocho-nueve. O quizá le puedan dar algunos datos en la clínica de la Route du Valais. El número telefónico es cinco-tres-cero-uno-ocho-dos. Se los voy a anotar. —Busc  un lápiz.

—No hace falta. Société Chamoniarde de Secours en Montagne, Place du Montblanc, cinco-tres-uno-seis-ocho-nueve. O si no, la clínica de la Route du Valais, cinco-tres-cero-uno-ocho-dos.

El sargento seguía con la vista fija largo rato después de que Max desapareciera por la puerta.

La Société Chamoniarde de Secours estaba a cargo de un joven moreno, de aspecto deportivo, sentado ante una desvencijada mesa de pino. Levantó la vista cuando Max entró, y en el acto pensó que ojalá a ese extraño visitante no se le ocurriera escalar una montaña.

— Qu  desea?

—Soy el inspector Max Hornung. —Le mostró su identificación.

— En qué puedo servirle, inspector Hornung?

—Estoy investigando la muerte de un hombre llamado Sam Roffe.

El muchacho suspiró.

—Ah, sí. Me gustaba mucho el señor Roffe. Fue un desgraciado accidente.

— Usted lo presenci ?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Yo sub  con mi patrulla de rescate apenas recibimos su señal de auxilio, pero no pudimos hacer nada. El cuerpo del señor Roffe se había caído a una hondonada. Jamás se podrá rescatar.

— C mo sucedió?

—Había cuatro personas en el grupo. El guía y el señor Roffe eran los últimos. Según tengo entendido estaban cruzando transversalmente un glaciar. El señor Roffe resbaló y se cayó.

— No llevaba puesto el equipo?

—Por supuesto. Se le cortó la cuerda.

—¿Eso suele ocurrir a menudo?

—Una sola vez. —Sonrió para festejar su broma. Al ver la cara que ponía el policía, se apresuró a añadir—: Los alpinistas avezados siempre revisan minuciosamente su equipo, pero aun así ocurren accidentes.

Max se quedó pensativo un momento.

—Me gustaría hablar con el guía.

—El guía habitual del señor Roffe no subió ese día.

—¿Ah no? ¿Por qué?

—Creo que estaba enfermo. Le reemplazó otro.

—¿Sabe el nombre?

—Si me espera un segundo se lo puedo buscar.

El muchacho pasó a una oficina interior. A los pocos minutos volvió con un papelito en la mano.

—Se llama Hans Bergmann.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No es de aquí. —Consultó el papelito—. Es de un pueblo llamado Lesgets, a unos sesenta kilómetros.

Antes de abandonar Chamonix, Max dio una vuelta por el hotel Kleine Scheidegg y habló con el encargado.

—¿Estaba usted de servicio cuando se alojó aquí el señor Roffe?

—Sí. El accidente fue algo espantoso, terrible.

—¿El señor Roffe había venido solo?

El empleado movió la cabeza.

—No. Estaba con un amigo.

—¿Un amigo?

—Sí. El señor Roffe hizo la reserva para los dos.

—¿Me podría dar el nombre del amigo?

—Cómo no. —Sacó un enorme libro de un cajón del mostrador y comenzó a pasar las hojas. Se detuvo y recorrió una página con el dedo—. Ah, aquí está...

Empleó casi tres horas en llegar a Lesgets en un Volkswagen, el coche más barato que pudo alquilar, y casi pasó de largo. No era siquiera un pueblo. Había unas pocas tiendas, un pequeño alojamiento alpino y un almacén de artículos generales con un puesto de gasolina en la puerta.

Se detuvo frente al hospedaje, y entró. Había una media docena de hombres sentados alrededor de un hogar, charlando. La conversación se fue muriendo al entrar Max.

—Perdón. Ando en busca de *Herr* Hans Bergmann.

—¿De quién?

—De Hans Bergmann. El guía. Es de este pueblo.

Un hombre de edad, con una cara que era un mapa meteorológico de sus años, escupió en el fuego y dijo:

—Alguien le ha tomado el pelo, señor. Yo nací en Lesgets. Jamás he oído hablar de ningún Hans Bergmann.

Capítulo 34

Era el primer día que iba a la oficina desde la muerte de Kate Erling, ocurrida una semana antes. Elizabeth llegó al vestíbulo de recepción consternada y respondió mecánicamente a los saludos del portero y de los guardias. Al fondo, vio a unos obreros que estaban reemplazando el ascensor estrellado. Pensó en Kate y se imaginó el terror que debió de haber sentido al precipitarse por doce interminables pisos hacia la muerte. Jamás podría volver a subir a ese ascensor.

Al entrar en su despacho, Henriette, la segunda secretaria, ya le había abierto la correspondencia y la había colocado sobre su mesa. Elizabeth la leyó rápidamente, iniciando algunas sin importancia, anotando preguntas en otras, marcando las menos para que se remitieran a diversos jefes de departamento. En la base de la pila se destacaba un sobre grande, sellado, que decía:

Elizabeth Roffe. Personal.

Tomó un cortapapeles, lo abrió y extrajo una fotografía de 20 x 25. Era un primer plano de un niño mongólico, de ojos saltones y cabeza encefálica. Prendida en la foto venía una nota escrita con lápiz rojo:

ÉSTE ES MI HERMOSO HIJO JOHN. SUS DROGAS LO
TRANSFORMARON EN ESTO. LA VOY A MATAR.

Soltó la foto y notó que le temblaban las manos, Henriette se acercó con

un manojo de papeles.

—Estas cartas están listas para la firma, señorita Roffe. —Vio la expresión del rostro de Elizabeth—. ¿Le pasa algo?

—Por favor, dígame al señor Williams que venga. —Sus ojos volvieron a clavarse en la fotografía.

Roffe e Hijos no podía ser responsable de algo tan monstruoso.

—Fue culpa nuestra —afirmó Rhys—. Un cargamento de drogas llevaba etiquetas equivocadas. Conseguimos retirarlo casi todo, pero... —Levantó las manos en un gesto expresivo.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace casi cuatro años.

—¿Cuántas personas resultaron afectadas?

—Cerca de un centenar. —Vio el cambio de semblante en ella y se apresuró a agregar—: Se indemnizó a todo el mundo. No todos los casos fueron como éste, Liz. Aquí somos extremadamente cuidadosos. Tomamos todas las medidas de precaución posibles, pero somos humanos. A veces se cometen errores.

Elizabeth seguía mirando fijamente la foto del niño.

—Es horrible.

—No debieron pasarte esta carta. —Rhys se pasó la mano por su espeso pelo negro—. No es el mejor momento para sacar el tema, pero se nos presentan otros problemas más importantes que éste.

—¿Sí? —No concebía que pudiese haber algo más importante.

—La dirección de Alimentos y Drogas acaba de emitir una disposición que nos perjudica en atomizadores o aerosoles. En el término de dos años se prohibirán por completo los atomizadores.

—¿En qué medida nos afectará esa disposición?

—Muchísimo. Significa que deberemos cerrar una media docena de fábricas en el mundo entero, y perderemos una de nuestras divisiones más rentables.

Elizabeth pensó en Emil Joepli y en el cultivo que él estaba investigando, pero no dijo nada.

—¿Qué más?

—¿Has leído los diarios de la mañana?

—No.

—La mujer de un ministro del gobierno belga, *Madame Van den Logh*, tomó Benexan.

—¿Es un producto nuestro?

—Sí. Es un antihistamínico y está contraindicado para las personas con hipertensión. En la etiqueta hay una advertencia explícita. Ella la ignoró.

Elizabeth sintió que el cuerpo se le ponía rígido.

—¿Qué le ha ocurrido a la señora?

—Está en coma. Tal vez se muera. Las informaciones periodísticas consignan que es uno de nuestros productos. Nos están lloviendo anulaciones de pedidos del mundo entero. El Ministerio nos ha notificado que va a iniciar una investigación, pero eso llevará no menos de un año. Hasta que la terminen podemos seguir vendiendo la droga.

—Quiero que la retiren del mercado inmediatamente.

—No hay razón para hacerlo. Es muy efectiva para...

—¿Ha dañado a alguna otra persona?

—Ha beneficiado a cientos de miles de personas. —Rhys hablaba con tono frío—. Es uno de nuestros más efectivos...

—No has respondido a mi pregunta.

—En algunos casos aislados supongo que sí. Pero...

—Quiero que la retiren del mercado. Ahora mismo.

Rhys se quedó callado, tratando de dominar su furia. Luego dijo:

—¿Quieres saber lo que le costará a la empresa?

—No.

—Hasta ahora has escuchado las buenas noticias. La mala es que los banqueros desean reunirse contigo. Ahora mismo. Inmediatamente. Reclaman el pago de su deuda.

Elizabeth permaneció en su oficina pensando en el niño mongólico y en la mujer que estaba en coma por haber ingerido una especialidad de Roffe e Hijos. Sabía perfectamente que esa clase de tragedia les ocurría también a otros laboratorios. Casi a diario aparecían crónicas en los periódicos sobre casos similares, pero no le habían afectado tanto como ésta. Se sentía responsable. Decidió hablar con los jefes de departamento que estaban a cargo de las medidas de seguridad para pedirles que extremaran las

precauciones.

«Éste es mi hermoso hijo John».

«*Madame Van den Log* está en coma. Tal vez se muera».

«Los banqueros desean reunirse contigo. Ahora mismo. Inmediatamente. Reclaman el pago de su deuda».

Se sintió sofocada, como si todo comenzara a rodar en torno a ella a un mismo tiempo. Por primera vez se preguntó si sería capaz de mantenerse firme. Las cargas eran demasiado pesadas y acudían con demasiada rapidez. Dio la vuelta en su sillón giratorio para contemplar el retrato del viejo Samuel que colgaba de la pared. Parecía tan competente, tan seguro. Pero ella sabía de sus dudas, de sus incertidumbres y de su desesperanza. Con todo, había logrado salir airoso. De alguna manera ella también sobreviviría. Era una Roffe.

Advirtió que el cuadro estaba ladeado. Probablemente como consecuencia de haberse estrellado el ascensor.

Al enderezarlo, el clavo que lo sostenía cedió, y el retrato cayó al suelo. Elizabeth miró el lugar donde había estado colgado. Adherido a la pared había un diminuto micrófono.

Eran las cuatro de la madrugada y Emil Joeeppli seguía trabajando, cosa que últimamente se había vuelto un hábito en él. Si bien Elizabeth Roffe no le había fijado un plazo, sabía lo importante que ese proyecto era para la compañía, y se apresuraba para concluirlo lo antes posible. Había oído inquietantes rumores acerca de Roffe e Hijos. Quería hacer todo lo que estuviera a su alcance para colaborar con la empresa, que con él se había portado muy bien. Tenía un sueldo generoso y total libertad. Le había gustado Sam Roffe, y ahora le gustaba su hija. Elizabeth nunca lo sabría, pero esas horas extras que trabajaba eran su obsequio para ella. Estaba inclinado sobre su mesita verificando los resultados de su último experimento. Eran mejores de lo que había supuesto. Sumido en profunda concentración, no reparaba en el fétido de los animales enjaulados, en la pegajosa humedad ni en lo avanzado de la hora. Se abrió la puerta y entró Sepp Nolan, el guardián que vigilaba «el cementerio». Nolan odiaba ese turno. Los laboratorios experimentales tenían un hálito sobrenatural por la noche. El olor de los animales lo descomponía. Nolan pensaba si todos los animales que allí

habían matado no tendrían un alma que regresaba a frecuentar esos pasillos. «Debería pedir que me den sueldo de fantasma», pensó. Hacía rato que todos los ocupantes del edificio se habían marchado ya a sus domicilios. Salvo ese maldito científico loco con sus jaulas llenas de conejos y gatos.

—¿Se va a quedar mucho, doctor?

Joepli levantó la vista. No había advertido la presencia de Nolan.

—¿Cómo?

—Si se va a quedar un rato más, le puedo traer un bocadillo o lo que usted quiera. Voy hasta el economato para comer algo.

—Café, nada más, por favor. —Volvió a concentrarse en sus gráficos.

—Al salir del edificio cerraré la puerta con llave. Enseguida vuelvo.

Joepli ni lo oyó.

Diez minutos más tarde se abría la puerta. Una voz dijo:

—Qué tarde que está trabajando, Emil.

Sobresaltado, Joepli alzó los ojos. Cuando vio quién era se puso de pie, turbado.

—Sí, señor. —Se sentía halagado de que ese hombre hubiese acudido a visitarlo.

—El proyecto de la Fuente de la Juventud, de máximo secreto, ¿eh?

Emil vaciló. La señorita Roffe le había indicado que nadie debía enterarse. Pero, desde luego, eso no incluía a su visitante. Ese hombre era el que lo había traído a la empresa, de modo que sonrió.

—Sí, señor. De máximo secreto.

—Bien. Que así sea. ¿Cómo anda el trabajo?

—Maravillosamente, señor.

El visitante se encaminó hasta una de las jaulas de conejos. Joepli lo siguió.

—¿Quiere que le explique algo?

El hombre sonrió.

—No. Estoy muy familiarizado con el tema, Emil. —Cuando se disponía a marcharse, rozó un platito de alimentos vacío, que se cayó al suelo—. Perdón.

—No se preocupe, señor. Yo lo recogeré. —Emil Joepli se agachó para recogerlo y sintió que la nuca le estallaba en una lluvia de color rojo, y lo

último que alcanzó a ver fue el suelo que venía presurosamente a su encuentro.

La insistente campanilla del teléfono despertó a Elizabeth. Se incorporó, atontada por el sueño, y miró el reloj luminoso que tenía sobre la mesilla de noche. Las cinco de la mañana. A tientas cogió el auricular. Una voz conmovida dijo:

—¿La señorita Roffe? Habla el guardia de seguridad de la planta. Ha habido una explosión en uno de los laboratorios. Ha quedado completamente destruido.

En el acto se despabiló del todo.

—¿Algún herido?

—Sí, señorita. Uno de los científicos murió quemado. No fue necesario que le dijera el nombre.

Capítulo 35

Max Hornung reflexionaba. En el despacho de los inspectores se mezclaban el golpeteo de las máquinas de escribir, voces altas que discutían, teléfonos que sonaban, pero Hornung no veía ni oía nada de esto. Poseía la absoluta concentración de las computadoras. Pensaba en la organización de Roffe e Hijos tal como la había concebido el viejo Samuel para que la firma quedara siempre en propiedad de la familia. Astuto, pensó Max. Y arriesgado. Le recordaba la tontina, el plan italiano de seguros concebido por el banquero Lorenzo Tonti en 1695. Cada miembro de la tontina aportaba una suma idéntica de dinero, y a medida que iban muriendo, los sobrevivientes heredaban su parte. Eso constituía un poderoso motivo para eliminar a los demás integrantes. Como en Roffe e Hijos. Era una tentación excesivamente grande permitir a la gente que heredara acciones valoradas en millones de dólares y luego prohibir su venta a menos que se produjera el consenso unánime.

Max se había enterado de que Sam Roffe se había opuesto. Había muerto. Elizabeth se había opuesto, y en dos oportunidades escapó a la muerte por los pelos. Demasiados accidentes. Max Hornung no creía en los accidentes. Fue a visitar al inspector Schmied.

Schmied escuchó el informe que le proporcionó Hornung respecto del accidente de montaña de Sam Roffe y dijo con voz gruñona:

—Entonces hubo una confusión con el nombre del guía. Eso no basta para asegurar que haya habido un asesinato. Al menos no en mi departamento, Hornung.

El pequeño policía manifestó paciente:

—Estimo que existen más elementos. Roffe e Hijos tiene grandes

problemas internos. Tal vez alguien pensó que eliminando a Sam Roffe se resolverían.

El inspector Schmied se recostó en su asiento y miró a Hornung con detenimiento. Estaba seguro de que sus teorías no poseían asidero. Pero la idea de que Max Hornung estuviera un tiempo fuera del alcance de su vista le llenaba de un inmenso placer. Su ausencia elevaría la moral del departamento entero. Y había algo más que considerar: las personas a quienes Hornung deseaba cuestionar. Nada menos que la poderosa familia Roffe. En circunstancias normales le habría ordenado que se mantuviera a miles de kilómetros de ellos. Si Hornung los irritaba —¡y cómo no habría de irritarles! — tenían la suficiente influencia para hacerlo expulsar de la policía. Y nadie podría culpar a Schmied. ¿Acaso no le habían obligado a aceptarlo? De modo que le respondió:

—El caso es suyo. Tómese el tiempo preciso.

—Gracias —exclamó Max, feliz.

Cuando iba por el pasillo rumbo a su oficina se encontró con el forense. Éste se detuvo al verlo y lo tomó del brazo.

—¡Hornung! ¿Puede pedirle su memoria un minuto?

Max parpadeó.

—¿Cómo dice?

—La patrulla de ríos acaba de extraer el cadáver de una joven. ¿Por qué no le echa una ojeada?

Max tragó saliva.

—Si lo desea...

Esa parte del trabajo no le agradaba, pero sentía que era su obligación.

La chica yacía en un impersonal cajón metálico en el helado depósito de cadáveres. Era rubia y tenía alrededor de veinte años, poco más o menos. Estaba hinchada por efecto del agua, y desnuda, salvo una cinta roja que llevaba anudada al cuello.

—Hay huellas, de relaciones sexuales justo antes de morir. La estrangularon y la arrojaron al río. No tiene agua en los pulmones. No hallamos huellas digitales en su cuerpo. ¿Alguna vez la había visto?

Max Hornung bajó la vista para mirar a la muchacha.

—No.

Se fue a tomar un autobús que lo condujera al aeropuerto.

Capítulo 36

Cuando Max Hornung aterrizó en el aeropuerto sardo de Costa Esmeralda, alquiló el coche más barato que encontró —un Fiat 500—, y se dirigió a Olbia. A diferencia del resto de Cerdeña, Olbia es una ciudad industrial, y los suburbios son una horrible extensión de fábricas y talleres, un basurero municipal y un gigantesco cementerio de automóviles que en su época fueron hermosos, convertidos ahora en viejos armatostes que sólo servían como chatarra. «Todas las ciudades del mundo tenían sus cementerios de automóviles», pensó. Monumentos a la civilización.

Llegó al centro de la ciudad y aparcó frente a un edificio que ostentaba este cartel: «Questura di Sassari Commissariato di Polizia Olbia». Apenas entrar, experimentó esa conocida sensación de identidad, de algo suyo. Mostró su carnet de identificación al sargento de mesa de entradas y pocos minutos después lo hacían pasar al despacho del jefe de policía, Luigi Ferraro. Ferraro se puso de pie con una sonrisa de bienvenida, que se le esfumó al divisar a su visitante. Algo había en Max que no lo hacía parecer un policía.

—¿Me permite sus documentos? —le pidió Ferraro, en tono cortés.

—Cómo no. —Max mostró de nuevo su carnet. Ferraro lo examinó detenidamente de ambos lados y se lo devolvió. La conclusión que sacó de inmediato fue que Suiza debía de andar muy escasa de policías. Tomó asiento detrás de su mesa y preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Max comenzó a explicarse en, según Max Hornung, un fluido italiano. El problema fue que el comisario tardó unos instantes en detectar en qué idioma le estaba hablando. Cuando dedujo el idioma que intentaba emplear levantó

horrorizado una mano y exclamó:

—¡Basta! ¿Habla usted inglés?

—Desde luego.

—Entonces, se lo suplico. ¡Usemos el inglés!

Una vez que Max hubo terminado su exposición, afirmó Ferraro:

—Usted está en un error, *signore*. Le puedo asegurar que pierde su tiempo. Mis mecánicos ya revisaron el *jeep*. Todos coincidieron en que fue un accidente.

Max asintió con la cabeza, imperturbable.

—Yo no lo he examinado.

—De acuerdo. Ahora está en un garaje para la venta. Uno de mis hombres lo conducirá allí. ¿No querría ver el lugar del accidente?

Max parpadeó.

—¿Para qué?

Se eligió al detective Bruno Campagna para que lo acompañara.

—Ya lo hemos comprobado. Fue un accidente —comentó Campagna.

—No.

El vehículo estaba en un rincón del garaje. Seguía abollado y salpicado con savia verde, seca.

—Todavía no he tenido tiempo de dedicarme a él —explicó el mecánico.

Max dio la vuelta al *jeep* inspeccionándolo.

—¿Cómo fue que se estropearon los frenos? —preguntó.

—*Gesú!* ¿Usted también? —profirió el mecánico con cierto fastidio—. Hace veinticinco años que soy mecánico, *signore*, y yo mismo examiné este *jeep*. La última vez que alguien tocó los frenos fue cuando el coche salió de la fábrica.

—Alguien los inutilizó.

—¿Cómo? —balbuceó el hombre.

—No lo sé aún, pero lo sabré —le aseguró Max, confiado. Echó un último vistazo al *jeep*. Luego dio media vuelta y salió del garaje.

El comisario Luigi Ferraro miró al inspector Campagna y le preguntó con tono imperioso:

—¿Qué hizo usted con él?

—No hice nada. Lo llevé al garaje, él quedó como un imbécil con el

mecánico y después anunció que quería dar una caminata solo.

—*Incredibile!*

Max estaba ante la costa, con la mirada perdida en las aguas color esmeralda del Tirreno. Concentrado, su mente trabajaba activamente en ajustar las piezas del gigantesco rompecabezas. Todo cuadraba perfectamente cuando uno sabía dónde colocarlas. El *jeep* era una pieza pequeña pero importante del rompecabezas. Los frenos habían sido revisados por expertos mecánicos.

Max no tenía razón para poner en duda ni su honestidad ni su eficiencia. Aceptada, por tanto, la posibilidad de que nadie hubiera manipulado los frenos. Como Elizabeth había conducido ese *jeep* y alguien deseaba su muerte, también aceptó el hecho de que sí los hubiesen manipulado. Era casi imposible hacerlo, y sin embargo alguien lo hizo. Max se enfrentaba con un individuo sumamente astuto, lo que le agregaba interés al asunto.

Bajó a la arena de la playa, se sentó sobre una roca grande y comenzó a concentrarse de nuevo en las piezas, alternándolas, dividiéndolas en secciones, volviendo a acomodarlas.

Veinte minutos más tarde la última pieza entraba en su sitio. Abrió de pronto los ojos y pensó, admirado «¡Bravo! Tengo que conocer al hombre que planeó todo esto».

Con posterioridad, Max Hornung debía pasar por dos lugares. El primero, justo a la salida de Olbia. El segundo, en las montañas. Tomó el avión de la tarde de regreso a Zurich.

Clase turista.

Capítulo 37

El jefe del departamento de seguridad de Roffe e Hijos le explicaba a Elizabeth:

—Todo sucedió demasiado rápido, señorita. No pudimos hacer nada. Cuando entró en acción el equipo para la extinción de incendios, ya estaba destruido el laboratorio entero.

Habían hallado los restos del cuerpo carbonizado de Emil Joeeppli. No había modo de saber si habían sacado del laboratorio su fórmula antes de la explosión.

—El edificio de Desarrollo tenía vigilancia las veinticuatro horas del día, ¿no?

—Sí, señorita. Nosotros...

—¿Cuánto tiempo hace que está usted a cargo del departamento de seguridad?

—Cinco años. Yo...

—Está despedido.

Iba a manifestar su protesta, pero cambió de idea.

—Sí, señorita.

—¿Cuántos hombres tiene a sus órdenes?

—Sesenta y cinco.

¡Sesenta y cinco! Y no pudieron salvar a Emil Joeeppli.

—Les doy un preaviso de veinticuatro horas. Quiero que se vayan todos.

Él la miró un momento.

—Señorita Roffe, ¿cree que está actuando con justicia?

Pensó en Emil Joeeppli, en las preciosas fórmulas robadas y en el micrófono que accidentalmente había descubierto instalado en su despacho.

—Retírese.

Se mantuvo ocupada hasta el último minuto de esa mañana tratando de borrar la imagen del cuerpo carbonizado de Emil Joeeppli y su laboratorio lleno de animales quemados. No quería pensar en lo que le costaría a la empresa la pérdida de esa fórmula. Existía la posibilidad de que una firma rival la patentara y Elizabeth no podía hacer nada al respecto. Era una jungla.

Cuando los competidores te consideraban débil, se acercaban a matar. Pero esto no lo estaba haciendo un competidor sino un amigo. Un amigo mortal.

Elizabeth dispuso que se contratara de inmediato a una compañía de vigilancia profesional. Se sentiría más segura rodeada de extraños.

Llamó por teléfono al Hospital International de Bruselas para enterarse del estado de *madame* Van den Logh, la mujer del ministro belga.

Le informaron que seguía en coma. No sabían si se salvaría.

Pensaba en Emil Joeeppli, en el niño mongólico y en la esposa del ministro, cuando entró Rhys. Rhys la miró un momento y preguntó suavemente:

—¿Tan malo es?

Ella hizo un ademán de asentimiento, desdichada.

Rhys se le aproximó y la estudió con la mirada. Estaba agotada, exhausta. Se preguntó cuánto tiempo más podría aguantar Elizabeth. Le tomó las manos entre las suyas y dijo:

—¿Puedo ayudarte en algo?

«En todo», pensó ella. Necesitaba desesperadamente a Rhys. Necesitaba su fuerza, su colaboración y su amor. Sus ojos se encontraron y ella estuvo a punto de lanzarse en sus brazos, de contarle todo lo ocurrido, todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Alguna novedad sobre *madame* Van den Logh? —dijo él.

La debilidad había pasado.

—No.

—¿Recibiste alguna llamada por el artículo del *Wall Street Journal*?

—¿Qué artículo?

—¿No lo has visto?

—No.

Rhys mandó buscar un ejemplar a su oficina. El artículo enumeraba los últimos problemas de Roffe e Hijos, pero el tema principal de la noticia era que la empresa necesitaba que la condujera una persona con experiencia. Elizabeth dejó el diario.

—¿Cuánto daño ocasionará este artículo?

Rhys se encogió de hombros.

—El daño ya está hecho. Ellos simplemente lo dan a conocer. Estamos empezando a perder muchos de nuestros mercados...

Sonó el intercomunicador. Elizabeth apretó el botón.

—¿Sí?

—*Herr* Julius Badrutt en línea dos, señorita. Dice que es urgente.

Levantó los ojos y miró a Rhys. Venía postergando la reunión con los banqueros.

—Comuníqueme con él. —Cogió el teléfono—. Buenos días, *herr* Badrutt.

—Buenos días. —Por el receptor le llegó su voz fría y áspera—. ¿Tiene algún compromiso esta tarde?

—Bueno...

—De acuerdo. ¿Le parece bien a las cuatro?

Elizabeth dudó.

—Sí. A las cuatro.

Oyó un crujido en la línea y se dio cuenta de que *Herr* Badrutt se aclaraba la garganta.

—Lamento lo que ha sucedido al señor Joepli.

El nombre de Joepli no se había mencionado en las crónicas periodísticas de la explosión.

Colgó lentamente y advirtió que Rhys la observaba.

—Los tiburones huelen sangre —comentó él.

Esa tarde abundaron las llamadas telefónicas. Habló Alec.

—Elizabeth, ¿has leído lo que ha publicado el diario esta mañana?

—Sí. El *Wall Street Journal* ha exagerado.

Hubo una pausa, tras la cual Alec agregó:

—No me refiero al *Wall Street Journal*. El *Financial Times* ha sacado un artículo con grandes titulares sobre Roffe e Hijos. Es negativo. Mis teléfonos

no han cesado de sonar. Estamos recibiendo importantes anulaciones de pedidos. ¿Qué vamos a hacer?

—Te llamo dentro de un rato, Alec —le prometió Elizabeth.

Llamó Ivo.

—*Carissima*, te aconsejo que te prepares para un gran impacto.

«Estoy preparada», pensó Elizabeth, con disgusto.

—¿De qué se trata?

—Hace unas horas han detenido a un ministro italiano por haber aceptado sobornos.

Intuyó lo que seguía.

—Prosigue.

Había un matiz de excusa en la voz de Ivo.

—No fue culpa nuestra. El hombre se puso codicioso y no tuvo precaución. Lo han agarrado en el aeropuerto cuando intentaba sacar el dinero de Italia. Contrabando. Han seguido la pista y averiguado que el dinero provenía de nosotros.

Por más que creyera haber estado preparada, Elizabeth sintió el impacto de la incredulidad.

—¿Por qué lo estábamos sobornando?

Dijo Ivo con voz sin matices:

—Para poder hacer negocios en Italia. Es lo que se estila aquí. Nuestro delito no ha sido haber sobornado al ministro, cara, sino que nos hayan atrapado.

Se echó hacia atrás en su asiento. Empezaba a dolerle la cabeza.

—¿Y ahora, qué pasa?

—Yo sugiero que nos reunamos con los abogados de la empresa cuanto antes. No te preocupes. En Italia sólo los pobres terminan en la cárcel.

Charles llamó desde París con voz desesperada por la inquietud. La prensa francesa hablaba en extenso de Roffe e Hijos. Charles instó a Elizabeth a vender la compañía mientras le quedara aún algo de reputación.

—Nuestros clientes están perdiendo la fe en nosotros, y sin fe no hay empresa.

Elizabeth pensó en las llamadas telefónicas, en los banqueros, en sus primos, en los periódicos. Demasiadas cosas ocurrían a demasiada velocidad.

Alguien hacía que ocurrieran. Debía averiguar quién.

El nombre figuraba aún en la agenda de direcciones privadas de Elizabeth.

María Martinelli. El nombre le trajo a la memoria recuerdos pasados de la chica italiana alta, de piernas largas, que había sido su compañera en el colegio suizo. Se habían escrito de vez en cuando. María trabajaba de modelo y le había contado a Elizabeth que se había comprometido con el director de un diario de Milán. En sólo quince minutos logró dar con ella. Tras el consabido intercambio de frases de cortesía, preguntó Elizabeth:

—¿Estás aún comprometida con el periodista?

—Por supuesto. Apenas Tony consiga el divorcio nos casaremos.

—Quiero pedirte un favor, María.

—Pide y con mucho gusto trataré de complacerte.

Menos de una hora después María Martinelli la llamaba.

—Tengo la información que precisabas. El banquero que cogieron tratando de sacar dinero de Italia fue entregado de un chivatazo. Dice Tony que un individuo dio el soplo a la policía de la frontera.

—¿Pudo averiguar el nombre de ese individuo?

—Ivo Palazzi.

El inspector Max Hornung había realizado un interesante descubrimiento. Se había enterado no sólo de que la explosión del laboratorio de Roffe e Hijos había sido premeditada, sino también de que se había utilizado un explosivo denominado Rylar-X, que se fabricaba exclusivamente para las fuerzas armadas, y que nadie más podía conseguir. Lo que a Max le intrigaba era que el Rylar-X se producía en una de las plantas de Roffe e Hijos. No necesitó más que una llamada telefónica para indagar cuál.

La de las afueras de París.

A las cuatro en punto, *Herr* Julius Badrutt apoyó su figura angulosa en un sillón y dijo, sin preámbulos:

—Aunque desearíamos complacerla, señorita Roffe, pienso que es prioritaria la responsabilidad que debemos a nuestros accionistas.

«Era el tipo de manifestaciones —pensó ella— que se hacía a las viudas y huérfanos antes de cancelarles el derecho de redimir una hipoteca». Pero esta vez ella estaba dispuesta a enfrentarse a *Herr* Badrutt.

—... El Consejo de Administración me ha dado instrucciones para que le informe que nuestros Bancos van a reclamar inmediatamente el pago de los documentos adeudados por Roffe e Hijos.

—Me habían dicho que me concedían noventa días.

—Desgraciadamente creemos que las circunstancias han cambiado para empeorar. Debo advertirle también que los otros Bancos que trabajan con ustedes han tomado la misma decisión.

Si los Bancos le retiraban el apoyo, no habría modo de que la empresa siguiera siendo privada.

—Lamento traerle tan malas noticias, señorita, pero he considerado que era mi deber anunciárselo personalmente.

—Sabrá usted, por supuesto, que Roffe e Hijos es todavía una empresa muy poderosa.

Herr Julius Badrutt hizo un gesto de asentimiento.

—Desde luego. Es una gran empresa.

—Y sin embargo no nos amplía el plazo.

Herr Badrutt la miró de hito en hito, y respondió:

—El Banco estima que sus problemas tienen solución, señorita Roffe. Pero... —Vaciló.

—¿Pero ustedes opinan que no hay nadie capaz de aplicarla?

—Me temo que esté en lo cierto. —Hizo ademán de levantarse.

—¿Y si fuera otro el presidente de Roffe e Hijos?

El hombre movió la cabeza.

—Hemos reflexionado sobre esa posibilidad. Creemos que ninguno de los miembros actuales de su Consejo tiene la capacidad suficiente para hacer frente a... —Yo estaba pensando en Rhys Williams.

Capítulo 38

El agente Thomas Hiller, de la División de Policía Marina del Támesis, se encontraba en un estado calamitoso. Estaba hambriento, soñoliento, cachondo y mojado, y no podía decidir cuál era el peor de sus sufrimientos.

Tenía sueño porque su prometida, Flo, lo había tenido despierto la noche entera, peleando. Hambre porque, cuando ella terminó de gritarle, se le había hecho tarde para ir al trabajo, y no tuvo tiempo de picar ni un bocado. Cachondez porque ella no le había permitido que la tocara. Y humedad porque el barco policial en el que viajaba, de diez metros de largo, había sido construido para el servicio, no para el placer, y se había levantado un viento que empujaba la lluvia a la pequeña timonera que él ocupaba. En días como ése había muy poco que ver, y menos aún que hacer. La División Támesis cubría ochenta y siete kilómetros de río, desde Dartford Creek hasta el puente Staines. Al agente Hiller le agradaba la tarea de patrullar, pero no cuando se hallaba en ese estado. ¡Malditas todas las mujeres! Imaginó a Flo en la cama, desnuda como una paloma buchona, sus enormes tetas meciéndose hacia arriba y hacia abajo mientras le gritaba. Echó un vistazo a su reloj. Media hora más y acababa ese lastimoso viaje. La nave había girado y enfilaba hacia el embarcadero de Waterloo. El único problema que tenía ahora era decidir qué haría primero, si dormir, comer o meterse en la cama con Flo «Quizá las tres cosas a la vez», pensó. Se frotó los ojos para despabilarse y se puso a contemplar el río sucio, crecido, salpicado por la lluvia.

Dio la impresión de emerger de la nada. Parecía un gran pez blanco que flotaba boca arriba, y lo primero que pensó Hiller fue: «si lo izamos a bordo va a apestar». Estaba unos diez metros a estribor, y el barco se alejaba de él. Si abría la boca, para dar la alarma el condenado pez iba a retrasar la hora de

completar su turno. Tendrían que detenerse, sujetarlo y empujarlo a un costado o remolcarlo. En cualquiera de los dos casos él tardaría más en reunirse con Fio. Bueno, no tenía por qué decir nada. ¿Y si no lo hubiese visto? ¿Y si...? Se alejaban cada vez más.

El agente Hiller gritó.

—Sargento, hay un pez flotando veinte grados a estribor. Parece un tiburón grande.

El motor diésel de cien caballos de fuerza repentinamente alteró su ritmo, y la embarcación comenzó a aminorar su marcha. El sargento Gaskins acudió a su lado.

—¿Dónde está? —preguntó.

La forma oscura se había esfumado, sepultada por la lluvia.

—Estaba por ahí.

El sargento Gaskins dudó. Él también estaba ansioso por llegar a su casa. Su impulso fue ignorar el maldito pez.

—¿Era tan grande como para poner en peligro la navegación?

Hiller luchó consigo mismo y perdió.

—Sí —dijo.

La nave de patrulla giró, entonces, y lentamente se dirigió hacia el lugar donde había visto el objeto por última vez. Inesperadamente volvió a aparecer casi debajo de la proa, y ambos se quedaron contemplándolo. Era el cadáver de una joven rubia.

Estaba desnuda, salvo por una cinta roja que llevaba anudada a su cuello hinchado.

Capítulo 39

En el instante en que el agente Hiller y el sargento Gaskins rescataban del Támesis el cadáver de la joven asesinada, a quince kilómetros del otro extremo de Londres el inspector Hornung ingresaba en el vestíbulo de mármol gris y blanco de New Scotland Yard. El simple hecho de trasponer los legendarios portales le hacía experimentar una sensación de orgullo. Perteneían todos a la misma gran hermandad. Le pareció gracioso que la dirección cablegráfica de Scotland Yard fuese ESPOSAS. A Max le gustaban mucho los ingleses. El único problema que tenían era su incapacidad de comunicarse con él. Los ingleses hablaban su propia lengua de una manera tan extraña...

El policía de guardia le preguntó.

—¿Qué desea, señor?

Max se volvió.

—Tengo una entrevista con el inspector Davidson.

—¿Nombre?

Max respondió lentamente, con marcada precisión:

—Inspector Davidson.

El hombre lo miró con interés.

—¿Su nombre es inspector Davidson?

—Mi nombre no es inspector Davidson, sino Max Hornung.

El policía dijo en tono de disculpa:

—Perdóneme, señor, pero ¿no habla usted nada de inglés?

Cinco minutos más tarde, Max estaba sentado en el despacho del inspector Davidson, un hombre robusto, de mediana edad, de rostro encendido y dientes amarillos y desparejos. «Típicamente británico», pensó

Max, encantado.

—Me adelantó usted por teléfono que deseaba obtener información acerca de *Sir Alec Nichols* como posible sospechoso de asesinato.

—Él es uno entre media docena.

El inspector lo miró fijamente.

—¿Qué dice? ¿Que viene uno para la cena?

Max suspiró. Repitió su frase lenta, detenidamente.

—Ah. —El inspector reflexionó un momento—. Vamos a hacer lo siguiente. Le enviaré a C-Cuatro, al Archivo de Ficheros de Criminales. Si allí no tienen nada sobre él, podemos probar en C-Once y C-Trece, Brigada Criminal.

El nombre de *Sir Alec Nichols* no figuraba en ningún archivo. Pero Max sabía dónde podía encontrar los datos que buscaba.

Esa misma mañana, más temprano, Max había llamado por teléfono a una cantidad de ejecutivos que trabajaban en el centro financiero de Londres.

Todos manifestaron la misma reacción. Cuando les anunciaba su nombre ellos se sobresaltaban porque todos tenían algo que esconder, y la fama de Hornung como ángel justiciero de las finanzas era internacional. En cuanto Max les comunicaba que andaba en busca de información sobre otra persona, se desvivían por ayudarlo.

Pasó dos días visitando Bancos, compañías financieras, organizaciones de información comercial e importantes oficinas de estadística. No le interesaba hablar con el personal de esas empresas, sino con sus ordenadores.

Max era un genio de los ordenadores. Se sentaba delante del panel de mando y manejaba las máquinas como un virtuoso. No importaba con qué lenguaje las hubiesen programado porque los conocía todos. Hablaba con los ordenadores digitales y con los de lenguaje de alto y bajo nivel. Estaba familiarizado con FORTRAN y FORTRAN IV, el gigantesco IBM 370, el pdp 10 y 11 y ALGOL 68.

Dominaba el COBOL, utilizado para actividades comerciales; el BASIC, usado por la policía, y el APL de alta velocidad que emitía solamente diagramas y gráficos. Hablaba también con LISP y APT, y con la PL-1. Mantenía conversaciones en el código binario y cuestionaba las unidades aritméticas y las unidades CPU, y la impresora de alta velocidad respondía a

sus preguntas a un promedio de dos mil cien líneas por minuto. Los monumentales ordenadores se habían pasado la vida absorbiendo información como insaciables bombas extractoras, almacenándola, analizándola, recordándola, y ahora la desgranaban al oído de Max, susurrándole sus secretos en sus aisladas criptas de aire acondicionado.

Nada era secreto, nada estaba a salvo. En la civilización actual, la intimidad era una quimera, un mito. Todo ciudadano estaba expuesto, con sus secretos más íntimos al desnudo, a la ficha radiográfica de las máquinas. Los ciudadanos figuraban en los archivos si cotizaban en la seguridad social, si habían suscrito una póliza de seguro, si sacaban permiso de conducir o si abrían una cuenta bancaria. Figuraban en lista si habían pagado impuestos, si habían percibido el seguro de desempleo o fondos de beneficencia. Sus nombres se almacenaban en los ordenadores si estaban amparados por un plan de asistencia médica, si tenían su casa hipotecada, si poseían un automóvil, una bicicleta o una cuenta de ahorro. Los ordenadores sabían su identidad si habían estado en un hospital o en el servicio militar, si poseían un permiso de caza o de pesca, si habían solicitado un pasaporte, un teléfono o el gas y la electricidad. También si habían estado casados o divorciados, o simplemente si habían nacido.

Sabiendo donde buscar y armándose de paciencia, podían conseguirse todos los datos.

Max Hornung y los ordenadores tenían una relación extraordinariamente buena. Las máquinas no se reían de su modo de hablar, ni de su aspecto, ni de su manera de actuar o de vestir. Para los ordenadores Max era un gigante. Respetaban su inteligencia, lo admiraban, lo amaban. Alegrementemente le revelaban sus secretos, intercambiando simpáticos chismes acerca de cómo se ponían en ridículo los mortales. Era como si se juntaran viejos amigos para pasar un buen rato.

—Hablemos de *Sir Alec Nichols* —sugirió Max.

Las máquinas empezaron a trabajar. Le suministraron a Max un bosquejo matemático de *Sir Alec*, dibujado en dígitos y códigos binarios, y gráficos. A las dos horas Max tenía un retrato del hombre, su identikit financiero.

Aparecieron ante sus ojos las copias de recibos bancarios, cheques cancelados y facturas. Lo primero que le llamó la atención fue una serie de

cheques por abultadas sumas, todos librados al portador, cobrados por el mismo *Sir Alec*. ¿Adónde había ido a parar ese dinero? Max se fijó si lo había declarado como una transacción comercial, un gasto personal o un descuento de impuestos. Negativo. Volvió a repasar la lista de gastos: un cheque para el White's Club, la cuenta de la carnicería (impagada)... un traje de noche de John Bates... una cuenta del dentista (impagada)... un fino conjunto de Saint Laurent, de París... una factura de White Elephant (impagada)... una factura de impuestos... John Wyndham, el peluquero (impagado)... cuatro vestidos de Ivés Saint Laurent, Rive Gauche... los sueldos del servicio doméstico...

Max formuló una pregunta al ordenador del Registro de Vehículos Automóviles.

Afirmativo. *Sir Alec* posee un Bentley y un Morris.

Faltaba algo. No salía ninguna factura del mecánico.

Hizo que los ordenadores rastrearán en sus memorias. En siete años no había existido jamás una sola factura de ese tipo.

—¿Hemos olvidado algo? —preguntaron las computadoras.

—No —respondió Max—, no habéis olvidado nada.

Sir Alec no iba nunca a un mecánico. Él mismo arreglaba sus coches. Un hombre con semejante habilidad mecánica no tendría ningún problema en hacer estrellar un ascensor o un *jeep*. Max Hornung inspeccionó detenidamente las secretas cifras que sus amigos le suministraban, con la ansiedad de un egiptólogo al traducir un conjunto de jeroglíficos recién descubiertos. Encontró más misterios. Los gastos de *Sir Alec* superaban ampliamente sus ingresos.

Otro cabo suelto.

Los amigos que Max poseía en el distrito comercial y financiero de Londres tenían conexiones en muchos sectores. Al cabo de dos días Max se había enterado de que *Sir Alec* había estado pidiendo dinero prestado a Tod Michaels, el dueño de un club del Soho.

Se dirigió a los ordenadores de la policía para interrogarlos. Ellos le escucharon y le respondieron. Sí, tenemos a Tod Michaels. Ha sido acusado de varios delitos, pero nunca se probó su culpabilidad. Se sospecha que está mezclado en chantaje narcóticos, prostitución y en prestar dinero con usura.

Max se dirigió entonces al Soho e hizo más preguntas. Averiguó que *Sir Alec* no jugaba, pero sí su mujer.

Al concluir, no le cabía ya ninguna duda de que alguien estaba extorsionando a *Sir Alec*. Tenía cuentas sin pagar; necesitaba dinero urgentemente. Poseía acciones valoradas en millones si las pudiera vender. Sam Roffe se había interpuesto en su camino, y ahora, Elizabeth Roffe.

Sir Alec Nichols tenía motivos para asesinar.

Max investigó a Rhys Williams. Las máquinas intentaron la búsqueda, pero la información resultó muy concisa.

Rhys Williams —le dijeron los ordenadores— era un hombre nacido en Gales, de treinta y cuatro años, soltero. Ejecutivo de Roffe e Hijos. Sueldo, ochenta mil dólares al año, más gratificaciones. Una cuenta de ahorros en Londres con un saldo de veinticinco mil libras. Una cuenta corriente con un saldo promedio de ochocientas libras. Una caja de seguridad en Zurich de contenido desconocido. Todas las tarjetas de crédito. Muchos de los artículos adquiridos con dichas cuentas eran para mujeres. Rhys Williams no tenía antecedentes policiales. Hacía nueve años que trabajaba para Roffe e Hijos.

«No es suficiente», pensó Max. Ni remotamente. Era como si Rhys Williams se estuviese escondiendo detrás de los ordenadores. Recordó la actitud protectora de Williams cuando él había interrogado a Elizabeth, luego del funeral de Kate Erling. ¿A quién estaba protegiendo? ¿A Elizabeth Roffe o a sí mismo?

Esa misma tarde, a las seis, Max tomó un avión de Alitalia en vuelo a Roma. En clase turista.

Capítulo 40

Ivo Palazzi había empleado casi diez años construyendo, cuidadosa y hábilmente, una intrincada doble vida que ni aun sus colaboradores más próximos conocían.

A Max Hornung y sus amigos, los ordenadores de Roma, les llevó menos de veinticuatro horas. Max conversó con la máquina instalada en el edificio Anagrafe, donde se reunían estadísticas de vital importancia y datos de la administración municipal.

Visitó los ordenadores de SID, así como también los de los Bancos.

Todos lo recibieron con los brazos abiertos.

Habladme de Ivo Palazzi.

Con mucho gusto.

Comenzaron las charlas.

Una cuenta de almacén, de Amici... la factura de un salón de belleza, Sergio, de la Via Condotti... un traje azul de Angelo... flores de Carducci... dos trajes de noche de Irene Galitzine... zapatos de Gucci... una cartera de Pucci... facturas de servicios públicos...

Max siguió leyendo los impresos de los ordenadores, examinándolos, analizándolos, olfateando. Algo olía mal. Pagaba el colegio a seis niños.

¿Os habéis equivocado? —preguntó.

Perdón. ¿Qué clase de equivocación?

Los ordenadores de Anagrafe me informaron que tenían registrado a Ivo Palazzi como padre de tres criaturas. ¿Acreditáis vosotros seis cuotas escolares?

Sí.

¿Acaso hay dos Ivo Palazzi?

No. Uno sólo. Dos familias. Tres hijas con su mujer. Tres hijos varones con Donatella Spolini.

Antes de haber terminado, ya conocía los gustos de la amante de Ivo Palazzi, su edad, el nombre de su peluquero y los nombres de los hijos ilegítimos. Sabía que Simonetta era rubia, y Donatella morena. Sabía también las medidas de sus vestidos y sujetadores y el número de zapatos que calzaba cada una, y cuánto costaban.

Entre los gastos, varios puntos llamaron su atención. Las cifras eran pequeñas, pero se destacaban como faros encendidos. Había un cheque por un torno, un cepillo y una sierra. A Ivo Palazzi le agradaba trabajar con las manos. Max pensó que un arquitecto probablemente supiera algo de ascensores.

Ivo Palazzi ha solicitado un préstamo bancario importante últimamente.

¿Se lo han concedido?

No. El Banco exigía que su mujer firmara en forma conjunta. Él retiró la solicitud.

Gracias.

Se dirigió en autobús al centro de Polizia Scientifica donde había un ordenador monumental en una espaciosa sala redonda.

¿Tiene ficha criminal Ivo Palazzi?

Afirmativo. Le condenaron por injurias y lesiones a los veintitrés años. La víctima tuvo que ser hospitalizada. Palazzi estuvo preso dos meses.

¿Algo más?

Ivo Palazzi tiene una amante en la Via Montemignaio.

Gracias. Eso ya lo sé. He visto las facturas de las dos casas.

Hay varias quejas de vecinos presentadas en la policía.

¿Qué tipo de quejas?

Alteración del orden. Peleas, gritos. Una noche ella destrozó toda la vajilla. ¿Es importante esto?

Mucho. Gracias.

De modo que Ivo Palazzi tenía su geniecito. Y Donatella Spolini tenía el suyo. ¿Había ocurrido algo entre los dos? ¿Le estaría ella amenazando con presentarse públicamente como su segunda familia? ¿Sería por eso que repentinamente había acudido al Banco a pedir un préstamo cuantioso?

¿Hasta dónde llegaría un hombre como Ivo Palazzi para proteger su matrimonio, su familia, su estilo de vida?

Un último dato llamó la atención al inspector. Una abultada suma abonada a Ivo Palazzi por la sección financiera de la policía italiana de seguridad. Era una recompensa, un porcentaje del dinero capturado al banquero al que había delatado.

Si Ivo Palazzi estaba tan desesperado por dinero, ¿qué más haría por conseguirlo?

Max se despidió de sus ordenadores y tomó un vuelo del mediodía a París, en Air France.

Capítulo 41

El trayecto en taxi desde el aeropuerto Charles de Gaulle hasta la zona de Notre Dame cuesta setenta francos, sin incluir la propina. El billete en el autobús número 351 hasta el mismo sitio vale siete francos y medio, y no hay que dar propina. El inspector Max Hornung tomó el autobús. Se hospedó en el Meublé, un hotel barato, y empezó a llamar por teléfono.

Habló con la gente que tenía en sus manos los secretos de los ciudadanos de Francia. Los franceses eran generalmente mucho más desconfiados que los mismos suizos, pero estaban ansiosos por colaborar con Hornung. Había dos motivos. Uno, que Max Hornung era una autoridad en su materia, sumamente admirado, y era un honor poder cooperar con semejante hombre. El otro motivo era que Max Hornung les producía terror. Para Max no existían secretos. El hombrecito de extraño aspecto, de acento raro, desnudaba a cualquiera.

—Desde luego —le respondieron—. Nuestros ordenadores están a su disposición. Todo será confidencial, por supuesto.

—Por supuesto.

Max fue a visitar al Inspecteur des Finances, al Crédit Lyonnais y a la Assurance Nationale, y conversó con los ordenadores de Hacienda.

Estuvo también con las máquinas de la gendarmerie de Rosny-sous-Bois y con las de la Prefectura de Policía, en île de la Cité.

Comenzaron con la plática ágil y fluida de viejos amigos.

¿Quiénes son Charles y Hélène Roffe-Martel?

Charles y Hélène Roffe-Martel, domicilio en Rué Francois Premier S, Vésinet, casados el 24 de mayo de 1970 en la Mairie, Neuilly. Sin hijos. Hélène tres veces divorciada. Apellido de soltera, Roffe. Cuenta bancaria en

el Crédit Lyonnais, de la avenida Montaigne, a nombre de Hélène Roffe-Martel. Saldo promedio superior a los veinte mil francos.

¿Gastos?

Con mucho gusto. Una cuenta de la Librairie Marcean por libros... una cuenta odontológica por tratamiento a Charles Martel... facturas hospitalarias de Charles Martel... honorarios médicos por chequeo a Charles Martel.

¿Tenéis el resultado del diagnóstico?

¿Puedes esperar? Debo hablar con otro ordenador.

—Sí, por favor. —Max esperó.

La máquina que contenía el informe del médico comenzó a hablar.

Tengo el diagnóstico.

Adelante.

Un estado nervioso.

¿Algo más?

Severas contusiones y magulladuras en muslos y nalgas.

¿Alguna explicación?

No se ha dado ninguna.

Prosigue, por favor.

Una factura por un par de zapatos masculinos de Pinet... un sombrero de Rose Valois... *foie-gras* de Fauchon... salón de belleza Carita... cena en Maxim's para ocho personas... cubiertos de plata de Christofle... un batín masculino de Sulka... Max hizo detener el ordenador.

Algo le molestaba. Algo relativo a las facturas. Comprendió qué era. Todas las compras habían sido firmadas por la señora Roffe-Martel. La factura por ropa de hombre, las cuentas de restaurantes... todas las cuentas a nombre de ella. Interesante.

Y luego, el primer cabo suelto.

Una compañía llamada Belle Paix había abonado impuestos inmobiliarios por unos terrenos. Uno de los propietarios de Belle Paix era Charles Dessain. El número de Seguridad Social de Charles Dessain coincidía con el de Charles Martel. Simulación.

—Quiero saber más sobre Belle Paix —dijo Max.

Belle Paix es de propiedad de René Duchamps y Charles Dessain, también conocido por Charles Martel.

¿En qué se ocupa Belle Paix?

Posee un viñedo.

¿En cuánto se estima su capital?

En cuatro millones de francos.

¿Dónde obtuvo Charles Martel esa cantidad?

En la Casa de mi Tía.

¿En casa de su tía?

Perdón. Es una expresión idiomática del francés. El nombre correcto es Crédit Municipal.

¿El viñedo es lucrativo?

No. Falló.

Max necesitaba más datos. Siguió hablando con sus amigos, sondeándolos, engatusándolos, exigiéndoles. Fue el ordenador de seguros el que le confió que se había registrado una posible defraudación en ese campo. Max sintió algo delicioso que se agitaba en su interior.

Háblame de eso.

Y charlaron como dos mujeres que intercambian chismes al encontrarse el lunes en la lavandería.

Cuando hubo acabado, Max fue a visitar a un joyero llamado Pierre Richaud.

En treinta minutos sabía cuántas alhajas de Hélène Roffe-Martel se habían duplicado. El valor ascendía a poco más de dos millones de francos, la cifra que Charles Martel había invertido en el viñedo. De modo que Charles Dessain-Martel había estado lo suficientemente desesperado como para robarle las joyas a su mujer.

¿Qué otros actos habría cometido en su desesperación?

Otro dato registrado también le interesó. Podía no tener importancia, pero lo archivó metódicamente en su cerebro. Era una factura por la compra de un par de botas de escalar montañas. Le dio qué pensar porque el montañismo no casaba con la imagen que él tenía de Charles Dessain-Martel, un hombre tan dominado por su mujer que ni siquiera poseía participación en los negocios, ni cuentas bancarias a su nombre, y se vio forzado a robar para poder invertir por su cuenta.

No, Max no se imaginaba a Charles Martel desafiando a la montaña.

Regresó a sus ordenadores.

La factura que me mostraron ayer de Timwear Sports Shop. Quisiera un resumen detallado, por favor.

Desde luego.

La información apareció en pantalla ante sus ojos. Era la factura por las botas. Medida 36 A. Medida de mujer. Hélène Roffe-Martel era la alpinista.

A Sam Roffe lo habían asesinado en la montaña.

Capítulo 42

La Rué Armengaud era una tranquila calle parisiense bordeada de residencias particulares de uno o dos pisos, todas ellas con tejados inclinados, a dos aguas. Descollaba el número 26, un moderno edificio de ocho pisos de vidrio, acero y piedra, la sede central de la Interpol, la cámara de compensación de los datos relativos a actividades criminales internacionales.

Max Hornung estaba hablando con un ordenador en el inmenso subsuelo con aire acondicionado cuando entró un miembro del personal y le dijo:

—Arriba van a pasar una película de muerte. ¿No quiere ir a verla?

Max levantó la vista.

—No sé. ¿Qué es una película de muerte?

—Vaya a echar una ojeada.

Dos decenas de hombres y mujeres ocupaban los asientos de la gran sala de proyección del tercer piso. Eran miembros de la Interpol, inspectores de la Sûreté, detectives en civil y varios policías uniformados. Al frente de la sala había una pantalla. René Almedin, adjunto del secretario de la Interpol, se dirigía al público. Max encontró asiento en la fila del fondo.

—... En los últimos años nos han llegado cada vez más rumores sobre las películas de muerte, filmes pornográficos donde al final del acto sexual la víctima es asesinada frente a la cámara. No se ha podido comprobar nunca la existencia de tales filmes. La razón, por supuesto, es obvia. No se ruedan para el público sino para la exhibición en privado a ricachones que disfrutaban de una manera retorcida y sádica. —René Almedin se quitó lentamente las gafas—. Como he dicho, todo eran rumores y especulaciones. Pero la cosa ha cambiado. Dentro de unos instantes van a ver ustedes un fragmento de una película de muerte de verdad. —Hubo una expectante agitación entre los

concurrentes—. Hace dos días un peatón fue atropellado en un accidente, en Passy. El accidentado murió camino del hospital. Aún no se lo ha identificado. La Sureté encontró este rollo de cinta en la cartera que llevaba, y lo entregó al laboratorio para su revelado. —Hizo una señal y las luces se apagaron. Empezaba la película.

La joven rubia no podía tener más de dieciocho años. Había cierto matiz de irrealidad al contemplar ese rostro juvenil realizando una fellatio, un analingus y una gama de otros actos sexuales con el hombre corpulento y lampiño que yacía en la cama con ella. La cámara enfocaba un primer plano del enorme pene al penetrar en la muchacha; luego enfocaba la cara de la chica. Max Hornung no la había visto nunca antes. Pero sí había visto algo que le resultaba familiar.

Sus ojos se clavaron en la cinta roja que la chica llevaba anudada al cuello. Le traía algo a la memoria. Una cinta roja. ¿Dónde? Poco a poco la joven fue excitándose, y cuando comenzaba su clímax, los dedos del hombre le aferraron la garganta y comenzaron a apretarla. La expresión del rostro femenino cambió del éxtasis al espanto. Luchó denodadamente por zafarse, pero las manos la ceñían con más fuerza, hasta que, en el momento final del orgasmo, la chica moría. La cámara se acercó más para tomar un primerísimo plano de su cara. La película terminó. De pronto se encendieron las luces. Max recordó.

El cadáver que habían extraído del río en Zurich.

En el cuartel general de la Interpol en París estaban empezando a llegar de todo el mundo las respuestas a los cables urgentes que se habían despachado. Se habían producido seis asesinatos similares en Zurich, Londres, Roma, Portugal, Hamburgo y París.

René Almedin le comentó a Max:

—Las descripciones concuerdan exactamente. Las víctimas son todas rubias jóvenes; se las estranguló en el momento del acto sexual y los cuerpos están desnudos, salvo una cinta roja que llevan alrededor del cuello. Se trata de un asesino múltiple. Alguien que tiene pasaporte o que es lo suficientemente acaudalado para viajar por todas partes por su propia cuenta o subvencionado por alguien.

Un hombre vestido de civil entró en la oficina.

—Hemos tenido bastante suerte. La película virgen la fabrica una pequeña firma de Bruselas. Esta serie en particular tenía un problema en el equilibrio de colores, lo que facilita su identificación. Nos van a suministrar una lista de las personas que la compraron.

—Cuando tenga esa lista me gustaría verla —dijo Max.

—Desde luego —le respondió René Almedin estudiándolo con la mirada. Max no se parecía a ningún policía que hubiese conocido. Y sin embargo fue él quien estableció un vínculo entre todas las películas de muerte.

—Tenemos una deuda de gratitud con usted. —Max lo miró y pestañeó—. ¿Por qué? —preguntó.

Capítulo 43

Alec Nichols no deseaba asistir al banquete, pero tampoco quería que Elizabeth fuera sola. Ambos debían pronunciar unas palabras. La fiesta era en Glasgow, ciudad que él odiaba. Frente al hotel, un coche aguardaba para transportarlos al aeropuerto apenas pudiesen disculparse cortésmente. Él ya había hablado pero tenía la mente en otra parte. Estaba tenso y nervioso, y tenía el estómago revuelto. A algún idiota se le había ocurrido la mala idea de servir haggis^[2]. Casi no lo había probado. Elizabeth estaba sentada a su lado.

—¿Te sientes bien, Alec?

—Sí. —Le palmeó una mano para tranquilizarla.

Los discursos terminaban cuando un camarero se le acercó.

—Perdóneme, señor —dijo, en un susurro—. Hay una llamada de larga distancia para usted. Puede cogerla en la oficina.

Alec salió del enorme comedor, detrás del camarero y se dirigió al despacho que quedaba detrás del mostrador de recepción. Tomó el teléfono.

—Diga.

Oyó la voz de Swinton.

—¡Ésta es la última advertencia! —La línea se cortó.

Capítulo 44

La última ciudad en el itinerario de Max Hornung era Berlín. Sus amigos, los ordenadores, lo esperaban. Max habló con el exclusivo Nixdorf, una máquina a la que sólo se tenía acceso con una tarjeta perforada especialmente.

Conversó con los grandes ordenadores de Allianz y Schuffa y con los de Bundeskriminalamt, en Wiesbaden, el punto de reunión de todo lo relativo a la actividad criminal de Alemania.

¿En qué podemos ayudarte?

Contadme todo lo que tengáis de Walther Gassner.

Y le contaron. Cuando acabaron de revelarles sus secretos, Max tenía ante sus ojos la vida de Walther Gassner expresada en bellos símbolos matemáticos. Podía ver al hombre con la misma claridad que si estuviese contemplando su fotografía. Se enteró de sus preferencias en ropas, vinos, comidas y hoteles. Un apuesto instructor de esquí que siempre vivió de las mujeres y se casó con una heredera mucho mayor que él.

Un punto en particular le pareció extraño. Un cheque cancelado, extendido a un tal doctor Heissen, por doscientos marcos, en concepto «de consulta». ¿Qué clase de consulta? El cheque había sido hecho efectivo en el Banco Dresdner, de Düsseldorf. Quince minutos más tarde Max se comunicaba con el gerente de esa sucursal bancaria. Sí, por supuesto que conocía al doctor Heissen. Era un apreciado cliente del Banco.

¿Cuál era la especialidad del médico?

La psiquiatría.

Después de haber colgado, Max se recostó en su asiento para pensar, con los ojos cerrados. Un cabo suelto. Tomó el teléfono de nuevo y llamó a

Düsseldorf, al doctor Heissen.

Una oficiosa recepcionista le informó que no podía molestar al doctor. Como Max insistiera, el médico se puso al aparato, y le indicó de mala manera que jamás confesaba datos sobre sus pacientes, y que por cierto ni se le pasaba por la mente hablar de esos temas por teléfono. Y colgó el aparato.

Max regresó a los ordenadores.

Habladme del doctor Heissen.

Tres horas más tarde Max volvía a ponerse en contacto con el psiquiatra.

—Ya le he dicho que si quiere alguna información acerca de mis pacientes tendrá que venir a mi oficina con una orden judicial.

—En este momento me es imposible trasladarme hasta Düsseldorf.

—Ése es su problema. ¿Algo más? Soy un hombre muy ocupado.

—Lo sé. Tengo ante mis ojos sus declaraciones de renta de los últimos cinco años.

—¿Y qué?

—Doctor, yo no quiero ocasionarle trastornos. Pero usted está escondiendo ilegalmente el veinticinco por ciento de sus ingresos. Si lo prefiere, puedo enviar su ficha a los inspectores de Hacienda de su ciudad indicándoles dónde deben buscar. Podrían comenzar con su caja de seguridad de Munich, o con su cuenta bancada numerada, en Basel.

Hubo un largo silencio. Luego:

—¿Quién ha dicho que es usted?

—El inspector Max Hornung, de la Kriminal Polizei de Suiza.

Otra pausa, tras la cual preguntó el doctor, con amabilidad:

—¿Y qué es exactamente lo que desea saber?

Max se lo dijo.

Una vez que el psiquiatra comenzó a hablar no hubo forma de pararlo. Sí, claro que se acordaba de Walther Gassner. El hombre había irrumpido en su consultorio sin haber solicitado una entrevista, insistiendo en que quería verlo. Se había negado a dar su nombre. El pretexto fue que quería exponer el problema de un amigo suyo.

—Y con eso, en el acto me puso sobre aviso. Es el síndrome clásico de los que temen enfrentarse a sus problemas.

—¿Cuál era su problema?

—Me contó que su amigo era un esquizofrénico con tendencias homicidas, y que probablemente mataría a alguien si no lo detenían.

Me preguntó si existía alguna terapia para curarlo, y que no toleraba la idea de que encerraran a su amigo en un manicomio.

—¿Qué le contestó usted?

—Le dije que primero debía examinar a su amigo, que algunas enfermedades mentales pueden paliarse con las drogas modernas y demás tratamientos terapéuticos, y que otras eran incurables. También le mencioné que, en un caso como el que me describía, quizá se necesitara un tratamiento largo.

—¿Qué pasó entonces?

—Nada. Eso fue todo. Nunca he vuelto a verlo. Me habría gustado ayudarlo. Estaba muy alterado. El haber acudido a mí era una evidente llamada de auxilio, como el asesino que escribe en la pared de la habitación de su víctima: «¡Deténganme antes de que vuelva a matar!».

Había algo que seguía intrigando a Max.

—Doctor, me dice usted que él no quiso dar su nombre, y sin embargo le firmó un cheque.

—Se había olvidado de traer dinero y eso le disgustó mucho. Finalmente tuvo que extenderme un cheque. Así fue como me enteré de quién era. ¿Desea saber algo más, señor?

—No.

Algo inquietaba a Max, un cabo suelto, algo inasequible que se bamboleaba en el aire. Ya lo averiguaría. Entre tanto, había terminado con los ordenadores. Ahora, el resto dependía de él.

A la mañana siguiente, cuando llegó a Zurich, encontró sobre su mesa un cable de la Interpol. Contenía una lista de los clientes que habían adquirido película virgen de la serie que se había empleado para los filmes de muerte.

Ocho nombres figuraban en la lista.

Entre ellos, Roffe e Hijos.

El comisario inspector Schmied escuchaba el informe de Max Hornung. No había duda. El pequeño policía había tropezado con otro caso importante.

—Es uno de los cinco —afirmaba Max—. Todos tenían un motivo y la oportunidad. Todos estaban en Zurich por una reunión de Consejo el día que

se estrelló el ascensor. Cualquiera de ellos podría haber estado en Cerdeña en el momento del accidente del *jeep*.

El inspector Schmied frunció el entrecejo.

—Dice usted que son cinco los sospechosos. Aparte de Elizabeth Roffe, hay sólo cuatro miembros en el Consejo. ¿Quién es el otro sospechoso?

Max pestañeó y respondió, paciente.

—El hombre que estaba en Chamonix con Sam Roffe cuando fue asesinado. Rhys Williams.

Capítulo 45

«Señora de Williams».

Elizabeth no podía creerlo. Todo el asunto tenía cierto aire de irrealidad, como si se hubiera concretado un romántico sueño de la niñez. Recordó cuántas veces había escrito en su cuaderno: «Señora de Williams, Señora de Williams». Bajó la vista y contempló su anillo de boda.

Rhys preguntó:

—¿De qué te estás riendo? —Estaba sentado en un sillón frente a ella, en el lujoso Boeing 707-302. Volaban a unos diez mil metros de altura sobre el Atlántico, y cenaban caviar iraní regado con Dom Perignon helado. Era un calco tan exacto de *La Dolce Vita* que Elizabeth se rió en voz alta. Rhys sonrió.

—¿Es por algo que he dicho?

Elizabeth sacudió la cabeza. Lo miró y se maravilló de lo apuesto que era. Su marido.

—Estoy contenta, simplemente.

Él nunca sabría en qué medida se sentía contenta. ¿Cómo podía contarle lo que ese matrimonio significaba para ella? No lo comprendería, porque para él no era un matrimonio, sino una propuesta comercial. Pero ella lo amaba.

Le parecía que siempre había estado enamorada de él. Quería pasar con él el resto de su vida, tener hijos suyos, ser de él, que él le perteneciera. Volvió a contemplarlo y pensó amargamente: «Pero primero debo resolver un pequeño problema. He de encontrar la manera de que se enamore de mí».

Elizabeth le propuso el casamiento el día de su entrevista con Julius Badrutt. Cuando el banquero se marchó, ella se cepilló cuidadosamente el pelo, se dirigió al despacho de Rhys, respiró hondo y le preguntó:

—Rhys, ¿te casarías conmigo?

Advirtió la expresión de sorpresa en su rostro, y sin darle tiempo a hablar, prosiguió apresuradamente, tratando de que su voz sonara fría y eficiente:

—Sería un acuerdo estrictamente comercial. Los Bancos están dispuestos a prorrogar los préstamos si tú asumes la presidencia de Roffe e Hijos. El único modo de hacerlo —para horror de Elizabeth, se le enronqueció la voz— es contrayendo matrimonio con un miembro de la familia, y sucede que yo... yo soy la única persona disponible.

Se ruborizó. No se atrevía a mirarlo.

—No sería una boda de verdad, por supuesto, en el sentido de que... tendrías la libertad de ir y venir como quisieras.

Él la observaba, pero no la ayudaba a superar el trance. Elizabeth deseaba que dijera algo. Cualquier cosa.

—Rhys...

—Perdóname. Me has cogido desprevenido. —Sonrió—. No todos los días una joven bonita le propone a un hombre que se case con ella.

Estaba ganando tiempo. Quería escapar del compromiso sin herir sus sentimientos. Perdóname, Elizabeth, pero...

—Trato hecho —dijo él.

Y de pronto se sintió como si le hubiesen quitado un peso enorme de encima. Hasta ese momento no se había percatado de lo importante que era eso para ella. Había conseguido ganar tiempo para averiguar quién era el enemigo.

Ella y Rhys, juntos, podrían poner fin a todos los hechos terribles que estaban ocurriendo. Una cosa debía aclararle.

—Serás el presidente de la empresa, pero el derecho de voto preferencial quedará en mis manos.

Rhys frunció el ceño.

—Si yo dirijo la compañía...

—Eso harás.

—Pero las acciones...

—Siguen a mi nombre. Quiero asegurarme que no se puedan vender.

—Entiendo.

Podía palpar su desaprobación. Hubiera querido anunciarle que había

tomado la decisión de que la empresa cotizara en Bolsa, que los integrantes del Consejo podrían vender sus acciones. Siendo Rhys presidente no tendría ya temores de que cualquier extraño se apoderara de la compañía. Rhys sería lo suficientemente fuerte para tenerlos a raya. Pero, no podía permitir que eso sucediera hasta tanto no supiera quién estaba intentando hundir a la firma. Ansiaba desesperadamente decirle todas esas cosas a Rhys, pero también sabía que no había llegado aún el momento.

—A excepción de eso, tendrás todos los poderes.

Rhys se quedó estudiándola con la mirada un rato, que a ella le pareció eterno.

—¿Cuándo deseas que nos casemos? —dijo, al cabo.

—Lo antes posible.

A excepción de Anna y Walther —que estaba en su casa, enfermo—, todos acudieron a Zurich para la boda. Alec y Vivian, Hélène y Charles, Simonetta e Ivo. Todos parecían estar encantados por Elizabeth, y la alegría de los demás la hacía sentir a ella como una farsante. El suyo no era un matrimonio sino un acuerdo comercial.

Alec la abrazó y le dijo:

—Sabes que te deseo toda la felicidad del mundo.

—Lo sé, Alec. Gracias.

Ivo estaba como en éxtasis.

—*Carissima, tanti auguri e figli maschi*. Encontrar riquezas es el sueño del mendigo, mas encontrar amor es el sueño de los reyes.

Elizabeth sonrió.

—¿Quién dijo eso?

—Yo —declaró Ivo—. Espero que Rhys se dé cuenta de lo afortunado que es.

—Yo no hago más que decírselo —comentó Elizabeth, en tono jovial.

Hélène la llevó aparte.

—Estás llena de sorpresas, *ma chère*. No tenía idea de que tú y Rhys estuviesen interesados el uno en el otro.

—Ha ocurrido de repente.

Hélène la escrutó con sus ojos fríos, calculadores.

—Sí. No me cabe la menor duda. —Y se alejó.

Después de la ceremonia hubo una fiesta nupcial en el Baur-au-Lac. Exteriormente estuvo alegre y animada, pero Elizabeth percibía el mar de fondo. Había algo maligno en la sala, una maldición, pero no podía precisar de quién venía. Lo único que sabía era que uno de los presentes la odiaba. Lo sentía muy en lo profundo de sí misma, y sin embargo, cuando miraba alrededor, veía sólo sonrisas y rostros amables. Charles levantaba su copa para brindar por ella... Elizabeth había recibido un informe referente a la explosión del laboratorio. «El explosivo fue fabricado en su planta industrial de las afueras de París».

Ivo, con una amplia sonrisa... «El banquero que cogieron tratando de sacar el dinero de Italia fue entregado de un chivatazo. Un individuo dio el soplo a la policía de la frontera. Ivo Palazzi».

«¿Alec? ¿Walther? ¿Cuál?» se preguntaba.

A la mañana siguiente se celebró una reunión del Consejo y Rhys fue elegido unánimemente presidente y director ejecutivo de Roffe e Hijos. Charles formuló la pregunta que estaba en la mente de todos.

—Ahora que estás al frente de la compañía, ¿se nos permitirá vender las acciones?

Elizabeth notó el ambiente repentinamente tenso.

—Las acciones mayoritarias siguen en manos de Elizabeth —les informó Rhys—. Es decisión de ella.

Todos se volvieron a mirarla.

—No venderemos —anunció Elizabeth.

Cuando Rhys y ella se quedaron solos, dijo Rhys:

—¿Te gustaría pasar la luna de miel en Río?

Lo miró y el corazón le dio un vuelco.

—Nuestro gerente de Río está amenazando con marcharse —agregó él, en tono impersonal—. No podemos permitirnos el lujo de perderlo. Tenía pensado salir mañana para allí a arreglar las cosas. Sería un poco extraño que viajara sin mi esposa.

Ella asintió.

—Sí, claro. —«Eres una tonta —se dijo—. Esto fue idea tuya. Es un convenio, no un matrimonio. No tienes derecho a esperar nada de Rhys». Y sin embargo, una vocecita en su interior le decía: «¿Quién sabe lo que puede

suceder?».».

Al descender del avión en el aeropuerto Galeáo hacía un calor sorprendente. Elizabeth cayó en la cuenta de que era verano en Río. Un Mercedes 600 les aguardaba. El chófer era un muchacho moreno, delgado, de veintitantos años. Cuando subieron al coche, Rhys preguntó al conductor:

—¿Dónde está Luis?

—Luis está enfermo, señor Williams. Los llevaré yo.

—Dígale que espero que se mejore.

El muchacho lo observó por el espejito retrovisor.

—Se lo diré.

Media hora más tarde recorrían la ancha y animada avenida que bordea las playas de Copacabana. Dejaron el coche frente al moderno hotel Princesa del Pan de Azúcar. Les habían reservado una enorme *suite* de cuatro dormitorios, un hermoso salón, cocina y una inmensa terraza sobre la bahía. La *suite* estaba repleta de flores en floreros de plata, *champagne*, *whisky* y cajas de bombones.

El gerente del hotel en persona los acompañó hasta las habitaciones.

—Cualquier cosa que deseen, lo que sea, estoy personalmente a su servicio las veinticuatro horas del día.

—Hizo una reverencia y se marchó.

—Qué amables son —comentó Elizabeth.

Rhys se rió.

—Cómo no van a serlo. Eres la dueña de este hotel.

Elizabeth se puso colorada.

—Ah... no sabía.

—¿Tienes hambre?

—N-no, gracias.

—¿Un poco de vino?

—Sí, por favor.

Su voz sonaba hueca y afectada en sus propios oídos. No estaba muy segura de lo que debía hacer, cómo debía comportarse ni qué esperar de Rhys. De pronto él se había convertido en un extraño, y ella era tremendamente consciente de que estaban solos en la *suite* matrimonial de un hotel, de que era tarde y de que pronto sería la hora de acostarse.

Observó a Rhys abrir diestramente una botella de *champagne*. Todo lo hacía fácilmente, con la natural seguridad del hombre que sabe exactamente lo que quiere y cómo obtenerlo. ¿Qué quería?

Rhys le alcanzó una copa de *champagne* y elevó la suya en un brindis.

—Por el inicio —dijo.

—Por el inicio. Y por el final feliz —añadió ella en silencio.

Bebieron.

«Tendríamos que estrellar las copas contra la chimenea para festejarlo», pensó ella. Tomó el resto de su bebida.

Estaban de luna de miel en Río, y deseaba a Rhys. No sólo en ese momento, sino para siempre.

Sonó el teléfono. Atendió Rhys y habló un momento. Al terminar, colgó y le sugirió a Elizabeth:

—Es tarde. ¿Por qué no te vas a la cama?

A ella le dio la impresión de que la palabra «cama» quedaba flotando en el aire.

—De acuerdo —asintió con voz débil. Se dirigió al dormitorio, donde el botones había dejado el equipaje.

Había una gran cama doble en el centro de la habitación. Una criada había arreglado las maletas y preparado la cama. De un lado estaba el camisón de fina seda de Elizabeth; del otro, un pijama azul masculino. Dudó un instante; luego empezó a desvestirse. Desnuda, se encaminó al cuarto de vestir recubierto de espejos y se quitó el maquillaje. Se envolvió la cabeza con una toalla, fue al baño y se dio una ducha, enjabonando lentamente su cuerpo, sintiendo que el agua tibia le corría entre los pechos, deslizándose por su vientre y muslos como cálidos dedos húmedos.

Trataba de no pensar en Rhys, y no podía pensar en otra cosa. Imaginó que sus brazos la rodeaban, que sus cuerpos estaban juntos. ¿Se había casado con él para salvar a la empresa o estaba usando a la empresa como pretexto simplemente porque lo deseaba a él? Ya no sabía. Su deseo se había convertido en una necesidad ardiente que la consumía por entero. Era como si la colegiala le hubiese estado esperando inconscientemente todos esos años, y ahora la necesidad se hubiese tornado en avidez. Salió de la ducha, se secó con una toalla tibia, se puso el camisón de seda, se dejó el pelo suelto y se

metió en la cama. Se quedó aguardando, pensando qué iba a suceder, preguntándose cómo sería él, y advirtió que el corazón le latía con más fuerza. Oyó un ruido y levantó la vista. Rhys estaba junto a la puerta. Totalmente vestido.

—Voy a salir.

Elizabeth se incorporó.

—¿Adónde... adónde vas?

—Tengo que ocuparme de un problema de negocios. —Y se fue.

Se quedó despierta toda la noche dando vueltas en la cama, llena de emociones contrarias, autoconvenciéndose de estar agradecida porque Rhys había mantenido el pacto, sintiéndose una idiota por lo que se había imaginado, furiosa contra él por haberla rechazado.

Era ya el alba cuando oyó que regresaba. Sus pasos se aproximaban al dormitorio. Cerró los ojos y fingió estar dormida. Alcanzó a oír la respiración de él al acercarse a la cama. Rhys se quedó inmóvil, contemplándola, largo rato. Luego giró sobre sus talones y se dirigió al otro cuarto.

Pocos minutos más tarde ella se había dormido.

A la mañana siguiente, tarde, desayunaron en la terraza. Rhys estaba afectuoso y conversador y le contó cómo se ponía la ciudad durante el carnaval. Sin embargo, no le dijo nada acerca de dónde había pasado la noche, y ella no se lo preguntó. Un camarero tomó la orden. Elizabeth observó que un camarero distinto les sirvió lo ordenado. No pensó más en ello, como tampoco en las criadas que no hacían más que entrar y salir de la *suite*.

Elizabeth y Rhys estaban en la planta industrial de Roffe e Hijos, en las afueras de Río, sentados en la oficina del señor Turnas, el gerente, un hombre de mediana edad y cara de sapo, que transpiraba copiosamente.

El señor Turnas decía a Rhys.

—Tiene que entender cómo son las cosas. Yo quiero a Roffe e Hijos más que a mi propia vida. Es mi familia. Irme de aquí será como abandonar a mi familia. Y me partirá el alma. Lo que más querría en la vida sería quedarme. —Se secó la frente—. Pero tengo una oferta mejor de otra empresa, y debo pensar en mi mujer, mis hijos y mi suegra. ¿Comprende?

Rhys se había echado hacia atrás en su sillón, estirando las piernas en

gesto informal.

—Por supuesto, Roberto. Sé lo que esta compañía significa para usted. Ha estado muchos años aquí. No obstante, un hombre tiene que pensar en su familia.

—Gracias —dijo Roberto—. Sabía que podría contar con usted, Rhys.

—¿Y qué me dice del contrato?

Turnas se encogió de hombros.

—Es un papel. Lo rompemos, ¿no? ¿De qué vale un contrato si uno se siente desdichado en el fondo de su corazón?

—Por eso hemos venido hasta aquí, Roberto. Para hacerlo feliz en el fondo de su corazón.

Turnas suspiró.

—Ah, ojalá no fuese demasiado tarde. Pero yo ya he dado mi palabra de que aceptaba trabajar para la otra empresa.

—¿Saben ellos que usted irá a la cárcel? —le preguntó Rhys con una voz sin matices.

Turnas lo miró embobado.

—¿A la cárcel?

—El gobierno de los Estados Unidos ha ordenado que toda compañía que efectúe negocios en el exterior debe entregar una lista de los sobornos que haya practicado en el extranjero en los últimos diez años. Lamentablemente usted está muy complicado en eso, Roberto. Ha transgredido unas cuantas leyes locales. Nuestra intención era protegerlo —como fiel miembro de la familia—, pero si nos abandona, ya no hay más motivo para hacerlo, ¿no le parece?

El color se retiró del rostro de Turnas.

—Pero... lo hice por la empresa —protestó—. Yo sólo cumplía órdenes.

Rhys asintió con gesto compasivo.

—Desde luego. Eso se lo puede explicar al gobierno en el juicio. —Se puso de pie y le habló a Elizabeth—. Tenemos que irnos ya.

—Espere un minuto —gritó Roberto—. No se puede marchar ahora y dejarme así.

—Creo que está confundido. El que se marcha es usted.

Turnas se secó de nuevo la frente. Sus labios se contraían

descontroladamente. Se dirigió a la ventana y miró hacia afuera. Un pesado silencio se cernía en la habitación. Por último, sin dar la vuelta, dijo:

—Si permanezco en la compañía, ¿me protegerán?

—Totalmente.

Iban en el Mercedes conducido por el chófer moreno y delgado, de regreso a la ciudad.

—Ha sido un chantaje —manifestó Elizabeth.

—No podíamos permitirnos el lujo de perderlo. Se iba con la competencia. Sabe demasiado sobre nuestros negocios. Nos habría vendido.

Ella lo miró, pensando: «Tengo tanto que aprender de él».

Esa noche fueron a cenar a Mirander, y Rhys estuvo encantador, divertido e impersonal. A Elizabeth le daba la impresión de que se escondía detrás de una fachada de palabras, que levantaba una cortina de humo verbal para disimular sus sentimientos. Cuando terminaron la cena era pasada la medianoche. Quería estar a solas con Rhys. Creyó que regresarían al hotel; en cambio, Rhys le propuso:

—Te voy a mostrar la vida nocturna de Río.

Recorrieron los *night clubs* y todo el mundo parecía conocer a Rhys. En cuanto entraban él era el centro de atención, a todos cautivaba. Les invitaban a reunirse con parejas de otras mesas, y otros grupos se sentaban también a la suya. No estuvieron solos ni un segundo. Ella opinaba que era algo intencionado, que Rhys interponía adrede una pared de gente entre los dos. Antes habían sido amigos, y ahora... ¿qué eran? Lo único que sabía era que una barrera invisible los separaba. ¿Qué temía él, y por qué?

En el cuarto *cabaret*, después de haberse juntado con media docena de amigos de él, Elizabeth decidió que ya era suficiente. Interrumpió la conversación de Rhys con una hermosa muchacha latina.

—No he tenido oportunidad de bailar con mi marido. Estoy segura de que nos disculparás.

Rhys la miró con aire de sorpresa, y se puso de pie.

—Creo que he tenido abandonada a mi mujer —les dijo a los demás en tono jovial. Tomó a Elizabeth del brazo y la llevó a la pista. Ella caminaba rígida—. Estás enojada.

Tenía razón, pero el enojo era consigo misma. Ella había estipulado las

reglas y ahora se fastidiaba porque Rhys no las transgredía.

Por supuesto que había algo más profundo. Era no saber lo que sentía por ella. ¿Se ajustaba al convenio por su sentido del honor o sencillamente porque no estaba interesado en ella? Debía averiguarlo.

—Lamento que nos hayamos tropezado con tanta gente, Liz, pero están en el negocio, y de una manera u otra pueden sernos útiles.

De modo que captaba sus sentimientos. Elizabeth sentía los brazos de él que la rodeaban, su cuerpo contra el de ella. «Me gusta —pensó—. Todo lo de Rhys me gusta». Eran el uno del otro. Lo sabía. ¿Sabría él lo mucho que lo deseaba? El orgullo femenino le impedía decírselo. Y sin embargo, él debía sentir algo. Cerró los ojos y se apretó más contra él. El tiempo se había detenido y no existía nada más que ellos dos, la música suave y el hechizo del momento. Podría haber seguido bailando en sus brazos toda la vida. Se relajó, se entregó totalmente a él y comenzó a sentir su dureza masculina presionando contra sus muslos. Levantó la vista y encontró en sus ojos algo que jamás le había notado, una necesidad imperiosa, un deseo que era el reflejo del suyo propio.

Al hablar, la voz de Rhys era ronca.

—Volvamos al hotel.

Ella no pudo pronunciar palabra.

Cuando la ayudó a ponerse el abrigo, los dedos de él le quemaron la piel. Se sentaron separados en el asiento trasero del automóvil, temerosos de tocarse. Elizabeth se sentía consumida por el fuego. Le pareció que tardaban una eternidad en llegar al dormitorio. Creía que no podría aguantar ni un minuto más. Tras haber cerrado la puerta de la *suite* se abrazaron con un apetito voraz y maravilloso que se había apoderado de ambos. Estaba en sus brazos, y había en él una ferocidad que nunca le había conocido. Rhys la alzó y la llevó al dormitorio. No pudieron desvestirse con la celeridad que habrían querido. «Somos como niños ansiosos», pensó Elizabeth, y se preguntó por qué Rhys habría dejado pasar tanto tiempo. Mas ahora nada de eso importaba.

Nada le importaba, salvo la desnudez de ambos y la magnífica sensación de su cuerpo contra el de ella. Estaban en la cama, explorándose. Elizabeth se desprendió suavemente de su abrazo y comenzó a besarlo. Su lengua

transitaba por el cuerpo esbelto, vigoroso, de Rhys, abarcándolo con los labios, sintiendo su dureza de terciopelo en la boca. Las manos de él se apoyaron en sus caderas, la hicieron dar la vuelta, y la boca masculina se deslizó entre sus muslos, separándolos con los labios, lanzándose hacia la dulzura de su intimidad, y cuando ninguno de los dos podía resistir un instante más, él se puso sobre ella y lentamente la penetró hasta lo profundo haciendo movimientos circulares, y ella empezó a moverse al ritmo de él, el ritmo de los dos, el ritmo del universo, y ya todo se movía más y más rápido, giraba sin control, hasta que se produjo una gran explosión de éxtasis, y la tierra recuperó la quietud y la paz.

Yacían estrechamente abrazados. «Señora de Williams», pensó Elizabeth, alborozada.

Capítulo 46

—Perdóneme, señora —anunció la voz de Henriette por el intercomunicador—, pero hay un tal inspector Hornung que quiere verla. Dice que es urgente.

Elizabeth miró a Rhys, intrigada. Habían regresado de Río la noche anterior, y hacía pocos minutos que estaban en la oficina. Rhys se encogió de hombros.

—Que pase. Vamos a ver qué es eso tan importante.

Segundos más tarde los tres se hallaban sentados en el despacho de Elizabeth.

—¿Para qué me quería ver? —preguntó ella.

Max Hornung no tenía pelos en la lengua.

—Alguien está tratando de asesinarla. —Al ver que Elizabeth se ponía pálida Max se quedó sinceramente apenado, pensando si no podría haberlo dicho con más tacto y precaución.

—¿Qué diablos dice? —exclamó Rhys.

Max siguió dirigiéndose a Elizabeth.

—Ha habido ya dos intentos para quitarle la vida. Probablemente habrá más.

Elizabeth tartamudeó.

—Yo... usted debe de estar en un error.

—No, señora. La caída del ascensor fue para matarla.

Ella lo miró en silencio, sus ojos llenos de perplejidad y alguna otra emoción enterrada recónditamente que Max no pudo precisar.

—También lo fue lo del *jeep*.

Elizabeth recuperó la voz.

—Está equivocado. Fue un accidente. Al *jeep* no le pasaba nada. La policía de Cerdeña lo examinó.

—No.

—Yo estuve con ellos.

—No, señora. Usted vio cómo revisaban un *jeep*. No era el suyo. — Ambos miraban al inspector fijamente.

Max prosiguió.

—Su *jeep* nunca ha estado en ese garaje. Yo lo encontré en un cementerio de automóviles de Olbia. Habían aflojado la tuerca que sujeta el cilindro, y se derramó el líquido de frenos. Por eso se quedó sin frenos. El parachoques delantero izquierdo seguía aplastado, y tenía huellas de la savia de los árboles contra los que chocó. El laboratorio lo verificó. Todo concuerda.

La pesadilla retornaba. Elizabeth sintió que la inundaba, como si de pronto se hubiesen abierto las compuertas de sus profundos temores y volviera a llenarse del terror que había experimentado aquel día en la montaña.

—No comprendo. ¿Cómo podrían haber...? —dijo Rhys.

Max se volvió para mirarlo.

—Todos los *jeeps* son iguales. Ellos contaban con eso. Cuando ella se estrelló en vez de caerse al precipicio, tuvieron que improvisar. No podían permitir que examinaran el vehículo porque debía parecer un accidente. Creyeron que iba a quedar enterrado en el fondo del mar. Posiblemente habrían acabado con ella allí, pero apareció una patrulla de servicio, la encontró y la llevó al hospital. Consiguieron otro *jeep*, lo abollaron un poco e hicieron el cambio antes de que llegara la policía.

Dijo Rhys:

—Usted habla de «ellos».

—El responsable de todo esto actuaba con ayuda.

—¿Quién... quién quería matarme?

—La misma persona que mató a su padre.

Sufrió una repentina sensación de irrealidad, como si nada de eso estuviese sucediendo. Era una pesadilla pasajera.

—Su padre fue asesinado. Le asignaron un guía falso que lo eliminó. Su padre no fue solo a Chamonix. Había alguien con él.

Cuando Elizabeth habló, su voz era un susurro cavernoso.

—¿Quién?

Max miró a Rhys y dijo:

—Su marido.

Las palabras resonaron en sus oídos. Parecían venir desde muy lejos, entraban y salían, y se preguntó si no estaría perdiendo el juicio.

—Liz, yo no estaba allí cuando se mató Sam.

—Usted estuvo en Chamonix con él —insistió Max.

—Es verdad. —Rhys se dirigía a Elizabeth—. Regresé antes de que Sam emprendiera el ascenso.

Ella se volvió para mirarlo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Dudó un momento; luego tomó una decisión.

—No podía confiar ese asunto a nadie. En el curso del pasado año alguien ha estado saboteando a Roffe e Hijos. Lo hacía de una manera muy astuta, de modo que siempre daba la impresión de que eran accidentes. Pero yo empecé a entrever un plan. Acudí a contárselo a Sam, y decidimos contratar una agencia ajena a la empresa para que indagara.

Elizabeth presintió lo que seguía, y experimentó un profundo alivio simultáneamente con una sensación de culpa. Rhys había conocido el contenido del informe durante todo el tiempo.

Debía haberle tenido más confianza para hablar con él de ese asunto, en vez de guardarse sus temores.

Rhys se dirigió a Max Hornung.

—Sam Roffe recibió un informe que confirmaba mis sospechas. Me pidió que me reuniese con él en Chamonix para discutirlo. Resolvimos mantener el secreto entre los dos hasta que averiguáramos quién era el culpable. —Prosiguió con cierto matiz de amargura en la voz—. Evidentemente no fue lo suficientemente secreto. A Sam lo mataron porque alguien se enteró de que tratábamos de descubrirle. El informe se perdió.

—Lo tenía yo —declaró Elizabeth. Rhys la miró sorprendido—. Estaba junto a los efectos personales de Sam. —Se dirigió a Max—. El informe indica que ha sido algún integrante del Consejo de Roffe, pero todos son accionistas de la empresa. ¿Por qué querrían destruirla?

—No es su intención destruirla, señora. Lo que tratan de hacer es ocasionar problemas para que los Bancos se pongan nerviosos y empiecen a reclamar la cancelación de las deudas. Quisieron obligar a su padre a vender el capital y cotizar en Bolsa. Quienquiera que esté detrás de esto no ha obtenido aún lo que desea. Su vida sigue corriendo peligro.

—Entonces tiene que proporcionarle protección policial —exigió Rhys.

Max parpadeó y dijo, en tono calmo:

—Yo no me preocuparía por eso, señor Williams. Ella ha estado bajo continua vigilancia nuestra desde que se casó con usted.

Capítulo 47

Berlín.

Lunes, 1 de diciembre.

Diez de la mañana.

El dolor era insufrible y lo había soportado durante cuatro semanas.

El médico le había dejado unas píldoras, pero a Walther Gassner le daba miedo tomarlas. Debía estar constantemente alerta para que Anna no tratara de matarlo otra vez, ni de escapar.

—Tendría que irse derecho a un hospital —le había recomendado el doctor—. Ha perdido mucha sangre...

—¡No! —Eso era lo último que quería hacer. Las heridas de cuchillo debían ser comunicadas a la policía. Walther había mandado llamar al médico de la empresa porque sabía que no lo denunciaría. Walther no podía permitir que la policía fuese a husmear. Ahora, no.

En silencio, el médico le arregló la herida, sus ojos llenos de curiosidad. Al concluir, preguntó:

—¿Quiere que le envíe una enfermera, señor Gassner?

—No. Mi... mi mujer me cuidará.

Eso había sido un mes atrás. Walther había llamado a su secretaria avisándole que había sufrido un accidente y que no iría al despacho.

Recordó el momento terrible en que Anna había intentado asesinarlo con las tijeras. Él se había dado la vuelta justo a tiempo y la hoja se le había clavado en el hombro en vez de atravesarle el corazón. Casi se desmayó del dolor y el espanto, pero quedó con conocimiento el tiempo necesario para

arrastrar a Anna a su dormitorio y encerrarla allí. Ella no cesaba de gritar: «¿Qué les has hecho a los chicos? ¿Qué les has hecho a los chicos?»...

Desde entonces la mantenía recluida en la habitación. Él le preparaba todas las comidas. Subía una bandeja hasta el cuarto de Anna, abría la puerta y entraba. La encontraba acurrucada en un rincón. Retrocedía ante su presencia, y musitaba:

—¿Qué les has hecho a los chicos?

En ocasiones abría la puerta y la hallaba con la oreja pegada a la pared para ver si oía ruidos de sus hijos. No había nadie en la casa, salvo ellos dos. Walther sabía que le quedaba muy poco tiempo. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un leve ruido. Prestó atención. Volvió a oírlo. Alguien andaba por el salón de la planta alta. Se suponía que la casa estaba vacía.

Él mismo había cerrado todas las puertas.

Frau Mendler estaba limpiando, arriba. Trabajaba por horas, y era la segunda vez que iba a esa casa. No le agradaba. El miércoles de la semana anterior el señor Gassner la había seguido por todos lados como si temiese que fuera a robar algo. Cuando trató de subir a limpiar, él se lo impidió de mal modo, y le entregó la paga por su trabajo ordenándole que se marchara. Ese hombre tenía algo que la asustaba.

Hoy no se lo veía por ninguna parte, *Gott sel Dank*. *Frau Mendler* había entrado con la llave que se había llevado la otra semana, y se dirigió a la planta alta. Reinaba en la casa un extraño silencio y supuso que no habría nadie. Limpió un dormitorio, y encontró algunos billetes y una cajita de pildoras de oro. Recorrió el pasillo hacia el otro dormitorio y trató de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Qué raro. Se preguntó si guardarían cosas de valor en su interior. Volvió a tantear el picaporte. Del otro lado de la puerta, una voz de mujer dijo en susurros:

—¿Quién es?

Sobresaltada, *Frau Mendler* soltó el abridor.

—¿Quién es? ¿Quién anda por ahí fuera?

—*Frau Mendler*, la mujer de la limpieza. ¿Quiere que le haga el dormitorio?

—Imposible. Estoy encerrada. —La voz era ahora más fuerte, cargada de histeria—. ¡Ayúdeme, por favor! Llame a la policía. Dígales que mi marido

ha matado a nuestros hijos. Me va a matar a mí también. ¡Dese prisa! Váyase de aquí antes de que él...

Una mano hizo girar a *Frau Mendler* y se encontró cara a cara con el señor Gassner, más pálido que la muerte.

—¿Qué anda merodeando por aquí? —Le asía el brazo con tanta fuerza que le hacía daño.

—Yo... yo no ando merodeando. Hoy es el día de limpieza. La agencia...

—Avisé a la agencia que no quería que mandaran a nadie.

—Se interrumpió. ¿Había llamado a la agencia? Había tenido intención de hacerlo, pero sentía unos dolores tan intensos que ya no se acordaba. *Frau Mendler* lo miró a los ojos y se horrorizó de lo que vio en ellos.

—A mí no me han dicho nada.

Él permaneció rígido, tratando de comprobar si venían ruidos del otro lado de la puerta. Silencio.

Se volvió hacia *Frau Mendler*.

—Lárguese. No vuelva más.

No hubo que repetirle la orden. No la había pagado, pero ella conservaba la cajita de oro y los billetes que hallara sobre la cómoda. Le daba pena la pobre mujer encerrada en el dormitorio. Ojalá hubiese podido ayudarla, pero no podía inmiscuirse. Estaba fichada por la policía.

En Zurich, el inspector Max Hornung leía un cable que le habían mandado desde el cuartel central de la Interpol, de París.

NÚMERO DE FACTURA DE PELÍCULA USADA
PARA FILME DE MUERTE CORRESPONDE A CUENTA
EJECUTIVA ROFFE E HIJOS. COMPRADOR NO
PERTENECE YA A EMPRESA. ESTAMOS TRATANDO
DE LOCALIZARLO. LO MANTENDREMOS
INFORMADO. FIN DEL MENSAJE.

En París la policía rescataba un cuerpo desnudo del Sena. Era una rubia de menos de veinte años. Llevaba una cinta roja anudada al cuello.

En Zurich, proporcionaban protección policial a Elizabeth Williams las veinticuatro horas del día.

Capítulo 48

Se encendió la luz blanca indicadora de una llamada en la línea privada de Rhys. Menos de media docena de personas conocían el número. Tomó el teléfono.

—Diga.

—Buenos días, querido. —No había manera de confundir esa voz ronca, tan característica.

—No deberías haberme llamado.

Ella se rió.

—Antes no te preocupaban estas cosas. No me digas que Elizabeth ya te tiene domado.

—¿Qué quieres?

—Quiero verte esta tarde.

—Imposible.

—No me hagas enfadar, Rhys. ¿Voy yo a Zurich o...?

—No. Aquí no puedo verte. —Vaciló—. Voy yo.

—Eso está mejor. En el lugar de siempre, *chéri*.

Hélène Roffe-Martel colgó.

Rhys apoyó lentamente el receptor y se quedó pensando. Había tenido una relación física pasajera con una mujer estimulante, y eso ya había terminado. Pero Hélène era una persona que no se desligaba fácilmente. Estaba aburrida de Charles y quería a Rhys. «Tú y yo seríamos la pareja ideal», le había declarado, y Hélène Roffe-Martel podía ser muy decidida. Y peligrosa. Rhys decidió que sería necesario viajar a París. Tendría que hacerle entender de una vez por todas que no podía haber nada más entre ellos dos.

Instantes más tarde entró en el despacho de Elizabeth. A ella le brillaron

los ojos. Lo rodeó con los brazos y susurró:

—He estado pensando en ti. Vámonos a casa y dediquemos la tarde a divertirnos los dos solitos.

—Te estás convirtiendo en una maniática sexual —dijo él, sonriente.

Ella lo estrechó más.

—Lo sé. ¿Acaso no es hermoso?

—Me parece que esta tarde debo volar a París, Liz.

Quiso disimular su desencanto.

—¿Voy contigo?

—No tiene sentido. Se trata simplemente de un problemita comercial. Vuelvo esta noche. Cenaremos tarde.

Cuando Rhys entró en el hotelito que le resultaba familiar, Hélène ya estaba allí esperándolo. Jamás la había visto llegar tarde. Era ordenada y eficiente, extraordinariamente bella, inteligente y maravillosa amante; sin embargo, le faltaba algo. Hélène era una mujer sin compasión. Había en ella crueldad, un instinto asesino. Rhys había comprobado que ese instinto había dañado a otras personas. No tenía la menor intención de convertirse en una de sus víctimas. Se sentó a la mesa.

—Tienes muy buen aspecto, querido. Te sienta el matrimonio. ¿Elizabeth se ocupa bien de ti en la cama?

Rhys sonrió para que sus palabras no sonaran punzantes.

—Eso no es asunto tuyo.

Hélène se inclinó hacia adelante y le tomó una mano.

—Ah, sí que lo es, *chéri*. Es asunto nuestro.

Se puso a acariciarle la mano, y él recordó cómo era Hélène en la cama. Un tigre salvaje, experto, insaciable. Retiró su mano. La mirada de Hélène se volvió áspera.

—Dime, Rhys, ¿cómo se siente uno siendo presidente de Roffe e Hijos?

Casi se había olvidado de lo ambiciosa y codiciosa que era. Rememoró las largas charlas que en una época tuvieron. A ella le obsesionaba la idea de asumir la dirección de la compañía. «Tú y yo, Rhys. Si Sam no se interpusiera en el camino, podríamos dirigirla».

Aún en la mitad del acto sexual: «Es mi empresa, querido. Llevo la sangre de Samuel Roffe. Es mía. La ansío. Penétrame, Rhys».

El poder era el afrodisíaco de Hélène. Y el peligro.

—¿Para qué quenas verme? —le preguntó Rhys.

—Creo que es hora de que tú y yo tracemos unos planes.

—No sé de qué estás hablando.

—Lo sabes demasiado bien, querido —dijo ella, maliciosamente—. Eres tan ambicioso como yo. ¿Por qué fuiste la sombra de Sam todos estos años cuando se te presentaban decenas de ofertas de otras firmas? Porque sabías que un día llegarías a presidir a Roffe e Hijos.

—Me quedé porque apreciaba a Sam.

Ella sonrió.

—Por supuesto, *chéri*. Y ahora te has casado con su encantadora hijita. —Extrajo un delgado cigarro negro de su bolso y lo encendió con un encendedor de platino—. Me ha contado Charles que Elizabeth ha dispuesto retener las acciones mayoritarias y que se niega a vender.

—Efectivamente, Hélène.

—Se te habrá ocurrido, desde luego, que si ella sufriera un accidente, tú recibirías su herencia.

Rhys se quedó mirándola largo rato.

Capítulo 49

En su casa de Olgiata, Ivo Palazzi miraba distraídamente por la ventana del salón cuando vio un espectáculo que lo horrorizó. Por el camino de entrada subían Donatella y sus tres hijos. Simonetta estaba arriba, durmiendo la siesta. Ivo salió prestamente por la puerta principal a reunirse con su segunda familia. Estaba tan furioso que podría haber matado. Se había portado con tanta generosidad con esa mujer, con tanto cariño, con tanta amabilidad, y ahora ella se empeñaba ex profeso en destruir su carrera, su matrimonio, su vida. Contempló a Donatella bajarse del Lancia Flavia que tan magníficamente le había ofrecido. Jamás la había visto tan bella. Los niños se apearon del coche y corrieron a abrazarlo y besarlo. Oh, cómo los amaba. ¡Oh, cómo deseaba que Simonetta no se despertara de su siesta!

—He venido a ver a tu esposa —declaró Donatella con voz tirante. Se dirigió a los niños—. Vamos, chicos.

—¡No! —le ordenó Ivo.

—¿Cómo harás para detenerme? Si no la veo hoy, la veré mañana.

Estaba acorralado. No había modo de escaparse. Pero sabía que no podía permitir que ella ni nadie le arruinara todo lo que le había costado tanto empeño conseguir. Se consideraba un hombre honesto y aborrecía lo que sin duda se vería obligado a hacer.

No sólo por sí mismo sino también por Simonetta, por Donatella y por todos sus hijos.

—Tendrás tu dinero —prometió—. Dame cinco días.

Donatella lo miró a los ojos.

—Cinco días.

En Londres, *Sir Alec Nichols* participaba en un debate parlamentario en

la Cámara de los Comunes. Había sido elegido para pronunciar un discurso que definiría la política respecto del tema crucial de las huelgas laborales que estaban deteriorando la economía británica. Pero le resultaba difícil concentrarse. Pensaba en las llamadas telefónicas que había recibido en las últimas semanas. Habían logrado dar con él dondequiera que se hallase, en su club, en la peluquería, en restaurantes, en reuniones de negocios. Y todas las veces, él les había colgado. Sabía que lo que le pedían era sólo el comienzo. Una vez que consiguieran dominarlo encontrarían la forma de apoderarse de sus acciones, serían propietarios de una parte de un gigantesco laboratorio de especialidades farmacéuticas que producía drogas de todo tipo. No permitiría que eso sucediera. Habían empezado llamándolo cuatro o cinco veces por día hasta dejarle los nervios destrozados. Lo que le preocupaba era que ese día no había tenido noticias de ellos. Esperó que lo llamasen a la hora del desayuno, y luego cuando almorzó en White's. Pero no lo llamaron, y de alguna manera no podía borrar la sensación de que el silencio era más ominoso que las amenazas. Trató de alejar estos pensamientos mientras pronunciaba su alocución.

—Nadie más que yo ha sido un amigo leal y constante de los trabajadores. La clase obrera es la que engrandece nuestro país, la que hace marchar nuestros molinos y girar las ruedas de nuestras fábricas. Los obreros son la verdadera élite, la columna vertebral de Inglaterra, los responsables de que nos destaquemos por nuestro poderío entre el conjunto de las naciones. —Hizo una pausa—. Sin embargo, llega un momento en el destino de cada país en que es necesario hacer ciertos sacrificios...

Hablaba de memoria. Se preguntaba si los habría espantado al no aceptar sus fanfarronadas. Al fin y al cabo eran matones insignificantes, y él era *sir Alec Nichols, baronet*, miembro del Parlamento. ¿Qué podían hacerle? Era muy probable que jamás volviera a tener noticias de ellos. De ahora en adelante le dejarían en paz. *Sir Alec* terminó su arenga en medio de un nutrido aplauso proveniente de los asientos del fondo. Se dirigía hacia la salida de la Cámara cuando se le acercó un conserje.

—Tengo un mensaje para usted, *Sir Alec*.

Se detuvo.

—¿Sí?

—Debe regresar a su casa cuanto antes. Ha habido un accidente.

Subían a Vivían a la ambulancia cuando él llegaba. A su lado iba un médico. Alec salió precipitadamente del taxi, antes de que el coche se hubiera detenido. Lanzó una mirada al rostro pálido e inconsciente de Vivian, y se dirigió al doctor.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, *Sir* Alec —respondió el médico, impotente—. Recibí una llamada anónima avisándome que había habido un accidente. Al llegar a la casa encontré a su señora en el suelo de su dormitorio. Le... le habían clavado las rótulas al suelo con estacas.

Alec cerró los ojos y trató de contener el ataque de náusea que lo invadió. Sintió que la bilis le subía hasta la garganta.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance, por supuesto, pero pienso que es mejor que esté preparado. Es muy improbable que vuelva a caminar.

A Alec se le cortó la respiración. Se encaminó hacia la ambulancia.

—Está bajo los efectos de un fuerte sedante. No creo que lo vaya a reconocer.

Alec ni siquiera lo oía. Saltó a la ambulancia, se colocó en un asiento plegadizo y contempló a su mujer, sin reparar en que cerraban las puertas traseras, sonaba la sirena y el vehículo se ponía en movimiento.

Tomó las frías manos de Vivían entre las suyas. Ella abrió los ojos.

—Alec. —Su voz era un susurro indistinto.

A Alec se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi querida, mi querida...

—Dos hombres... enmascarados... me sujetaron... me doblaron las piernas... Jamás podré volver a bailar... Seré una lisiada, Alec... ¿Me querrás aún?

Enterró la cabeza en el hombro de su mujer y sollozó. Eran lágrimas de desesperación y tormento, y sin embargo había algo más, algo que casi no se atrevía a admitirse a sí mismo. Experimentaba una sensación de alivio. Si quedaba impedida, él podría ocuparse de ella. Vivian nunca lo abandonaría por ningún otro hombre.

Pero Alec sabía que el tormento no había acabado. No habían terminado con él. Eso era sólo una advertencia. La única manera de librarse de ellos era

darles lo que querían.
Rápidamente.

Capítulo 50

Zurich.

Jueves, 4 de diciembre.

Exactamente al mediodía se recibió la llamada en la línea del cuartel general de la Kriminal Polizei de Zurich. Iba dirigida a la oficina del comisario inspector Schmied. Cuando el inspector terminó de hablar fue en busca de Max Hornung.

—Se ha acabado todo —le informó—. Se ha resuelto el caso Roffe. Han encontrado al asesino. Váyase al aeropuerto. Le queda el tiempo justo para coger su avión.

Max pestañeó.

—¿Adónde me manda?

—A Berlín.

El comisario inspector Schmied llamó por teléfono a Elizabeth Williams.

—Quería avisarle que hay buenas noticias. Ya no necesitará guardaespaldas. El asesino ha sido atrapado.

Elizabeth cogió con fuerza el auricular. Al fin sabría el nombre de su enemigo desconocido.

—¿Quién es?

—Walther Gassner.

Recorrían velozmente la autopista rumbo a Wannsee. Max iba en el asiento trasero con el mayor Wageman. Delante iban dos policías. Se habían reunido en el aeropuerto Tempelhof, y el mayor Wageman le resumió brevemente la situación a Max en el trayecto.

—La casa está rodeada. Hay que tener mucho cuidado al entrar porque tiene a su mujer como rehén.

—¿Cómo han descubierto a Gassner? —preguntó Max.

—Por usted. Por eso he pensado que le gustaría estar presente.

Max estaba intrigado.

—¿Por mí?

—Usted me contó que Gassner había ido a ver a un psiquiatra. Siguiendo una corazonada remití la descripción de Gassner a otros psiquiatras y me enteré de que había visitado a media docena de ellos en busca de ayuda. En cada oportunidad usaba un nombre distinto; luego huía. Sabía lo enfermo que estaba. Su esposa nos había llamado pidiendo auxilio hace dos meses, y cuando uno de mis hombres fue a investigar, ella lo despachó con una excusa. —Salían de la autopista. Estaban a pocos minutos de la casa—. Esta mañana hemos recibido una llamada de una mujer de limpieza, una tal *Frau Mendler*. Ella nos ha informado que había ido a trabajar a casa de los Gassner el lunes y que había hablado con la señora a través de la puerta cerrada de su dormitorio. La señora de Gassner le contó que su marido había matado a sus dos hijos y que ahora la iba a matar a ella.

—¿Eso fue el lunes! ¿Y sólo esta mañana se le ha ocurrido avisar?

—*Frau Mendler* tiene una larga historia policial. Tenía miedo de acudir a nosotros. Anoche le comentó a su amigo lo sucedido, y esta mañana han decidido llamarnos.

Habían llegado a Wannsee. El coche se detuvo a cien metros de la entrada de la residencia de los Gassner, detrás de un Sedán sin matrícula.

De este coche se bajó un hombre que se dirigió velozmente hacia el mayor Wageman y Max.

—Todavía está dentro de la casa, mayor. He apostado efectivos por todo el parque.

—¿Sabe si la mujer sigue con vida?

El hombre vaciló.

—No, señor. Todas las persianas están bajadas.

—De acuerdo. Hagámoslo rápido y en silencio. Que todos se aposten en sus lugares. Cinco minutos.

El hombre se alejó presuroso. Wageman sacó un pequeño *walkie-talkie*

del interior del coche. Comenzó a impartir órdenes. Max no le escuchaba. Estaba pensando en algo que le había dicho Wageman unos minutos antes. Algo que no tenía sentido. Pero ahora no había tiempo para preguntarle. Los hombres se iban aproximando a la casa, escudándose en árboles y matas. El mayor Wageman se volvió hacia Max.

—¿No viene, Hornung?

Max tuvo la impresión de que un ejército se había infiltrado en el terreno. Algunos de los hombres estaban equipados con rifles telescópicos y chalecos blindados; otros portaban rifles de gases lacrimógenos. La operación se desarrollaba con precisión matemática. A una señal de Wageman se arrojaron simultáneamente granadas de gas lacrimógeno por las ventanas de la planta alta y la baja, y en ese mismo instante las puertas de delante y de atrás fueron derribadas por hombres que llevaban máscaras antigás. Detrás de ellos iban más policías, arma en mano.

Cuando Max y el mayor Wageman entraron por la puerta principal, el pasillo estaba impregnado de un humo acre, que rápidamente se dispersaba por las puertas y ventanas abiertas.

Dos policías traían a Walther Gassner esposado. Gassner vestía bata y pijama, estaba sin afeitado, con el rostro demacrado y los ojos hinchados.

Max se quedó mirándolo, viéndolo personalmente por primera vez. En cierto modo le pareció irreal. El verdadero era el otro Walther Gassner, el de los ordenadores, cuya vida había aparecido desplegada en dígitos. ¿Cuál era la sombra y cuál era la materia?

—Queda arrestado, señor Gassner —dijo Wageman—. ¿Dónde está su mujer?

Gassner respondió con voz ronca:

—No está aquí. ¡Se ha ido! Yo...

En el piso superior se oyó el ruido de una puerta que abrían por la fuerza. Un segundo más tarde un policía gritaba.

—¡La he encontrado! Estaba encerrada en su cuarto.

El policía se asomó por la escalera sosteniendo a la temblorosa Anna Gassner. Tenía el pelo enredado y la cara arañada y llena de manchas. Lloraba.

—Gracias a Dios. ¡Gracias a Dios que han llegado!

Suavemente el policía la acompañó abajo, con el grupo que estaba reunido en la inmensa sala de recepción. Cuando Anna alzó los ojos y vio a su marido se puso a gritar.

—No tenga miedo, señora —le decía Wageman para calmarla—. Él ya no podrá hacerle daño.

—Mis niños. ¡Ha matado a mis hijos!

Max estudiaba el rostro de Walther Gassner, que contemplaba a su mujer con expresión de total desconuelo. Parecía abatido e inerte.

—Anna —musitó—. ¡Oh, Anna!

—Tiene usted el derecho de permanecer callado o de pedir un abogado —declaró Wageman—. Por su propio bien espero que colabore con nosotros.

Walther no le prestaba atención.

—¿Por qué has tenido que llamarlos, Anna? —dijo en tono de súplica—. ¿Por qué? ¿Acaso no éramos felices juntos?

—Los niños están muertos —chilló Anna—. Están muertos.

El mayor Wageman miró a Walther Gassner.

—¿Es cierto eso?

Walther hizo un gesto de asentimiento. Sus ojos reflejaban cansancio, derrota.

—Sí... están muertos.

—¡Asesino! ¡Asesino!

—Muéstrenos los cadáveres, por favor —manifestó Wageman. Walther Gassner sollozaba. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. No podía hablar.

—¿Dónde están?

Fue Max quien respondió.

—Están enterrados en el cementerio de Saint Paul.

Todos los presentes se volvieron para mirarlo.

—Murieron al nacer, hace cinco años —añadió Max.

—¡Asesino! —le gritó Anna Gassner a su marido.

Al contemplarla, ahora, percibieron la demencia que emanaba de sus ojos.

Capítulo 51

Zurich.

Jueves, 4 de diciembre.

Ocho de la noche.

La fría noche invernal apagaba la breve luz del crepúsculo. Había empezado a nevar, un polvo suave, barrido por el viento, que salpicaba la ciudad.

En el edificio administrativo de Roffe e Hijos las luces de las oficinas desiertas brillaban en la oscuridad como lunas color amarillo pálido.

Elizabeth estaba sola en su despacho. Se había quedado a trabajar hasta tarde, esperando que Rhys regresara de Ginebra, adonde había asistido a una reunión. Deseaba que volviera pronto. Hacía rato ya que todos se habían marchado. Se sentía inquieta, incapaz de concentrarse. No podía borrar a Walther y Anna de sus pensamientos.

Recordó la primera vez que había visto a Walther, buen mozo, con su aire de chiquillo locamente enamorado de Anna, o fingiendo estarlo. Era difícil creer que Walther fuera el responsable de todos esos actos terribles. Pensó en Anna. Había intentado llamarla varias veces, pero no obtuvo respuesta. Iría a Berlín a darle todo el consuelo que pudiera. Sonó el teléfono. Se sobresaltó. Atendió. Era Alec, y le gustó oír su voz en el otro extremo de la línea.

—¿Te has enterado de lo de Walther? —dijo él.

—Sí. Es espantoso. Me cuesta creerlo.

—No lo hagas, Elizabeth.

Pensó que le había entendido mal.

—¿Cómo?

—Que no creas eso. Walther no es culpable.

—La policía afirma que...

—Cometieron un error. Walther fue la primera persona que investigamos Sam y yo. Lo liberamos de culpa. No era el que andábamos buscando.

Elizabeth clavó la vista en el teléfono, sumamente confundida. No era el que andábamos buscando.

—No... no te entiendo.

Alec titubeó antes de responder.

—Me resulta difícil explicártelo por teléfono, Elizabeth, pero no he tenido oportunidad de hablar a solas contigo.

—¿Hablarme de qué?

—Durante este último año alguien ha tratado de sabotear' la empresa. Se produjo una explosión en una de nuestras plantas de Sudamérica, nos han robado patentes, se colocaron etiquetas equivocadas a drogas peligrosas. No puedo explayarme ahora. Fui a ver a Sam y le sugerí que contratáramos una agencia privada de investigación para que averiguase quién estaba detrás de todo esto. Nos comprometimos a no comentarlo con nadie.

Fue como si la tierra hubiera cesado de moverse y el tiempo se hubiese detenido. Una sensación aturdidora de *déjà-vu*, de algo ya experimentado, se apoderó de ella. Las palabras de Alec le llegaban por la línea, pero era la voz de Rhys la que oía.

Rhys que le informaba: «Alguien ha estado sabotando a Roffe e Hijos... Lo ha hecho de una manera muy astuta de modo que siempre daba la impresión de que eran accidentes. Pero yo empecé a entrever un plan. Acudí a contárselo a Sam, y decidimos contratar una agencia ajena a la empresa para que indagara».

La voz de Alec prosiguió:

—La agencia concluyó su informe y Sam se lo llevó a Chamonix. Conversamos por teléfono.

Elizabeth escuchaba a Rhys. «Sam me pidió que me reuniese con él en Chamonix para discutir el informe... Resolvimos mantener el secreto entre los dos hasta que averiguáramos quién era el culpable».

De pronto a Elizabeth se le hizo difícil respirar. Al hablar trató de que su

voz pareciese normal.

—Alec, además de tú y de Sam, ¿quién... quién más conocía la existencia del informe?

—Nadie más. Ese es el meollo de la cuestión. Según Sam, el informe puntualizaba que el responsable de todo debía ser un alto funcionario de la empresa.

El más alto nivel jerárquico. Y Rhys no había mencionado que hubiese ido a Chamonix hasta que el inspector lo puso sobre el tapete.

Pausadamente, como si le arrancaran las palabras, preguntó:

—¿Es posible que Sam hubiera puesto a Rhys al tanto del tema?

—No. ¿Por qué?

Había un solo modo por el que Rhys podía haberse enterado del texto del informe. Lo había robado. Por una sola razón había ido a Chamonix. Para matar a Sam. Elizabeth no escuchó lo que Alec le seguía diciendo. El rugido dentro de sus oídos ahogaba sus palabras. Dejó caer el receptor. La cabeza le daba vueltas. Quería vencer el terror que comenzaba a abatirla. Su mente era una mezcla de imágenes caóticas. El día del accidente del *jeep* le había dejado a Rhys un mensaje anunciándole que se iba a Cerdeña. La noche que se estrelló el ascensor, Rhys no había asistido a la reunión del Consejo, pero apareció más tarde, cuando Kate y ella estaban solas.

«Se me ocurrió que podía echarle una mano». Y poco después había abandonado el edificio. ¿Lo había abandonado? Le temblaba el cuerpo. Debía haber un terrible error. Rhys no. ¡No! Fue un grito en su mente.

Se levantó de la mesa y enfiló con pasos inseguros hacia la puerta que daba al despacho de Rhys. La habitación estaba a oscuras. Encendió las luces y se quedó paseando la vista alrededor, no muy segura de lo que esperaba encontrar. No buscaba pruebas de la culpabilidad de Rhys sino de su inocencia.

Era intolerable pensar que el hombre que amaba, el hombre que la apretaba en sus brazos y le hacía el amor era un asesino despiadado.

Sobre la mesa de Rhys había una agenda. Elizabeth volvió las páginas hasta septiembre, hasta el largo fin de semana cuando había ocurrido el accidente del *jeep*. En el calendario estaba anotado Nairobi. Tendría que revisarle el pasaporte para cerciorarse de que realmente hubiera estado allí.

Se puso a buscar el pasaporte con gran sentimiento de culpa, sabiendo que debía haber alguna explicación inocente.

El cajón inferior de la mesa estaba cerrado con llave. Dudó. Sabía que no tenía derecho a forzarlo. En cierta manera era una violación de la fe, atravesar una frontera prohibida de donde no habría retorno. Rhys se enteraría de que había hecho eso y ella habría de contarle por qué. Y sin embargo, debía cerciorarse. Tomó un cortapapeles y abrió la cerradura astillando la madera.

Halló pliegos de cartas y memorándums. Los sacó. Había un sobre dirigido a él, con letra de mujer. El matasello era de unos días antes. La carta, de Hélène. «Chéri, he tratado de comunicarme contigo por teléfono. Es urgente que nos volvamos a reunir para trazar nuestros planes...». No terminó de leer la carta.

Sus ojos se habían clavado en el informe robado, que estaba en el cajón.

SEÑOR SAM ROFFE CONFIDENCIAL SIN COPIAS

Notó que la habitación empezaba a dar vueltas y se aferró al borde de la mesa para sostenerse. Se quedó en esa postura una eternidad, con los ojos cerrados, esperando que se le pasara el mareo. Su asesino tenía rostro ahora. El rostro de su marido.

El insistente sonar de un teléfono distante rompió el silencio. Tardó un rato en percatarse de dónde venía el ruido. Lentamente regresó a su despacho. Cogió el auricular.

Era el empleado de recepción, que le manifestó con voz jovial:

—Quería constatar que estaba todavía en su despacho, señora: El señor Williams está subiendo a buscarla.

Para cometer otro asesinato.

Su vida era lo único que se interponía entre Rhys y la conducción de Roffe.

Hijos. No podía verlo, no podía fingir que no pasaba nada. Apenas la viera, él se daría cuenta. Tenía que huir. Cegada por el pánico, manoteó la cartera y el abrigo, y salió de su despacho. Se detuvo. Había olvidado algo. ¡El pasaporte! Tenía que alejarse de Rhys, ir a algún lugar donde él no pudiese encontrarla. Volvió hasta su mesa, sacó el pasaporte y se marchó

corriendo por el pasillo. El corazón parecía que le iba a estallar. En el tablero indicador de su ascensor privado una luz ascendía.

Ocho... nueve... diez...

Elizabeth se abalanzó escaleras abajo. Quería salvar su vida.

Capítulo 52

Había un *ferry* que cubría el trayecto entre Civita-vecchia y Cerdeña transportando pasajeros y automóviles.

Elizabeth subió a bordo en un coche alquilado, perdido entre otra decena de vehículos. En los aeropuertos quedaba constancia del paso de un viajero, pero el inmenso barco era anónimo. Ella era una entre cien viajeros que cruzaban Cerdeña de vacaciones. Estaba segura de que no podían haberla seguido, y sin embargo, la dominaba un miedo irracional. Rhys había ido demasiado lejos como para permitir que ahora lo detuvieran. Era ella la única que podía ponerlo al descubierto. Tendría que eliminarla.

Al huir del edificio no tenía idea de adonde ir. Lo único que sabía era que debía huir de Zurich y esconderse en alguna parte, que no estaría a salvo hasta que no apresaran a Rhys. Cerdeña. Fue el primer sitio que se le ocurrió. Alquiló un coche y paró en una cabina telefónica, junto a la carretera que conducía a Italia. Trató de comunicarse con Alec. Había salido. Le dejó recado que la llamara a Cerdeña.

Al no poder dar con el inspector Max Hornung, le dejó el mismo mensaje.

Se quedaría en la villa de Cerdeña. Pero esta vez no estaría sola. La policía estaría allí para protegerla.

Cuando el *ferry* atracó en Olbia, Elizabeth advirtió que no sería necesario acudir a la policía. La aguardaba Bruno Campagna en persona, el policía que había conocido junto al comisario Ferraro. Había sido Campagna el que la llevó a echar un vistazo al *jeep* después del accidente. El hombre se acercó rápidamente al coche de Elizabeth.

—Estábamos empezando a preocuparnos por usted, señora.

Elizabeth lo miró sorprendida.

—Hemos recibido una llamada de la policía suiza pidiéndonos que la vigiláramos. Hemos estado cubriendo todos los barcos y aeropuertos.

Se sintió inundada por un sentimiento de gratitud. ¡Max Hornung! Le habían dado su mensaje. Campagna estudió su rostro cansado, ojeroso.

—¿Quiere que conduzca yo?

—Sí, por favor.

Se pasó al asiento del acompañante y el policía se situó detrás del volante.

—¿Dónde quiere esperar, en la comisaría o en la villa?

—En la villa, si alguien se pudiera quedar conmigo. Pre... Preferiría no estar sola allí.

Campagna hizo un reconfortante gesto de asentimiento.

—No se preocupe. Tenemos órdenes de mantenerla bien custodiada. Yo pasaré la noche junto a usted y habrá un patrullero con radio estacionado en la senda de acceso de su residencia. Nadie se le podrá acercar.

La confianza que emanaba de él fue suficiente para que se relajara. Campagna condujo velozmente con manos expertas por las callecitas de Olbia rumbo al camino de montaña que llevaba a la Costa Esmeralda. Cada sitio que pasaban le recordaba a Rhys.

—¿No han tenido noticias de... mi marido?

Campagna le lanzó una fugaz mirada de compasión; luego volvió a posar sus ojos en la ruta.

—Ha huido, pero no llegará muy lejos. Esperan detenerlo por la mañana.

Sabía que debía sentir un gran alivio. En cambio, las palabras sólo le provocaron un tremendo dolor. El hombre hablaba de Rhys, era a Rhys a quien iban a dar caza como a un animal. Él la había metido en esa terrible pesadilla y ahora él quedaba atrapado en su propia pesadilla, teniendo que pelear por defender su vida, como la había obligado a ella a defender la suya. ¡Y cómo había confiado en él! ¡Cómo había creído en su amabilidad, su cariño, su amor! Se estremeció.

Campagna le preguntó:

—¿Tiene frío?

—No. Estoy bien. —Se sentía afiebrada. Un viento cálido parecía atravesar el coche con un silbido poniéndole los nervios de punta. Al principio pensó que se trataba de su imaginación, hasta que el policía le

comentó:

—Creo que se avecina un siroco. Vamos a tener una noche agitada.

Elizabeth comprendió lo que quería decir. El siroco era capaz de enloquecer a las personas y a los animales. El viento soplaba desde el Sahara, caliente y seco. Arrastraba arena produciendo un macabro chillido que causaba un efecto sobrenatural, trastornador sobre los nervios. La tasa de crímenes siempre aumentaba durante un siroco, y los jueces trataban a los asesinos con lenidad.

Una hora más tarde, en medio de las tinieblas, emergió la villa ante sus ojos. Campagna se internó por la senda de acceso, llegó hasta el garaje vacío y apagó el motor. Dio la vuelta alrededor del coche para abrir la puerta a Elizabeth.

—Quiero que se quede detrás de mí, señora. Por si acaso.

—Está bien.

Se encaminaron hacia la puerta principal de la casa a oscuras.

—Estoy seguro de que no está aquí, pero no correremos ningún riesgo. ¿Me da la llave, por favor?

Elizabeth se la entregó. Con delicadeza él la hizo colocar a un costado, introdujo la llave y abrió la puerta, con la otra mano cerca del revólver. Tanteó en busca del interruptor, y de pronto el vestíbulo se inundó de brillante luz.

—Quiero que me muestre la casa. Pieza por pieza. ¿De acuerdo?

—Sí.

Empezaron a recorrerla. El policía iba encendiendo las luces. Revisó todos los armarios y rincones, y controló que puertas y ventanas estuviesen bien cerradas. No había nadie más en la villa. Cuando regresaron al salón, en la planta baja, dijo Campagna:

—Si me permite, voy a llamar a la jefatura.

—Cómo no. —Lo condujo al despacho.

Él tomó el teléfono y marcó. Un segundo más tarde hablaba.

—Inspector Campagna. Estamos en la villa. Me quedo a pasar la noche. Puede mandar un coche que ocupe posición a la entrada del camino de acceso.

Escuchó un instante.

—Ella está bien. Algo cansada, nada más. Luego vuelvo a llamar. —
Cortó.

Elizabeth se desplomó en un sillón. Estaba nerviosa, tensa, pero sabía que al día siguiente sería peor. Mucho peor. Ella estaría a salvo, pero Rhys estaría muerto o en la cárcel. A pesar de todo lo que él había hecho, no soportaba la idea.

Campagna la estudiaba con expresión preocupada.

—Me vendría bien una taza de café —dijo—. ¿Ya usted?

Asintió.

—Voy a prepararlo. —Hizo ademán de levantarse.

—Usted no se mueve de aquí, señora. Mi mujer dice que hago el mejor café del mundo.

Logró esbozar una sonrisa.

—Gracias. —Volvió a hundirse en su asiento, agradecida. No se había percatado de lo emocionalmente exhausta que estaba. Por primera vez reconocía ante sí misma que, aun durante su conversación telefónica con Alec, había supuesto que existía algún error, alguna explicación, que Rhys debía de ser inocente. Hasta cuando huyó se había aferrado a la idea de que él no podía haber cometido esos actos tan tremendos, que no podía haber asesinado a su padre, luego hacerle el amor a ella e intentar matarla. Solamente un monstruo sería capaz de semejantes barbaridades. Había conservado una llamita de esperanza en su interior, que se apagó cuando el inspector Campagna dijo: «Ha huido, pero no llegará muy lejos. Esperan detenerlo por la mañana».

No quería pensar más en eso y al mismo tiempo no podía pensar en otra cosa. ¿Desde cuándo venía Rhys planeando apoderarse de la compañía? Probablemente desde el momento en que conociera a esa colegiala impresionable, sola y triste, que vivía en un pensionado suizo. Ahí debió de haber decidido ser más listo que Sam. A través de su hija. Qué sencillo le había resultado. La cena en Maxim's y las largas charlas amistosas a lo largo de los años.

El encanto, sí, ¡ese encanto increíble! Había sido paciente. Había esperado hasta que ella se convirtiera en mujer, y la mayor ironía era que ni siquiera había tenido que cortejarla. Ella lo había cortejado a él. Cómo se

debió haber reído de ella. Él y Hélène. Se preguntó si los dos lo habrían tramado juntos. Pensó dónde estaría Rhys ahora, y si la policía lo mataría cuando lo aprehendiera. Se echó a llorar descontroladamente.

—Señora de Williams... —Campagna estaba a su lado ofreciéndole una taza de café.

—Tome esto. Se sentirá mejor.

—Pe... perdóneme —se disculpó—. Por lo general no me porto así.

—Yo creo que se está portando *molto bene* —dijo él, afable.

Elizabeth bebió un sorbo del café caliente. Él le había puesto algo dentro. Alzó sus ojos, hacia el policía. Campagna sonrió.

—He pensado que un chorrito de *whisky* no le haría ningún daño.

El inspector se sentó frente a ella en silencio. Elizabeth se sentía agradecida por su compañía. Nunca se hubiera podido quedar sola en la villa. Por lo menos hasta que no supiese la suerte que había corrido Rhys, hasta que se enterase de si estaba vivo o muerto. Terminó su café.

El policía miró su reloj.

—El patrullero debe llegar en cualquier momento. Dos hombres permanecerán de guardia la noche entera. Yo estaré en la planta baja. Ahora le sugiero que se vaya a la cama y trate de dormir.

Elizabeth tembló.

—No podría dormir. —Pero al decirlo su cuerpo se llenaba de una enorme lasitud. El largo viaje y la tremenda tensión que había soportado tenían su precio.

—A lo mejor me recuesto un rato. —Le resultó difícil pronunciar las palabras.

Acostada en la cama trataba de vencer el sueño. De alguna manera no le parecía justo dormirse cuando a Rhys lo perseguían.

Imaginó que lo mataban de un balazo en una calle oscura, fría, y se estremeció. Quería mantener los ojos abiertos, pero le pesaban demasiado. Apenas se cerraron comenzó a sentir cómo se hundía, se hundía, en un suave almohadón de vacío.

Más tarde la despertaron los alaridos.

Capítulo 53

Elizabeth se incorporó en la cama. El corazón le latía desordenadamente y no sabía qué era lo que la había despertado. Después lo oyó de nuevo. Un grito agudo, espectral, que parecía provenir justo de la parte exterior de su ventana, el sonido de una persona en agonía de muerte. Se levantó, fue dando tumbos hasta la ventana y miró la noche. Era un paisaje de Daumier iluminado por una desapacible luna invernal. Los árboles eran negros, desnudos, sus ramas azotadas por un viento feroz. A lo lejos, muy abajo, el mar era una caldera en ebullición.

El grito se oyó nuevamente. Y otra vez. Elizabeth comprendió lo que era. Las piedras musicales. El siroco había crecido en intensidad y soplaba al atravesarlas, produciendo ese sonido penetrante, terrible. El grito de las piedras se convirtió en la voz de Rhys que clamaba implorándole ayuda. Elizabeth no podía soportarlo. Se tapó las orejas con las manos, pero el sonido no se alejaba.

Se encaminó hacia la puerta del dormitorio y le sorprendió comprobar cuán débil se sentía. Tenía la mente nublada por el agotamiento. Por el pasillo se dirigió a la escalera. Se sentía mareada, como si la hubiesen drogado. Intentó llamar al inspector Campagna, pero su voz era un áspero graznido. Bajó el largo tramo de peldaños tratando de mantener el equilibrio. En voz alta, profirió:

—Inspector Campagna.

No hubo respuesta. Tropezando llegó hasta la sala. El hombre no estaba allí.

Recorrió pieza tras pieza sujetándose de los muebles para no caerse.

El inspector Campagna no se hallaba en la casa.

Elizabeth estaba sola.

Se quedó paralizada en el vestíbulo, con la mente confusa, haciendo esfuerzos por pensar. El inspector había salido a hablar con los policías del patrullero. Claro, debía de ser eso. Se encaminó a la puerta principal, la abrió y espió el negro exterior. No había nadie. Sólo la noche oscura y los aullidos del viento. Con temor giró sobre sus talones y se dirigió al despacho. Llamaría a la comisaría para averiguar qué había pasado. Cogió el teléfono. La línea estaba cortada. En ese instante, se apagaron todas las luces.

Capítulo 54

En el Westminster Hospital de Londres, Vivian Nichols recuperaba el conocimiento cuando la sacaban del quirófano por un deprimente corredor. La operación había durado ocho horas. A pesar de los denodados esfuerzos de los excelentes cirujanos, nunca volvería a caminar. Se despertó con unos dolores tremendos, murmurando el nombre de Alec una y otra vez. Lo necesitaba, necesitaba tenerlo a su lado, que le prometiera que la seguiría amando. El personal del centro no pudo localizar a Alec.

En Zurich, en la sala de comunicaciones de la Kriminal Polizei, se recibía un cable de la Interpol proveniente de Australia. La persona que había adquirido la película en nombre de Roffe e Hijos había sido localizada en Sydney. Había fallecido de un ataque al corazón tres días antes. Sus restos estaban en camino. Interpol no había podido obtener información respecto de la adquisición de la película. Esperaban instrucciones.

En Berlín, Walther Gassner se hallaba sentado en la sala de espera de un elegante sanatorio privado, en una hermosa zona de los suburbios de la ciudad.

Hacía casi diez horas que estaba allí, inmóvil. De vez en cuando se le acercaba una enfermera o un asistente para hablarle u ofrecerle algo de comer o de beber. Walther no les prestaba atención. Esperaba a su Anna. Sería una larga espera.

En Olgiata, Simonetta Palazzi escuchaba una voz de mujer por el teléfono.

—Me llamo Donatella Spolini. No nos conocemos, señora, pero tenemos muchas cosas en común. Le sugiero que nos encontremos para almorzar en el Bolognese, de la Piazza del Popolo. ¿Le parece bien mañana a la una?

Simonetta tenía turno al día siguiente en la peluquería, pero le encantaban los misterios.

—Allí estaré. ¿Cómo la voy a reconocer?

—Llevaré a mis tres hijos.

En su villa de Le Vésinet, Hélène Roffe-Martel leía una notita encontrada sobre la chimenea de la sala. Era de Charles. La había abandonado, había huido. «Nunca volverás a verme. No trates de buscarme». Hélène rompió el papel en pedacitos. Lo vería. Lo encontraría.

En Roma, Max Hornung se hallaba en el aeropuerto Leonardo da Vinci. Hacía dos horas que quería enviar un mensaje a Cerdeña, pero las comunicaciones estaban interrumpidas debido a la tormenta. Regresó a la sala de mando para hablar de nuevo con el director del aeropuerto.

—Tiene que conseguirme un avión para ir a Cerdeña. Créame, es un asunto de vida o muerte.

—Yo le creo, *signore*, pero no puedo hacer nada. Cerdeña está cerrada. Los aeropuertos están clausurados. Nadie llegará ni saldrá de la isla hasta que no pase el siroco.

—¿Y cuándo será eso?

El director del aeropuerto se volvió para examinar el mapa meteorológico que colgaba de la pared.

—Da la impresión de que va a durar, por lo menos, doce horas más.

Elizabeth Williams no estaría con vida en el término de doce horas.

Capítulo 55

Las tinieblas eran hostiles. Estaban llenas de invisibles enemigos que acechaban para atacarla. Elizabeth cayó en la cuenta de que estaba totalmente a su merced. El inspector Campagna la había conducido allí para que la asesinaran. Era un hombre de Rhys. Recordó la explicación que le diera Max Hornung acerca del cambio de *jeeps*. «El que lo hizo contó con ayuda. Alguien que conocía la isla». Qué convincente había sido Campagna. «Hemos vigilado todos los barcos y aeropuertos». Porque Rhys sabía que iría allí a esconderse. «¿Dónde quiere esperar, en la comisaría o en su villa?». Campagna no había tenido intención de dejarla ir a la comisaría. Tampoco había llamado por teléfono a la comisaría, sino a Rhys. «Estamos en la villa».

Sabía que debía huir, pero ya no tenía fuerzas. Le costaba mantener los ojos abiertos y le pesaban los brazos y las piernas. De repente comprendió por qué. Le había echado droga en el café. Volvió hacia la cocina, a oscuras. Abrió un armario y tanteó en el interior hasta encontrar lo que buscaba. Sacó una botella de vinagre, vertió un poco en un vaso con agua y bebió el contenido. De inmediato comenzó a vomitar en la pileta. Al rato se sintió mejor, si bien seguía débil. La mente se negaba a funcionar. Era como si todos los circuitos internos se le hubiesen apagado, preparándose para la penumbra de la muerte.

—No —se dijo, con furia—. No vas a morir así. Lucharás. Tendrán que matarte. —Levantó la voz—. Rhys, ven a matarme —pero su voz era un susurro. Giró y se encaminó al pasillo, que encontró por instinto. Se detuvo bajo el retrato del viejo Samuel. Fuera, el viento extraño, gimiente, azotaba la casa con gritos, provocándola, enviándole una advertencia.

Se quedó de pie, en la oscuridad, sola, enfrentándose a un cúmulo de

terrores. Podía salir, internarse en lo desconocido y tratar de escapar de Rhys, o podía permanecer allí para intentar luchar contra él. Pero ¿cómo?

Su mente se esforzaba por decirle algo, pero ella seguía aturdida por la droga. No se podía concentrar. Algo acerca de un accidente.

Hizo memoria y dijo en voz alta.

—Tiene que hacer que parezca un accidente.

«Debes impedirselo, Elizabeth». ¿Era Samuel el que había hablado? ¿O sólo lo había imaginado?

—No puedo. Es demasiado tarde. —Se le cerraban los ojos y tenía la cara apoyada contra el marco del cuadro. Sería tan maravilloso dormirse. Pero había algo que debía hacer. Quiso recordar qué era, pero se le iba de la mente.

«No permitas que parezca un accidente. Que se note que es un asesinato. Y así la empresa nunca le pertenecerá».

Comprendió lo que debía hacer. Se acercó a la mesa. Se detuvo un momento, cogió una lámpara y la estrelló contra un espejo. Ambos se hicieron añicos. Cogió una silla y la golpeó contra la pared hasta que comenzó a astillarse. Se dirigió a la biblioteca y empezó a arrancar hojas de los libros y a desparramarlas por el cuarto. Arrancó de la pared el cable inservible del teléfono. «Que se lo explique Rhys a la policía», pensó. Ninguna amabilidad esa noche. Por supuesto, ella no iba a ser amable. Tendrían que cogerla por la fuerza.

Una ráfaga repentina barrió la habitación agitando los papeles por el aire. Luego se extinguió. Elizabeth tardó un instante en darse cuenta de lo que había ocurrido.

Ya no estaba sola en la casa.

En el aeropuerto Leonardo da Vinci, cerca de la zona de carga de mercancías, el inspector Max Hornung presenciaba el aterrizaje de un helicóptero. Cuando el piloto abrió la puerta Max ya estaba a su lado.

—¿Me puede llevar a Cerdeña?

El piloto le clavó la mirada.

—¿Qué está pasando? Acabo de trasladar a una persona allí. Hay una tormenta muy fea.

—¿Me lleva?

—Le costará el triple.

Max no lo dudó un segundo. Trepó al helicóptero. En el momento del despegue, se volvió hacia el piloto y le preguntó:

—¿Quién era el pasajero que ha llevado a Cerdeña?

—Un tal Williams.

La oscuridad era ahora la aliada de Elizabeth, ocultándola de su asesino. Era demasiado tarde para huir. Debía encontrar algún rincón en la casa donde esconderse. Subió al piso superior para poner distancia entre ella y Rhys. Arriba, en la escalera, titubeó un instante; luego enfiló hacia el dormitorio de Sam. Algo surgió de las tinieblas y se lanzó contra ella. Se puso a gritar, pero no era más que la sombra de un árbol agitado por el viento, que entraba por la ventana. El corazón le latía con tanta fuerza que creía que Rhys podría oírlo desde la planta baja.

«Demóralo —le dictaba su mente—. Pero ¿cómo?». La cabeza le pesaba. Todo era borroso. «¡Piensa! —se dijo—. ¿Qué habría hecho el viejo Samuel?». Se encaminó hacia el dormitorio que quedaba al final del corredor, sacó la llave del interior y cerró por la parte de fuera. Cerró luego las demás puertas como si fuesen los portones del gueto de Cracovia. No estaba segura por qué lo hacía hasta que recordó que había asesinado a Aram y que no debían prenderla. Advirtió la luz de una linterna que subía por las escaleras y el corazón le dio un vuelco. Rhys venía en su busca. Empezó a ascender por la escalera de la torre. Cuando iba por la mitad sintió que se le aflojaban las rodillas. Resbaló hasta el suelo y continuó a gatas. Llegó hasta la parte superior y se incorporó penosamente. Abrió la puerta de la torre y entró. «La puerta —dijo Samuel—. Ciérrala con llave».

Así lo hizo. No obstante, sabía que eso no impediría que Rhys se le acercara. «Al menos —pensó—, tendrá que derribarla». Más violencia que explicar. Su muerte parecería un homicidio. Amontonó muebles contra la puerta, lentamente, como si la penumbra fuese un poderoso mar que la arrastraba hacia el fondo. Empujó una mesa, luego un sillón, luego otra mesa, trabajando como un autómatas, tratando de ganar tiempo, construyendo su lamentable fuerte para defenderse de la muerte. Desde el piso de abajo oyó un estrépito. Un instante después, otro, y un tercero. Rhys echaba abajo las puertas del dormitorio, en busca de ella. Señales de ataque, pistas que debería seguir la policía. Lo había burlado, y él se había burlado de ella. Sin

embargo, había algo que la intrigaba. Si Rhys quería simular que su muerte era un accidente, ¿por qué echaba abajo las puertas? Se aproximó a los ventanales y miró al exterior. El viento enloquecido entonaba un canto fúnebre. Más allá del balcón había una empinada pendiente que descendía hasta el mar. No había manera de escapar de esa habitación. Rhys tendría que subir a atraparla. Tanteó en busca de un arma, pero no había nada que sirviera.

En la oscuridad aguardó a su asesino.

¿Qué esperaba Rhys? ¿Por qué no derrumbaba la puerta y terminaba de una vez? Derrumbaba la puerta. Algo no encajaba. Aun si sacaba su cadáver y se deshacía de él en algún otro lado, le sería difícil justificar la violencia, el espejo hecho añicos, las puertas destrozadas. Trató de ponerse en el lugar de Rhys, de imaginar qué plan tendría para aclarar todas esas cosas sin que la policía sospechara que la había matado. Había una sola forma.

En el instante en que lo pensaba percibía ya el olor a humo.

Capítulo 56

Desde el helicóptero Max alcanzaba a distinguir la costa de Cerdeña cubierta por un espeso torbellino de polvo rojo.

El piloto gritó por sobre el estruendo que producían las hélices.

—Se ha puesto peor. No sé si podré aterrizar.

—¡Tiene que hacerlo! Tome rumbo a Porto Cervo.

El piloto se volvió para mirar a Max.

—Eso queda en la punta de esa condenada montaña.

—Ya lo sé. ¿Podrá?

—Las posibilidades son setenta contra treinta.

—¿A favor o en contra?

—En contra.

El humo se filtraba por debajo de la puerta, ascendía por entre las tablas del suelo, y un nuevo ruido se había sumado al chillido del viento. El fragor de las llamas. Ahora comprendía, tenía la respuesta, pero era demasiado tarde para salvar su vida. Estaba atrapada. Obviamente no importaba que se hubiesen destrozado puertas, espejos y muebles, porque en pocos minutos ya nada quedaría de la casa ni de ella. El fuego lo arrasaría todo, como habían sido destruidos Emil Joepli y su laboratorio, y Rhys tendría una coartada en algún otro lugar para que no pudiesen culparlo. La había vencido. Los había vencido a todos.

El humo empezaba a penetrar en la habitación. Emanaciones amarillas, acres, que la ahogaban. Vio que los bordes de las llamas lamían ya las grietas de la puerta. Se sentía el calor.

La indignación le dio fuerzas para actuar.

En medio del humo enceguedor se abrió paso hacia los grandes

ventanales. Los abrió y saltó a la terraza. En el instante en que llegaba al suelo el fuego penetró en el cuarto y se propagó por las paredes. Elizabeth permaneció en la terraza aspirando grandes bocanadas de aire puro, mientras el viento le estiraba la ropa. Miró hacia abajo. La terraza sobresalía en un ala del edificio, una isla diminuta que pendía sobre un abismo. No quedaban esperanzas, no había modo de escapar.

A menos que... Alzó la vista hacia el techo de tejas planas.

Si hubiera alguna manera de subirse al techo y de pasar al otro lado de la casa, donde el incendio aún no había llegado, quizá pudiera huir. Estiró los brazos lo más arriba posible, pero no alcanzaba a llegar al alero. Las llamas se aproximaban, envolviendo la habitación. Existía una mínima posibilidad. Elizabeth corrió el riesgo. Regresó al cuarto en medio de las llamas y el humo, sofocada por las emanaciones. Arrastró el sillón de la mesa de su padre hasta el balcón. Aunque le costaba mantener el equilibrio, apuntaló el sillón y se subió a él. Con los dedos alcanzaba el techo, aunque no encontraba dónde cogerse. A ciegas, vanamente, buscaba algo donde aferrarse.

En el interior, las llamas subían por las cortinas, bailaban por todo el cuarto, atacaban libros, alfombra y muebles, se dirigían hacia la terraza. Los dedos de Elizabeth, de pronto, se asieron a una pizarra saliente. Sentía los brazos como de plomo; no creía que pudiera sostenerse. Comenzó a elevarse, y el sillón se fue alejando. Con el último aliento que le quedaba logró trepar y sujetarse. Estaba trepando los paredones del gueto, luchando por conservar la vida. Siguió forcejeando hasta que de repente comprobó que yacía jadeante, sobre el techo inclinado. Se propuso moverse, y fue ascendiendo poco a poco, apretando firmemente el cuerpo contra la pronunciada pendiente del tejado apizarrado, consciente de que un resbalón la arrojaría al negro abismo. Llegó hasta la parte más alta y se detuvo a recobrar el aliento y orientarse. La terraza de donde acababa de escapar ardía en llamas. No había manera de regresar.

Al mirar hacia el extremo más alejado de la casa divisó el balcón de uno de los cuartos de huéspedes. Las llamas aún no lo habían alcanzado. Pero Elizabeth no sabía si podría llegar hasta allí. El techo caía en marcado declive, había piezas de pizarra sueltas, el viento la empujaba con furia... Si resbalaba nada podría detener su caída. Se quedó donde estaba, petrificada,

temerosa de intentarlo. Y luego, como un imprevisto milagro, una silueta apareció en el balcón de huéspedes, y era Alec, que la contemplaba y le indicaba, con su calma:

—Puedes hacerlo, niña grande. Despacito, despacito.

Sintió una intensa exaltación en su corazón.

—Lentamente —le aconsejaba Alec—. Un paso cada vez. Es muy fácil.

Elizabeth comenzó a moverse en dirección a él, con cuidado, deslizándose centímetro a centímetro, sin dejar una pieza hasta no haberse sujetado firmemente en otra. Le pareció una eternidad. Y todo el tiempo escuchaba la voz de aliento de Alec, impulsándola a seguir. Casi había llegado. Resbalaba sobre el balcón. Un trozo se aflojó, y Elizabeth empezó a caer.

—¡Agárrate!

Encontró otro asidero y lo agarró con fuerza. Había conseguido llegar hasta el borde del techo. Abajo no había más que el espacio infinito. Tendría que tirarse al balcón donde la esperaba Alec. Si fallaba...

Alec la observaba con rostro apacible, confiado.

—No mires hacia abajo. Cierra los ojos y suéltate. Yo te cogeré.

Lo intentó. Respiró profundamente dos veces. Sabía que debía soltarse, pero no se animaba a hacerlo. Sus dedos estaban como congelados en la pizarra.

—¡Ya! —Elizabeth se desprendió, cayó al vacío, y de repente la aferraron los brazos de Alec que la conducían a la salvación. Cerró los ojos aliviada.

—Muy bien —la felicitó Alec.

Elizabeth sintió el cañón de un revólver que se apoyaba contra su cabeza.

Capítulo 57

El piloto del helicóptero volaba lo más bajo que se atrevía sobre la isla, rozando la copa de los árboles, tratando de evitar los vientos recios. Aun a esa altura había una profunda turbulencia. A lo lejos, hacia adelante, el piloto divisó la cima de Porto Cervo. Max lo vislumbró en el mismo momento.

—¡Allí está! —gritó el inspector—. Ésa es la villa. —A continuación vio algo que lo dejó pasmado.— ¡Se está incendiando!

Desde el balcón Elizabeth oyó el ruido del helicóptero que se aproximaba, y levantó la vista. Alec no le prestó atención. Estudiaba a Elizabeth con la mirada, sus ojos llenos de dolor.

—Fue por Vivian. Tuve que hacerlo por Vivian. Lo entiendes ¿verdad? Deben encontrarte entre las llamas.

Elizabeth no lo escuchaba. No podía dejar de pensar: «No era Rhys. No había sido Rhys». Había sido Alec todo el tiempo. Alec había asesinado a su padre y ahora trataba de asesinarla a ella. Había robado el informe y luego había intentado culpar a Rhys de ello. La había impulsado a huir aterrorizada de Rhys porque sabía que iría allí a refugiarse.

El helicóptero había desaparecido de su vista, oculto tras unos árboles cercanos.

—Cierra los ojos, Elizabeth.

—¡No! —le respondió ella, vivamente.

De pronto se oyó la voz de Rhys.

—¡Tira el arma, Alec!

Los dos miraron hacia abajo. En el jardín, iluminados por las llamas fluctuantes, vieron a Rhys, al comisario Luigi Ferraro y a media decena de policías armados con rifles.

—¡Se acabó, Alec! —vociferaba Rhys—. Suéltala ya.

Uno de los hombres, con un rifle telescópico, dijo:

—No puedo dispararle a menos que ella se retire a un lado.

«Apártate —imploró mentalmente Rhys—. ¡Apártate!».

Max Hornung surgió de entre los árboles, cruzó el jardín y llegó presuroso junto a Rhys. Se detuvo al reparar en la escena que se desarrollaba en el balcón.

—Recibí su mensaje —le comentó Rhys—. Pero he llegado demasiado tarde.

Ambos observaban las dos figuras del balcón, títeres alumbrados por las altas llamas que venían del otro extremo de la casa. El viento estaba convirtiendo la villa en una gigantesca antorcha que iluminaba las montañas adyacentes transformando la noche en un infierno, una Valhalla ardiente.

Elizabeth se volvió para contemplar el rostro de Alec, y comprobó que era una máscara de muerte, que sus ojos no veían. Alec se apartó de ella y se encaminó a la puerta del balcón.

En el jardín, el inspector anunció:

—Ya lo tengo —y levantó su rifle. Hizo un solo disparo. Alec se tambaleó. Luego desapareció por la puerta hacia el interior de la casa.

Al instante quedó sólo una silueta en el balcón.

—¡Rhys! —gritó Elizabeth.

Pero él ya corría en su busca.

Todo lo que ocurrió después fue un veloz calidoscopio de movimiento. Rhys que la cogía en sus brazos y la llevaba abajo, a un sitio seguro, y ella que se aferraba estrechamente a él con todas sus fuerzas.

Estaba tendida en el césped, con los ojos cerrados, y Rhys la tenía en sus brazos.

—Te amo, Liz. Te amo, querida.

Escuchaba su voz que la bañaba, la acariciaba. Ella no podía hablar. Lo miró a los ojos y vio todo el amor y la angustia. Tenía tantas cosas que decirle. La inundaba una sensación de culpa por todas las sospechas terribles. Pasaría el resto de su vida tratando de rehabilitarse ante él.

Se sentía demasiado cansada para pensar en eso ahora, demasiado cansada para pensar en nada. Era como si todo le hubiese ocurrido a alguna

otra persona, en algún otro lugar, en otro tiempo.

Lo único importante era que Rhys y ella estaban juntos. Sentía sus brazos fuertes que la estrechaban, para siempre, y eso le bastaba.

Capítulo 58

Era como internarse en un rincón ardiente del infierno. El humo se hacía más denso y llenaba la habitación de quimeras danzantes que pronto se desvanecían. El fuego se abalanzó sobre Alec, le acarició el pelo, y el crepitar de las llamas se convirtió en la voz de Vivian que lo llamaba con un irresistible canto de sirena.

En un repentino destello de luz, la vio. Estaba extendida en la cama, su bello cuerpo desnudo salvo por la cinta color rojo que llevaba anudada al cuello, la misma cinta que había usado la primera vez que él le hiciera el amor. Vivian pronunció nuevamente su nombre con voz plena de añoranza. Esta vez lo quería a él, no a los otros. Se acercó; ella le susurró:

—Nunca he amado a nadie más que a ti.

Y Alec le creyó. Había tenido que castigarla por las faltas que había cometido. Pero fue astuto: hizo pagar sus pecados a las otras. Esos actos espantosos los había realizado por ella. A medida que se aproximaba a ella, Vivian volvió a murmurar:

—Nunca he amado a nadie más que a ti. —Y supo que era la verdad.

Estiraba los brazos llamándolo, y él se hundió a su lado. La abrazó y fueron uno solo. Estaba dentro de ella, él era ella. Y en esta ocasión pudo satisfacerla. Y el placer fue tan intenso que se transformó en un dolor exquisito, difícil de soportar. Sentía el calor de su cuerpo que lo consumía, y mientras la contemplaba arrobado, la cinta roja se convirtió en una lengua vivida de fuego que lo acariciaba, que lo lamía. Al instante siguiente, una viga ardiente del techo se desplomó sobre él, una pira ígnea.

Alec murió como las otras. En éxtasis.

Agradecimientos

Si bien ésta es una obra de ficción, el trasfondo es verídico y deseo expresar mi gratitud a quienes generosamente han colaborado en mi investigación. Si al adaptar su información a las exigencias de una novela consideré necesario ampliar o abreviar ciertos elementos de tiempo, asumo la total responsabilidad. Mi más profundo agradecimiento a las siguientes personas:

*Doctora Margaret M. McCarron
Directora Médica Adjunta
Universidad de California del Sur.*

*Señor Brady
Decano
Facultad de Farmacología, U. C. S.*

*Doctor Gregory A. Thompson.
Director
Centro de Información sobre Drogas
Universidad de California del Sur.*

*Doctor Bernd W. Schulze.
Centro de Información sobre Drogas
Universidad de California del Sur.*

*Doctora Judy Flesh.
Urs Jäggi, Hoffmann-La Roche; Co., A. G., Basel.*

Doctor Gunter Siebel, Schering.

División de Investigación

Criminológica de Scotland Yard, de Zurich y Berlín.



SIDNEY SHELDON (Chicago, Illinois, 11 de febrero de 1917 - Rancho Mirage, California, 30 de enero de 2007). Sheldon nació como Sidney Schechtel en Chicago, Illinois, de padre judío alemán y madre judía rusa. Su carrera empezó en 1937 en Hollywood, California, donde revisó y colaboró en guiones de película de clase B. Después de la segunda guerra mundial, Sheldon volvió a escribir varios musicales para el teatro Broadway y además continuó redactando guiones para la Metro Goldwyn Mayer y los estudios Paramount. También conocido por ser el creador de la famosa serie televisiva de los años 60, *Mi Bella Genio* (*I Dream of Jeannie*, su título original). En el cine destaca en la película *El solterón y la menor* dirigida por Irving Reis (1947) que le hizo merecedor de un Óscar al Mejor guion original.

A través de los años, Sheldon escribió para televisión, películas y teatro. Obtuvo varios premios, incluyendo un Emmy. En 1969 escribió su primera novela: *Cara descubierta*, ganando el premio Mejor Primer Novela de los Escritores Norteamericanos de Misterio. Su próximo trabajo, *Más allá de la medianoche*, fue un *bestseller*. Murió a la edad de 89 años después de padecer complicaciones por una neumonía en el Centro médico Eisenhower de Rancho Mirage. Su esposa Alexandra y su hija Mary Sheldon, también

escritora, estaban a su lado. El 11 de febrero de 2007 iba a celebrar sus 90 años de vida. Sus restos se encuentran en el Cementerio Westwood Village Memorial Park de Los Ángeles, California.

Notas

[1] Holding Company: Compañía poseedora de acciones de otra u otras compañías. <<

[2] Haggis: Comida escocesa hecha con los pulmones, el corazón, etc., de un cordero o ternera, mezclados con sebo, aderezo y harina de avena, todo hervido en el estómago del animal. <<